This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 883,064

PÁGINAS RECOGIDAS

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.
MADRID

A326
1977

Irving A. Leonard

University of California

Apr 24, 1926

BIBLIOTECA CALLEJA
SEGUNDA SERIE

CLARÍN

PÁGINAS ESCOGIDAS

Leopold Alex

UNIV.
OF
MICH.

CLARÍN
(LEOPOLDO ALAS)

PÁGINAS ESCOGIDAS

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y COMENTARIOS

DE

AZORÍN

MCMXVII

CASA EDITORIAL CALLEJA
FUNDADA EN 1876

MADRID

PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1917 BY
CASA EDITORIAL CALLEJA

[*Ningunas palabras mejor que estas para servir de lema a una colección de páginas de quien ha escrito, como resumen de su doctrina,* El sombrero del señor cura:]

... ET ENTRE PLUSIEURS OPINIONS ÉGALEMENT REÇUES, JE NE CHOISISSAIS QUE LES PLUS MODÉRÉES, TANT À CAUSE QUE CE SONT TOUJOURS LES PLUS COMMODES POUR LA PRATIQUE, ET VRAISEMBLABLEMENT LES MEILLEURES, TOUS EXCÈS AYANT COUTUME D'ÊTRE MAUVAIS; COMME AUSSI AFIN DE ME DÉTOURNER MOINS DU VRAI CHEMIN, EN CAS QUE JE FAILLISSE, QUE SI, AYANT CHOISI L'UN DES EXTRÊMES, C'EÛT ÉTÉ L'AUTRE QU'IL EÛT FALLU SUIVRE.

Descartes, DISCOURS DE LA MÉTHODE,
troisième partie.

PRÓLOGO

LEOPOLDO Alas nació en 1852; murió en 1901. Fué fecunda su vida. Profesó el Derecho en una cátedra; ejerció la crítica literaria; compuso cuentos; trazó novelas; realizó una tentativa en el teatro; en su mocedad tuvo asimismo veleidades con la Poesía. La obra de *Clarín* es compleja, varia y profunda. Apasionó en vida su crítica; se le discutió con ardor; se le negó; se le defendió con entusiasmo. Después de su muerte, ha habido como una pausa en el prestigio de *Clarín*. Poco a poco se va viendo ahora que Leopoldo Alas es uno de los espíritus más sutiles y delicados de nuestro siglo XIX. Su fama irá creciendo con el tiempo, y mientras palidezcan y se esfumen muchas figuras, coetáneas de *Clarín*, que pasaron por eminentes, los libros de Alas

—singularmente sus cuentos y novelas— serán gustados y vueltos a gustar por los entendimientos selectos.

¿Cómo vemos a *Clarín*? ¿Cómo podremos categorizar y valorar esta obra tan diversa? La obra de Alas se presenta —a nuestro entender— dividida en varias capas o zonas. Ante todo en Alas vemos lo que el común de los lectores veía y gustaba. Vemos el escritor satírico, el polemista, el autor de mil trabajos ligeros, amenos y agresivos. Sus *paliques* han sido populares en España. *Clarín* los escribía rápidamente, entre los trabajos serios, muchas veces en la mesa de un café provinciano, de un casino. Eran éstos volanderos escritos como un desahogo de su espíritu. Hombre que propendía a la sátira y al propio tiempo intelecto que gustaba de la meditación filosófica, parece como si al salir de una de estas hondas, graves y melancólicas meditaciones, *Clarín* distendiera todos sus nervios y se compensara con el ligero retozo de la melancolía y de la gravedad pasadas. El mundo reflejado en esos *paliques* es un mundo liviano e inconsistente. ¡Qué importa al destino humano el drama chirle de tal

poetastro! Ni ¿cómo tomar en serio, al lado del problema del conocimiento —problema eterno— la novela deleznable de tal romanceador presuntuoso? Riamos —pensaba Alas—; riamos y expansionemos un poco nuestro ánimo...

El segundo aspecto que *Clarín* nos ofrece es el de la crítica seria. ¿Ha sido realmente *Clarín* un crítico literario? Crítico literario que entra dentro de la obra, que nos dice cómo está construída, que lo descompone en sus menudas piezas —al igual de un relojero con un reloj—, y luego la vuelve limpiamente a montar; crítico literario, repetimos, ¿lo ha sido *Clarín*? Se nos antoja que su obra de crítica seria no podrá dar mucha y segura información respecto a la producción literaria más eminente de la pasada centuria. Alas tiene una irreprimible bondad para los más insignes de sus coetáneos. Acaso encontremos más crítica en Revilla que en Alas; acaso —¿porqué no decir seguramente?— nos diga más Revilla de Echegaray, de Nuñez de Arce, de Ayala, de Tamayo, de Campoamor, que Leopoldo Alas. Este espíritu satírico y agresivo ha pasado entre las grandes figuras de su tiem-

po no teniendo para ellas más que flores. ¡Y cuánta superficialidad, cuánta incongruencia, qué falta de observación minuciosa y exacta de la realidad en ese teatro, por ejemplo, de nuestro siglo XIX! ¡Cómo aparecen ahora cual monumentos de pintado cartón lo que antaño semejó de mármoles y jaspes! ¿Y es que Alas no se daba cuenta de la parte flaca y superficial de todos esos grandes hombres que él consideraba y elogiaba? Su gusto era penetrante y exquisito; pero Alas —y esto es lo esencial— aparte de la consideración que pudiera guardar a quienes eran sus amigos o a quienes trataba como maestros, Alas era ante todo, no un crítico literario, sino un filósofo y un moralista.

Y aquí entramos ya en la tercera fase de nuestro autor. Las obras en que *Clarín* ejercita su crítica, le sirven a él no para una demostración de técnica literaria, sino para explayar una enseñanza ética o filosófica. Cuando *Clarín* critica, son sus propias ideas morales las que el autor va exponiendo; la obra, su técnica, su génesis, su desenvolvimiento, es lo de menos; lo importante, lo esencial, es la reflexión filosófica que hace

nacer en el cerebro del crítico. Y los ensayos hallan su complemento en el cuento y en la novela. Singularmente el cuento en *Clarín* es la realización en forma pintoresca de un ensayo moral y filosófico. Lo hemos dicho alguna vez: por lo general, los cuentos de Alas tienen un argumento inverosímil; alguna absurdidad, por ligera que sea, se puede notar en ellos. Pero hay que saltar por encima de tales inverosimilitudes; el autor va derecho a su idea. Y su idea es una lección de moral o de psicología que *Clarín* quiere darnos y hacer patente. Quisiéramos nosotros que los lectores de *Clarín* fijaran su atención en este hecho que señalamos y comprobaran por sí mismos este aspecto de la obra del gran escritor.

Y ahora preguntemos: ¿Cuál es el contenido de la literatura de Alas? Si Alas es un filósofo y un moralista, ¿cuál es su filosofía y su moral? Llegado a la madurez de su intelecto, lector variado y extenso, Alas conservó en la última etapa de su vida una posición equidistante entre las extremas escuelas. Su cuidado era no dejarse arrastrar por novedades brillantes y pasajeras. Ni en filosofía ni en estética quiso nunca ser el

vano y frívolo amador de las modas. Sabía él que, desde Roma, desde Grecia, hay modalidades eternas del pensamiento que no pueden pasar, y en esos sentimientos e ideas perdurables quiso plasmar sus obras literarias. Podemos definir su pensamiento como un *espiritualismo laico*. Concretar, delimitar este espiritualismo sería cosa difícil. El espiritualismo de Castelar —análogo a éste— debió influir sobremanera en Alas. Renan también marcó en *Clarín* su sello. Tal filosofía espiritualista es más sentimental que de la razón. Cuando Castelar se ve dentro de una catedral española, en hora de liturgia espléndida y solemne, se siente conmovido hasta lo más íntimo de su ser. Cuando Alas —hablando de un libro de Díaz Ordóñez— considera toda la larga cadena de antecesores unidos por el vínculo de la religión, siente en su espíritu como una sacudida que de los más remotos abuelos llega, sin discontinuidad, solidariamente, hasta él. Sobre la materia, sobre el accidente que pasa, flota y permanece, a través del tiempo, a lo largo de los siglos, una idea inmortal e infinita que guía a la Humanidad.

Tal es, según nosotros la vemos y ex-

puesta sumariamente, la esencia de la obra de Alas. En este volumen hemos procurado reunir lo más significativo y tópico del maestro. No se trata de un volumen que sirva para estudiar la génesis y desenvolvimiento literario de *Clarín* (puesto que en tal libro hubiéramos tenido que incluir fragmentos desdeñables y con sólo un valor *histórico);* se trata, sí, de un haz de páginas realmente escogidas y en que se halla contenido el espíritu de Alas en su espléndida y llena madurez.

AZORÍN.

Madrid, Mayo 1917.

I

EL SATÍRICO

¡Cuánto ingenio, gracia y donaire ha derrochado Clarín *en sus paliques! Durante mucho tiempo, toda España ha reído de las inepcias literarias fustigadas por* Clarín. *En el* Madrid Cómico *es donde, principalmente, publicó Alas sus paliques. Pero no se tengan estos trabajos como cosa insignificante; en ellos, en su fondo, entre sus líneas, hay un espíritu meditativo, culto, que sabe de muchas cosas y tiene una larga experiencia de la vida. No es ésta la sátira de Larra; en* Clarín *existe un sentido de la oposición espiritual que, si se da alguna vez en Larra, no es de manera sistemática, de la manera que hubiera sido, a vivir más tiempo y a haber visto más cosas. Y esa visión de las cosas espirituales hace que Alas, en tanto que se enfrasca en cosas pequeñas, en minucias, no sea nunca chabacano ni dé en chocarrerías desagradables. Un espíritu elegante que juega: ese es el autor de los paliques.*

PALIQUE DEL PALIQUE

COSAS pretenden de mí, bien contrarias en verdad, mi médico, mis amigos y los que me quieren mal... que también suelen llamarse mis amigos. El romance de Moratín puedo hacerlo mío, no porque la propiedad sea un robo, sino por lo pintiparado que me viene. También a mí los médicos... espirituales me dicen: «¡No trabaje usted tanto! Es decir, no escriba usted tanto, no desparrame el ingenio (muchas gracias) en multitud de articulejos... no escriba usted esas resmas de crítica al por menor; haga novelas, libros de crítica seria... de erudición... y sobre todo menos articulillos cortos... ¡Esos paliques!...» Pobres paliques. Como quien dice: ¡pobres garbanzos!

Otros exclaman: —«Eso, eso, venga de ahí... vengan *paliques; palo* a los académicos; *palo* a los poetastros y a los novelis... *tastros* o *trastos;* en fin, palo a diestro y siniestro.» Algunos de los que esto piden deben de creer que palique viene de palo.

Yo quisiera dar gusto a todos; pero, mientras

cumplo o no cumplo con este ideal, procuro satisfacer los *pedidos* de los editores de mis cuartillas humildes. Porque aquí está la madre del cordero, como decía un químico, explicando el gasómetro en el Ateneo de Madrid, al llegar a no sé qué parte del aparato.

Si se me pregunta por qué escribo para el público, no diré como el otro, «que se pregunte por qué canta el ave y por qué ruje el león y por qué ruje la tempestad» —que también ruje—, etc., etcétera... Mentiría como un bellaco si dijese que no puedo menos de cantar, quiero decir, de escribir, que me mueve un *quid divinum*. El *quid* está en que no sé hacer otra cosa, aunque tampoco ésta la haga como fuera del caso. ¡Si yo sirviera para notario! Entonces no escribiría, a no ser en papel sellado. Me ganaría miles de duros declarando a troche y moche que ante mí habían parecido don Fulano y Don Zutano, que conmigo firmaban, y otras cosas así que no son de la escuela sevillana, ni plagios del Intermezo de Heine, aunque no sean originales, a pesar de constar en el original, o dígase *matriz*. Pero no, señor; no sirvo para notario. Acabo de presenciar unas oposiciones a cierta notaría vacante en mi pueblo. ¡Qué humillación la mía! ¡Qué sé yo, ni podré saber nunca de aquella manera de doblar y coser el papel (y cobrar las puntadas) ni de *pestañas* y márgenes, y... y no hay que darle vueltas; no sirvo más que para *paliquero*, en mayor o menor escala; la diferencia estará en citar o no citar a los *hermanos Goncourt*, como decía una graciosa caricatura de *Madrid Cómico*, en ponerme serio con los serios y escribir párra-

fos largos y hasta algo poéticos, si cabe, o no ponerme serio ni *adjetivar*, pero al fin siempre seré un *paliquero* más o menos disimulado. Así nací para las letras, así moriré. Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, como dice Sancho.

Lo que no admito es que se sostenga, como se ha sostenido, que quiero formar escuela. Lo que yo quiero formar es cocina. Una cocina económica, pero honrada. Yo no soy rico por mi casa ni por la ajena; *pulso la opinión*, como los diputados; y por conducto de los empresarios de periódicos veo que la *opinión* quiere *paliques* y hasta los paga, aunque no tanto como debiera... pues allá van, ¿qué mal hay en ello? «Que me gasto.» ¿Qué me he de gastar? Más me *gastaría* si me comiera los codos de hambre.

Además, no parece sino que los paliques y sus similares tienen peste. ¿Qué culpa tienen ellos, ni yo, de que muchos lectores necesiten que las ideas con verdadera sustancia, serias *per se*, lleven un rótulo que diga: «¡ojo, esto es grave!»? Mi amiga, doña Emilia Pardo Bazán, siempre benévola y parcial en mi provecho cuando se trata de mis humildes papeles, reconoce que la seriedad de las cosas ha de ir dentro, y que la formalidad, ella misma lo dice, es cosa formal; pero añade que pierdo no poco para con muchos por tanto paliquear; que si no fuera por eso me tendrían por un doctor en estética; no, y que lo que es ella me tiene... etc., etc. Muchas gracias; pero ni lo de doctor en estética me seduce, ni yo he de escribir jamás para dar gusto a cierta clase de aficionados

a quien (1) detesto, no por nada, sino porque son tontos más o menos instruiditos. Esto de llamar tontos a muchos, ya sé que es cosa antigua, y que en París la última moda entre ciertos críticos de lo que se titulaba antes la *goma*, es hacerse vulgo, pensar como el *burgués* y reirse de los Flaubert, los Goncourt (ya parecieron los hermanos Goncourt) y demás *románticos realistas* que se rían o ríen de los burgueses, pero yo entiendo, como los diputados dicen también, aunque no siempre con exactitud, que efectivamente, ahora y siempre, y sea moda lo que quiera, hay muchos tontos, y que lo son los que se meten a pedir cotufas en el golfo y que todos escribamos *lectorem delectando*, *pariterque monendo*, y largo y tendido y citando todo lo que sepamos y pueda hacer al caso, aunque no tengamos gracia, ni seriedad, ni intención, ni fuerza, ni trastienda... ¡Ah, la trastienda, mi simpática doña Emilia! Hace falta mucha trastienda; una trastienda que sea un almacén de muchas más cosas de las que se ven en el escaparate. El verdadero crítico ha de ser, además de un literato, un *hombre* (macho o hembra); y cuando los demás literatos (o literatas) crean que los está estudiando como tales, debe estar *analizándolos* en cuanto *hombres* también.

Los paliques, pues, no son malos, si hay trastienda; si no la hay, lo serán... como los discursos

(1) A propósito de este quien. Unos señoritos de Valencia me han escrito un anónimo, o mejor, un *pseudónimo*, censurando el quien por quienes. No les he contestado porque ya lo hizo la gramática hace muchos años. Que la lean.

académicos y las *Summas* y las *Óperas omnias*, que decía el otro, cuando tampoco tienen trastienda.

Así, pues, el que quiera ser franco, que me discuta a mí *per me,* pero no ataque los inocentes paliques, que *per se* no han hecho mal a nadie.

Atáqueseme de frente como un señor que no dice digo sino *Diego*, el cual Diego asegura que unas veces soy un águila, otras veces otra ave, pero siempre una serpiente de cascabel.

Ya Bremón, sin nombrarme, me había *sacado* en muchas fábulas (algunas bonitas de veras) vestido de mosquito, o de hormiga, o de pólipo o cualquier animalejo de poco viso, pero de serpiente no me han visto salir hasta ahora.

Vaya por *Crotalus;* en fin, yo tendré todo el veneno y todos los cascabeles que se quiera, pero digo al señor de Diego y al mundo entero, que los paliques no tienen la culpa de nada, y que con ellos no aspiro a formar escuela ni *crear* un género.

El palique no tiene más definición que ésta. «Es un modo de ganarse la cena que usa el autor honradamente, a falta de *pingües* rentas.» Conque... *paliquearemos*, sin ofensa del arte, ni de la moral, ni de la religión, ni del culto... y clero. Y dispensen mis médicos, mis amigos, y los que me quieren mal.

(De *Palique.)*

LA EDUCACIÓN DEL REY

LOS niños suelen ser monárquicos; a lo menos en tierras que tienen antigua tradición de realeza.

Esta observación no la hago para preparar mi entrada en el partido dinástico, porque yo soy un posibilista de los que han de seguir siempre con Castelar; y como Castelar no ha de pasarse a la monarquía, yo me contento con declamar como Radamés al final de un acto de *Aida:*

¡Sacerdote, io resto à te!

Bueno; pues aunque yo sea republicano vitalicio (y por ello no me doy tono, como no me doy tono por creer que todos los radios del círculo son iguales), reconozco que los niños, a lo menos en España, casi todos son monárquicos.

Verdad es que algunos republicanos hacen gritar a sus chiquitines *¡Viva la república!* como podían enseñar a un loro a ser partidario de la democracia pura; bien; pero yo no soy de esos, y reconozco que a los niños debe de entusiasmarles más el poder de un *rey* (que ellos se figuran siem-

pre y *naturalmente* absoluto), que las funciones armónicas, o el templar gaitas de un Cleveland o un Carnot.

Yo tengo un chiquitín de cinco años que anda siempre muy preocupado con las grandezas del cielo y de la tierra, y suele entablar conmigo diálogos del tenor siguiente:

—Papá; el mar, donde es más hondo, ¿le llegará a Dios a las rodillas?

—Por de pronto, Dios no tiene rodillas...

—Y a los reyes, ¿adónde les llega el agua?...

—Algunas veces al cuello; pero no precisamente cuando el Sr. Vallés y Ribot se vuelve a su bufete y el Sr. Sol se pone en *Acuario*... de cerrajas.

—Quién manda más; ¿Dios, o el rey?

—Positivamente, Dios.

—¿Y quién tiene más años?

—Dios también.

—Y quien manda más; ¿tú, o el rey?

—El rey, hijo. Yo no mando nada.

—¿Tú, nunca fuiste mandón?

—Ni lo seré.

—¿Qué fué lo más parecido a rey que tú fuiste en tu vida?

—Lo más, lo más... concejal y catedrático de entrada.

—¿Y por qué te quedaste a la puerta?

—Porque, según el Consejo de Instrucción pública, «no he escrito libros».

—¿Pues y esos veinte y pico que tienes ahí?

—Esos no los ha leído el Consejo.

—¿Hay algún otro que haya escrito libros y no los haya escrito para ese Consejo?

—Sí, hijo; Menéndez y Pelayo, que vale muchísimo más que yo.

—¿Ese es rey?

—No, es sabio.

—Entonces el Consejo, que no sabe leer, ¿será rey?...

—No, hijo; se puede ser rey y saber leer y se puede no saber leer... y no ser rey.

—¿El rey sabe leer?

—¿Qué rey?

—El nuestro. El de los sellos... ¿Sabe leer?

—Pues hijo... no lo sé... supongo que sí.

—¿Y cómo no sabes eso, una cosa tan importante?

—Ahí verás...

—¿Y el rey sabe gramática? ¿Sabe el rey lo que es pluscuamperfecto de subjuntivo como mi hermano el que tiene ocho años?

—No lo sé.

—¿Cuántos años tiene el rey?

—Siete acaba de cumplir.

—¡Ay, qué pocos! ¡Menos que mi hermano el mayor! ¿Y para qué estudia el rey?

—No lo sé, hijo mío.

—¿Pero estudia? ¿Cuántas horas? ¿Qué libros tiene? ¿Le castiga el maestro? ¿Tiene institutriz? ¿Hace gimnasia como yo? ¿Le hacen hablar en francés antes de saber castellano? ¡Ay, papá, qué soso eres! no sabes nada de lo que sabe o no sabe el rey...

Y es verdad. Nadie habla de eso; y lo que tanto deseaba saber mi muñeco, parece que no le im-

porta aquí a nadie. Todos se enteran de lo que el rey cobra, y nadie quiere saber lo que aprende, que el día de mañana puede ser lo que paga.

—¿Para qué? —me decía ayer, hablando de esto mi amigo Tiberio Graco Fernández, rojo de buena fe, y más astringente que el tanino en materia de política parlamentaria; quiero decir, retraído y obstruccionista como un socio de la tertulia de Esquerdo—. ¿Qué nos importa a los republicanos que el rey se eduque bien o mal, se instruya o deje de instruirse? ¡Para lo que ha de durar la monarquía!

—Mira, Tiberio, replicaba yo; el ser buen republicano no consiste en ver la república en puerta. Yo puedo querer tanto como tú a un amigo ausente, y, sin embargo, dudar si vendrá por la Pascua o por la Trinidad; pues así, el que no cuenta con el triunfo próximo de las ideas que defiende y es consecuente, es más fiel, más leal, tiene más mérito que el que espera la victoria para la mañana siguiente. Los cristianos que siguieron siéndolo después de convencerse de que la vuelta del Mesías iba para largo, acreditaron mejor su fe que los que creyeron que verían a Jesús por las nubes antes de morir ellos en este mundo perecedero... Todo buen republicano debe ser, ante todo, buen patriota; amar la república, no como una fórmula, sino como un bien para la patria; luego el bien de la patria es lo primero: y como el bien del objeto amado debe procurarse con previsión, hay que ponerse en todo, y, entre otras cosas, en lo peor. Supongamos que la monarquía dura y dura... No me dirás que metafísicamente es imposible...

—Metafísicamente... no; pero si hacemos la revolución...

—Como no hagáis la revolución en la metafísica, no me podrás negar que puede durar la monarquía...

—Puede; porque ya no hay caracteres...

—Sea. Como no hay caracteres, puede durar la monarquía; y en tal caso, ¿no importa a todo ciudadano, republicano o monárquico, la educación del rey? Tú mismo has dicho mil veces que un rey, aun constitucional, puede mandar mucho si es listo y enérgico, y es verdad. Sobre todo, en países como España, donde las Cortes se van tras el Gobierno, el rey puede, con sus funciones armónicas, mandar *por tabla* muchísimo. Constitucional o no, un rey bien educado puede hacer mucho bien, y un rey mal educado puede hacer mucho mal.

Pues aquí donde tanto preparamos el porvenir con leyes de mil clases, garantías de todos géneros, ¿quién piensa en ese factor tan importante, como es posible que en lo porvenir lo sea para la suerte de España, la instrucción y la educación del rey? —Se habla mucho (aunque se hace poco) de la instrucción pública, del maestro de escuela. ¿Quién se acuerda del *maestro del rey*?— Se ha dicho que el maestro de escuela venció en Sedán. El maestro del rey puede perdernos en cualquier parte. ¡Cuántas batallas habrá perdido España, que siempre pierde en sus guerras civiles, por culpas de maestros *reales!* —¡Es tan delicada misión la de educar a los reyes! Todo un Bossuet, que escribió un libro inmortal para enseñar las leyes de la his-

toria al *Delfín*, su discípulo, no pudo impedir que el Delfín saliera un mala cabeza, que de haber llegado a reinar, hubiera dado grandes disgustos a su patria.

No basta que la madre de un rey sea buena, porque, si bien es muy importante, no es todo, ni con mucho, la educación por la madre.

Los simples ciudadanos tenemos maestros, además de tener buena madre.

¡Cuánto se estudia hoy lo que debe ser, lo que debe hacer el maestro del simple ciudadano!

¡Y nadie piensa, en el Estado, en tomar en serio, con cuidadosa atención, el asunto de la *escuela* del rey!

—Pero esa desidia es mayor culpa en los monárquicos —dijo Tiberio.

—Ciertamente, mucho mayor. Porque ellos deben reconocer que uno de los defectos de la monarquía consiste en lo mucho que hay que dejar al azar de la naturaleza, que puede hacer que sea bueno o malo el que la ley *a priori* elige para rey; y en vez de enmendar este defecto en lo posible, recordando con Calderón que es *posible vencer a las estrellas*, en vez de enmendarlo por el arte de la educación, añaden casualidad a casualidad, azar a más azar; y no ven, ¡insensatos! que en tanto que ellos disputan y se afanan por vanas fórmulas parlamentarias y por cuatro ochavos de menos o de más, la fortuna ciega puede estar preparando en Palacio, con la urdimbre del hábito, de la sugestión y de la herencia, los más graves problemas de la política futura... las vicisitudes de la vida nacional de mañana...

—De modo que, según tú, importa mucho a todos velar por la educación del rey...

—Sí, a todos: a los republicanos, por si acaso; a los monárquicos, por serlo; a España, de todas maneras.

—Según eso... ahí tienes un destino que podría desempeñar sin desdoro un republicano... posibilista.

—¿Cuál?

—El de maestro del rey.

—Claro que sí, cualquier buen patriota... que además fuera buen maestro.

—¿Admitirías tú el cargo?

—Si lo mereciese, con mil amores.

—¡Tránsfuga!

—Si lo mereciese; pero como no lo merezco...

—Bueno; ¡pues tránsfuga, en pretérito imperfecto de subjuntivo!

(De *Palique.*)

SILVELA EN LA ACADEMIA · LA PASIÓN DE CRISTO POR UN ACADÉMICO (EL P. MIR)

(11 JUNIO 1893)

EL Sr. D. Francisco Silvela ha entrado en la Academia Española, no porque es escritor generalmente correcto, hombre listo y estudioso, aficionado de la erudición histórica; ha entrado como entran todos los políticos: *quia nominor leo*. Si, con valer lo que vale, no fuera además el Tito Labieno del César canovista (Labieno, en efecto; primero lugarteniente, después enemigo), Silvela no sería a estas horas académico... a no ser intrigante y *laudator temporis acti*.

Pero, en fin, no es esto lo que importa. Ahí está, y es claro que sin que nadie le dispute títulos para codearse con sus compañeros, algunos de los cuales no merecen descalzarle, por más que sean bastante humildes para hacerlo.

El Sr. Silvela trató en su discurso de la decadencia del gusto en el siglo XVII. Es uno de esos temas de semierudición a que en España se recurre a falta de una erudición verdadera y prove-

chosa, que no puede improvisarse en nuestro sistema actual de instrucción pública... y privada. En otras partes, en Francia por ejemplo, en solemnidades análogas no se habla del siglo XVII... pero en cambio los académicos, cuando se quitan la ropa de cristianar, y no para ponerse la casaca de ministro, sino el *mandil* del trabajador de archivo y museo y laboratorio, emprenden acerca del siglo XVII, y algunos otros, investigaciones nuevas, con datos positivos, y de los que se saca en limpio algo más que la opinión de un orador parlamentario acerca de los defectos del culteranismo artístico. El Sr. Silvela es discreto siempre, perspicaz, y estas cualidades se muestran en su discurso; pero tiene, como tantos otros políticos metidos a literatos, el defecto de hablar de literatura, como si sólo le hubieran de leer los políticos que no entienden de letras.

Lo mismo que el Sr. Silvela hace el Sr. Pidal, también discreto, también perspicaz y algo leído, pero que no tiene inconveniente en hablarnos de las *tres unidades* como de un dogma auténtico de la preceptiva clásica, y que descubre, como si se tratara de una fórmula electoral, «los tropos de dicción y de sentencia», sin ver que con los *tropos de sentencia* hay bastante para salir *suspenso* en un examen de retórica y poética (1).

El Sr. Silvela ha descubierto que el concepto

(1) Esto no quita que Pidal hable de los que apedrean la puerta de la Academia para franquear la entrada. Supongo que no aludirá a los que disparan cañonazos. Estos mal querrán entrar donde no quieran dejar piedra sobre piedra.

del *gusto*, a lo menos el nombre, lo llevaron a la estética los españoles. Refiérase a Luzán o refiérase al P. Andrés, olvida el Sr. Silvela que, por ejemplo, Addison, mucho antes que escribieran el P. Andrés y Luzán, hablaba ya del *gusto (taste)*, como lo prueban los comentarios de Ruskin. Además, el Sr. Silvela reduce la idea del gusto a un respecto estrecho y negativo, de límite, de medida y proporción, siendo así que la idea del *gusto* abarca mucho más, y ante todo es positiva, directa, cualitativa y no cuantitativa y geométrica. De no entenderlo así, sino como el Sr. Silvela, han venido al arte erudito de todos los tiempos grandes males; a ese concepto limitado y negativo del gusto se debe acaso el que llevase el neoclasicismo la peor parte en su lucha con el romanticismo, a pesar de que en tantas cosas era el primero superior a su contrario.

De todas suertes, el discurso del Sr. Silvela no es una vulgaridad académica como tantas otras piezas de su género; así como la contestación de Pidal es elegante y elevada, viva, y demuestra talento y graciosa malicia. No son sabios, pero son mozos de provecho y que saben presentarse. Para los salones literarios que quiere restaurar la señora Pardo Bazán, ni pintados.

El P. Mir, académico también, ya es otra cosa. Este ya habla en griego, y hasta en hebreo si le apuran, y hasta parece que ha leído su poco de exégesis... según Gottinga, por supuesto. Si fuéramos a creer al P. Mir y un grabado con que termina su *Historia de la Pasión de Jesucristo*, en

Roma se conserva la famosa inscripción de la Cruz con sus tres leyendas; y el Sr. Mir nos da un facsímile y se queda tan fresco. Este grabadito es un símbolo del valor crítico del libro del padre Mir, obra anfibia, demasiado fría y gárrula para piadosa, y demasiado vulgar y superficial y de erudición de tercera o cuarta mano para científica.

La mayor parte de este volumen, de 630 páginas, parece un modelo para sermones de aldea; es pura hojarasca de falso entusiasmo místico, en que se dan de bofetones giros y modismos imitados de los clásicos con terribles adefesios del autor, *modernísimos* solecismos y barbarismos que prueban que el P. Mir no conoce, v. gr., el significado de verbos como asir, circuir y perdonar, y que a veces hacen sospechar que el clérigo español le tomó al clérigo inglés que recientemente escribió de la vida y tiempo de Jesús, hasta formas gramaticales, buenas en el idioma británico, pero no en castellano.

Hay ocasiones en que es más *nacional* el P. Mir, y es cuando nos recuerda la oratoria de los tiempos de *Fray Gerundio de Campazas*. Así, por ejemplo, llama a Dios condescendiente y habla del *prestigio de la cultura* de Jesucristo. Creo que sea la primera vez que se llame *culto* al Señor y se atribuya su influencia sobre el pueblo judío a sus buenas letras. El P. Mir, siguiendo una costumbre que fué espontánea y disculpable en los primeros siglos cristianos, no vacila en excitar la piedad inventando lo que bien le parece, y habla de la Pasión de Cristo como si hubiera sido él testigo presencial; y no vacila en añadir circuns-

tancias meteorológicas y climatéricas al relato de los evangelistas. Habla, por ejemplo, el P. Mir del mucho calor y del mucho frío que hizo en Jerusalén el día de la Pasión, y ningún evangelista dice palabra a este respecto. Tanta autoridad tiene el P. Mir para tales afirmaciones como tuvo el que inventó la calumnia relativa al soldado romano Pantero. Debiera comprender el P. Mir que nuestros tiempos, después de tanta crítica, no son los más a propósito para añadir pormenores a la leyenda cristiana, ni mucho menos para pretender aumentar los datos auténticos históricos relativos a la narración evangélica. Los tiempos de Eusebio y de San Ireneo nos aventajaban en fe, pero hoy la ciencia ha demostrado que en esas épocas la misma piedad conducía a padecer ilusiones en materia de crítica, como lo demuestra, por ejemplo, el ilustre Zeller en su trabajo acerca de Baur, haciéndonos ver, v. gr., ciertos errores innegables del citado San Ireneo respecto de ciertos monumentos cristianos. Pues si esto hay tocante a esos antiguos escritores piadosos, ¿qué hemos de decir de las demasías de un P. Mir, a quien no disculpa la cándida buena fe con que en tan remotos siglos se sacrificaba el rigor histórico al buen propósito de piadosa propaganda?

¿Qué quiere el P. Mir que pensemos, por ejemplo, de los detalles naturalistas y de novelista psicólogo con que nos describe *el estado de alma* de Judas apóstol momentos después de vender a Cristo y momentos antes de ahorcarse? ¿Cree el P. Mir que esas cosas se escriben A. M. D. G.? Pues no hay tal, porque lejos de edificarnos esos

párrafos de folletín, nos recuerdan cierta famosa profanación de Dumas, padre, en que aparecen los personajes del drama evangélico hablando en diálogos semejantes a los de *Los tres mosqueteros.*

El P. Mir ha oído campanas... Cierto es que siguiendo la huella de Renan, aunque sea con el propósito de servir de triaca, hoy sacerdotes y legos escriben mucho acerca de la vida de Jesús en forma científica y artística, dando a la historia todo lo que es suyo y a la poesía y a la verdad arqueológica todo lo que se puede. En este sentido se ha enriquecido la literatura histórico-religiosa de estos últimos años con obras como las del inglés Eclerchein, a quien el P. Mir conoce, la del alemán Hugo Delff *(Historia del Rabbi Jesús de Nazareth)* y las del P. Didon y el italiano Bonghi.

Pero el P. Mir, si ha querido seguir este camino... no ha medido sus fuerzas. Su libro es deplorable por multitud de conceptos; y mi buen amigo el señor obispo de Madrid-Alcalá, D. José María Cos, antiguo *magistral* en la catedral de *Oviedo*, tal vez no hubiera dado la licencia que va al frente del volumen, si hubiera reflexionado que no sólo perjudica a la Iglesia quien escribe contra la razón. Se ha dicho: *opportet heresses esse*... pero no que convenga defender a la Iglesia con *herejías* históricas, retóricas, gramaticales y críticas.

(De *Palique.*)

CÁNOVAS TRANSEUNTE

Mientras yo relato el cuento
de cómo vos conocí.

(N. SERRA.)

NO recuerdo si corrían los últimos días de abril o los floridos de mayo, ni del año podré decir sino que era uno de los cinco primeros de la restauración de Alfonso XII.

Sobre la calle de Alcalá, volaban nubecillas tenues como una espuma de las olas de azul de allá arriba. Madrid alegre, salía a paseo y se parecía un poco al Madrid que soñó Musset, con sus marquesas *à l'œil lutin*, sus toros... embolados, sus serenatas, sus *escaleras azules* y demás adornos imaginarios. Cuando Madrid toma cierto aire andaluz en los días de sol y de corrida, parece lo que no es, y el que ha vivido allí algunos años se abandona a cierta ternura *patriótica*, puramente *madrileña*, que no se explica bien, pero que se siente con intensidad. Eran las tres o las cuatro de la tarde; atravesaba el que esto escribe la calle, yendo de Fornos al Suizo, y en la ancha acera,

debajo de los balcones de *La Gran Peña*, vió de cerca, por primera vez en la vida, a D. Antonio Cánovas del Castillo; el cual, olvidado al parecer de cuanto le rodeaba, ponía el alma entera en su íntima plática con una de las mujeres más hermosas que podían pasearse por la corte. Aunque la comparación esté muy manoseada, parecía una virgen de las más bellas del Museo, que había saltado de su cuadro y había salido a tomar el sol por las calles alegres de la villa. Era rubia, más bien alta que baja, muy esbelta, de cabeza pequeña y modelada a lo divino; cabeza en que el oro tomaba un reflejo de aureola. Era una mujer de *ambiente espiritual;* y tanto, que metido en su zona D. Antonio, que se acercaba bastante, también tomaba sus tintes ideales, y a pesar del bigote de blanco sucio y de púas tiesas, y a pesar de los ojos que bifurcan, y a pesar del mal torneado *torso*, y del pantalón prosaico, muy holgado y con rodilleras, no *desentonaba* el grupo por completo, ni mucho menos pasaba a la categoría de chillón contraste.

Como la dama no sé quién era, y en todo caso el ser amado no deshonra, y como el Sr. Cánovas es libre y puede contraer justas nupcias, y, por tanto, usar de todos los derechos que para el ejercicio de ese son necesarios, no habrá indiscreción en decir que a mí se me figuró ver en los ojos del ex presidente del Consejo de Ministros algo muy semejante al amor, si no era el amor mismo. Y tal como la bien avenida pareja de palomas se esponja al sol, o bañando las erizadas plumas en las gotas de lluvia fresca y sutil, y en tanto el

macho arrastra la cola, caracolea y sacude ondulante el cuello hinchado, de donde salen suaves murmullos de pasión perezosa, así Cánovas y la virgen del Museo se esponjaban al sol de la calle de Alcalá, ella, coqueta a la inglesa, él, galán como el más pintado de Lope.

Como el palomo del símil, D. Antonio llegó al extremo de girar en redor de su desconocida (es decir, de *mi* desconocida), no sin tomarla antes una mano, como quien hace que se despide y se queda. No sacudía aquella mano, según la moda grosera de entonces, sino que entre las dos suyas la sustentaba con disimuladas caricias... Y la conversación seguía en tanto animada, pienso que espiritual, pues lo era la sonrisa en ambos. No había allí escándalo ni con cien leguas, que esto tiene el saber hacer las cosas; ningún transeunte paraba la atención en el grupo, ni mucho menos los del grupo en los transeuntes. Sólo yo era allí atento espectador, sin cuidarme de disimular mi curiosidad, pues ni la dama ni el galán veían cosa que no fuera ellos mismos. Llegó el momento de separarse; D. Antonio habló al oído de su amiga, hubo un apretón de manos, *callado*, serio, sentimental por lo fuerte; y prolongando el roce de los guantes con la carne al separarse los dedos, al fin se fué cada cual por su lado, sin volver ninguno la cabeza. El rostro de la hermosa cambió de expresión en seguida, en cuanto dió ella el primer paso calle abajo; la sonrisa ideal había desaparecido; en aquellos ojos y en aquella frente sólo se vió la seriedad prosaica, hasta donde puede ser prosaica una divinidad, de la reflexión fría y aten-

ta. La virgen del Museo se convirtió como por encanto en la *Musa de la aritmética*. A lo menos tal me pareció. Pero no pude seguirla, porque el personaje principal para mí era el otro, Cánovas, que tomó por la calle de Sevilla. Él seguía sonriendo a sus imágenes, llevaba la cabeza erguida, miraba al cielo, y de puro distraído no contestaba a los saludos exagerados de tal cual transeunte que le reconocía. Algunos, después de pasar a su lado, se volvían para admirar no sé si al grande hombre o al gran Presidente del Consejo.

Al llegar a la Carrera de San Jerónimo, torció a la derecha, camino de la Puerta del Sol. Era su andar como el de azotacalles distraído que no sabe a dónde va, ni le importa ir a un lado o a otro. A los pocos pasos atravesó la calle y se detuvo ante el escaparate de la que es hoy librería de Fe, y que entonces era, si mal no me acuerdo, de Durán todavía.

Con la atención codiciosa de una dama que registra detrás de los cristales las joyas acostadas en muelle cama de terciopelo, Cánovas, torciendo un poco la cabeza, gesto de miope, leía los rótulos de los libros nuevos, y tal vez olvidaba un punto las dulces emociones que desde el Suizo venía saboreando. Después que leyó todos los letreros que quiso, dió un paso hacia la puerta de la librería, echó mano al picaporte..., pero lo soltó en seguida, cambió de idea, y siguió andando. Iba como antes, sonriendo; pero su sonrisa era ya más complicada.

No cabía duda; el presidente saboreaba con deleite la vida aquella tarde: me precio de observa-

dor mediano, y aquella mirada vaga y alegre, aquel andar ondulante y otros signos que se ven y no se describen, me revelaban el pensamiento del gran hombre, es decir, del gran Ministro.

Cánovas tiene bastante imaginación para gozar de esa perspectiva espiritual en que hay como una síntesis de los placeres, de la alegría, de los bienes que nos han tocado en suerte. Suele provocar este delicioso espectáculo del panorama de nuestra dicha la feliz conjunción de algunos fenómenos halagüeños que, como en la obra de arte, en la novela, en el drama, se juntan a veces en la vida de tal forma, que se hacen transparentes, significativos y sugestivos a la par; y convertidos en símbolos, y sugiriendo mil ideas de color de rosa, nos llevan al éxtasis egoísta, tal vez el más intenso, que nos tiene amarrados por horas o por días al engaño de ver el mundo como hecho para nosotros, bueno, suave, risueño, preparado por Dios como el escenario de un drama para el interesante espectáculo de nuestra feliz existencia.

Cánovas, sin duda, se contemplaba con deleite aquella tarde en que se daba asueto, y a pie, como cualquiera, recorría las calles, y ora tropezaba con el amor, ora con el arte, con la poesía; es decir, con sus aficiones más intensas, según él, aunque en esto haya ilusión probablemente.

También, para mí, el paseo de Cánovas tenía algo de simbólico, en el sentido más alto en que el símbolo significa tal vez la forma más pura y esencial de las cosas.

Era aquella una escapatoria del hombre de

Estado, del ser oficial, abstracto según la ley, que representa, como un maniquí, personificaciones acaso falsas aun en idea; era la escapatoria del jefe de un Gobierno, que se reconocía hombre en un rato de buen humor.

No todos los jefes de Gobierno son capaces de ser hombres además. Por supuesto, dando al *homo* un valor que no alcanzan la mayor parte de los que, por ser bimanos e implumes, ya quieren entrar en tan rara y elevada categoría. Haced a Romero Robledo presidente del Consejo, y será incapaz de ser ya otra cosa en su vida.

Cánovas, sí; Cánovas es algo más que un político, es decir, más que un artefacto de palo con juego en las manos, en los pies, en el espinazo y en la lengua; Cánovas es además un hombre. Aunque llegara el tiempo fabuloso en que se encargaran de la cosa pública las personas, las verdaderas personas exclusivamente, Cánovas podría continuar siendo político.

Pues bien, aquella tarde sacaba a paseo al *hombre* que lleva dentro del uniforme de ministro, y a los pocos pasos encontraba a la *mujer*, sanción de todo mérito, único premio cierto de toda ambición grande.

No se haría la ilusión D. Antonio de que le querían por su cara bonita, como se dice familiarmente; pero no padecería su amor propio aunque le quisieran por su grandeza, por el brillo de su posición y por la gracia de su talento, de su donosura mundana. Ser amado por lo mismo porque se sirve para modelo de un pintor, podrá ser halagüeño; pero la mujer también sabe apreciar

otras bellezas, especialmente la mujer más digna de ser amada, la que piensa y siente con originalidad y delicadeza, un tanto desprendida de los groseros instintos, superior en parte a la tendencia animal del sexo.

Legítimamente podía D. Antonio ir satisfecho de sí mismo, como un *Don Juan espiritual*, por lo menos... Además, la dicha no se analiza tanto. Todas las cosas, descomponiéndolas demasiado, se reducen a átomos insípidos, incoloros e inodoros. El átomo es una cosa que, de puro insustancial, quizá no existe. D. Antonio no tenía para qué valerse de esa química psicológica que han inventado los taciturnos, los misántropos, buscando la fórmula probable del amor que inspiraba. En parte se le querría por poeta, en parte por hombre rico, en parte por hombre influyente, en gran parte por caballero cumplido, en otra no menor por galán de ameno trato, de conversación chispeante, por perfecto hombre de mundo, que es además hombre de Estado, por orador del Parlamento, por autor del prólogo a *Los dramáticos contemporáneos* de Novo y Colson... ¡Sabe Dios! ¡Se le podría querer por tantas cosas!... El hecho era que se le amaha. No: no tenía cara de analizar en aquellos momentos el ilustre transeunte.

Primero la mujer... después las letras...

(De *Cánovas y su tiempo.*)

II

EL CRÍTICO

Clarín *ha hablado de Galdós, Pereda, Menéndez Pelayo, Echegaray, Castelar, Núñez de Arce, Campoamor... Tal vez su mejor fragmento de crítica es el ensayo que compuso sobre Galdós. Nuestro siglo XIX está sin desbrozar; habrá que rebajar mucho, por ejemplo, de un Tamayo, considerado en su tiempo como «el mejor dramaturgo del siglo». La crítica de Alas, sin ser técnica, será, con todo, un complemento importantísimo de los juicios de Revilla y otros ingenios. Alas, como crítico, nos ofrece el espectáculo de una transición entre las viejas y oficiales adoraciones (la adoración a un Ayala, a un Alarcón, a un Tamayo, a un Balart, etc.), y el sentido novísimo y demoledor de la generación que viene después de él. Hay aquí un sentido de restricción y de protesta; pero al mismo tiempo queda algo de concesión a unas valoraciones creadas por un público y un periodismo sin independencia ni discernimiento crítico.*

GALDÓS

SE ha dicho, en general con razón, que la novela es la *épica* del siglo, y entre las clases varias de novela, ninguna tan épica, tan impersonal como esta narrativa y de costumbres que Galdós cultiva, y que es hasta ahora la que ha producido más obras maestras y a la que se han consagrado principalmente los más grandes novelistas. El que lo es de este género es... todo lo contrario de un Lord Byron, el cual, como se ha dicho hasta la saciedad, y con razón en conjunto, viene a hablar de sí mismo en *casi* todas sus obras, y es, según frase de un crítico, como un torrente profundo que corre entre altas paredes de peñascos, en un cauce estrecho. Se ha dicho también que el gran arte es, en suma, crear almas, y se puede añadir: para el novelista propiamente *épico*, crear almas... pero no a su imagen y semejanza. Adán se parece a Jehová Eloím demasiado, o tal vez más exactamente, Jehová se parece demasiado a Adán; aquí hay lirismo. En la novela, como la escribe casi siempre Balzac, o Zola, o Daudet, y aun Tolstoï, o Gogol... o Dickens (aunque éste es más *lírico*), o Galdós,

por muy sutil que sea el análisis que se aplica a encontrar el alma del autor, en la de los dos personajes, hay que reconocer que los más de éstos nada tienen que ver con la *realidad* psicológica del que los inventó. Cierto es que el artista, aun el más épico, siempre saca mucho de sí, *se copia*, *se recuerda*, pero también existe el *altruísmo* artístico, la facultad de trasportar la fantasía con toda fuerza, con todo amor, a creaciones por completo transcendentales, que representan tipos diferentes, en cuanto cabe diferencia, del que al autor pudiera representar más aproximadamente. Esta facultad, que es de las más preciosas en grandes novelistas de este género, en los poetas épicos, en los grandes historiadores y en los grandes pensadores y políticos, esta facultad la posee Galdós en grado que alcanzan pocos, y es, con la gran imparcialidad de su espíritu sereno (en cuanto cabe) lo que más contribuirá a dar larga vida a sus obras.

Por todo lo cual, no es posible, sin grandes temeridades, inducir por los libros de nuestro *autor* mucho de lo que pudo haber sido en su infancia... y más adelante. Sólo diré en este punto, que acaso acaso en los juegos de Araceli en la Caleta de Cádiz, en los arranques de Celipín, en la hija de Bringas y sus jaquecas llenas de fantasías, en las visiones de Miau mínimo y en otros fenómenos y personajes semejantes, de los 42 tomos de novela escritos por Galdós, se podría, rebuscando y aventurando hipótesis y *trasportando* circunstancias, encontrar algo de la niñez del que es hoy *don Benito* para sus íntimos.

De lo que no hay ni rastros en sus novelas es

del sol de su patria, ni del sol, ni del suelo, ni de los horizontes; para Galdós, novelista, como si el mar se hubiera tragado las Afortunadas. Este poeta que ha *cantado* al mismísimo arroyo Abroñigal, y que se queda extasiado —yo le he visto— ante el panorama que se observa desde las Vistillas; que cree grandioso el Guadarrama nevado (como don Francisco Giner)... jamás ha escrito nada que pueda hablarnos de los paisajes de su patria; no sueña con el sol de sus islas... a lo menos en sus libros. Jamás ha colocado la acción de sus novelas en su tierra, ni hay un solo episodio o digresión que allá nos lleve; es en este punto Galdós lo contrario de Pereda, su gran amigo, que se parece al Shah de Persia en lo de llevar siempre consigo tierra de su patria. Aun sin trasladar a las Afortunadas a sus personajes, podría Galdós decirnos algo de las impresiones que conserva, como poeta que de fijo fué en sus soledades y contemplaciones de adolescente, de los paisajes de la patria; pero como es el escritor más opuesto, en todos sentidos, a lo que llamamos el *lirismo*, en la acepción más alta y psicológica; como en vez de hacer que sus personajes se le parezcan pone todos sus conatos en olvidarse de sí por ellos y ser, por momentos, lo que ellos son (siguiendo en esto el buen ejemplo de Dickens que hasta imitaba, ensayándose al espejo, las facciónes y gestos de sus *criaturas);* no hay ocasión, en ninguna de las obras de nuestro novelista, para esos saltos de la fantasía por encima de los mares y de los recuerdos. Galdós, en suma, es en sus obras completamente peninsular. La patria de este artista es Madrid; lo es por adopción,

por tendencia de su carácter estético, y hasta me parece... por agradecimiento. Él es el primer novelista de verdad, entre los modernos, que ha sacado de la corte de España un venero de observación y de materia romancesca, en el sentido propiamente realista, como tantos otros lo han sacado de París, por ejemplo. Es el primero y hasta ahora el único. A Madrid debe Galdós sus mejores cuadros, y muchas de sus mejores escenas y aun muchos de sus mejores personajes. Si los novelistas se dividieran como los predios, se podría decir que era nuestro autor novelista *urbano*.

Aunque en una y otra de sus obras nos habla del campo, especialmenie en *Gloria* y en *Marianela*, y á saltos en muchos de sus *Episodios nacionales*, bien se puede decir, en general, que Galdós no es principalmente paisajista, como lo es, por ejemplo, su amigo el insigne Pereda. Y por cierto que esta palabra paisajista, muy usada en el sentido traslaticio, tomándola de la pintura para la poesía, no es exacta en el sentido que yo quiero exponer aquí; el escritor paisajista es el que ve en la naturaleza el panorama y tambien el *modelo* de retórica, el que habla de la naturaleza a lo pintor, y así tan sólo. Pero hay algo más que esto en el poeta de la naturaleza, que no sólo la pinta sino que la siente *por dentro*, pudiera decirse; ve en ella, además del cuadro, una música, una historia, casi casi un elemento dramático. En Pereda, en Tolstoï, v. gr., hay todo eso. Galdós no es así; si pinta bien el cielo, los horizontes, montañas, mares, valles y ríos, árboles y mieses, no es por especial vocación y con preferencia y con lo más exquisito

de su arte, sino cuando el caso necesariamente lo pide, y porque su gran imaginación y pluma hábil se lo dejan describir bien todo. Pues por todo eso, por no ser Galdós paisajista, o mejor *naturalista* (ya se comprende en qué concepto hablo ahora), no hay en sus libros reminiscencias de su patria. No se trajo este poeta pegada a la retina la imagen del sol de sus islas. Por eso no desprecia los gorriones, ni los chopos, ni las demás vulgaridades de la naturaleza *burguesa*, podría decirse, que se encuentra en los alrededores de Madrid v. gr., como despreciaba sus similares de París Teófilo Gautier, refiriéndose a un poeta que ha vivido en Oriente.

Podría resumirse en un rasgo general (no rigorosamente exacto, pero sí comprensivo de lo más de la idea), lo que vale la naturaleza en las novelas de Galdós, diciendo que es... el lugar de la escena, que representa esto o lo otro. La naturaleza en sus libros rara vez aparece sola, cantando esa gran música instrumental en que el hombre no interviene, o entra a lo sumo como accidente en la general armonía; y esto mismo se da la mano con la calidad del eminente *antilirismo* que ya he notado en el arte de Galdós. Como la Odisea, a pesar de ser una serie de viajes por el Mediterráneo, no pinta la hermosa naturaleza sino como fondo del retrato de Ulises, y casi también como en Shakespeare, la naturaleza *decorativa* acompaña al hombre para acabar de explicarlo, para darle asunto en que muestre cómo vive, cómo siente, cómo piensa; así en la novela de Galdós, las llanuras de Castilla, las montañas del Norte y los horizontes claros y los cielos puros de Andalucía acompañan a sus perso-

najes, y por ellos salen a la plaza, y a ellos se subordinan en el orden estético, siendo, en fin, todo lo contrario de lo que viene a suceder, v. gr., en *El sabor de la tierruca*, de Pereda, para dar un ejemplo de que todos pueden acordarse.

Dicho todo esto, en digresión más o menos enlazada con el hilo del discurso, queda visto lo necesario para comprender por qué no hará mucha falta en novelista como Galdós conocer muy a fondo y con pormenores lo que fué de su vida en su tierra y lo que aún ve de ella, cuando cierra los ojos y recuerda la niñez y la adolescencia, ya lejanas.

(De *B. Pérez Galdós.*)

EL TEATRO ESPAÑOL

Y por aquellos días, digo yo, interrumpiendo a mi *Virgilio* en este viaje de recuerdos de la vida artística de Rafael Calvo, por aquellos días llegó a la villa y corte de D. Amadeo de Saboya un pobre estudiante, licenciado en Derecho, que venía a hacerse *filósofo* y *literato* de oficio y a contemplar y admirar a todas las *lumbreras* de la ciencia, del arte y demás, que en su sentir pululaban en la capital de las Españas. El cual estudiante, en cuanto se quitó el polvo del camino, y sintió el *horror* de la posada madrileña, y gimió un poco a sus solas por la madre ausente, se fué derecho al paraíso del Español, a buscar en la poesía un consuelo para la nostalgia, o llámese morriña; pues el estudiante era gallego, o poco menos: era asturiano. El arte, como el cielo estrellado, es una patria común para todos los desterrados; todos los que somos del mismo hemisferio, mientras de él no salimos, tenemos en la *noche serena* la mitad del *paisaje* de nuestra tierra, dondequiera que vayamos; el que tenga la sana costumbre de mirar arriba, lleva este consuelo dondequiera consigo, pues

la poesía es igual, es un refugio del alma triste, ausente de las almas y de la tierra de sus amores. De mí, o sea del estudiante del cuento, sé decir que por aquel tiempo de la *primera salida* en busca de aventuras literarias y filosóficas, en aquel Madrid que me parecía tan grande y tan enemigo en su indiferencia para mis sueños y mis ternuras y mis creencias, encontraba algo parecido al calor del hogar... en el teatro y en el templo. Me consolaba dulcemente entrar en la iglesia, oir misa, ni más ni menos que en mi tierra, y ver una multitud que rezaba lo mismo que mis paisanos, igual que mi madre. Otro refugio era el teatro, pero no cualquier teatro; no aquellos en que había cualquier cosa menos poesía. Mi teatro fué desde la primera noche el Español, donde se hablaba en verso más o menos çastellano; donde un joven delgado y de piernas poco firmes, con cara de viejo, que parecía llorar, por el gesto con que declamaba, me hizo sentir un *temblor nuevo*, como dijo Víctor Hugo hablando de Baudelaire; no porque el joven tuviera que recitar maravillas, sino por el timbre de su voz y por las cadencias de su *canto*.

Sí: era *La Beltraneja*, de los señores Retes y Echevarría, lo que estaban representando: que me parta un rayo si yo recuerdo del drama cosa de provecho, aunque desde luego me atrevo a jurar que era malo; pero de todos modos, para mí fué una revelación; en mi pueblo no había visto jamás cómicos tan limpios, *decoraciones* tan *decorosas*, palacios como aquellos, que eran por sí solos, a mis ojos, poemas de romanticismo arqueológico. Rafael Calvo, a quien yo confundía al principio

con los demás, empezó a destacarse en mi atención poco a poco; aquella voz vibrante, llena de pasión mal contenida; aquellas piernas temblonas, aquel gesto de dolor y los ojos punzantes y fogosos, me interesaron pronto y me hablaron de una manifestación plástica del romanticismo dramático tan amado, que ya podía vislumbrar tal como era. ¿Es joven, es viejo?, me preguntaba contemplándole. Desde el *Paraíso* no se podía discernir este punto con seguridad. Ello fué que llegaron unas quintillas, famosas por aquellos días, en que Rafael Calvo, ripio arriba o abajo, comenzaba diciendo:

Bella, garrida, lozana,
como la flor mas gentil,
vi en el campo a vuestra hermana
una mañana de abril.

No respondo de que la quintilla primera fuera así exactamente —y ahora me hago cargo de que no podía ser así, porque eso no es quintilla: falta un verso—; de todas maneras, yo no estaba para detenerme a analizar si había ripios o no, si aquello era una sarta de vulgaridades; mi corazón, que echaba de menos a mi madre, y de más a la patrona, no estaba para retóricas; necesitaba amor, y en su ausencia, poesía; y aquellos versos, cantados tan dulcemente, me llegaban al alma, me hacían compañía, me *hablaban de allá*. ¡Dios le pague a Rafael Calvo aquellos momentos en que su voz fué para mí como un regazo! En vano a mi lado Armando Palacio y Tomás Tuero, que ya tenían su aprendizaje de Madrid, se reían de *La Beltraneja* y de quien la inventó, a mandíbula batiente; ellos juzgaban como *críticos* que salían ya del cascarón,

yo por entonces creía en Chateaubriand y en las quintillas, fuesen como fuesen...

Calvo fué el primer actor bueno que yo vi; no sabía yo entonces que había de ver muy pocos más.

El lector que haya llegado hasta aquí, no tiene derecho a quejarse de esta digresión *lírica*, pues ya está advertido desde un principio de que voy a ser todo lo *subjetivo* que bien me parezca.

Todo espíritu es una página, o muchas, de la historia de los demás con quien ha vivido en el mundo. En la historia de Calvo he llegado al tiempo en que mis recuerdos son documentos auténticos, para mí, de la vida de aquel artista.

Cada alma debe mucho a otras almas; y yo, en mis cuentas psicológicas, que llevo por partida doble, procuro ir apuntando lo que en mis adentros influyeron los hombres que tenían algo que enseñarme, y algo que hacerme pensar o sentir.

Yo recuerdo, por ejemplo, lo que debo a Salmerón, a Francisco Giner, a Campoamor, a Castelar, a Moreno Nieto, a la Nilsson, a la Sara Bernhard, a D. Francisco Canalejas... y cada una de estas *deudas* me serviría para escribir algo de la *semblanza* de esos personajes.

Calvo es uno de los artistas que tienen historia, y larga, y no poco importante en las crónicas de mi corazón y de mi fantasía.

Lo mejor que yo podría decir de Calvo lo diría copiando fielmente estos apuntes *interiores*.

Pero, ya que esto no sea, procuraré mezclar en oportunas dosis lo *épico* y lo *lírico*...

A *La Beltraneja* de Retes siguió un drama del

director *técnico* de la compañía, del Sr. Larra, que cosía y ponía el hilo, pero no de balde. Se llamaba aquello *El Caballero de Gracia*, y, si no recuerdo mal, que puede ser que sí, aunque la ocurrencia dramática del autor de tantos disparates era detestable, como todo lo suyo, ¡qué se yo!... tenía... así... una cierta poesía... disparatada, que a mí por entonces no me cayó en saco roto, sin duda porque Calvo me encantaba con la magia de su declamación.

El público acabó de comprender que Calvo estaba por encima de los demás actores de la compañía, a muchos codos, y Rafael quedó proclamado, sin más, desde entonces, *primer galán* del teatro Español. El *sansimonismo* teatral del señor Roca no rezó más ya con él y no se le obligó a hacer, además de primeros papeles,

a veces el entremés.

Y dice *mi* cronista: «Con influencia ya en la dirección de la compañía, mostróse paladín del teatro clásico español; sacó del olvido las principales obras de Calderón, Lope, Tirso, Alarcón, Rojas y Moreto. Hizo admirar la grandiosa concepción de *La vida es sueño*, y prensa, autores y público le saludaron como a regenerador del teatro nacional».

Es claro que no se ha de admitir al pie de la letra lo que dejo copiado; pero en el fondo tiene mucho de verdadero. Las principales obras de Calderón, Lope, Tirso, etc., no yacían en el olvido; los que llamamos *doctos* las leían; algunos jóvenes entusiastas de la poesía, las leían también;

los doctores alemanes escribían *tesis doctorales* con motivo de algunos de esos dramas; pero es lo cierto que estaban muy lejos de ser populares. Y Calvo hizo grandes y nobles esfuerzos para que lo fueran, y en ciertos límites se puede decir que por algún tiempo consiguió su propósito. No fué *un regenerador del teatro nacional*, porque para tamaña regeneración no basta que un cómico insista en representar obras del teatro antiguo, poniéndolas en escena con el mayor esmero que cabe dentro de las miserables condiciones de nuestra vida artística, y haciendo con genial arranque el papel que le toca. A Calvo no le acompañaba en las tablas más que un artista digno de secundar su meritoria empresa; era una actriz, Elisa Boldún. (No se ha de contar aquí a Mariano Fernández, que había de reducirse a los humildes papeles de gracioso.) Las demás mujeres y los demás hombres con que podía contar eran... (e. p. d.) el Sr. Catalina, v. gr.; pero ¿dónde ha habido cosa menos romántica y menos a propósito para palingenesias teatrales que el Sr. Catalina, que se deleitaba representando *Física experimental*, de Rodríguez Rubí; *Los soldados de plomo*, de Eguílaz, y otras *creaciones* semejantes? No recuerdo si Morales también ha muerto; pero de todos modos, tampoco se podía contar con él para recitar quintillas y décimas, de las buenas, de las antiguas, como Dios manda. Solo, solo estaba Calvo, y así no se regenera un teatro, y no se regeneró. Además, aunque se hubiera podido encontrar actores suficientes, muchos como Rafael, un público bien preparado, un Gobierno capaz de entender su obliga-

ción en este punto, una crítica ilustrada y de gusto y otros elementos necesarios para resucitar dignamente a la vida de la escena el teatro que es nuestra gloria... aun esto no podía ser una regeneración del teatro nacional. Para ésta, lo primero que se necesita son poetas; no basta con cómicos, y menos con un cómico solo.

(De *Rafael Calvo y el teatro español.*)

CAMUS

I

NO hay más remedio: tienen que ir muriéndose todos, y no por esto hay motivo para ser pesimista, ni vale llamarse a engaño; desde muy niños empezamos a persuadirnos de que somos mortales. ¡Ay! Sí; pero una cosa es creer en la necesidad lógica y ontológica de la muerte, a pesar de las graciosas e ingeniosísimas paradojas de esperanzas de eternidad epitelúrica del pobre Guyau (que ya se murió *también);* una cosa es saber que *morir tenemos*, y otra cosa es ir viendo la muerte, alrededor nuestro, cómo va matándonos la parte de corazón que tenemos desparramada por el mundo, y cómo se va acercando, acercando, afinando la puntería, hasta herir en el misterioso centro en que lo sentimos todo. No hay que ser pesimista, es verdad; digámoslo dando voces para animarnos los unos a los otros, como gritan, para entenderse entre los bramidos de la tempestad, los marineros náufragos que juntan en un solo esfuerzo el valor y la energía de todos para

luchar más tiempo con la fuerza inexorable que ha de arrojarlos, a todos también, al abismo. ¡No hay que ser pesimista! No: todo es relativo. La culpa de que nos muramos no la tiene la muerte siquiera, sino la vida. Es más; si sois jinetes bastante diestros para montar a la grupa en las paradojas de Schopenhauer, consolaos con saber que la muerte, en rigor, no existe; que no hay sensación, por dolorosa y extrema que sea, que no sea todavía de la vida: la muerte no se siente. A lo que no puede llegar el ingenio del filósofo es a demostrarnos que no se siente la muerte... de los demás. Y en los demás y en *lo* demás nos vamos muriendo nosotros, como lo pintó muy *a lo vivo* el poeta Richepin en unos hermosos versos.

El mismo día que yo tuve noticia de la muerte de Rafael Calvo, se me *había muerto* a mí un diente. ¡Qué tenía que ver el ilustre actor con mi incisivo! Para los demás, nada; para mí, mucho: eran dos cosas de mi juventud que se iban. Calvo, el ideal romántico del teatro español, que se me iba; algo del alma de mis veinte años, de los entusiasmos de *mi poeta interior;* el diente... ¡figúrese el lector si un diente tiene algo que ver con la juventud!...

II

Pero los que *más* mueren son *los padres*. También esto es natural, pero también es muy triste; y por lo mismo es natural. Se nos mueren los padres de la sangre, que lo son, por consiguiente, del corazón; y se nos mueren los padres del espí-

ritu. Cuando se ama bastante las ideas para tenerlas por un tesoro, el alma agradecida recuerda la paternidad de cada una. Morírsele a uno *los padres* es morírsele, por ejemplo, Víctor Hugo, morírsele García Gutiérrez, cuando se ha sentido en el cerebro algo nuevo leyendo las *Odas y baladas* o los *Cantos del crepúsculo*, o viendo *El Trovador*. Yo confieso que cuando muera Renan, si muere antes que yo, estaré de luto por dentro. Mi gran respeto a ciertos hombres, respeto que ya me han echado en cara, tiene sus hondas raíces en esta paternidad espiritual: para mí Giner de los Ríos es padre de algo de lo que más vale dentro de mi alma; Tolstoï, un ruso que está tan lejos y a quien no veré en mi vida, algo engendró dentro de mí también... Y, como hay padres, hay abuelos de este género: Fray Luis de León es antepasado, estoy seguro, de mis tendencias místico-artísticas; y en cambio, leyendo a Quintana veo en él un compatriota, pero *nada mío*, a lo menos por la línea directa.

¿Que adónde va a dar todo esto? Va a dar a Camus, un muerto que también era padre de algunas cosas mías. Fué mi maestro.

III

Si queréis que se hable con sinceridad del dolor que causa la muerte de los hombres que merecen *necrología*, dejad que cada cual recuerde los vínculos que le unieron con los *desaparecidos*.

Para una elegía clásica o un elogio fúnebre de

Academia o de cementerio, el dolor *impersonal*, los lugares comunes de primera o segunda clase de la *Funeraria* de las letras; para hablar de la pena verdadera, lo que *uno siente*, las memorias de las relaciones de corazón y de inteligencia que se hayan tenido con el muerto.

No escribo la biografía ni la apología de Camus. Acabo de leer, en un telegrama, que ha muerto: me llega al alma su muerte: fué mi profesor, tengo algo que recordar de su corazón, de su carácter, de su significación en nuestra cultura, y por eso escribo.

No tengo a mano ningún *diccionario biográfico* (ni siquiera el libro de las cien mil señas) en que sea probable que esté el nombre de Camus: era de esos literatos que hacen de veras lo que muchos dicen que se debiera hacer, sin hacerlo: despreciar la notoriedad insípida, el aplauso de la multitud. No; no es probable que el nombre de Camus ande en diccionarios. Yo no sé dónde ni cómo nació. Es más: al llamarle Alfredo Adolfo Camus, no estoy seguro de que no debiera llamarle Adolfo Alfredo.

Con estos datos no se escribe una biografía. Pero se puede *relatar el cuento de cómo vos conocí*, como dice el Cervantes convencional y simpático de *El loco de la guardilla* al falso Lope de Vega de la misma zarzuela.

La primera noticia que tuve de Camus en este mundo, fué por una traducción de la retórica de Hugo Blair, anotada y ampliada, si no recuerdo mal, por este catedrático español, que primero explicó esta asignatura y después pasó a la Universidad.

A los pocos años le vi en su cátedra de la *Central: leía,* como decían los antiguos, literatura latina a los estudiantes de un curso, y a los de otro literatura griega.

Era allá por los años de 1871 a 72 (estilo de matrícula). Yo me había hecho abogado en un periquete, aprovechando lo que entonces llamábamos *libertad de enseñanza*, en mi pueblo, para correr a Madrid a estudiar lo que se denomina *filosofía y letras*. ¡Hermosa juventud! Salía yo de las tristezas nebulosas de la *penserosa* adolescencia, que ve más y presiente mejor que la juventud: entraba en esa edad de *renacimiento*, confiada, llena de esperanzas, entusiasta; y ponía gran parte de mis amores en las letras, según esperaba que me las enseñasen en Madrid las *lumbreras* que yo tanto admiraba desde lejos. En el primer año me esperaban Canalejas y Camus. Canalejas representaba a mis ojos toda aquella filosofía de la belleza que yo me figuraba como un dilatadísimo espacio lleno de resplandores. ¡Cuánto había que aprender! Pero todo, todo se estudiaría. Camus representaba las letras clásicas, pero las verdaderas, no las del dómine que había tenido que improvisarse un *helenismo* que estaba muy lejos de su ánimo, para poder cumplir con las reformas del plan de enseñanza oficial. Mi dómine helenista (que por lo demás era un bendito), ¡cuán aborrecible había hecho para siempre el Ática, y las islas Jónicas, y la severa región de los Dorios, a muchos de mis condiscípulos que ahora son ingenieros, jueces, diputados, y, a pesar de sus dos años de griego, sólo recuerdan algunos signos del

alfabeto por sus estudios de matemáticas! A mí, a pesar de haberme pronosticado que pararía con mis huesos en un presidio, por confundir el aoristo segundo con el pretérito imperfecto (que él también confundía), a mí nunca logró hacerme despreciar a Homero el buen dómine; porque yo, tomando por el atajo, me dedicaba a traducir *directamente* del francés *La Ilíada* y a comparar mi traducción con la de Hermosilla en persona. Pero, huyendo del dómine, fuí a Madrid en cuanto despaché con Alfonso *el Sabio* y la ley Claudio Moyano, y llegué a la cátedra de Camus como un creyente a la Meca.

Camus tenía una leyenda estudiantil, como la tienen todos los profesores que se distinguen por algo. Por lo pronto, había dos Camus: el de la cátedra de literatura latina y el de la cátedra de literatura griega. El primero era el popular, porque en esta clase se mezclaban los estudiantes de Derecho, que eran cientos de diablos, con los estudiantes de Letras, que eran dos docenas de jóvenes estudiosos. Para los más, Camus era el de los chascarrillos, el de los cuentos verdes: se creía que había estudiado tantas antigüedades romanas con el exclusivo objeto de enterarse de la crónica escandalosa de los tiempos de Augusto. La verdad es que él solía decir: —Señores: a mí no me engañan ni Livia ni Augusto, porque sé todo lo que sucede en aquella casa, y crean ustedes que es un escándalo. Estoy en todos los secretos del tocador de aquellos buenos señores, etc., etc.— También se jactaba don Alfredo, y con justo título, de que él podría ser cocinero en la cocina del Emperador

romano más delicado de paladar. Para los más, todas estas ingeniosas originalidades del ilustre humanista no eran más que salidas de un excéntrico, que le habían costado muchos años de manejar libros y estudiar museos. Lo que toda esta *alegría* de la cátedra de Camus significaba era cosa mucho más profunda: significaba resolver prácticamente, en el mejor sentido, dos de las cuestiones de la pedagogía: una general, otra especial de la enseñanza clásica.

Pero ya hablaremos de esto. Y vuelvo a mis primeras impresiones de la cátedra de Camus.

IV

Una mañana de Octubre de 1871 entraba yo, o creía entrar, en la cátedra de literatura latina de la Universidad Central. Estaba seguro: el aula tenía el número que rezaba el cuadro de la portería; la hora, aquélla era: allí estaría Camus. ¡Con qué emoción abrí la puerta! Penetré a lo gato por no hacer ruido, por cumplir bien con mi papel de mísero estudiante provinciano, absolutamente insignificante; me senté en un rincón del primer banco, y busqué con los ojos abiertos a lo maravilloso la figura simpática del profesor, de la *lumbrera clásica*, como pensaba yo. En el sillón del catedrático estaba un joven de poco más de veinte años, moreno, de aventajada estatura, a juzgar por el busto. Hablaba con rapidez y con gesto y acento apasionados; movía mucho los brazos extendidos, y tenía cierta expresión de misterio en

la mirada, en las inclinaciones de la cabeza y en el ir y venir de las manos, que a veces tomaban movimientos de alas. Parecía un moro vestido de levita. Lo que decía, también tenía para mí algo de árabe, a lo menos por lo incomprensible: yo entendía las palabras todas o casi todas, pero se me escapaba el sentido de muchas frases, y por completo el de los raciocinios. Comprendí en seguida, sin necesidad de gran perspicacia, que ni aquel era Camus, ni aquello era literatura del Lacio. En efecto, había habido un cambio de horas entre dos clases, y la que tenía enfrente era la *Metafísica* krausista, explicada por el sustituto de Salmerón, el que hoy es mi queridísimo amigo y siempre maestro (desde aquel día) Urbano González Serrano.

Al día siguiente, algo más temprano, en aquel mismo sitio, en vez del joven de tipo oriental que hablaba de ideas sutilísimas con ademanes de la *pasión filosófica*, como sienta bien a todo pensador meridional, que lleva el corazón y el temperamento a la dialéctica y es a los filósofos lo que el Jerez a los vinos, merced a la colaboración del sol en el fermento de sus pensares; en vez del krausista extremeño, discípulo del krausista andaluz, vi detrás de la mesa del catedrático un anciano alegre y vivo en gestos y ademanes, de tipo francamente latino, con permiso de Valera; una cabeza digna de una moneda del Imperio.

No hablaba tan de prisa ni con tanta facilidad como el joven filósofo del día anterior; pero la claridad de su discurso era transparente como el cristal: podía pintarse casi todo lo que decía; y el

público numeroso de sus alumnos, tiernos bachilleres en artes que se preparaban para ser licenciados en Derecho y después comerle un lado a la patria, con *justo título* y buena fe, aplaudía con sonoras carcajadas la gracia de los conceptos, lo pintoresco y malicioso de la expresión, y hasta la soltura, viveza y plasticidad de los ademanes. No cabía duda: aquel sí que era Camus. Pero lo que *explicaba*... ¿era literatura latina? A ratos, sí; a ratos, no. Esos partidarios entusiásticos de la integridad de los programas oficiales, que piden a grito pelado, desde las columnas de los periódicos más leídos, que cada catedrático explique, sin dejar una coma, *todo el programa* de la respectiva asignatura en los ocho meses *nominales* de cada curso, tendrían un gran disgusto asistiendo a la clase de Camus y viendo cómo solía empezar por el canto de los Salios y el de los hermanos Arvales...; pero no concluir por los autores latinos del Bajo Imperio, ni por los retóricos y gramáticos, ni por la patrología latina, ni por otras materias que en un buen *programa*, ordenado y completo, pediría cualquier pedante como natural coronamiento de un curso que empezase por el pelasgo *alalo* y acabase por la famosa edad *del hierro* del latín, según la llaman muchos, Cantú en su *Historia de la literatura latina*, verbigracia. Camus no podía llegar, ni con mucho, al latín de los *Bárbaros*, de los Avitos, Epifanios, Isidoros, Fredegarios, Teódulos y Gotescalcos; ni siquiera al de Lactancio, etc... porque tenía que hablar de otras cosas que le parecían más interesantes, verbigracia, de las tragedias de Shakspeare en su relación

con las *Doce Tablas*, del *Reisebilder* de Heine, de *El mágico prodigioso*, de Calderón, y de la *scortum* abominable, y de Poppea y Actea sentimentales y pudibundas en la perdición refinada. Es necesario confesar que no es así como se cumple con el ideal de la instrucción pública, según se le puede ocurrir que deba ser a un redactor de periódico callejero, que probablemente opinará que se debe suprimir el latín hasta del misal.

La cátedra de Camus se parecía al *Museum* de Juan Pablo, de ese Juan Pablo con quien el perspicaz, pero no siempre tolerante Hipólito Taine, ha sido tan poco justo, no queriendo pesar todo el valor de lo que el crítico francés llama sus extravagancias, las extravagancias que tanto admira el ilustre Carlyle, a quien Taine reconoce la calidad de genio... Camus, sin llegar a tales alturas, iba camino de ellas, en un bellísimo desorden, lejos de los casilleros oficiales de hacer ciencia y literatura por horas y vista ordeñar. Yo creo que el estudiosísimo amigo de los clásicos se echaba esta cuenta: —La mayor parte de los chicos que me oyen, me oyen como quien oye llover: ellos, más inteligentes que el Gobierno, comprenden que ni Festo ni Macrobio les han de sacar de ningún atolladero cuando tengan que hablar, en *estrados*, del *interfecto*, o pedir recomendaciones para una plaza por *oposición;* que ni Palladio ni Sexto Africano son autoridades que se puedan invocar para falsificar unas actas de diputado con arreglo a las *prácticas* parlamentarias; y que si está de Dios que algún día ellos sean *de la comisión* de algún negocio de los gordos, o siquiera de algún proyecto de Códi-

go, no les valdrá acotar con Ammiano Marcelino, ni con Claudiano, ni con Ausonio. Al lado de estos muchachos, futuros gobernantes de la patria, hay otros pocos que tienen afición a las letras, y aptitud para su cultivo. A éstos, lo que más les conviene, lo que más prisa les corre, no es que yo les repita aquí, de memoria, las noticias biográficas y bibliográficas referentes a los cientos de escritores que manejaron el latín, las cuales noticias pueden ellos leer cuando quieran en los mil y cien manuales que las contienen: lo que más prisa les corre es llenar el ánimo de la *unción literaria* que es indispensable para tener buen gusto y hablar con sentido práctico de las cosas de los artistas de la palabra, de las bellezas de la poesía. Hagamos a estos chicos, ante todo, comulgar en la gran iglesia del arte universal, haciéndoles ver el parentesco de la poesía de todos los tiempos y de todos los pueblos; llenémosles el corazón y la fantasía del entusiasmo estético por todo lo que produjo la humana poesía, y sírvanos de ejemplo para la admiración, hoy la obra de un romano, mañana la de un griego, después la de un alemán o un persa; busquemos y encontremos las infinitas afinidades electivas de los genios poéticos de todos los siglos; y la asociación de ideas y el magnetismo artístico llévennos de polo a polo, saltando siglos y extensas regiones en un momento, en desorden aparente, pero siempre guiados por la lógica de la hermosura, por las relaciones sutiles y delicadas de lo grande y de lo bello, que, pese a la necedad y a la prosa humana, que no entienden de esto, se dan la mano desde lejos, y se parecen cuando no

lo parecen, y están siendo lo mismo cuando a los ojos profanos se les antojan más diferentes y separados.

Por esto, o algo semejante que pensaba Camus, se hablaba de *El Mercader de Venecia* acabando de analizar el latín de hierro de las *Doce Tablas;* y de la cortesana que tenía a Ovidio desesperado a su puerta una noche entera, se saltaba a un amor al minuto que vislumbró Heine en las alturas del Harz. La explicación de Camus se parecía un poco a la prosa y aun a los versos de Campoamor en lo de ser una verdadera *sátura* (satyra), en el sentido primitivo de la palabra.

V

Hay profesores y profesores; y lo que debe esperarse de un retórico oficial que ha dicho en unas *oposiciones* todo lo que sabe, y que jura por Gil y Zárate o Coll y Vehí, o por la *Estética* de Hegel o la del mismísimo Jungmann, no es lo mismo que lo que ha de buscarse en un verdadero literato, que lleva a una cátedra su trabajo espontáneo, original, una personalidad artística, un pensamiento que tiene señalados caracteres individuales que le distinguen de los demás pensamientos; en fin, que es una *firma*. En toda clase de enseñanza hay que distinguir al maestro de vocación y de facultades, del que va a ganar el pan con *el sudor de su lengua;* pero en las *disciplinas* literarias es donde hay que atender más a esta distinción. Toda literatura oficial, con programa, de *cátedra*, lleva ya consigo

ciertos inconvenientes. Si en la antipatía que a muchos escritores franceses, por ejemplo, inspiran los que por allá denominan *les normaliens* hay mucho de injusticia, exageración y no pocas confusiones, también es verdad que a los críticos y poetas de *escuela normal* les cuesta trabajo sacudir un airecillo de *matonismo* catedrático en que, de cerca o de lejos, nunca falta cierto parecido con don Hermógenes. En la crítica modernísima, así francesa como italiana, y tal vez en la inglesa (en la alemana siempre hubo esto), se puede señalar, entre muchas excelencias, el defecto de un tufillo de colegio que quita a muchos muy discretos, instruídos y de gusto, la facultad de apreciar y de producir (al modo que produce la crítica) cierto género de belleza. Hasta se lleva a la poesía y a la novela el dejo escolástico, y hay muchas *frialdades*, como diría un traductor de Quintiliano, en la literatura de estos últimos lustros, que se deben a esto.

Ni el mismo Carducci, con ser quien es, está exento de toda tacha en este respecto. Ni las más *espirituales* y *mundanas* novelas psicológicas de P. Bourget dejan de recordarnos, de modo lejano, al *estudiante*.

No hay que confundir el defecto, o el *tinte* de defecto de que hablo, con la erudición ni con la transcendencia filosófica, ni con el gusto arqueológico. Flaubert, por ejemplo, a pesar de todas sus *Salammbos* con notas, no tiene pizca de *normalien*. Hay cierta fragancia de libertad y de airosa espontaneidad, en los autores que no recuerdan la *escuela*, que en vano querrán comprender los partida-

rios de mezclar su sabiduría más o menos sistemática, seria y profunda, con la obra de las Gracias. *Qui potest capere, capiat.*

En la cátedra de Camus la literatura era lo menos *catedrática* posible, pero aun antes que esto, la enseñanza era lo menos académica posible.

Generalmente, lo que repugna en el estudio a los escolares, no es el fondo del estudio mismo, no es el saber, sino la tradicional disciplina que tiene siempre algo de superstición impuesta, que se parece, más o menos, siempre, a una cábala, a un rito misterioso, a una autoridad que se reserva todo un mundo de esoterismo y que va dando por píldoras la ciencia a los que aspiran a iniciados. El elemento administrativo, el elemento de las frivolidades plásticas (trajes académicos, borlas, discursos de apertura, colores de facultad, etc., etc.), ayuda grandemente a esta corrupción idolátrica, a este fetichismo racional; y viene a ser complemento de todo esto la ordinaria pequeñez de ingenios y corazones que van al profesorado como a una triste vendimia con el lema de «el escalafón por el escalafón», y que están como el pez en el agua vestidos de orangutanes ilustrados, orgullosos todavía de haber vencido en la lucha por la existencia y haber pasado de monos hirsutos, colgados de los árboles, a *hombres sabios*, aunque todavía *foncièrement* salvajes; como lo prueban los flecos amarillos, rojos y azules de los ridículos bonetes, la hinchazón de mucetas, al *tatuaje* civil de medallas, vuelillos y demás bordaduras y cimeras. Como el pez en el agua están los tales, asimismo, con su famosa *ciencia* (¡oh ciencia!) con-

signada en un libro de texto, con fórmulas sagradas, con invariable método (¡oh método!) que va de lo *fácil* a lo *difícil*, de lo *conocido* a lo *desconocido*, etc., con sus admiraciones y vituperios tradicionales. Horroriza, por ejemplo, contemplar lo que han hecho, en poco tiempo, preceptistas y retóricos filósofos de todos los países cultos, del hermoso, profundo, espontáneo y libre movimiento del gusto estético y de la reflexión acerca del arte, que fué obra, en estos últimos siglos, de unos pocos genios, ya artistas, ya filósofos. Dentro de la misma enseñanza profesional, en todas las naciones adelantadas, hay ya, a estas horas, una saludable tendencia de protesta contra tantos y tantos vicios tradicionales, contra las preocupaciones inveteradas que dejan al servilismo de la autoridad y de la memoria mecánica, su musa, los mayores empeños del estudio; pero en esa misma tendencia abundan las medianías que oyen campanas y no saben dónde: el pedantismo contra el pedantismo; y no pocas veces se malogra el esfuerzo de los hombres superiores que originalmente han sentido y manifestado esa protesta, por culpa de la imitación superficial y literal de los sectarios adocenados. Sin embargo, con esta nueva aspiración se emplean algunos medios muy eficaces para el buen propósito de arrancar la ciencia a la pedantería, a la rutina y al dogmatismo escolástico: tales son, v. gr., la aplicación de la enseñanza sugestiva, de la forma socrática, en general, de la vida común y familiar de profesores y alumnos, de las expediciones, visitas a museos, monumentos, etc. Por desgracia, y por lo indica-

do, esta *naturalidad* de la educación y de la instrucción se *desnaturaliza* muchas veces, se hace afectada, y pierde toda la gracia y degenera en mueca de hipocresía inconsciente, en amaneramiento repugnante, en convencionalismo de medianías y nulidades servilmente imitadoras de apariencias y formularios, que es lo único que comprenden (1).

En la cátedra de Camus la *naturalidad* era verdadera, porque le salía a él del corazón, porque era él un pedagogo *natural*... naturalmente.

En la idea y en la intención didácticas de Camus había más profundidad de la que podía ver el distraído o el observador superficial. Para comprenderlo bastaba fijarse en la diferencia que él establecía entre su cátedra de literatura latina y su cátedra de literatura griega, no por razón del asunto, sino por razón de los discípulos. La literatura romana creía el *Gobierno* que debían conocerla todos los abogados del reino, y la griega se reservaba para los que tuviesen la vocación y la *abnegación* de la filosofía... y las letras (asuntos inseparables, según la ley). Camus les hablaba a los *juristas* de multitud de asuntos que no eran precisamente historia de las comedias, poemas, églogas, epístolas y demás que se escribieran en latín. Tal vez reflexionaba que al año siguiente aquellas yemas de jurisconsultos iban a aprender la profunda definición de la jurisprudencia que les ofrece la Instituta (definición tan mal com-

(1) De esta corrupción de cosa tan excelente fué, y buen ejemplo, el primer *Philantropinum* que se creó en Alemania.

prendida por los más de los comentaristas modernos)... *divinarum atque humanarum rerum notitia*...: *noticia* de las cosas divinas y de las humanas. Sí: Camus comprendía la profunda, intensa, *jugosa* relación del derecho con las *humanidades*, y *preparaba* a los adolescentes del *Preparatorio*, con el pretexto de una literatura que ellos no habían de aprender en ocho meses; de todas maneras, les preparaba a entender algo de las luchas de los hombres por lo tuyo y lo mío (la *propiedad*), por la tuya y la mía (el matrimonio), de las pasiones y las perfidias de los hombres (derechos personales, *estados*, ccntratos, etc.). Todo esto lo iba haciendo ver, no siguiendo el texto de los Códigos yertos, de esas *fuentes* de derecho, secas hace tantos siglos, sino estudiando la vida, la pícara vida en esos rastros de las bellas letras, que sólo son rastros para el literato verdadero que es, además, hombre de mundo, más o menos práctico, y, sobre todo, hombre de observación, de gusto, y para el cual las espinas de la experiencia son capítulos de *quædam dolorosa philosophia*.

VI

Había hasta como cierto escepticismo escolástico en las conferencias de literatura latina del sabio profesor; no creía Camus que aquellos alborotadores de quince a diez y ocho años, que tan sagrados derechos tenían para no estarse nunca muy quietos a su edad, necesitasen, ante todo, saber una por una las opiniones de los críticos clásicos sobre

todas las obras en prosa y en verso del ingenio latino. Por lo pronto, a Camus le constaba que aquellos estudiantes de leyes... no sabían latín. ¿Para qué quiere un romancista picapleitos conocer los pormenores y todos los datos consistentes en cifras de una literatura muerta, cuya lengua ignora? ¿Por qué los Gobiernos hacen *prepararse*, a los legistas, con un curso de literatura latina... sin latín? Por mortificarlos, como suelen pensar los estudiantes jóvenes y fogosos de casi todas las asignaturas. Porque esto es lo cierto: en muchas, en casi todas las carreras, se prescinde generalmente de encerrar el cuadro de las *asignaturas* en límites y con formas adecuadas al propio sistema de la realidad a que los respectivos estudios corresponden; y además (y esto es casi peor para el *rationabile obsequium* que ha de tributar todo el que estudia, como hombre de conciencia, a las ciencias de su vocación), además se olvida también generalmente dar clara y razonada cuenta a los escolares, en cada carrera, porque se guía del motivo lógico cada una de las ramas de su estudio y del plan a que éste obedece, y del organismo científico a que corresponde. Por todo lo cual, el estudiante que ve que los maestros se dan por satisfechos con que él trabaje y aprenda muchos libros o muchos apuntes, de memoria, de la correspondiente asignatura (que siempre es para el pedagogo vulgar que la explica *la más importante)*, llega a adquirir la creencia de que con tantas disciplinas sólo se trata de ponerle a prueba y de hacerle purgar de antemano los desaguisados que más adelante puede cometer en el ejercicio de su

licenciatura, ya matando prójimos, ya defendiendo criminales, ya enmarañando pleitos, etc., etc. El estudiante se llega a figurar los sudores científicos, que no sabe por qué se le imponen, como una ley fatal y triste que ya simbolizaban los azotes de Sancho, indispensables para el gobierno de la ínsula. Y aunque sea mala comparación, también suele el estudiante acordarse de su suerte y de su lucha con las asignaturas impuestas, cuando ve el brioso potro que se ha de domar hundiendo los cascos en la menuda arena y fatigándose en vano por correr en tan falso terreno, como corriera libre sobre el piso duro de la dehesa. Carrera de fatiga se le figura al escolar la suya. La mayor parte de los españoles que en otras décadas tenían que cursar griego, no se formaban otra idea de la lengua del Ática, que ésta: era un martirio lingüístico, complicado con varios tornillos y correas de dialectos y contracciones, muy a propósito para atormentar bachilleres.

La literatura latina que se hacía estudiar a los que buscaban la toga con muceta roja, era también asignatura de esta clase, de las de *peso* puramente. Camus comprendía que así lo comprendían los estudiantes. El Gobierno acabó por comprenderlo también. Hoy ya no es indispensable, según la ley, saber de las disputas de los Escipiones con Nevio, ni de las aventuras eróticas de Horacio y Ovidio, para entrar al año siguiente a estudiar el derecho romano... en español, del Sr. Laserna, o de otro cualquier Irnerio contemporáneo.

Camus, pues, con el escepticismo del plan de estudios, no queriendo molestar a los abogados

futuros de su patria ni profanar las letras clásicas, se dedicaba principalmente a enseñar algo de la vida, tal como se puede ver a través de las buenas letras clásicas, sin hipocresías ni romanticismos sacristanescos, y llevando por guía a un hombre de experiencia y de agudo ingenio, verdadero *humanista* en la acepción más *humana* de la palabra.

Pero al año siguiente, cuando los que queríamos ser filósofos... de letras llegábamos a la literatura griega (en vez de haber empezado por ella), entonces ya era otra cosa. Camus se ponía serio sin dejar de reir. Sus conferencias, sin dejar el carácter de *cosmopolitismo* literario, bordeaban de más cerca el asunto de la asignatura; se hablaba más de los griegos que se había hablado de los latinos. Eramos pocos; no hacíamos ruido; teníamos, o se nos suponía, más definida vocación; éramos sus amigos de letras que íbamos a buscar, desde *aquellos duros pero honrados bancos*, la miel del Himeto, el sol helénico, el que mató con las flechas de su arco de plata al pobre Ottfried Müller, que murió temprano porque era querido de los dioses... Y Camus se entusiasmaba; su oratoria florida, abundante y pintoresca, rayaba en elocuente; y era elocuente desde luego aquel amor a lo clásico, a lo griego, que se manifestaba en sus gestos, en el timbre de su voz, en el calor que le enrojecía el rostro, mientras maldecía de los pícaros *romancistas* y elogiaba con ditirambo perpetuo a cuantos, desde el Renacimiento acá, supieron comprender y sentir de veras el *quid divinum* del arte helénico. La *fe en Grecia* de Camus se contagiaba,

porque era sincera y persuasiva: no predicaba aquel hombre la *importancia de su asignatura* como tantos y tantos don Hermógenes, opositores a cátedras, como el de Moratín, que están enamorados de la *Ilíada* y del *Prometeo*, como lo estarían de la veterinaria si esa fuese la ciencia o el arte de su cargo.

Muy al revés de lo que suele notarse entre los pedantes españoles, ya literarios, ya científicos, Camus no afectaba desdeñar la ciencia y las letras de la Francia contemporánea, y comprendía que en París estaba el centro del moderno *humanismo*, aunque pudiera haber sabios más sabios en otras partes. Así, recomendaba a los estudiantes, cuya vocación literaria reconocía, los libros y las revistas francesas de nuestros días en que escritores como Nisard, Boissier, Egger, Martha, Paul Albert, etc., etc., trataban, unos con más erudición, otros con más arte y *sentido moderno de los antiguos*, los puntos más interesantes de literatura clásica. Prefería la *Literatura romana* de Paul Albert a las obras didácticas españolas, que de tan desgraciada manera, con tanta pesadez y falta de original criterio y total ausencia de gusto se atreven a profanar la delicada flor de la poesía griega, y la no menos delicada flor de estufa de la rápida edad de oro de la inspiración latina... Si hubiera muchos Camus, las dulces *humanidades* no correrían en España a la fatal ruina a que se precipitan. La famosa *cuestión del latín* tiene para mí estas dos diferentes soluciones condicionales. Las letras clásicas explicadas por maestros como D. Alfredo Adolfo Camus, a nadie le sobran: las letras clási-

cas explicadas por los pedantes, por el vulgo del *profesorado mecánico*, no sirven para nada.

Pero ¿de cuántas materias de enseñanza se podría decir algo semejante?

No bajemos a este abismo.

No hagamos por hoy más que meditar ante la tumba del sabio, cerrada apenas.

Cerrada apenas, cuando ya tenemos que llorar la *huída* de otro gran espíritu *liberal* de las letras: de D. Antonio García Blanco, el maestro de hebreo.

¡Alegraos, *romancistas:* pronto, pronto os quedaréis solos, dueños del campo!

(De *Ensayos y Revistas.*)

DEL QUIJOTE

NOTAS SUELTAS

ACABO de leer el *Quijote* otra vez. Soy de los que cumplen, en realidad, con aquel buen consejo de leerlo cada dos o tres años.

Carmen nostrum necessarium llamaba Cicerón a las *Doce Tablas*, que los buenos romanos aprendían de memoria.

El *Quijote* debiera ser el *Carmen nostrum necessarium* de los españoles.

Por desgracia, no lo es. Hay que confesarlo; entre nuestras muchas clases de *decadencia* hay que contar también ésta; decae la lectura del *Quijote*. En los escritores nuevos se va notando cada vez más lo poco que en su espíritu influye el mejor libro que tenemos, el mejor que en su género tiene el mundo.

Se siguen citando ciertos tópicos quijotescos, las aventuras más sonadas; pero los más se conoce que citan... sin haber leído, como se repiten los refranes *históricos*, sin saber de dónde vienen. Casi siempre se citan las mismas cosas; las más de

la primera parte, y otras pocas de la segunda, que siempre son las mismas.

Una *confesión general* de los españoles declarando si han leído el *Quijote entero y cuántas veces*, nos daría un doloroso desengaño. Más vale que esa confesión sea, de puro difícil, casi imposible.

Un escritor francés, no despreciable, decía no ha mucho estas o parecidas palabras:

«¡Pobre Don Quijote, cómo se le va olvidando!»

Yo creo que en la vida intelectual contemporánea, el *Quijote* influye mucho menos de lo que podría; porque, en efecto, es poco leído. Ciertas apariencias que un candoroso patriotismo se apresura a convertir en substancia nos dan la ilusión de que los grandes espíritus extranjeros leen mucho a Cervantes. Pero no hay tal cosa. Y es lástima, porque jamás ha habido tiempo (hablo de las *alturas* intelectuales) en que el *Quijote* pudiese ser comprendido, sentido y aprovechado tan bien como en el nuestro.

Mil veces, leyendo a mis filósofos, sabios, poetas y novelistas favoritos, de extrañas tierras, he pensado: ¡Qué lástima que este espíritu no hubiese penetrado y recordado bien el de Cervantes! La cita del *Quijote* estaba muchas veces *indicada*... y no venía. En Carlyle, en Renan, por ejemplo, ¡cuántas veces la *asociación de ideas* llamaba al *ingenioso hidalgo*... y no venía!

Fuera de aquí, como aquí, las alusiones *quijotescas* abundan; pero en lugares comunes de ge-

neralidad evidente, que no revelan el directo e íntimo estudio del *Quijote*.

Shakspeare ha tenido mejor suerte. Ha sido estudiado, *descubierto* por la gran crítica, aun fuera de la misma Inglaterra, principalmente en Alemania. Shakspeare, traducido en alemán por un gran escritor, Shakspeare escribiendo en una lengua de genio semejante, en parte, al nacional alemán; Shakspeare interpretado, comentado; *adorado* por hombres como Schlegel y el *Júpiter de Weimar*, llegó a ser en el continente casi tan gustado y *penetrado* como en su isla.

Para Cervantes... ¡cuán distinta fortuna!

Verdaderamente familiarizado con él, yo no conozco a ningún grande hombre... Un día, en Covadonga, lugar sublime, pensé algo semejante: ¡Aquí no ha estado jamás ningún *grande hombre*, de esos de primera clase *verdadera*, de los que saben leer en la Naturaleza todo o casi todo su simbólico misterio!...

Llegar a Covadonga, mirar a la cueva, ver y oir la cascada... (y *no* ver las mil profanaciones que hay en torno), hace un efecto... épico, semejante, no sé por qué, a los tercetos del Dante. ¡El Dante en Covadonga... creyendo, como creería, en algo de Covadonga... y *viendo aquello!*...

No, en Covadonga no ha estado el Dante, ni *cosa parecida*.

El *Quijote* no lo ha visto, como él merece, ningún Gœthe. A Cervantes le pasa muy en grande lo que, no en pequeño, le está sucediendo a Pereda, y le sucedería a Zorrilla si quisieran traducirlo...

A Pereda le *tienen asco* los traductores en cuanto son un poco discretos. Ven que aquel español tan español y tan de su *amo*... en rigor no se puede traducir.

A Cervantes lo han traducido; pero... ni siquiera un Pope o un Chateaubriand... un Viardot, por ejemplo; y Cervantes, por su españolismo, es un Pereda elevado al cubo. De otro modo: *Don Quijote*, no siendo en castellano, no es ni la sombra de *Don Quijote*; no se puede penetrar todo lo que en idea-forma y en forma-idea vale el *Quijote*, sin tener el castellano en los tuétanos.

Y yo no sé de ningún *grande hombre* extranjero (digo *grande hombre*, no digo *erudito)* que haya sabido el castellano de esa manera.

En tal sentido, lo mejor de *Don Quijote* está por *descubrir*.

Es claro que halaga mucho ver de cuando en cuando uno de esos elogios fervorosos, sinceros, que un gran pensador, un gran poeta extranjero, dedican incidentalmente al *Quijote*. Pero, ¡es eso tan poco en comparación de lo que *sería* si esos mismos hombres pudieran *gozar* del libro en todo lo que vale!

Lo común es que los más sustanciales y *originales* de esos elogios se refieran a la quintaesencia quijotesca, más o menos simbólica y subjetiva.

¡Y el mérito grande del *Quijote* no está ahí; es un mérito estético, literario, que *brota* en la *forma*, aunque viene de muy adentro!

¡Cuánto, por ejemplo, le agradecí yo a Boileau

un espontáneo elogio de Cervantes en una carta a Racine, si no recuerdo mal!

Y a Heine, al querido Heine, ¡con qué ternura le admiré y amé allá en mi juventud, cuando llegué saboreando su hermoso *lirismo*, a aquel pasaje en que cuenta su entusiasmo por el caballero andante, y la lástima, la caridad que le inspira!

Y hace poco, ¡qué emoción tan fuerte y dulce la mía, al ver a Tolstoy, al extraño, pero simpático místico... o lo que sea, penetrar, a fuerza de genio, la sublimidad (¡verdaderamente asombrosa!) del último capítulo del *Quijote*, de aquel resucitar a la razón de Quijano el *Bueno!*

Todo eso —con otro poco así que hay— es algo... pero casi nada, comparado con lo que debiera ser, con lo que sería, si Europa pudiera conocer a Cervantes tan bien, tan íntimamente, como conoce a Shakspeare.

A Cervantes le pasa con los extranjeros lo que le sucedería a Wagner... si hubiera que conocerle por las compañías de ópera de la legua...

¿Y los de casa?

Sin entrar a ver si aquí hemos tenido Gœthes, Heines y algún Tolstoy que otro, me apresuro a señalar el *hecho* de que ningún gran pensador, crítico o poeta, ha estudiado profundamente a Cervantes.

No entra en el asunto de estas notas una burla cruel e injusta de los *cervantófilos* ordinarios que todos conocemos, y a muchos de los cuales apreciamos.

Si no a todos, a no pocos de ellos hay que per-

donarles sus extravíos por la misma causa que hizo a Jesús perdonar los de la Magdalena.

Ni siquiera a los que han arrimado el ascua del cervantismo a la sardina de la propia vanidad o de las propias preocupaciones me decido a quererlos mal; pues tratándose del *Quijote*, el enemigo único es el que no lo conoce pudiendo conocerlo.

Harina de otro costal son los eruditos, sin manía, que han *ilustrado la vida y obras del Manco de Lepanto*, descartando a los pedantes insufribles y cortos de vista; para los eruditos esos no puede haber más que respeto, gratitud y... asiduo estudio de sus *indispensables* noticias.

Sin el trabajo minucioso y prolijo de la erudición literaria, que respecto del *Quijote* ya está hecho en gran parte, no se podría avanzar seriamente en una crítica más honda, psicológica y estética. Los eruditos, pues, han preparado el terreno para esa otra crítica... pero no han entrado en él, y los más prudentes, discretos y sabios no lo han intentado siquiera.

Creo que era Menéndez y Pelayo quien no hace mucho lo reconocía así; y hasta me parece que invitaba a D. Juan Valera a emprender tal camino, que nadie, con justicia, podrá llamar trillado.

Cosa rica sería, en efecto, un libro de Valera dedicado al *Quijote por dentro*, y acaso es el español de hoy más a propósito para tal empeño el autor de *Morsamor*...

En mis sueños de loca ambición vanidosa, de esos de que después nos da vergüenza, aun sin habérselos contado a nadie, no pocas veces se me

ha ocurrido a mí dedicar mi vejez, si llego a ella, a escribir un libro que se titulase *Cervantes*. Más de la mitad de él sería para el *Quijote*...

Le decía *Un bachiller* a Mefistófeles, creyéndole Fausto *(El Fausto* —segunda parte):

«Mientras que nosotros (los jóvenes) hemos conquistado la mitad del mundo, ¿qué habéis hecho vosotros? (los viejos). Dormitar, reflexionar, soñar, pensar; ¡planes y siempre planes!»

Pues en esa edad a que me acerco, quisiera yo que este progreso indudable del juicio que siente uno dentro de sí (a cambio de tantas cosas que se van perdiendo) me hiciese digno de comentar el *Quijote;* no con los propósitos de un Clemencín —aunque sí aleccionado por la erudición de todos los Clemencines que hiciera al caso— sino con fines de psicólogo, estético y moralista.

No quería yo más recompensa que, para entonces, mi conciencia primero, y además amigos como Menéndez y Pelayo y otros pocos que me creyeran *maduro ya* para atreverme a decir algo del *Quijote*, con prudencia, sin sobresaltos de neurasténico, me aconsejaran tal empresa.

Mucho hay de vanidad en todo esto —atrás queda reconocido—, pero si alguna disculpa puede tener mi soñado atrevimiento es el considerar cómo la experiencia propia me ha demostrado ser verdad eso, que tantas veces se dice, de que la lectura repetida del *Quijote* es una medida del adelanto de la propia *psiquis*.

Sí, sí; yo, por lo que a mí toca, lo juro; he observado el fenómeno. Siempre que vuelvo a leer *nuestro libro*, la *Biblia profana española*, veo en

él cosas nuevas, cada vez más sustanciosas, más profundas. El libro siempre dice lo mismo, pero yo lo voy entendiendo más y mejor, según la vida va enriqueciendo mi experiencia con acciones y pensamientos.

¿Por qué en sueños de ambición a lo menos, no he de atreverme a *desear* que mi vejez aumente el peso de mis reflexiones serias, saque el jugo mejor de mis lecturas, y por esto la del *Qnijote* entonces me haga ver en él algo que no sea indigno de que los demás lo sepan, aun siendo obra de quien ni siquiera puede llamarse sin eufemismo, una medianía?

Por sí o por no, y por si yo llego a la *suprema età* en aquel estado en que el mismo Marco Aurelio ve cosa tan triste que sólo le encuentra como remedio el suicidio, bueno será que don Juan Valera, que llegó *joven* a la *vejez*, nos deje algo de lo que a él le hace pensar y sentir el *Quijote*.

(De *Siglo pasado*.)

HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, POR EMILIO CASTELAR

(4 NOVIEMBRE 1892)

LA distancia tiene a veces ciertas virtudes del tiempo; los países extraños suelen hacer el oficio de posteridad. Víctor Hugo, por ejemplo, ha sido mejor juzgado, en definitiva, por la multitud de pueblos que le proclamaron gran poeta, que por los literatos franceses que le veían de cerca y se fijaban en sus lunares y en las arrugas de su vejez. Algo parecido había pasado antes con Byron.

Castelar, aunque cuenta con el cariño y la admiración de su patria, aquí tiene hasta pretendidos rivales, y por lo que toca a incienso oficial, a honores académicos y otras distinciones por el estilo, muchos le ponen el pie delante. Para no pocos españoles, Castelar es *uno* de nuestros primeros oradores, uno de nuestros primeros hombres públicos... Para el resto del mundo, Castelar es la gloria española por antonomasia, entre las contemporáneas. Aquí, hasta los que consideramos al Sr. Cánovas como una antipática medianía, nos

hemos acostumbrado a oir: Castelar y Cánovas, y aun, Cánovas y Castelar; fuera de España, a no ser para los especialistas en política europea, si Castelar suena tanto como cualquier gran nombre, Cánovas suena... como ahora me sonaría a mí el nombre del presidente del Consejo de Ministros de Grecia, si me acordara de cómo se llama. Pero, sin descender hasta ese punto en la comparación, puede verse algo análogo en cualquier otra. Busquemos otro nombre español, entre los personajes vivos, que no sea de oropel, de fama oficial, impuesta por la fuerza del poder (¡cuánta parte de su *gloria* debe Cánovas a Martínez Campos!); citemos, por ejemplo, al gran Zorrilla, el poeta español del siglo XIX. Dondequiera que se hable o se entienda el castellano, Zorrilla suena a tanto como pueda sonar cualquiera; a los pocos extranjeros (no llamo extranjeros a los americanos *españoles)* que saben de literatura española contemporánea, Zorrilla les parecerá una figura tan gloriosa como la que más lo sea... pero su fama no llega donde la de Castelar. De Castelar saben esos millones de hombres que para citar un libro español tienen que acordarse del *Quijote.*

Castelar en París obtuvo honores que no se dedicaron jamás allí a ningún extranjero; Castelar acaba de ser invitado por los Estados Unidos para visitar, rodeado de excepcionales obsequios, la Exposición de Chicago, con una representación que vale tanto como una triple corona... La representación que a Castelar quiere dársele no podría llevarla ni el jefe del Estado español... mucho menos su primer ministro responsable.

En España... Castelar nunca ha sido presidente del Ateneo, ni presidente de la Academia, ni presidente de Congresos científicos, ni presidente de nada por el estilo; en España, a Castelar todavía no se le ha consagrado una gran fiesta, un homenaje nacional, que otros han obtenido en una u otra forma; ha llegado el Centenario de Colón y para Castelar no ha habido ningún puesto; Cánovas los ocupaba todos... Castelar ha tenido que contentarse con escribir un libro que será una de las poquísimas cosas que queden del Centenario.

Para mí uno de los espectáculos más hermosos, más animadores y más interesantes que puede presentar la vida humana es el que ofrecen los pocos sabios que en el mundo han sido (sabio, cualquier alma grande que *sabe* de su grandeza), dándose la mano a través de las generaciones y a través de las grandes distancias, formando una cadena que es en las obscuridades del mundo como un sendero de luz que señala el camino a la vacilante razón del hombre. Un grande hombre que comprende y ama a otro como él, es lo más sublime de la belleza espiritual. Aquiles y Homero, en la leyenda, el héroe y el poeta, son símbolo de esta hermosura. Y en la realidad, Jesús y Pablo (el amor de San Pablo a Cristo hace llorar de entusiasmo; San Pablo no vivió con Jesús como San Juan y San Pedro, le adivinó después: ¡qué fe la de San Pablo, qué idealidad amorosa la suya!), Sócrates y Platón (éstos sin el mérito de la *distancia)*, Dante y *su* Virgilio, San Francisco y Jesús, Santo Tomás y todos los grandes Padres antiguos,

cuya obra tomó en peso y defendió con portentoso genio; y dando un gran salto, Goethe comentando a Shakspeare, Carlyle comentando a Goethe y a Mahoma. ¡Cuánta grandeza, cuánta hermosura, cuánta esperanza para la idealidad de la vida en este encadenamiento de espíritus nobles y profundos!

Al llegar el momento en que los pueblos más y mejor civilizados, los de Europa y los de América, quisieron aprovechar la primera ocasión propicia para reflexionar con suficiente madurez de juicio, acerca de la gran obra llevada a feliz remate por el descubridor del Nuevo Mundo, era necesario, para que a Colón se le hiciera la debida justicia, que una voz de armonía, la palabra de un pensador y de un artista se levantara sobre el tumulto de los análisis empíricos, de las controversias apasionadas, para consagrar al insigne navegante lo que ante todo debe ser este memorandum secular en que la humanidad se para como a saborear sus glorias, un gran canto épico, al modo como hoy pueden ser estas cosas, es decir, una historia filosófica, artística, documentada y pintoresca, sin el andamiaje de la erudición, pero no sin sus frutos, sin la falsedad de la leyenda y de la novela, pero no sin sus atractivos y su verdad sentimental y sintética. Este canto épico, esta noble historia sólida, pero no pesada; sabia, pero no pedantesca; filosófica, pero no abstracta, la ha escrito Castelar, el español que goza, porque gozar es, de las intuiciones, más puras y altas del amor patrio histórico, del genio misterioso de nuestra tierra. Otros, menos afortunados, sentimos ese patriotis-

mo *arqueológico* de manera más vaga y menos intensa; comprendemos que España fué grande, pero si nos ponemos a explicar el por qué, balbucimos vaguedades subjetivas, o caemos en la rutinaria exposición de los lugares comunes de la patriotería clásica: mas hombres como Castelar (y en determinada esfera de la actividad Menéndez y Pelayo) cifran gran parte de su genio en la clara visión y en el amor intenso de esa patria histórica, en la compenetración original y espontánea del espíritu nacional, según se realizó en los siglos más gloriosos... Felices ellos, y felices nosotros si algún día, a fuerza de pensar y sentir y estudiar, y con la madurez de la vida, llegamos a ver por propios ojos lo que hoy sólo barruntamos por estremecimientos que la sublimidad del misterio entrevisto nos produce de vez en cuando, particularmente al ver a los privilegiados pintar con elocuencia sus amorosos deliquios al contemplar la España de nuestros mayores.

No diré yo que todos los escritores y eruditos que se han dedicado a demostrarnos que Colón no era un hombre perfecto hayan sido injustos ni mal intencionados; pero es lo cierto que aun concediendo que en tal y cual punto concreto tuviesen razón algunos de ellos, la obra total resultaría una injusticia que clamaría al cielo, por ser quien era el injuriado y por la inoportunidad del intento, si no hubiera habido una voz superior a todas esas, por el mérito artístico, por la transcendencia de su labor, para ofrecernos la gran síntesis de la epopeya colombina en un libro artístico, filosófico, que no necesita ser apologético para ser un

glorioso homenaje a la memoria del genovés más ilustre.

¿Quién podía disputar a Castelar esta gloriosa tarea? Nadie; y nadie se la ha disputado. Los poetas, los verdaderos, han comprendido que la poesía heroica del día está en la historia, al modo como la escriben y entienden los grandes maestros modernos. La misma novela arqueológica, género secundario, que si ha tenido pasajeros momentos de esplendor, pronto ha desmayado siempre, v. gr., en su reciente florecimiento alemán con los Freitag y los Eber, esta misma novela histórica se deja eclipsar, sin lucha seria, por los grandes monumentos que los historiadores artistas consagran a la memoria de aquella parte de la vida pasada, cuyo recuerdo cabe que sea resucitado por las generaciones modernas.

En España, donde Menéndez y Pelayo tan bien pintó las cualidades de la historia artística, no tenemos, en la historia pragmática, a lo menos, obras que puedan competir con las de los Renan, los Grote, los Mommsen, los Gregorovius, los Max Dunker, los Michelet, etc., etc. El nuevo libro de Castelar puede decirse que es el primer trabajo que en este género se intenta, y no es éste uno de sus méritos menores. Aquel deseo que expresa Macaulay al comenzar su análisis de un libro histórico de Hallam de que se junten en la obra del historiador las cualidades del novelista arqueológico y las del filósofo de la historia abstracta, se ve cumplido en el *Colón* de Castelar, donde la imaginación y la *asociación* de ideas, que tanto estima el gran crítico inglés (y aun la asociación de

imágenes), se juntan, con todo su prestigio sugestivo, a las cualidades del historiador, pensador, filósofo y hombre de Estado, algo Vico y algo Maquiavelo, cualidades que hacen posible que el estudio histórico sea una filosofía con su carácter de reflexión *a priori*, en el alto y fecundo sentido en que Cristiano Baur, el gran teólogo historiador de Tubinga, exigía a la historia esta condición de obedecer a una idea que la presida y explique.

El mismo Taine, el historiador positivista por excelencia, ha dicho claramente que en definitiva la historia verdadera era la historia del corazón. Esta declaración preciosa del gran partidario de los *petits faits* no contradice su sistema, y así lo vemos confirmado en el libro de Castelar, donde, si se ve el propósito de llegar, como a un triunfo, al alma de los sucesos, a la confirmación de una idea directiva, a la confirmación de algo espiritual, por el cúmulo de los hechos, es contando con la multitud de éstos, bien observados y bien interpretados, sobre todo bien ordenados y relacionados en omnilateral relación, para exprimirles, por decirlo así, todo el jugo significativo.

Por cumplir con esta doble tarea del historiador verdadero, parece Castelar aquí por un respecto un idealista extremado, pues va sin vacilar y sin hipocresía de falso *positivismo* a buscar en los hechos el fondo racional que encierran; y por otro respecto parece un *realista* de la historia, pues no se cansa de referir su asunto a todo cuanto en él pudo influir por razón del tiempo, del clima, de la política, del arte, de la religión, de la vida econó-

mica, de la vida científica, del ambiente general social, de los influjos familiares, hereditarios, étnicos, geográficos y otros muchos. De este empeño se origina en la *Historia del descubrimiento* de Castelar lo que puede parecer a muchos no defecto, pues es exceso, pero sí cosa que dificulta la lectura y que diluye el interés. Algunos dicen que habla Castelar de demasiadas cosas, que hay demasiadas resonancias universales en esta vida de Colón. Verdad es que viene a ser esta obra como una especie de epopeya en prosa de los días aquellos en que cambió con tan violento recodo el camino que seguía la civilización nuestra; epopeya en el sentido en que entienden la palabra muchos tratadistas, como nuestro D. Francisco Canalejas, a saber: especie de enciclopedia poética de una edad, cifra de una civilización en un momento de la historia. Eso es, en efecto, el libro de Castelar, y por eso abulta tanto; pero ¿qué mal hay en ello?

Sin embargo, como no se trata de adular al gran artista de la palabra, sino de hacerle justicia cual a todos, declaro que, a mi juicio, pudo haber sido el libro no tan largo, sin perder esas capitales condiciones de que vengo hablando. No está el mal en que Castelar relacione su asunto inmediato con todos los asuntos históricos, filosóficos, religiosos, artísticos, etc., etc., con que, en efecto, se roza, y por los que de lejos o de cerca es influído, pero acaso pudo hacerse eso mismo cuidando un poco más la economía literaria, arrojando un poco de lastre oratorio, simplificando algunas imágenes y tendiendo, en cuanto la índole del estilo *necesa-*

rio del autor lo consintiera, a la forma narrativa y descriptiva ordinaria en obras de este género, que no exige la gran estrofa periódica de la elocuencia lírica de nuestro orador incomparable. De todas maneras, no sería mucho el papel que se hubiera podido ahorrar, porque no pocas veces se ve al autor buscando en la concisión la brevedad, a que no se prestan fácilmente la infinidad de ideas y de *hechos* que sin falta tiene que exponer. En resumidas cuentas, el lunar más importante que se puede señalar en ese libro se origina de que Castelar no puede dejar nunca de ser un gran orador, castizo, grandilocuente, armonioso y con exceso abundante; y se origina también de que Castelar no puede dejar de ser el historiador filósofo y político de las grandes y geniales síntesis, en las que tanto le ayuda su portentosa memoria, que no puede compararse con un archivo ni una biblioteca, sino con un monstruoso museo, monstruoso por lo inmenso, pues Castelar no recuerda infolios, no recuerda manuscritos empolvados, sino cuadros, grandes cuadros, el pasado redivivo, con sus colores, sus formas, sus movimientos y sonidos, merced a la magia de una fantasía que va pintando en el cerebro las bellezas que en seguida va esculpiendo la palabra.

Por lo cual no diré que el libro de Castelar se lee de un *tirón*, porque sería este un elogio vulgar, y aquí falso; no se lee de un tirón, como no se lee de un *tirón* el Romancero ni la Divina Comedia. Id saboreando cuadro por cuadro, capítulo por capítulo, con la lentitud en que se complace el deleite, y al llegar al fin no os habrá parecido

el libro largo, a pesar de sus 592 páginas grandes y de compacta lectura. Y como también lo malo debe tomarse en veces, dejo para otro *Lunes* esta agria prosa mía, y entonces acabaré de decir lo que me había propuesto acerca de libro tan solicitado por innumerables lectores de Europa y de América.

(De *Palique.*)

III

EL MORALISTA

En su folleto Un discurso, *en varias páginas, ya citadas, de* Ensayos y revistas, *ha expuesto* Clarín *ese espiritualismo suyo de que hablábamos en el prólogo. Añadamos que para el estudio de este aspecto de* Clarín *hay que tener en cuenta el elemento importantísimo de los cuentos. Alas se sentía atraído por Renan; sobre Renan pensaba él haber escrito ampliamente. Pero, ¿veía Alas en Renan al escéptico delicado que juega con las ideas, al mariposeador de filosofías, al nihilista, en suma? No; de Renan lo que tomaba Alas era la espiritualidad, el sentido, humano, comprensor, desinteresado del mundo y de los hombres. Aunque otra cosa parezca, se desprende del gran escritor francés, por encima de su escepticismo, una preocupación religiosa, que es lo que a* Clarín *le subyugaba. Esta finura, esta delicadeza, esta ironía tenue, este decir y sentir de modo tan sutil, tierno y elegante, ¿qué son sino marcas indelebles de un espíritu profundamente religioso? Y ¿de qué manera podrán estar en quien no sienta* como religión, *el sucederse de las cosas? Pues comparad la sutilidad y delicadeza —verdaderamente maravillosas— de Leopoldo Alas en sus pinturas de escenas y paisajes.*

LA RESTAURACIÓN IDEALISTA

LO que va sucediendo en nuestra sociedad española con los *intereses religiosos y morales*, se parece a lo que allá en Bélgica aconteció cuando el partido liberal luchaba por imponer a los católicos la secularización de la enseñanza primaria. M. Goblet d'Alviella, antiguo miembro del Parlamento belga, refiere que el cardenal Deschamps tuvo por entonces una conversación con un personaje oficial, masón, que se dejó convencer por el Prelado, que decía ser imposible en las escuelas la *neutralidad religiosa*, comprometida del mismo modo si se hablaba del cristianismo que si no se hablaba. Cuando apareció el programa de enseñanza histórica, donde no se decía palabra del cristianismo, el mismo Cardenal escribió: «Esto es, no sólo una necedad, sino una estupidez». Ciertamente: y a una estupidez por el estilo tienden nuestras costumbres actuales, que han hecho hasta de buen tono, y como signo de distinción, esa *neutralidad religiosa* que consiste en no hablar nunca de las cosas de *tejas arriba*, ni siquiera de lo religioso en lo que tiene de asunto de *tejas*

abajo. Este es el mejor término medio que se ha sabido encontrar para huir de los dos extremos viciosos que se pueden cifrar en *El liberalismo es pecado*, y en el *¿Puede un católico ir a la Exposición de París?* por el lado de los fanáticos a la antigua, y en las lucubraciones de *El Motín* y de *Las Dominicales*, por el lado de los fanáticos a la moderna.

Malos, sí, muy malos son los extremos; pero el término medio de la *neutralidad social* es ridículo, falso, insostenible. Que en esta España, que ha vertido tanta sangre, propia y ajena, por la Religión católica, de la noche a la mañana dejemos de pensar en el catolicismo, y en general en toda religión positiva y aun en toda religión; que cada cual guarde sus creencias para el retiro de su alcoba, como si fuesen enfermedades secretas, y ante el mundo practiquemos la tolerancia de la *neutralidad* de la escuela belga, que consiste en prescindir del cristianismo en la historia, mutilando el espíritu propio y ayudando a la mutilación de los demás espíritus..., es absurdo; es una pretensión grotesca que, como se saliera con la suya, convertiría a los españoles en una clase de africanos bastante temibles.

El *laicismo* general, predicado y aplaudido así como suena por los *liberales a la violeta*, corre parejas en materias religiosas con el *romancismo* de los antihelenistas y antilatinistas en materias de enseñanza.

La tolerancia universal, la verdadera *secularización religiosa* no ha de ser negativa, pasiva, sino positiva, activa; no ha de lograrse por el sacrificio

de todos los ideales parciales, sino por la concurrencia y amorosa comunicación de todas las creencias, de todas las esperanzas, de todos los anhelos. Mientras callamos todos en materia religiosa, no aprendemos a ser tolerantes; como no aprende esgrima el principiante mientras no hace más que mirar al maestro, puestos ambos en guardia; para aprender, han de chocarse los aceros. Una sociedad es tolerante cuando todas las creencias hablan y se las oye en calma; no cuando hay esta calma porque callan todas. Sobre todo, en nuestro país, huir del *problema religioso* por el silencio, por el *non ragionar di lor*, es imitar al avestruz, que huye del enemigo escondiendo la cabeza en la arena. El pensamiento libre en España debe recordar que no lleva vencido al tradicionalismo autoritario por la fuerza de las razones, sino por la fuerza de los hechos. Compárese la fuerza del pensamiento que España ha consagrado a su religión secular con la que ha dedicado al libre examen, y se verá que la desigualdad es enorme.

No basta contar con lo que se ha pensado en otras partes, con la victoria debida, casi pudiera decirse, a la *rotación del progreso*. Contra esta clase de argumentos salen de vez en cuando gritos elocuentes de protesta, en los que parece que palpita el alma nacional ultrajada, desconocida por lo menos, enterrada en vida. No bastan la desamortización y Espartero, y después Martínez Campos, para hacer tabla rasa de la idea que se supone vencida y aniquilada. Además, todo lo que sea sarcasmos contra la decrepitud tradicionalista, contra su debilidad y derrota, son sarcasmos con-

tra la memoria de un padre. Aprendamos de los chinos, no la inmovilidad, sino el respeto a los ascendientes. Si yo por el pensamiento libre soy hermano de todos los liberales del mundo, soy hermano de todos los católicos por mi españolismo.—Los que son capaces de convertirse, a fuerza de abstracciones fabricadas con odio, en enemigos verdaderos de los fieles de la Iglesia, vienen a ser creyentes al revés, como los poetas blasfemos, pues miran en la tradición religiosa, católica, no una obra puramente humana, que revela infinitos sacrificios, mares de amor y de inteligencia, y de energía, sino la obra de un poder sobrenatural aborrecido, de un demiurgo contrario a la propia idea y a las propias pasiones. Los que persiguen con rencor, que sería cómico si no fuera repugnante, a los partidarios del cristianismo histórico, conservan, sin darse cuenta de ello, respecto de su teología y teogonía, supersticiones negativas, como las de aquellos cristianos primitivos que veían sin querer en sus enemigos *Júpiter* y *Venus* dioses falsos..., pero dioses.—Nuestros librepensadores confesos, debieran pensar que para ellos el Dios de los católicos no debe ser un Dios enemigo, sino un esfuerzo vigoroso del espíritu humano, del espiritu humano trabajando siglos y siglos en las razas más nobles del mundo; una idea que progresa a través de símbolos y confesiones teológicas y morales. Desde este punto de vista, yo no concibo un buen español, reflexivo, que se considere extraño al *catolicismo* por todos conceptos. ¡Ah!, no; sea lo que sea de mis ideas actuales, yo *no* puedo renegar de lo que hizo por mí Pelayo

(o quien fuese), ni de lo que hizo por mí mi madre. Mi *historia natural* y mi *historia nacional* me atan con cadenas de realidad, dulces cadenas, al amor del catolicismo... como obra humana y como obra española. Yo todavía considero como *cosa mía* la catedral labrada y erigida por la fe de mis mayores; en ella penetro sin creerme profano; yo no escucho allí la voz de Mefistófeles que me dice: ¡Oh, tu *non dei pregar!* Rezo a mi modo, con lo que siento, con lo que recuerdo de la niñez de mi vida y de la infancia de mi pueblo; con lo que le dicen al alma la música del órgano y los cantos del coro, cuya letra no llega a mi oído, pero cuyas melodías me estremecen por modo religioso; mi espíritu habla allí para sus adentros una especie de glosolalia que debe de parecerse a la de aquellos cristianos de la primera Iglesia, poco aleccionados todavía en las afirmaciones concretas de sus dogmas, pero llenos de inefables emociones. Sí: hoy el alma independiente, pero religiosa, llega a una *glosolalia*, mística a su modo, que se traduce en el *dialogismo* optimista y contradictorio de Renan, en el amor a la música de Schopenhauer, en la presencia de lo *indiscernible* en el alma, de Spencer, y en tantas y tantas formas de la poesía moderna, cuyos anhelos, cuyas vaguedades, cuyas contradicciones, cuyos *nefandos contubernios* de *misticismo* y *naturalismo* puede censurar y reducir a polvo tan fácilmente cualquier mediano crítico, con tal que sea de alma fría, que él llamará templada. Cabe no renegar de ninguna de las brumas que la sinceridad absoluta de pensar va aglomerando en nuestro cerebro, y dejar que los

rayos del sol poniente de la fe antigua calienten de soslayo nuestro corazón. Todo el pasado bien vale una misa. Y adviértase que no hay más que un modo de decir misa; pero hay varios modos de oirla. Cuando en el altar se eleva la Hostia, el creyente al pie de la letra, ve el cuerpo de Jesucristo; otros creyentes que hay de otro modo, ven a Jesús en la última cena, y a San Juan, el discípulo amado, que apoya su cabeza en el hombro de Jesús, y de Él recibe el pan que ata los corazones; y ven a San Pedro que, al separarse del Señor pocas horas después, para siempre, queda con la obsesión de su resplandeciente imagen grabada en el cerebro para toda la vida, y la ve flotar en las nubes, y resbalar en Genezaret sobre las aguas.

Y más ve y más oye el que oye misa bien; ve la sangre de las generaciones cristianas; y el español ve más: ve la historia de doce siglos, toda llena de abuelos, que juntaron en uno el amor de Cristo y el amor de España, y mezclaron los himnos de sus plegarias con los himnos de sus victorias. Separar la *Iglesia del Estado*, eso se dice bien; y se hace, pero con una condición: que el Estado no tenga otro nombre propio ni la Iglesia más apellido; pero si ese *Estado* es España a los cuatro días de sus guerras civiles, y la Iglesia, la que tiene por patrón a Santiago, entonces el buen gobernante debe procurar no hender el añoso árbol; no dividirlo con hacha fría y cruel..., porque se expone a que las mitades, violentamente separadas, se junten en choque tremendo y le cojan entre fibra y fibra. Es mejor injertar que todo eso.

Injertar en la España católica la España liberal, no consiste en falsificar la libertad, ni en corromper a los católicos por el soborno del presupuesto repartido. Tampoco se trata de una obra de seducción pérfida, de una propaganda inoportuna en terreno mal preparado; se trata de practicar de veras la tolerancia; de respetar las antiguas ideas y los sentimientos que engendran, y hasta de participar de esos sentimientos, por lo que tienen de humanos y por lo que tienen de españoles.

La obra que se propuso un hombre de Estado español, el Sr. Cánovas del Castillo, al atraer al campo liberal las huestes del tradicionalismo, era algo más transcendental en su pensamiento, tal me complazco en creer, que una mera astucia estratégica para dividir al enemigo; su propósito quiero creer que era demostrar a los llamados carlistas que, al hundirse bajo sus plantas el antiguo régimen, lo que se hundía no era el suelo de la patria; que patria seguirían teniendo los vencidos, como si fueran vencedores, en esta España, que si cambiaba de rumbo, no renegaba de sus tradiciones, no olvidaba su historia, ni desconocía a los hijos que amaban por excelencia el pasado. Pero si esta idea que piadosamente atribuyo al Sr. Cánovas, y de la que le creo muy capaz, era buena, era justa, era grande, los medios de que se valió para aplicarla a su política fueron torpes, contraproducentes aun más que inútiles; y el trabajo encomendado principalmente al fogoso, pero falso tribuno católico, D. Alejandro Pidal, no fué por éste comprendido sino de manera pedestre, mezquina, indigna del alto propósito: creyó que se trataba de

dar colocación a los carlistas que la guerra concluída dejaba desocupados; creyó que se trataba de repartir un botín, cuando lo que había que hacer era compartir un derecho.

Los elementos más sinceramente tradicionalistas rechazaron la humillante transacción, y en vez de acelerar una solución de concordia y olvido, que cada día va siendo más urgente, lo que se consiguió fué exaltar el punto de honor de muchos buenos españoles, que fácilmente pueden convertirse en peligrosos ciudadanos, a poco que se les hurgue y moleste.

Se quería unir al cuerpo de la patria un miembro que por culpas propias o ajenas venía separándose de ella más y más cada día; y lo que se consiguió fué subdividir ese miembro en partes, que se arrojaron una contra otra en implacable guerra.

De aquí nació una *literatura* político religiosa verdaderamente deplorable. La mayor parte de los incorruptibles, que no contaban para animarse a la lucha más que con su fe y su entusiasmo, alimentaron el fuego de este espíritu con excesos de retórica y de lógica, con paradojas e hipérboles de su creencia intransigente, que muchas veces iban a dar al olvido de toda caridad humana. Si no era, ni es (puesto que sigue) muy edificante este espectáculo, menos lo parece el que dan los enemigos de enfrente, los llamados mestizos, entregados casi siempre a miserables comedias, en las que falta el espíritu de la verdadera fe, sin que asome el de la libertad en nada. Místicos que, en vez de rezar, solicitan empleos de los aborrecidos

masones, y llenan lo que debiera ser remedo de la mística ciudad de Dios, de caciques y prestidigitadores electorales, no valían el trabajo de conquistarlo, con el pan ázimo del presupuesto; y en este punto el Sr. Cánovas debe dar su obra por fracasada. Pues los tales místicos y los otros, intransigentes e irritados por la traición y el común desprecio y los sarcasmos de muchos que se llaman liberales, y creen que es pensar libremente insultar a los vencidos, se dividen el campo de la prensa llamada católica; y en vez de elocuentes gritos de angustia, vigorosos arranques de protesta, poéticas *saudades* de la España perdida, de la España puramente católica, se escuchan recriminaciones, insultos, vulgaridades lanzados de uno u otro dogmatismo de política callejera; todo ello en el lenguaje absurdo de la moderna germanía política y periodística, en la que las palabras no significan más que vagas, incoloras abstracciones, a no ser cuando se cuajan en algo concreto para ser signos de alguna grosería.

En medio de estas tristezas literarias, que son reflejo fiel de la vida mezquina, pobre y débil de los espíritus, ambiente gris y frío en que ponen tintas y frialdades lo mismo los partidarios del pasado que los que dicen esperar algo del porvenir, consuela el alma de los que imparcial y amorosamente atienden, reflexionando, al movimiento intelectual de nuestra España, tal cual voz que de tarde en tarde despierta los ecos dormidos de la simpatía estética, con notas de sinceridad, fuerza y pureza y seriedad de ideas.

Ya he dicho muchas veces, hablando de nues-

tra poesía, por ejemplo, que en España, ni las ideas nuevas, ni las que van al acaso, o ya han entrado en la noche, cuentan en la juventud con entusiastas amantes que las canten o las lloren; no tenemos poetas jóvenes, propiamente poetas; y siendo España quien es, es más de extrañar, y acaso más de sentir, que de la tumba de tantas grandezas perdidas, de tantos ideales enterrados, no salga la voz rediviva, y encarnada en un Leopardi a la española, creyente en su tristeza, que nos cantase a su modo, al ver nuestros progresos pegadizos, la melancólica queja:

... ma la gloria non vedo;

la voz de nuestro genio nacional, no sé si agotado, no sé si falto de ambiente propio en la moderna vida. No existe ese poeta de la España que fué, y, para mayor desgracia, tampoco abundan los prosistas que con toda sinceridad, pureza, discreción, fuerza de sentimiento y pensar reflexivo, serio, ilustrado, defiendan las doctrinas que en otro tiempo tanta elocuencia arrancaron a las plumas castizas españolas, y que en otros países, mucho menos católicos que el nuestro, tuvieron por paladines, en una u otra forma, en uno u otro sentido, a hombres como Bonald y De Maistre, Lamennais, Caponi y tantos otros.

Menéndez y Pelayo, que al principio de su gloriosa carrera literaria podía ser considerado como un hombre de estas tendencias, como un defensor de esos ideales, es hoy muy otra cosa; y en la serenidad a que su altísimo talento le ha llevado, ni olímpica ni imitada de ningún pagano, grande ni

chico, en la serenidad de su crítica y del espíritu que la anima, no podemos ver cosa que corresponda directamente a lo que estoy echando de menos.

No: ningún nombre famoso en España suena hoy, respondiendo al anhelo que han de sentir muchas almas, de que haya quien en las letras represente con vigoroso esfuerzo las doctrinas y los deseos antiguos, caros a muchos todavía.

Pues, a falta de esos nombres resonantes, digo que consuela encontrar libros como el titulado *La Unidad Católica* (estudios histórico-canónicos), en que su autor, D. Víctor Díaz Ordóñez, catedrático de Derecho eclesiástico en la Universidad asturiana, nos da la flor y el fruto de una fe noble, entera, incólume; espectáculo cada día más raro y para mí agradabilísimo, lleno de ternura; de una fe ilustrada y no pedantesca, de un espíritu escogido y no orgulloso, de una ciencia cristiana no anticuada y manida, sino fresca, viva, llena de las emanaciones saludables del aire libre.

Muchos falsos librepensadores, que en España achacan al Catolicismo, en general, grandes defectos que encuentran en muchos de los escritores católicos de España, debieran fijarse en que cometen con esa religión tan respetable una injusticia, tan solemne como la que cometiera quien juzgase de la ciencia heterodoxa por los disparates y desplantes de esos librepensadores falsos a quien me refiero.

Fuera de España, el Catolicismo lucha hoy con las armas modernas; se reconoce, para las condiciones exteriores de la lucha, como uno de tantos

beligerantes, y procura, sin contar con privilegios que sean ventajas políticas, buscar la superioridad en su valor intrínseco. Aun entre nosotros, algunos ejemplos tenemos de este Catolicismo, que fuera de aquí representan, v. gr., en obras recientes, el Dr. José Kopp, de Viena, y el abate Fremont, de París: algunos de los escritos, no todos, del P. Zeferino (el de la hermosa *Retirada de los arzobispados)*, son muestras elocuentes de ese Catolicismo, que, sin dejar de ser tan puro como el que más, usa las artes de combate de la vida moderna, en condiciones de igualdad, sin exageraciones ni imposiciones que sean una perpetua petición de principio.—*La Unidad Católica* del Sr. Ordóñez es un libro que corresponde de lleno a esta simpática literatura. La más absoluta inteligencia en la doctrina y la más exquisita sinceridad y flexibilidad en la forma. Es que, ante todo, el Sr. Ordóñez es un cristiano muy bien educado. La cualidad que apunto como gran mérito, es mucho menos común de lo que parece. La buena crianza del Sr. Ordóñez tiene una base firmísima y honda en la caridad. No es su trato de forma exquisita, por bien parecer, por tener gracia, por ganar amigos, por suavizar las asperezas de la vida en el roce con las gentes: lo es porque una de las formas más eficaces, y de efectos constantes y positivos, de la caridad, consiste en el trato fino, obsequioso; porque a la mayor parte de nuestros semejantes no tenemos ocasión ni medios de hacerles más favores que el de portarnos como cumplidos caballeros en las someras relaciones accidentales que la sociedad procura. Hay muchas gentes que descui-

dan este aspecto del bien obrar, y, reservándose ser héroes de la abnegación en algún caso de mucho apuro, que muchas veces no llega, son, en las menudencias de la vida ordinaria, es decir, en lo más frecuente y práctico, insoportables erizos o icosaedros, llenos de puntas o de ángulos.

El libro del Sr. Ordóñez tiene su primera gracia, que transciende a su elemento literario, en esta forma cortés, sencilla, sin sorpresas desagradables de temperamento fogoso erigidas en dogmas. En todo libro español, esto es un gran mérito; en libro de controversia político-religiosa, un mérito mayor; en libro de ideas *absolutistas* (perdone el autor el epíteto impropio) que van de vencida, es un mérito máximo.

He dicho un libro de controversia, y el que examino apenas lo es. Es más bien una elegía con argumentos. Por eso, sin dejar de ser científica, es *La Unidad Católica* obra por excelencia literaria, y por eso, ni más ni menos, hablo yo de ella.

Para *defender* su idea, *La Unidad Católica*, el Sr. Ordóñez ni se entrega a las *flores de cura* del jardín retórico-místico, ni a las filosofías político-escolásticas, que tanto abundan en libros que todos conocemos; sus razones y su elocuencia las saca de la historia. En efecto: causas como la católica, tienen en la historia su mejor defensa; y si se trata del Catolicismo, como ley social de España, al pasado, sobre todo, hay que volver la mirada para encontrar argumentos sustanciosos.

Pero la historia que el Sr. Ordóñez conoce y aprovecha no es la de tantas fuentes vulgares, y no muy puras las más de ellas, que suelen servir

para sacar de apuros a eruditos improvisados de uno y otro bando; no: el Sr. Ordóñez utiliza para su libro, y por eso lo escribe, los estudios serios, metódicos, prolijos y reflexivos de toda una vida que ahora llega a su madurez, consagrada a una vocación exclusiva, con entusiasmo y hasta celo religioso abrazada. Nosotros, los que hemos tomado a nuestro cargo combatir en público ciertas hipocresías y farsas literarias y sociales de todos géneros, y por esto mil veces tenemos que burlarnos de la mentida piedad de un muchacho listo que se aprovecha de la fe cristiana de sus paisanos para especular con ella en la comedia política; nosotros, los que hemos dicho pestes del catolicismo a la Tartuffe de ciertos fogosos oradores, tenemos obligación de detenernos a considerar y alabar a los verdaderos creyentes, que huyendo de las ventajas materiales que todavía procuran en España los credos a la Tamberlick, ante el público del teatro Real cantados, se recogen a la soledad de su modestia y de sus creencias pudorosas; y si por una parte no buscan el aplauso de las Poppeas de bombonera y del *five o'clock tea*, por otra desdeñan o perdonan los desdenes del vulgo liberalesco, y se atreven, no a ostentar, sino a sostener sus ideas viejas ante un público hostil, o, lo que es peor, indiferente, y en su ignorancia intolerante. ¡Ideas viejas he dicho! ¿Habrá cosa más anticuada que el liberalismo superficial, cruel, desmadejado, incongruente, que profesan muchos que se creen escritores y pensadores? El catolicismo y su política tradicional, clásica, lógica, bien defendida, como hoy la defienden fuera de España algunos,

y como ahora la defiende el Sr. Ordóñez, no es, en rigor, idea vieja, en el sentido de caducidad: no, no es idea gastada, y que no puede ser admitida como beligerante por su debilidad senil. El catolicismo, cuando no es sinónimo de reacción, de imposición doctrinal y política, de intransigencia y ceguera en la polémica, es una de tantas hipótesis sociales, religiosas, políticas, filosóficas y artísticas que luchan legítimamente en la vida espiritual de los pueblos civilizados de veras. El catolicismo tiene sus representantes hasta en las avanzadas de las ciencias naturales, como lo prueban varios respetables sacerdotes, de todos conocidos; los tiene en las avanzadas de las tentativas socialistas, como lo prueban recientes sucesos de los Estados Unidos, y los tiene hasta en las avanzadas de la poesía modernísima, como lo prueba el ya famoso Paul Verlaine, uno de los poetas franceses de las nuevas generaciones más seriamente inspirado, de más ideas y de más armonía; Paul Verlaine, que es católico.

A su modo, y en su esfera, el Sr. Ordóñez, más que por el fondo de lo que sostiene, por la forma en que lo defiende, es un católico de ese género, en cierto sentido nuevo, nuevo sobre todo en España. Por lo pronto, su erudición histórica, a que me estaba refiriendo, da testimonio de este simpático *modernismo;* el catedrático de Derecho canónico de Oviedo ha aprendido a estudiar la historia de la Iglesia, no sólo en la obra muerta de la empalagosa y eterna apologética oficial; ha ido al mundo, a la vida, es decir, al *real* campo de batalla en que la Iglesia ganó sus grandes triunfos con

la sangre de sus hijos y el fuego de su espíritu cristiano. La gloria de la Iglesia la cuenta la historia profana sincera, ilustrada, documentada, hasta filosófica y artística de los modernos historiadores, mejor que los mismos cronistas oficiales, de criterio cristalizado en formas hieráticas. El Sr. Ordóñez conoce la historia, y la utiliza —como la escriben los Thierry, los Taine, los Macaulay, y tantos otros que son gloria de la erudición racional y sabia moderna—; pero también conoce los monumentos de historia y derecho eclesiásticos que han producido Alemania y otros países que seriamente cultivan tales estudios, como lo muestran las obras de los Rohrbacher, Phillips, Walter, Christoffe, Héfelé, etc., etc. Y al par con esta clase de erudición, tiene otro género de ella el Sr. Ordóñez, aquel que mejor había de parecer en un español enamorado de la España tradicional, y en un católico fiel soldado de los sucesores de Pedro; el género de erudición que consiste en haber visto con los propios ojos y haber estudiado, vigilia tras vigilia, las obras de nuestros antiguos sabios clásicos, clásicos en tal materia, desde San Isidoro a Ambrosio Morales y más acá; la erudición que consiste en haber leído y pesado, y comparado, y comentado, y aplicado a su objeto la inmensa doctrina esparcida en las fuentes legales de los cánones, en los documentos pontificios, en las colecciones de los Concilios, en decretales, concordatos, etc., etc. Este lastre, que no se improvisa, que no hubiera podido adquirir el Sr. Ordóñez si hubiera vivido en las sacristías cortesanas y en las redacciones seudo-místicas; si hubiera consagrado

al estudio de sus documentos pocas horas de cada día, durante pocos años, fué para él tarea insensiblemente realizada, un gran resultado obtenido sin esfuerzo, merced a haber convertido toda su actividad a tal objeto, para él, animado de vivísima fe, agradable, suave y natural como una buena inveterada costumbre. El Sr. Ordóñez se ha encontrado, al cabo de varios lustros de una vida ordenada, modesta, escondida, con un caudal de paz de conciencia en el corazón, y un caudal de erudición racional, metódica, en el cerebro. De estas vidas, de estas sabidurías, salen estos libros, que, aunque estén a cien leguas de nuestras opiniones, se imponen al respeto y reclaman la reflexión y el estudio. No faltará un *liberal* que me diga: ¿de modo que, según usted, ese señor catedrático ha demostrado la necesidad de que volvamos a la *Unidad Católica*?

Liberales del género a que pertenece el que yo supongo que puede hacer esa pregunta, no merecen contestación. Sólo diré, a este respecto, que mi opinión importa muy poco en el asunto de que se trata; es claro que mi opinión es que ni debe ni puede resucitar la unidad católica; pero ¿qué vale esto? Lo interesante es llamar la atención de liberales y tradicionalistas hacia libros como éste del Sr. Ordóñez, en el que muchos sectarios de uno y otro bando tienen bastante que aprender. Los malamente llamados neos pueden aprender cómo la intransigencia en el fondo de la doctrina es compatible con la serenidad, tolerancia y espíritu expansivo de la forma; cómo se pueden defender las ideas antiguas con argumentos y es-

tilo modernos, rejuveneciendo la polémica católica con algo más que arranques tribunicios... de sacristía, con el estudio serio e imparcial de las abundantes y sugestivas fuentes históricas de la ciencia moderna. En cuanto a los contrarios, podrán aprender en la obra del Sr. Ordóñez que el enemigo que combaten, el ideal católico religioso-político, no es cosa tan baladí y arrinconada como muchos se figuran; que muchos de los argumentos con que se pretende aniquilarlo, son falsos, otros frívolos, otros verdaderas calumnias. Si la doctrina política de la Iglesia, según esta interpretación rigorosa, no debe prevalecer, no será ciertamente porque esa Religión, que tantos siglos ha vivido con fuerza y con gloria, sea un tejido de absurdos, un edificio de cartón que pueda derribar de un papirotazo un gacetillero... Hasta para afilar las armas con que se puede atacar mejor la Unidad católica, conviene tener presentes libros como el de Ordóñez.

Además, hay en él algo que a todos los buenos españoles debe tocarnos en el corazón; todo lo que se refiere a las indudables grandezas que tuvimos y que debimos en mucha parte a ese espíritu católico-nacional, que con tanta elocuencia, sinceridad y fuerza sabe evocar el catedrático de Oviedo. Los capítulos de *La Unidad Católica* en que se trata de los tiempos prósperos de nuestra historia pragmática y espiritual; el VII, que se titula *Decadencia de la Europa cristiana y Renacimiento de España;* el VIII, titulado *La espada del Catolicismo*, y singularmente el que se consagra al *Siglo de oro*, son trozos de muy selecta literatura, y en ellos,

gracias a la sinceridad y profunda fe, a su sentimiento original y fuerte del elemento estético y moral del Catolicismo histórico, el autor llega a conmovernos, a despertar en nosotros el patriotismo religioso y arqueológico; y allí donde otros muchos no han sabido cosechar más que hojarasca de lugares comunes, hojarasca de otoño, amarillenta y pisoteada, buena para hacernos renegar hasta de nuestro glorioso abolengo, el Sr. Ordóñez encuentra la novedad que traen siempre consigo la verdad de nuevo reflexionada, o la belleza y el amor espontánea y originalmente sentidos.

Sea lo que quiera de los ideales con tanto valor y sin alardes mantenidos por el Sr. Ordóñez, su libro me ha traído a esta situación de ánimo en que escribo, hablando de tolerancia, de patriotismo espiritual, de amor, en el recuerdo común de todos los españoles para todos los españoles...

¡Oh! sí; hablemos mucho de religión, cada cual como la entienda; de la piedad antigua española, herencia de todos; y ya que por los pueblos de más cultura andan corrientes de idealismo renovado y depurado; ya que la filosofía y la historia se juntan para reconocer, una vez más, que el mundo es mucho más misterioso de lo que puede parecer a ciertos boticarios, y que el pensamiento y el corazón de los antepasados valieron mucho más de lo que opinan los asiduos lectores de *Las Ruinas de Palmira* (de las que se han hecho mil ediciones modernas, con variantes); ya que se habla de nueva metafísica y hasta de palingenesias de la poesía de los poetas proféticos y hierofantas, acordémonos los españoles de que en esa tradición de los

idealismos consoladores y vivificantes tenemos nosotros nuestra gran leyenda: recojamos del fondo de nuestra historia el pensamiento primordial de nuestra vida de siglos, y volvamos con él a esa vida nueva que todo nos anuncia, haciéndolo servir, con las transformaciones que en nuestro espíritu han realizado los elementos nuevos de la ciencia y del arte, en la gran colaboración que se nos pide en este *sursum corda* que por todas partes se anhela.

Pero... no nos engañemos. Nada de esto es popular todavía; según algunos partidarios de tales resurrecciones, no lo será nunca, ni debe serlo. Yo creo que sí debe llegar a ser patrimonio de todos, o de los más, por lo menos, esta anhelada restauración progresiva de la vida ideal, que hoy muchos no pueden comprender más que como una reacción vulgar, hermana de otras cien veces vencidas. Lo indudable es que, hoy por hoy, esta tendencia cuasi-mística a la comunión de las almas separadas por dogmas y unidas por hilos invisibles de sincera piedad, recatada y hasta casi casi vergonzante; esta tendencia a efusiones de inefable caridad que van, como efluvios, de campo a campo, de campamento a campamento, se pudiera decir, como iban los amores de moras y cristianos en las leyendas de nuestro poema heroico de siete siglos; estos presentimientos de aurora, que se vaticina por los estremecimientos de muchas almas, que son como aves que aguardan en vela y con ansia la luz del día, no son signos generales del *tiempo,* no son fruto que ahora se recoge de anti*gua siembra;* y el que hoy, desde uno u otro par-

tido, confesión, sistema, escuela, o lo que sea, da un paso en este camino de concordia, bien puede contar con que no trabaja para el *gran público*, y necesita caudal de propios consuelos, motivos íntimos de satisfacción, que compensen la frialdad ambiente, la indiferencia con que el coro *mudo* acoge las estrofas de esos cánticos, sin acordarse de contestar con antistrofas, épodos ni cosa parecida.

El libro del Sr. Ordóñez, que, quisiéralo su autor o no, es de los que producen, en los espíritus bien preparados, impresiones de ese género, tendencias a esa *neutralidad estética* que tantos bienes puede traer a la paz del mundo, no causará probablemente ni frío ni calor en los sectarios *incomunicables* de uno y otro campo. Los *amigos* verán el filo del arma, pero se dirán: ¿y el veneno? Los *enemigos* verán la afirmación material, contraria a sus ideas; no verán lo que hay allí que no es de *ningún partido*, aunque el autor quiera otra cosa: la caridad, el olvido de las vanidades del éxito ruidoso, la sinceridad, la fe con su corte de buenas obras... el aroma exquisito, elegante, puro, *virtuoso* del *sueño ideal* de España; aquel sueño que, según creencia tradicional, trajo a España el mismo San Pablo, el visionario del camino de Damasco, y si no, por lo menos, Santiago el ebionita.

Tal vez el mismo autor de esa obra que me ha sugerido todos estos renglones, que no acaban por ser un *examen crítico* (ni falta), extrañe algo de lo que va dicho. Pero bástele saber y creer que la sinceridad que él ha tenido para escribir su libro la tengo yo al hablar a mi modo de tan serios

asuntos. La explicación del cómo y por qué una defensa de la unidad católica puede inspirarme a mí estos sentimientos de concordia y de restauraciones idealistas, sería muy larga, exigiría muchas referencias al estado del pensamiento y de la literatura en otros países, a los caracteres principales de nuestro genio nacional y a otras muchas ideas y recuerdos, de que hablaría muy a mi placer si me atreviese a escribir un libro sobre las creencias de los angustiados hijos de los años caducos del siglo XIX.

(De *Ensayos y revistas.*)

LA RELIGIÓN Y LA ENSEÑANZA

LLEGO muy tarde, con muy poco tiempo a mi disposición, al último punto que me había propuesto estudiar en este discurso. Y apenas oso desflorar la materia, que es lo único que ya puedo hacer, porque es predilecta para mí, la que considero más grave, más digna de atención y más compleja.

Más bien que detenido examen, que serie de ordenados raciocinios, será lo que diga de la relación religiosa de la enseñanza, manifestación casi dogmática de mi opinión, protesta de mis ideas, de mi sentir, que me obligue en conciencia a desenvolver en otra ocasión más holgada lo que ahora no haré más que anunciar y dejar demostrado.

El utilitarismo, que mata el idealismo en su faz histórica rompiendo los lazos de la civilización actual con el mundo clásico, quiere también matar el idealismo en su respecto primordial, cortando los lazos espirituales que nos unen con la idea y con el amor de lo absoluto.

De tantas y tantas horrorosas *operaciones quirúrgicas como lleva* a cabo la especulación abs-

tracta, falsa, propiamente idolátrica, ninguna tan nociva como esta que divide la realidad y deja de un lado lo que mira a lo temporal y de otro lo que corresponde a las perspectivas de lo absoluto, de lo infinito, de lo eterno. Esta malhadada tendencia abstracta, queriendo ser prudente, queriendo acabar con luchas seculares de los fanatismos, ha inventado el *laicismo* como un terreno neutral; y aunque en muchos casos, en la vida política particularmente, ha evitado graves males esta neutralidad del Estado, aunque ha sido garantía contra las pretensiones injustas de las sectas, ello es que, mal entendido por los más lo que esta posición imparcial de la vida *civil* significaba, hemos llegado, sin abandonar en idea la religión, a vivir sin religión, a lo menos la mayor parte del tiempo; hemos llegado en la especulación a la incertidumbre respecto de nuestras relaciones con la Divinidad y respecto de la esencia y aun existencia de esta Divinidad; pero en la práctica viven los pueblos más civilizados como si hubiéramos llegado a la certidumbre negativa. Bien se puede decir, aunque sea triste, que gran parte de los hombres más instruídos, más *cultos*, piensan como escépticos y viven como ateos. El agnosticismo reconoce que puede haber Dios; por boca de uno de sus más ilustres representantes, Spencer, ha llegado a confesar la realidad innegable del Ser Uno, fundamento de todo; y a pesar de esto, a pesar de que el ateísmo declarado, dogmático, es cosa de pocos, no es cosa de ningún gran filósofo moderno, en la duda de unos y en la afirmación de los más, vivimos como si la negación fuera la verdad adquiri-

da. No nace de perversión semejante estado, de perversión moral; nace de esas abstracciones que quitan a la vida ordinaria el jugo místico; y como nosotros, los tristes mortales, vivimos sumidos en lo relativo, en este suelo

De noche rodeado
En sueño y en olvido sepultado,

como dice Fray Luis de León a Don Oloarte; como toda nuestra actividad parece *laica*, porque es relativa, resulta ¡funesto resultado! que no entendemos por vida no *laica*, más que las formas de los cultos, las funciones externas de lo eclesiástico, que para los más son *rex inter alios acta;* y casi casi viene a suceder que no viven como racionales religiosos más que los buenos sacerdotes y la gente devota de este o el otro culto: y sin embargo, lo repito, nuestra filosofía actualmente no se inclina al ateísmo como se inclinaba, en general, en tiempos no remotos; lo que predomina es la reserva, la prudencia, el criterio *abierto* a todas las posibilidades, y añádase, porque es verdad, una tendencia *estética* y *hereditaria* a desear que la verdad sea afirmativa en el gran problema de lo trascendental. Y a pesar de esto, apenas se vive religiosamente. Empiezan las Constituciones de los Estados, allí donde no siguen cometiendo la injusticia de establecer la ley de las castas para las creencias, empiezan por acorralar —esta es la palabra— a la religión, en sus cultos, en su hermosa vida plástica, simbólica; y a las antiguas teorías, hecatombes, sacrificios en lo alto de las montañas, misterios en los bosques y procesiones y

predicaciones en las calles, en los campos, al aire libre, cara a cara con el cielo, suceden las precauciones reglamentarias, policiacas, las medidas de buen gobierno para aislar los cultos como si fueran focos epidémicos, para encerrarlos entre cuatro paredes, para arrinconarlos, como se arrinconan ciertas flaquezas humanas. Por ir de prisa, refiramos esto a la enseñanza, y se verá que la abstracción de que hablo ha inventado, con apariencias de equidad y liberalismo, el mayor daño posible para la educación armónica, propiamente humana; la separación, así, la separación de la enseñanza religiosa y de las demás enseñanzas que no sé cómo llamarlas, así separadas, como no las llame irreligiosas. Porque téngase en cuenta que en este punto el abstenerse es negar; quien no está con Dios, está sin Dios; la enseñanza que no es deísta, es atea. Un ilustre profesor y filósofo español, dignísimo profesor mío, en un discurso célebre, que oían señoras, creía ser muy imparcial diciendo que como él, en conciencia, no sabía si en el mundo de lo trascendental existía un principio, la unidad divina, en suma, se abstenía de aconsejar a los suyos ni la creencia ni el descreimiento; y en consecuencia, los educaba sin prejuzgar esta cuestión. Pues yo digo, señores, con el grandísimo respeto que me merece la persona a quien aludo, que la cuestión queda prejuzgada, porque los hijos que se educan en la duda de Dios, se educan como si no le hubiera; y más diré, que si no lo hubiera, no está muy claro que fuera muy perjudicial para la buena educación portarse como si le hubiese; mientras que si hay Dios, el

prescindir de la Divinidad no puede menos de ser funesto.

Yo doy a las circunstancias históricas en este asunto, como en todos, lo que es suyo. En tal país podrá ser necesario conservar la enseñanza religiosa de un culto determinado, en las escuelas públicas, por ser exigencia racional del pueblo; en otros países son oportunos los expedientes que se usan de la previa declaración confesional de los padres de familia; en alguna parte habrá que temer la competencia de un sacerdocio exclusivista y que lleva miras extrañas a la pura fe; mas nada de esto quita que, en general, la tendencia racional en ese punto tenga que ser la armónica de la educación inspirada, en cierto respecto, en el sentimiento religioso. Dejar para el domicilio la enseñanza religiosa y en la escuela no encontrar más que doctrinas en que se mutile la realidad de la vida humana, haciendo abstracción de toda idealidad piadosa, es desconocer el principio fundamental de la educación intelectual y de sus relaciones con la educación ética y estética.

Como por lo mucho que importa terminar pronto este discurso, no me queda espacio para referirme a los autores que hablan de estos asuntos, ni para digresiones históricas, ni para cuestiones particulares dentro de esta cuestión general, me contentaré con citar una autoridad nada sospechosa de fanatismo religioso, la del malogrado Guyau, que en el libro de que hablé antes (1), trata con gran profundidad y criterio muy elevado

(1) *Éducation et hérédité*, pág. 136.

este difícil problema del modo del elemento religioso en la enseñanza pública. Recuérdese que Guyau es autor de la obra titulada *Irreligión del porvenir*. Pues con todo, él es quien dice: «Creemos que el hombre, cualquiera que sea su clase o su raza, *filosofará* siempre acerca del mundo y de la gran sociedad cósmica. Lo hará, ya con profundidad, ya con inocente sencillez, según su instrucción y las tendencias individuales de su espíritu. Siendo así, no podemos admitir que se deba declarar la guerra a las religiones en la enseñanza, porque tienen su utilidad moral en el estado actual del espíritu humano. Constituyen uno de los elementos que impiden la disgregación del edificio social, y no hay que descuidar nada que sea una fuerza de unión, sobre todo dada la tendencia individualista y anárquica de nuestros demócratas. Las escuelas públicas, en Francia, no pueden ser *confesionales*; pero una doctrina filosófica, tal como el amplioteísmo enseñado en nuestras escuelas, no es una confesión ni es un dogma: es la exposición de la opinión filosófica conforme a las tradiciones de la mayoría. *El ateísmo*, por otra parte, no es un dogma, ni una confesión que pueda tener el derecho de excluir toda opinión contraria como un atentado a la libertad de conciencia... El fanatismo antirreligioso ofrece graves peligros.»

He copiado tan larga cita, más que por nada, para que se vea cómo se puede ser completamente independiente en la propia razón, y, sin embargo, reconocer que la separación de la enseñanza religiosa... y las demás, no es, en definitiva, la solución del problema, sino un paliativo cuya justicia

a veces será evidente, pero que pide ser reemplazado por una armónica forma que respete la santa unidad del alma humana y la imagen, también sagrada, que el alma lleva en sí, para vivir sin enloquecer o desesperarse, o hundirse en el marasmo, de la unidad y del orden del mundo. Dejad que el hombre adulto vea después lo que hay de este orden, de esta unidad; pero no planteéis el problema en la enseñanza mientras ésta conserve propósito educativo.

Y concluyo, señores. Dejo sin tratar, sobre todo en este último capítulo, multitud de aspectos de las respectivas cuestiones; sé cuán incompleto es mi trabajo, no ya sólo por mi corto saber, sino por las muchas lagunas que, aun pudiendo llenarlas, he tenido que dejar en mi discurso por motivos extraños al plan del mismo. A lo que me obligan tales deficiencias es a insistir en el examen de tan importantes problemas, buscando para ello ocasiones de más holgura que la presente, y prometiéndome que este ensayo me sirva de prólogo para otros sucesivos.

Y, así como yo me propongo consagrar parte de mis estudios y de mi tiempo a estas materias pedagógicas, os invito a vosotros, mis queridos compañeros, a que sigáis haciendo o comencéis a hacer lo mismo.

Volver los ojos a la juventud, cuidar de su educación, es un consuelo y una esperanza, sobre todo en esta España que tuvo días de gloria y de fuerza universalmente reconocidas, y que hoy, *angustiada por la idea* de su propia decadencia, se

entrega al marasmo y acaso al pesimismo. No, no desesperemos; los pueblos no deben creerse viejos; no deben contar sus años, aunque deben amar su historia; no está probado que no sea posible una resurrección: mas, para que la triste realidad no haga absurda toda ilusión halagüeña, miremos al porvenir, trabajemos, mediante una educación racional, sistemática, que sea en nosotros un constante sacrificio, una virtud; trabajemos en la dirección de las generaciones nuevas, ya que no sea posible encontrar manera de hacer mejores a los hombres que hoy tienen la responsabilidad de la suerte de la patria. Cuando un incendio devora nuestra hacienda, un campo, una casa, si advertimos que es imposible librar de las llamas cierta parte de nuestros bienes, acudimos, abandonándola, a salvar lo más lejano, aislando el fuego, cortando el paso a la hoguera. Espíritus nobles y fuertes, desesperados por lo que toca al destino de su generación, en vez de entregarse a vanas declamaciones, trabajan por acortar el paso a la corrupción y decadencia presentes, y atienden a la juventud para salvarla del contagio, para crearle nuevas y más sanas condiciones de vida. Imitemos a estos dignos maestros.

Recordando las grandezas de la España que fué, trabajemos por las posibles grandezas de la España del porvenir. Observa un publicista ruso que desde los tiempos de Pedro el Grande y de Catalina, el imperio moscovita se preparó, como en profecía, para dar digno albergue a las grandezas futuras, construyendo soberbios monumentos, proporcionados a los esplendores de la gran

prosperidad que, según su fe patriótica aguardaba a Rusia. Pues nosotros, que no necesitamos soñar, sino recordar, para que surjan grandezas y esplendores de España, construyamos, no Escoriales, alcázares y basílicas, que ya tenemos, sino el edificio espiritual de la futura España regenerada, resucitada, mediante una educación y una enseñanza inspiradas en el ideal más alto, pero llenas de la vida moderna. Tamaño trabajo, arduo sin duda, es para nosotros de pura abnegación; los que a él se consagren no esperen recompensas exteriores, halagos del mundo y de la vanagloria; no esperen tampoco vivir para el tiempo en que den fruto sus esfuerzos de ahora. Tengamos caridad; vivamos y trabajemos para el porvenir que no hemos de ver, y seamos como aquellos ancianos de que nos habla Cicerón en su tratado *De Senectute:... Sed iidem in eis elaborant, quæ sciunt nihil ad se omnino pertinere.*

He dicho.

(De *Un discurso.*)

MI RENAN

(5 DICIEMBRE 1892)

CON este título saldrá a luz, acaso en breve, uno de mis humildes folletos literarios, y los siguientes renglones desordenados no son parte de ese folleto, pero sí apuntes que para él podrán servirme de memorandum.

Mi Renan: como podría decir (y diré pronto) *Mi* Castelar (no porque Castelar vaya a morirse), *Mi* Goethe, *Mi* Zorrilla (que también pienso decir).

Nadie responda más que de sí mismo. El Renan que yo veo no es el que ve, por ejemplo, monsieur Deschamps, del *Journal des Débats*, que hace del autor de *Emma Kosilis* una especie de Littré aficionado a la música... filosófica.

El que quiera convencerse de la falta que hace decir *mi* Renan, fíjese en lo que está sucediendo con las necrologías del ilustre sabio que esta temporada publican los periódicos. Prescindiendo de los que no tienen más criterio que el que tenía *Larousse*... hace años, o del que tienen *Vapereau o Gubernatis*, y refiriéndonos sólo a los

que lo tienen propio o copiado con disimulo, ¡qué de contradicciones! ¡Cuántos *Renanes* nos han dado esos periódicos de aquende y allende el Pirineo!

Todos están conformes (¿cómo no?) en elogiar las virtudes, el talento, el arte del escritor insigne, pero al juzgar sus ideas, sus tendencias, el alcance de su *obra*, ¡qué de diferencias! (Digo todos, porque no cuento a los fanáticos.)

Bendigamos la *voz del pueblo*, a veces de Dios, que se ha impuesto y ha obligado a reconocer y respetar la virtud del austero y alegre discípulo de Marco Aurelio; pero reconozcamos también que particularmente los que se han permitido adelantar juicios propios... no siempre han dejado de desbarrar.

Para quitarnos el mal sabor de tantas conjeturas, de tantos juicios arbitrarios y precipitados y parciales; para poder ver a Renan debajo de esas coronas, no todas de laurel, o de rosas, o de mirtos, que han acumulado sobre su cadáver, vayamos a Renan mismo.

Mi Renan va a inspirarse en eso: en la lectura de Renan, hecha con toda el alma, con el corazón abierto a los efluvios de simpatía que de estas páginas emanan como un perfume.

Por hoy, en estos apuntes, no quiero recordar más que algunos textos que tengo a la vista y otros que no recuerdo al pie de la letra, pero sí con exactitud respecto a su idea.

Vayamos a lo más reciente, a la interpretación *más auténtica* del pensamiento de Renan: a su último libro *Feuilles détachées*.

Esta obra es continuación y complemento de la ya tan popular y celebrada que se titula *Recuerdos de la infancia y de la juventud*. Esta ya se ha traducido, bien o mal, en español; *Hojas sueltas*, no.

Emma Kosilis se titula el primer artículo de este libro. Se trata de una mujer bretona, heroína de un amor idealista, obstinado, invencible. Y dice Renan, al hablar de la melancolía contemplativa de los de su raza (de que tanto nos dijo ya aquel Chateaubriand que se abismaba, siendo niño, en la contemplación solitaria del amor y de sus ensueños): «Hay pocas *vidas fuertes* en cuya base no se encuentre el *secretum meum mihi* de los grandes solitarios y de los grandes hombres. El amor de la soledad viene generalmente de un pensamiento interior (así dice) que lo devora todo en derredor suyo. Un día citaba yo a mi hermana la frase de Kempis: *In angello cum libello*... y ella la tomó por divisa. Vivir entre sí mismo y Dios es la condición para influir en los hombres y dominarlos... No sabrán jamás los hombres nada de esos ejemplos extraordinarios de fuerza moral con que se regocija *El Eterno*, celoso testigo de las almas, que guarda para sí los más hermosos espectáculos... El temperamento melancólico ¿lo diré? es, en algo, el temperamento de *El Eterno*. La *delectatio morosa* de la Edad Media es, en cierto sentido, la fórmula suprema del universo...»

Un sabio, que no se atreve a dar la cara, le ha dicho al *Figaro* que Renan no creía en Dios. Y Mr. Deschamps, antes citado, afirma que el fondo *del pensamiento* de Renan era la negación de lo

transcendental y una resignación filosófica ante la evidencia del final desencanto. En fin, quieren hacer de él un positivista más de los que dan por cierto que no hay realidad alguna que responda a las esperanzas de idealidad y justicia divina con que la humanidad, débil de corazón y pensamiento, se consuela.

Según Deschamps, los textos de Renan en que no habla como sabio positivista, sino como idealista de anhelos religiosos, no son más que actos de piedad para consolar y entretener al vulgo, a la masa profana de lectores que no pueden penetrar en las profundidades de la ciencia. Lo serio, lo sincero en Renan, según Deschamps, es un puro estoicismo; y esto, añade, lo saben los que están en ciertas interioridades.

Yo, pese a todas las confidencias, sostengo que no hay razón particular para dar más fe a los textos y a las conversaciones en que Renan se inclina a la negación de *una conciencia central*, como él dice refiriéndose a Dios, que a los textos en que da por real la existencia Divina o que muestran una piadosa esperanza en *el Eterno*. Una psicología algo sutil y exacta en su observación tal vez daría más valor, por lo que toca a interpretar el fondo de la idea de Renan, sobre todo el de su sentimiento, a las expansiones de su espíritu, cuando escribe de lo que le llega a él más al alma, de sus amores, de sus ideales, de sus recuerdos, que cuando habla bajo la potente influencia de la filosofía, predominante en su país, en su tiempo. *A pesar* de que Renan ha sabido en muchas ocasiones hacerse superior, que así puede decirse, al

intelectualismo absorbente y frío y limitado de la filosofía francesa tradicional, muchas veces también se deja influir demasiado por el ambiente positivista que le rodea; y pese a sus alardes de *dialoguismo*, es decir, de elevarse a ver con igual valor y fuerza los dos o más aspectos de una cuestión filosófica, en multitud de afirmaciones suyas se puede notar que no es tanta como le parece su independencia respecto de las doctrinas parciales y exclusivas que en su tiempo predominan. Así, ha dicho muy bien Mr. Barrès al afirmar que Renan, aparte de lo que en él es puro genio, cosa espontánea, como sabio y pensador pertenece al período que va de la revolución de 1848 a los años de 1875.

Tal vez no se debiera fijar las fechas con tal exactitud, pero es indudable que en la parte de Renan que Mr. Deschamps quiere que represente el fondo de su idea, influyen elementos *experimentalistas* que hoy no representan el último estado de la conciencia filosófica. Lo que a mi ver faltó a Mr. Barrès añadir, es que hay en la obra de Renan otros elementos más suyos, más espontáneos y originales (la fe es lo más original que puede haber, ha dicho Carlyle) que hacen del autor de *Marco Aurelio* uno de los mejores maestros de las modernísimas tendencias del espíritu filosófico europeo en el sentido de un gran renacimiento de idealidad. Bien que el mismo Barrès viene a reconocerlo al afirmar que en la influencia de Renan hay una iniciación religiosa.

Sí que la hay, sí. Por eso podemos ser ardientes partidarios suyos, de su corazón y de su ima-

ginación, sobre todo los que no le seguimos cuando se agarra al empirismo de los positivistas de su tierra y de su época.....

.....

Por lo demás, el que quiera ver al Renan más *íntimo* que cabe, hablando de Dios con unción que sería absurdo suponer fingida, lea las páginas inéditas que días atrás copiaba *Le Figaro* de un folleto que el gran poeta historiador consagró hace tiempo a su hermana, muerta en Palestina, folleto que él no quiso que se vendiera al público.

Al pintar el alma pura de su pobre Enriqueta, y recordar la muerte de aquella esclava de la idealidad dolorosa, del deber sacrosanto, Renan, como un místico, señala la inmortalidad de los espíritus nobles en el *recuerdo de Dios:* «Vivir en la conciencia de Dios, dice, es la mejor inmortalidad que cabe.»

Positivistas de este género no son de los que llevan al mundo al atolladero de una prosa miserable.....

.....

«Señor, exclama Renan en cierto prólogo célebre, el que menos cree en ti, desea ardientemente que existas, catorce veces al día...»

En la *Abadesa* de *Jouarre* se dice: «Dios, más probable que la inmortalidad.» (La inmortalidad en el sentido vulgar, corriente, limitado, casi materialista, antifilosófico.)

Por último, al morir, dijo Renan a su mujer:

«Resignación, valor; quedan la tierra... y el *cielo.*»

Y a su hijo, al dictarle un artículo (deliraba,

pero ¿quién sabe lo que podía haber de luz en el fuego del delirio?), un artículo que se llamaba *Ya veo claro*, le decía estas palabras, las últimas que salieron de sus labios:

«*Que salga el sol del lado del Partenón.*»

Y el *Partenón* no es el ateísmo.

. . . . . .

(De *Palique.*)

EL RETRATO DE RENAN

VARIOS periódicos ilustrados acaban de reproducir el retrato de Renan, presentado en *Salón* de este año, según creo, por el célebre ıtor Bonnat.

Aquella venerable figura, coronada por una escie de aureola blanca, de abundante cabellera na, ha servido a algún caricaturista para evocar ágenes prosaicas y de un cómico bajo y grose-, de un realismo *rabelesiano;* a mí, la postura de :nan, cómodamente sentado, con las manos apodas sobre las rodillas, como el *héroe de bronce* Víctor Hugo en su episodio «La paternidad», ɜ ha recordado la figura del esfinge egipcio, cuyo ıgular tocado semeja la forma de caer el cabe-, camino de los hombros del anciano; el cual, en serena postura, firme y reposada, también nos cuerda la del misterioso símbolo tranquilamente oyado en los remos, como quien se arrellana n toda comodidad para esperar siglos y siglos solución, que no llega, de un problema.

Sí; Renan es esfinge, pero moderno, sin carác- · *hierético, sin mitología*, sin rigidez, sin frial-

dad. Esfinge que en los ojos —no hay más que mirárselos— deja ver toda la profundidad del misterio; pero también el abismo, igualmente infinito, de la idealidad sentimental y *estética*, en el sentido restringido de esta última palabra.

Sí; en la mirada de Renan y en su plácida sonrisa, que está echando a su modo bendiciones, se lee el resumen de la filosofía de este gran pensador poeta.

El misterio es insondable, no por la pequeñez de nuestro cerebro, sino por la grandeza de la realidad; el misterio es infinito, pero no se olvide que en su obscuridad, que proyecta sombra infinita en las profundidades del espacio, le acompañan eternamente, no menos infinitos, la belleza y el amor.

El hombre, que no ha llegado a resolver el *problema* de la realidad, que acaso plantea mal la cuestión, sólo por plantearla, ha llegado también a saber que el mundo, sea lo que sea, y aunque sea una apariencia, es bello; y que su corazón, el humano, sea lo que sea, ama infinitamente la *representación* infinita. Con tales ideas y *experiencias*, no cabe que al escepticismo acompañe el nihilismo ético ni el nihilismo estético. Hay deber, porque hay amor; hay dicha, poesía, porque hay belleza. Todo esto se puede leer en el retrato de Renan, y por ello se explica cómo, sin dejar de ser de esfinge aquella mirada, de esfinge aquella postura, su misterio no espanta, sino que atrae, es amable, familiar, dulce; el rostro de Renan, que todo lo pregunta, recuerda la bondadosa expresión de Pío IX, que todo lo creía.

Renan, que es tan querido y admirado en Francia, no es comprendido. Se le ha tenido por un gran *dilettante* en filosofía, por un Anatolio France de genio, y es mucho más que eso; se han visto en él contradicciones que no lo son. No es perfecto, pero es el francés, entre los vivos (1), que más se acerca a la perfección por la armonía de las facultades y por la paz del alma, conquistada, no al abrigo del puerto, sino venciendo entre el fragor de las tempestades. La calma espiritual de Renan, como la de Goethe, no es una fortuna del temperamento, sino el premio de una gran victoria.

A los lectores que estén en el caso de extrañar que se hable así del *coco* de los obscurantistas de nuestra tierra, les aconsejo la lectura de un libro de Renan traducido en español recientemente.

Es claro que me refiero a los lectores que no sepan francés, que por desgracia serán no pocos, aunque parezca mentira.

Renan traducido, adviértase, es medio Renan. Pero no importa; medio Renan vale más todavía que muchos... autores enteros.

El libro a que me refiero se titula *Recuerdos de la infancia y de la juventud*, y aunque publicado en París hace algunos años, hoy vuelve a ser de actualidad, porque pocas semanas hace se ha puesto a la venta la continuación de esta obra, *Hojas sueltas*.

Al recomendar aquí y en otras partes el libro *traducido* de Renan, yo me entiendo.

(1) ¡Vivía *cuando* se escribió esto! En paz descanse el *gran francés.*

Entre otras ventajas, ofrece esa lectura la ocasión, que a muchos convendrá aprovechar, de desagraviar a un hombre a quien se ha estado ultrajando años y años, pensando de él *de oídas*, que es un malvado, un apóstata criminal.

Leed los *Recuerdos* de Renan y veréis cómo la *honradez* filosófica tiene que proceder en ciertos casos. Estos *Recuerdos* no sólo honran al gran escritor francés, sino también a los maestros católicos.

¡Qué hermosa y evangélica tolerancia, no en las ideas, que no cabe, sino en el trato, en el afecto!

En el libro de Renan pueden aprender mucho los fanáticos que leen *El Siglo Futuro;* pero más pueden aprender acaso los fanáticos que leen *Las Dominicales* y *El Motín.*

Renan declara noblemente que lo mejor de su educación científica, lo más sólido de la base de sus conocimientos, lo debe a los sabios maestros de San Sulpicio; que su gran fortuna fué la firmeza y seriedad de sus estudios católicos.

Y con todo... Renan es Renan.

¡Y nuestros pobres pseudoliberales que piensan que para *pensar libremente* hay que perseguir al clero y desconocer la ciencia de la Iglesia y todas sus glorias!

Yo he tenido el *valor* (así lo han llamado ilustres críticos) de leer y publicar un discurso en que me oponía abiertamente al *laicismo*, según por los más se entiende y practica... y muchos publicistas me han llamado reaccionario.

De San Sulpicio puede salir un Renan.

Y de la escuela laica y antihumanista... sólo puede salir Mr. Homais, el boticario librepensador de Flaubert... el cual, dice Renan, *tenía razón.*

Tal vez, en parte. Pero sin saberlo.

Y el que tiene razón sin saberlo, no la tiene.

En ninguna parte como en España importa que sepan mucho y conozcan la teología, la antigüedad clásica, las lenguas orientales, la filosofía tradicional y la moderna los que hayan de combatir lo que se llama con estúpido desprecio las *antiguallas.*

No basta llamar *neos*, más o menos líricamente, a los que se agarran a la tradición, al fin sagrada por muchos conceptos.

En la patria de Melchor Cano, de San Ignacio y de Santa Teresa, se necesita *mucho lastre* para decir cosas nuevas, cosas contrarias a las consagradas por la pátina del tiempo y por los resplandores del genio.

Y lo primero que hace falta para decir *lo nuevo*, es conocer bien lo viejo, penetrar su valor, saber sentirlo, y hasta amarlo, en lo que tiene de amable.

Que es lo que sabe hacer Renan, el discípulo de los sabios y los santos y los mártires de San Sulpicio.

(De *Palique.*)

CONGRESO DE LIBREPENSADORES

ENTRE los varios, muchos, tal vez demasiados congresos que van a celebrarse en Madrid, habrá uno, o yo he leído mal, de librepensadores.

Si he de decir la verdad, un congreso de librepensadores, en los tiempos que corremos, me parece a mí una cosa así como un congreso de hombres que no son rubios, o de hombres que no fuman, o de hombres que no han estado en París... o cualquier otra puramente negativa y sin determinado objeto particular.

El hombre es naturalmente librepensador; luego, sucede que la mayor parte de las veces no piensa, a lo menos por cuenta propia, ni con libertad ni sin ella. Dos caminos hay que conducen a abdicar esa libertad: o un dogma impuesto y admitido voluntariamente, o una preocupación que, sin saberlo, nos domina. En el primer caso, podemos ser fanáticos creyentes; en el segundo, somos, de fijo, fanáticos descreídos. El creyente ortodoxo no piensa con libertad, pero lo sabe; el fanático que niega, porque sí, que no piensa por sí mismo, sino que repite, sin propia conciencia,

las negaciones que encuentra formuladas, no es un librepensador, sino un pensador libre; tiene libertad, pero no la emplea en pensar, sino en someterse a ideas hechas.

No es librepensador el que quiere, sino el que puede: el que en lucha con las infinitas preocupaciones que nos rodean consigue emanciparse de tantas fórmulas como nos asedian para sustituir con prendería intelectual el propio raciocinio; el que vence todas esas imposiciones de ideas ajenas no asimiladas, ese puede decir que es un verdadero librepensador y un héroe de la filosofía.

De modo que mirándolo por este lado, inscribirse en un congreso de librepensadores es darse tono, es como presentarse espontáneamente en una asamblea de chicos guapos.

Es fácil observar que en nuestro tiempo estas graves cuestiones religiosas y confesionales más bien que se resuelven se disuelven.

Al trabajo, a veces penoso, pero siempre necesario, de depuración intelectual, en que los pueblos van paulatinamente despojándose de fórmulas que ya no expresan la real vida de su espíritu en aquel momento; a ese trabajo, que es de todos y no está particularmente encomendado a nadie, no hay que llevar artificiales coacciones, ni menos formalismos plásticos alarmantes, que en cierto modo imitan lo que se pretende desechar.

Para negarle a Mahoma que él sea el profeta de Dios, no hace falta decirle «el profeta soy yo».

Para combatir a un obispo, no hay que vestirse de morado, ni encasquetarse una mitra.

Si los católicos celebran congreso, eso no es

razón para que celebren otro los librepensadores.

El Catolicismo es algo determinado, concreto.

El libre pensamiento, no.

Yo, que soy librepensador, cuando puedo, y no aseguro haber podido jamás; pero en fin, yo que quisiera ser librepensador, no tengo nada que ver con el general Riva Palacio, v. gr., presidente, según tengo entendido, del congreso de librepensadores.

El libre pensamiento, como un hecho social y psicológico, es la esencia de la civilización moderna. El libre pensamiento, como uniforme, es una casaca buena para representar comedias o zarzuelas; no para andar por esas calles.

El libre pensamiento como banderín de enganche, es una antigualla.

Esos señores librepensadores que se van a reunir comprenderán que no son ellos solos los que piensan sin obedecer a un dogma impuesto, y que si fueran a ese congreso los más y los mejores de la clase... ni se cabría en un local cerrado... ni sería el presidente el general Riva Palacio, excelente caballero que no es ningún Platón... ni ningún Lutero.

Si el congreso de librepensadores tiene un carácter de hostilidad a la Iglesia católica, determinado y cerrado, entonces ya es otra cosa; entonces ya se trata de una secta como otra cualquiera, de una bandería, de una cosa real y de fines positivos.

Pero en tal caso... creo que no es oportuno para tal propósito aprovechar el Centenario de Colón,

que era un católico ferviente, un iluminado que quería el Nuevo Mundo para rescatar el sepulcro de Cristo.

Advierto a los librepensadores de cierta estofa, que si después de leer todo lo anterior me tienen por reaccionario, se lo agradeceré mucho.

(De *Palique.*)

DIÁLOGO EDIFICANTE

PERSONAJES

LA CAPILLA EVANGÉLICA.—LA CATEDRAL DE COVADONGA.
CORO DE CATEDRALES.

LA CAPILLA

(Cerrada.) ¿Por qué no me abren? Por fanatismo.

LA CATEDRAL

(Asomando algunas columnas a flor de tierra.) ¿Por qué no me sacan de cimientos? ¿por qué no me construyen de una vez? ¿por qué no me cubren, a lo menos, para librarme de la intemperie? Por avaricia, por indiferentismo.

LA CAPILLA

Como el pino del norte suspiraba por la palmera del mediodía, podemos amarnos y entendernos ¡oh catedral católica! tú desde tu vericueto de Covadonga, yo desde este desierto madrileño...

LA CATEDRAL

No diré yo tanto. Nada de coaliciones imposibles. Quéjate tú por tu cuenta, y yo me lamentaré por la mía. No somos hermanas. *Non possumus*. Somos un contraste.

LA CAPILLA

Como quieras. Pero de nuestra antítesis sale una armonía elocuente. A mí no me dejan *abrirme* y ya estoy construída. A ti te abrirían sin inconveniente, pero no te construyen. Si no fuera absurdo, se podría decir que quien sale perdiendo es Dios que tiene dos templos menos.

LA CATEDRAL

En otros siglos, valga la verdad, no te dejarían abrirte tampoco, y hasta se atreverían a derribarte; pero, en cambio, a mí me construirían en poco tiempo, con entusiasmo, a la voz de la fe viva y ardiente.

LA CAPILLA

Hoy existe bastante fanatismo para inutilizarme a mí, y poca fe para levantar tus paredes, tus torres. De la religión se han quedado con lo peor, con la intransigencia.

LA CATEDRAL

Sí; no cabe negar que falta fe y hay fanatismo. Pero todavía hay fanáticos peores que los nuestros. Los fanáticos descreídos. El fanático con dogma tiene esa disculpa; el dogma; pero ¿qué le queda al impío que ni siquiera es tolerante?

LA CAPILLA

¿Hay de esos en tu patria?

LA CATEDRAL

Muchos. Son inquisidores herejes; familiares de la apostasía, o lo que es peor que todo, sectarios intransigentes de la negación, *celotas* de la impiedad superficial, sicarios del ateísmo. ¡Hay español nieto de cien cristianos, que ha dado su religión por cuatro frases hechas... con cuatrocientos galicismos!

LA CAPILLA

Tal vez constituyen la mayoría entre unos y otros. Los fanáticos a la antigua no tienen más culto que su culto; como si su Dios fuera el sol, no el Espíritu Eterno, toleran en la sombra otros ritos, otras ceremonias religiosas, pero no a la luz del día. ¡Adoran a Febo y temen que se profane su culto!

LA CATEDRAL

Los fanáticos *modernos* no conciben que se construya una catedral en Covadonga a expensas de toda la nación, como obra patriótica, como grandioso monumento que conmemora la primer hazaña de la reconquista, el primer milagro del valor español en su lucha de tantos siglos contra los sectarios de Mahoma. —¿Por qué una catedral? gritan. ¿Y la libertad de cultos? ¿Y el racionalismo? Los que no oímos misa, ¿por qué hemos de construir una catedral?

¡Porque lo quiere la historia! Porque no habéis de construir en Covadonga una mezquita, ni una pagoda, ni un frío monumento anodino, *abstracto*, como el del Dos de Mayo, lo cual equivaldría a olvidar la mitad, por lo menos, de lo que Covadonga representa. ¿Que no queréis hacer de Covadonga un Lourdes? Perfectamente; pero si no queréis que otros, aunque sea poco a poco, hagan eso, apresuraos a hacer otra cosa, una obra nacional, un gran recuerdo histórico; y como la historia es como es y no como el capricho de cada cual, Covadonga, quiéralo o no el racionalista *negativo*, tiene que representar dos grandes cosas: un gran patriotismo, el español, y una gran fe, la fe católica de los españoles, que por su fe y su patria lucharon en Covadonga. Una catedral es el mejor monumento en estos riscos, altares de la patria.

LA CAPILLA

Hablas como un libro. Y esos fanáticos *nuevos* son tan irracionales como los viejos que me niegan el derecho a la vida porque, llamándome yo cristiana, y sin que nadie me niegue tal nombre, ostento en mi fachada una cruz y un letrero que dice: «Cristo, redentor eterno.» ¿Qué hay de malo en esto?

LA CATEDRAL

Creerán que lo dices con segunda.

LA CAPILLA

El signo de la cruz ¿no es siempre santo? ¿O es que quieren parecerse esos fanáticos ortodoxos al impío Strauss, que en sus *Confesiones* llega a declarar que la *cruz* le repugna?

LA CATEDRAL

Con la Constitución del Estado en la mano te demuestran que no tienes derecho a la cruz de la fachada.

LA CAPILLA

Así argumentaban los saduceos cuando querían probar a Roma que Jesús barrenaba la Constitución judaica...

LA CATEDRAL

En cambio, si los fanáticos *nuevos* triunfan, ya harán otra Constitución para declarar que en España tanto como yo representa cualquier zaquizamí en que a un extravagante soñador se le antoje exhibir un culto de su invención... y acaso de su industria. Unas Constituciones niegan la historia y otras niegan la filosofía... Pero al fin a ti sólo te perjudican tus contrarios, los que ven en ti el símbolo de la abominación. Pero a mí me dejan abandonada todos, los que debieran ser mis amigos por patriotas y los que debieran serlo por patriotas y por creyentes de mi Iglesia. Hace muchos años, un santo obispo, varón elocuente y virtuoso, lleno de humildad y de fe, vino de Levante, de país muy diferente de estas mis brumosas montañas, y él, hijo del sol, de la clara y diáfana atmósfera mediterránea, se enamoró de estos lugares húmedos y obscuros por el encanto singular de estas montañas, sagradas para el cristiano y para el patriota. La idea del santo obispo fué construir aquí una catedral sobre este vericueto dantesco, y en los primeros trabajos necesarios empleó su patrimonio. La fe y el patriotismo de los demás debían ayudarle, convertir en realidad su noble idea... pero España no comprendió la grandeza del propósito. Se convirtió en cuestión de interés provincial puramente lo que debiera ser empresa nacional; porque Covadonga no es sólo de Asturias, es de España.

LA CAPILLA

Y esta aristocracia ilustre, cuyas principales damas tan ruda guerra me han declarado a mí, ¿no ha dado su dinero, no ha facilitado su influencia para levantar tus muros y hacer de tus naves un santuario digno de la gran idea religiosa y española que representas?

LA CATEDRAL

Esas damas ilustres, cuyos títulos reunidos parecen un índice de la historia de España, no se han acordado de mí... ni del origen de su grandeza. Cuanto más ilustres esos grandes apellidos y esos grandes títulos, más se acercan a mí. No hay nobleza castellana más pura, más grande que la que tenga su origen cerca de estas fuentes, de estas aguas que se despeñan por ese torrente abajo...

LA CAPILLA

Conque todas esas señoras que han ido a suplicar a Sagasta que no se me abra...

LA CATEDRAL

Ignoran todas que un modesto sacerdote anda por Asturias de puerta en puerta mendigando una limosna para ir construyéndome poco a poco y con el menor gasto posible, sin la magnificencia arquitectónica que merezco... Debiera ser yo la *obra espontánea*, simultánea y unánime de todas

las fortunas de España, y no soy más que una humilde prueba de la caridad y del *provincialismo* de unos pocos asturianos... ¿Qué más? Se acaba de celebrar el Centenario de Cristóbal Colón y su descubrimiento, y todos han pensado en Granada, nadie se acordó de Covadonga. Yo no discuto si esas ilustres señoras y esos insignes obispos que piden al Estado que no consienta tu apertura hacen bien o hacen mal. Lo que digo es que mucho más urgente que impedir a los demás abrir sus templos, es construir los propios.

CORO DE CATEDRALES

¿Qué importa una capilla protestante en esta tierra en que somos nosotras legión? ¡Somos un bosque de torres cristianas! ¡Pero muchas amenazamos ruina! ¡Que se salve la Giralda! ¡Que resplandezca la linterna mágica de León, aquella inspiración sublime de piedra! ¡Levantad en Covadonga, no una pobre basílica amanerada y raquítica, por su miseria, sino un reflejo glorioso de nuestra grandeza! ¡La fe de León, de Burgos, de Sevilla, de Granada, se salvó en Covadonga!

LA CAPILLA EVANGÉLICA

¡Oh, coro sublime! ¡Oh, sublime religión de Jesús!... ¡Tú sola pudiste inspirar estos ideales himnos de piedra!... (Bajando la voz porque a Segura llevan preso.) *¡Christus redemptor æternus!*

(De Palique.)

CARTAS A HAMLET

REVISTA DE IDEAS

I

TODAVÍA nos preguntamos, *Señor*, después de tantos siglos, las mismas cosas que te hacían pensar despierto y parecer distraído a los *ojos* de... los *ciegos* y palaciegos que te rodeaban, haciéndote más intensa la soledad de pensamiento en que vivías. ¿Por qué *hablan solos* pensadores y filósofos? Por eso: porque no hay con quien tratar. Por eso *hablabas solo* tú; por eso tu mejor filosofía está en un monólogo. Sin contar con que los diálogos suelen ser monólogos también cuando habla un hombre con un loro humano. Sin ofender a los interlocutores de Sócrates sea dicho, en los diálogos socráticos de Platón, muchas veces, a pesar de tanto personaje y tanta conversación, a quien se escucha es sólo a Sócrates...

Como decía, todavía filosofamos. Poco y pocos. Leibnitz, un gran gastrónomo de ese café del *espíritu que se llama* la especulación pura, la libre

metafísica, nos aconseja que no dediquemos cada día a la reflexión filosófica sino muy poco tiempo. Hoy siguen el consejo, demasiado fielmente acaso, aun aquellos que son más asiduos en esa labor de hacer telarañas de ideas, que el vulgo no se explica: porque esas telarañas no sirven para cazar moscas. Hoy hemos abusado un poco de la teoría moral que quiere que el pensador, el sabio, el filósofo, el poeta, sean *hombres como los demás* y se *distraigan*, se diviertan, pierdan el tiempo —y con él, a veces, el alma, para ser *humanos*, para aprender también en el gran libro de la vida. De tanto leer en el gran libro de la vida se resiente no poco la ciencia filosófica contemporánea. El pensador que frecuenta el café desea poder llevar al café una filosofía que puedan comprender los demás parroquianos. De aquí la necesidad de una filosofía *fácil* que se entienda pronto. Peligro inmenso, porque con el solo hecho de necesitar ir al café quedan fuera de concurso muchas filosofías.

Como hasta los pensadores tienen tantas cosas que hacer se piensa poco. No hay tiempo. Si Kant no hubiera dispuesto de mucho más tiempo que nosotros, no hubiera tenido tiempo para probar, o poco menos, que el tiempo no existía fuera de nosotros. Hoy nadie duda del tiempo, porque no lo hay, para demostrar que no lo hay.

Se piensa poco. Y piensan pocos. Aunque hay muchos librepensadores que defienden con tesón su derecho de pensar, no lo hacen por el huevo, *sino por el fuero*; es decir, no lo hacen para aprovechar su derecho, sino para que conste que le

tienen. Se defiende la libertad de pensar... y de no pensar. Para los más es puro acto de abnegación, *altruísmo*, esa defensa; son capaces de dar su sangre porque piensen libremente... los que tengan esa manía. Podría hacerse una estadística que sería enternecedora; ésta: la de los buenos liberales que han muerto o padecido por la libertad de pensar en España, comparados con los contadísimos españoles para quienes ha servido prácticamente el derecho ganado con tan hermosa conquista.

Pero una cosa es pensar y otra afirmar, negar o tener sus dudas. La democracia para muchos consiste en el milagro de tener una opinión acerca de las cosas sin haber pensado en ellas. ¿Qué diríamos de un niño holgazán que en vez de estudiar la lección se entretuviese en cazar las moscas, que no caza la araña filósofa, y que al día siguiente, al preguntarle el maestro, contestara: «No sé la lección... *dudo* de ella»?

Pues esto hacen y dicen muchos de nuestros contemporáneos: «Los tiempos son de duda —se oye por todas partes—; la *duda* es una enfermedad del siglo, y hasta se toma a gracia la duda, y el que duda se cree en *estado* interesante, y casi romántico y poético, como la Dama de las Camelias. Los poetas cantan sus dudas, que en muchos de ellos es como cantar su ignorancia y su holgazanería.

«Nos mata el análisis»; esta es la síntesis a que llegan de golpe muchos que en su vida han analizado nada.

Si oyéramos a ciertos fisiólogos y médicos imagi-

narios, que quieren hacer del hombre contemporáneo el *enfermo a palos*, la gente se cae a pedazos por el exceso de inteligencia, por demasiado ahondar en las ideas que analiza excesivamente.

Pura calumnia; los vicios, la excitación sensual, no diré que no maten a medio mundo; pero que las generaciones se vayan haciendo enclenques de tanto filosofar, es pura cavilación de quien tampoco ha analizado mucho, aunque se crea otra cosa.

Hay, Hamlet, ahora, una filosofía que se llama el positivismo, que tiene el inconveniente de que se enamoren de ella casi todos los boticarios y médicos de partido y la multitud de aficionados que filosofan, como los comisionistas, de sobremesa.

Es de ayer y ya llena el mundo. Y aunque en ciertas regiones de la vida intelectual ya no soplan buenos vientos para tal sistema, o mejor *tendencia*, de escalera abajo su imperio es indisputable. Pues bien, este positivismo ha puesto de moda el desprecio de la metafísica, ha relegado a los ensueños de la edad *teológica* el ergotismo escolástico, ha materializado la especulación, ha metido las *ideas* y las *categorías* en sendos frascos de farmacia... y, en suma, ha acostumbrado a la gente a no reflexionar, a no ahondar en las cuestiones, a no descomponer los juicios ni examinar los conceptos, y con motivo de *no hacer metafísica* la mayor parte de esos filósofos tan claros y llenos de *hechos*, sientan afirmaciones gratuitas, *peticiones* de principio, toman actos de voluntad *por conocimientos* positivos, arbitrarios ukases de

autoridad por intuiciones irrefutables; y resulta de todo esto que, tal vez, a pesar de tanto como se ha vulgarizado la instrucción, jamás, en época de cultura regular, ha habido menos personas con el hábito de pensar profundamente, con original arranque e independencia.

La filosofía verdadera *goza* hoy de un descrédito a que no había llegado nunca. Ya casi nadie quiere llamarse filósofo. En nuestro país, particularmente, la literatura filosófica es casi nula. Se escriben novelas, dramas, poesías líricas, cuentos, libros técnicos, etc., etc.; pero ninguna de esas obras en que la filosofía es arte se hace popular, interesa a todos. Aficionados de las letras que tienen regulares conocimientos de literatura amena, patria y extranjera, que algo saben de historia, de ciencia, de política, etc., etc., ignoran de un modo fabuloso las materias filosóficas. Está en la atmósfera esta ignorancia.

Pero ello no quita que cualquiera, hoy más que nunca, se atreva a sentar conclusiones categóricas acerca de los más graves problemas metafísicos; y esto se hace así, como al descuido, de pasada, incidentalmente, en cualquier ocasión, describiendo una sesión del Ayuntamiento, o un estreno, o un baile. Dar de hecho que *de tejas arriba* no puede saberse nada; o que la ciencia moderna *ha hecho bancarrota;* o que el hombre actual ha renunciado a las *hermosas ilusiones* de las edades creyentes; o que toda filosofía es inútil; o que el idealismo ha muerto; o que ya nadie cree en el alma, etc., etc., es cosa corriente, y cada cual escribe estas afirmaciones o negaciones terminan-

tes, absolutas, sin darse cuenta de lo que hace, creyendo ser modesto. No falta quien estudia con gran escrúpulo los pormenores más insignificantes de un hecho histórico, de una noticia cualquiera, para marchar sobre seguro o estar bien informado al hablar o escribir; y ese mismo no repara en resolver en medio renglón el problema capital de la ciencia, sin pensar siquiera lo que hace, repitiendo una frase hecha del positivismo callejero, v. gr., diciendo así: Como toda ciencia seria se funda en la experiencia sensible; o como ya no hay crédito para la metafísica; como el mundo de lo fundamental es incomprensible, etc., etc ; es decir, que llamamos matar la metafísica a improvisarla.

Y lo peor no es esto. Como tan desacreditada está la filosofía, y la literatura que ha de ser popular no quiere nada con ella, sucede que sólo consiguen a veces llamar algo la atención los pensadores extravagantes y extremosos, como el desgraciado alemán de *Zaratustra*, Nietzsche, cuyo sistema (?) de repugnante aristocracia intelectual poco faltó para que anduviera por las cajas de cerillas. Schopenhauer debe su popularidad relativa, no a lo que tal vez haya de fuerte y profundo en su sistema, sino a sus célebres *salidas* pesimistas. Max Nordau, una adocenada medianía, se ha hecho célebre por decir que todo es mentira, y que casi todos, menos él, están locos. Lombroso, maestro de Max Nordau, que hoy reniega de su discípulo *porque éste exagera*, se hizo conocer gracias a análogas exageraciones. Y en tanto, la filosofía *metódica*, racional, ordenada, *solidaria* de la historia del pensamiento, no tiene quien la presente

al público; porque esas vulgaridades que hoy hablan de un fusil nuevo, o de una bailarina célebre, de un escándalo internacional, o de un poeta vicioso, o de un rey suicida, o del sistema hidroterápico de un clérigo, o de la filosofía desdeñosa y cruel de Nietzsche, nada tienen que decir de los filósofos *regulares*, difíciles de entender, prudentes en sus teorías.

La consecuencia es que el gran público, medianamente enterado de novedades literarias, económicas, sociales, científicas, políticas, militares, etc., de las filosóficas sólo conoce lo peor: la extravagancia, el artificio, el exceso, la comedia y la locura.

Pues bien, Hamlet: yo quisiera empezar a contribuir, en el humilde alcance de mis fuerzas, a contrarrestar estos males, y entre otros recursos he ideado estas cartas a una sombra poética y filosófica, a un soñador engendrado por otro soñador, a uno de esos *mitos* ya eternos, convertidos para la humanidad en *idea fija*. Sí, Hamlet; tú eres una idea poética, una larva ideal que ya no olvidarán los hombres y la figura simbólica más adecuada para que yo te dirija estas cartas de *filosofía popular*, en que hablo contigo y hablo con todos los que ordinariamente no leen filosofía.

En cuanto a lo de escogerte a ti, Hamlet, como corresponsal simbólico, recuerda lo que, según Shakspeare, fuiste en este mundo y lo que fuiste, según la interpretación que de tus cantos nos dieron Goethe, Schlegel y otros. Tenías un propósito culminante: vengar a tu padre; un interés personal, de actividad ordinaria, mundana, que *exige facultades*, recursos, mañas de las que sue-

len poseer los hombres que no piensan, pero hacen. ¡Raza terrible y poderosa! Pero tu espíritu de mariposa socrática te llevaba a volar de fenómeno en fenómeno, preguntándole al mundo su secreto, siempre abstraído en tu venganza, desmayado en los medios de conseguirla, desviado de tu camino por las ideas, siguiendo las ondulaciones del interrogante de tus dudas. Eras un pensador poeta; no eras un *hombre de acción;* estabas perdido. Pero... dispénsame que te lo diga: eras un pensador... aficionado. Está por demostrar si es mejor ser filósofo sistemático que filósofo *esporádico*, fragmentario, de ocasión. Renan ha censurado levemente a Cousin, porque hizo a muchos jóvenes de su tiempo tomar el *dilettantismo* platónico, delicioso y profundo, pero no científico, como un sistema vigoroso; pero no falta quien encuentre menos expuesto filosofar como Platón, o el mismo Renan, que encerrarse en la fortaleza aislada de un sistema, provisto de todo el armamento de las hipótesis exclusiva y vigorosamente técnicas.

El que se mete por los *Diálogos* adelante va confiado, porque ni un momento, volviendo la cabeza, deja de ver detrás de sí la entrada, que puede ser, si quiere, la salida; pero en las encrucijadas de casamatas, bastiones, fosos, trincheras, etcétera, etcétera, del criticismo, del positivismo de Comte, de la evolución spenceriana, del idealismo hegeliano, ¿quién una vez allí emboscado encuentra la salida? Por eso, entre un *sistema* (que no sea el de la absoluta certeza) y una filosofía... de guerrillas, es acaso preferible esta última, desde el punto de vista de la independencia personal.

Pero una cosa es eso y otra el filosofar demasiado aleatorio, sin propedéutica, o sea preparación y *aclimatación* intelectual, sin constancia ordenada, sin tradición de sabiduría, sin instrumentos auxiliares. Y tú, Hamlet, por culpa de tu edad, de tu siglo, de tu país, de tu alcurnia, de tus parientes, de tu educación, de tu... *tragedia*, eras pensador de esta última clase; demasiado poco *informado* de lo histórico, de lo académico, de lo metódico... aunque eras lince, y en facultades no adquiridas pocos te aventajaron. Sea como quiera, mis noticias, que van indirectamente a mis lectores más distraídos, menos preparados con estudios de filosofía, no te ofenderán por lo conocidas ni por la forma llana y clarísima, y aun trivial, con que te las dé; pues ni tú en este mundo tuviste tiempo ni ocasión de aprender ciertos tecnicismos ni en tus días existían muchas de las cosas de que tengo que hablarte, ni se usaban los términos filosóficos que hoy se usan. De modo que, aunque pensador, por tus condiciones particulares se te debe hablar como a todos aquellos que no suelen parar mientes en la filosofía, y a los cuales, precisamente, yo quiero dirigirme por los motivos tantas veces señalados.

Y sin más preámbulo te anuncio que el próximo asunto de mis cartas será, como conviene, una cuestión general, lo que se ha llamado *espíritu nuevo*, y también de reacción idealista, y hasta el neocristianismo y el neomisticismo, como si todos estos términos no significaran cosas diferentes. En esta confusión de los nombres hay ya indicios de la vaguedad e inexactitud de los conceptos. Sí, se

confunden y mezclan muchas cosas. Como yo, desde ahora te lo declaro, me intereso en favor, no sin reservas, del actual movimiento, quiero fijar bien sus condiciones, porque por muchos se empequeñece el alcance de estas tendencias, y se quiere achacar ciertos defectos de alguna parte al conjunto de tan considerable crisis de la vida intelectual contemporánea. Y hasta la primera.

II

En mi primera carta hay una contradicción que creo aparente, y empiezo procurando demostrar esa apariencia. Hablaba de los peligros de una *filosofía de café*, que para hacerse entender fácilmente, para ser clara ante el vulgo, rehuye las hondas especulaciones y se contenta con el criterio de los *sentidos infalibles*, sin más que la ayuda de una ciencia *relativa*, geométrica, que responde del orden de los fenómenos, en su representación, por supuesto, pero que nada quiere saber del fundamento de la realidad, bastándole con la seguridad empírica, dogmática, de que esa realidad, en cuanto a su presencia fenomenal, es como la vemos.

Y habrá quien me diga: Pues si es peligrosa filosofía fácil, que se puede entender pronto, ¿a qué vienen estas cartas en que pretendes hablar de filosofía a los que no suelen pensar en ella? ¿Eres partidario de una filosofía literaria, retórica, de salón, como la que preparó en Francia la mina revolucionaria? ¿Pretendes en brevísimos artículos, sin más aparato que cierto orden en las cláusulas y alguna

concisión, explicar profundidades de la reflexión, sugerir en el pensamiento ajeno la complicada urdimbre de ideas necesaria para trabajar con fruto en estas cuestiones?

No; muy otro es mi objeto. No pretende el que da cuenta del movimiento artístico en pintura y en música, por ejemplo, convertir a los lectores en críticos ni enterarlos de los difíciles tratados del contrapunto o de la perspectiva. Mi propósito no pasa de procurar que los mismos que tienen manera de enterarse de las novedades de la vida política, científica, artística, etc., etc., la tengan de saber algo de lo que ocurre en la moderna vida del pensamiento filosófico, sin aspirar a convertirse en filósofos; como tampoco se hacen, por aquellas otras noticias, ni hombres de Estado, ni sabios, ni críticos. A lo sumo, desearé que mis revistas de ideas sirvan de estímulo a los aficionados, para buscar en otra parte el necesario complemento de mis ligeros apuntes. Y si alguna vez me detengo a discurrir por cuenta propia, que sí lo haré, siempre será tratando asuntos que puedan ser explicados y comprendidos sin más preparaciones. Creo que la contradicción queda deshecha.

Nadie más convencido que yo de que los estudios filosóficos no se improvisan; pero estas revistas no son para propaganda de una escuela, de un sistema, sino pura noticia, comentario sin pretensiones de proselitismo, aunque también sin ocultar mis preferencias y sus motivos.

La convicción que yo deseo que el lector adquiera, si no la tiene, leyendo mis cartas, es ésta:

que es conveniente, tal vez necesario, estudiar filosofía; pero que no basta para ello la lectura de cosa tan ligera como estos artículos.

Una de las preocupaciones vulgares que más urge combatir, a mi entender, es la opinión, que se va generalizando, que tiende a ver en las nuevas corrientes del pensamiento una moda pasajera, principalmente literaria, y debida en lo esencial al afán de novedades y contrastes de cierta parte de la juventud literaria francesa. Conste que entro en estas consideraciones porque me dirijo a los que supongo poco enterados de estas materias; pues a quien lee y piensa algo con cierta constancia y diligencia no hay que decirle que tiene mucha más importancia que todo eso el movimiento de que se trata.

Cierto es que la juventud artística, que a sí propia dió en llamarse *decadentista* (los inventores del mote ya peinan canas a estas horas), vino a parar, por huir de extremados *realismos* y *positivismos*, en idealidades simbólicas, en vaguedades más o menos místicas, en elucubraciones teosóficas, y a veces, en una clara reacción anticientífica, y en ocasiones escéptica. Pero todo esto, lejos de ser el origen del renacimiento idealista, si así interinamente quiere llamarse, no es más que una de las manifestaciones de una gran tendencia mucho más importante, más extendida y más compleja, y, por cierto, una de las manifestaciones menos puras, menos transcendentales.

Sin embargo, para hacer justicia a todos, hay que apresurarse a distinguir dentro de esa misma

literatura, llamada, en general, *decadente*, lo bueno de lo malo, lo sincero de lo falso, lo serio de lo burlesco, la verdad de la farsa y el talento de la tontería.

Como hemos de tener ocasión de notar muchas veces, en ese idealismo complejo y de cien matices de la modernísima literatura francesa, hay elementos muy dignos de ser tenidos en cuenta, estudiados y relacionados con otras manifestaciones filosóficas, religiosas, sociales, etc., etc. El que quiera juzgar por lo que pasa en las letras españolas, particularmente las que proceden de nuestra juventud, no podrá entender bien este íntimo enlace de los versos, las novelas, las comedias y la crítica de los franceses jóvenes con la religión y aun la teología, con la metafísica, la filosofía, el idealismo, el positivismo, el socialismo, etc., etc. Entre nosotros la literatura suele ser cosa enteramente aparte; muchos literatos no son, ni quieren ser, filósofos, ni arqueólogos, ni filólogos, ni sociólogos, ni teólogos, ni cosa así; en Francia la juventud piensa hoy de otra manera.

Yo no digo ahora quién va por mejor camino, sino lo que pasa; y añado que, en nuestro país, por culpa de la escasa educación intelectual que padecemos, no está, fuera de algunas excepciones, la literatura de la mocedad bien preparada para meterse en ciertas profundidades. En Francia no todos saben, ni mucho menos, lo que convendría para que no hubiera desproporción entre las pretensiones de *transcendencia* y los medios de instrucción que hacen al caso; ya hace años que Julio Lemaitre, el popular crítico, hoy académico, refi-

riéndose a ciertos cenáculos de literatos jóvenes y revolucionarios en sentido simbólico, después de alabar su talento, lamentaba su ignorancia, la de ellos, que consideraba fabulosa.

Pero hay de todo: hay una parte muy numerosa de la juventud intelectual francesa que merece, así como suena, el nombre de sabia; y aunque los más de esos jóvenes no se consagran a las puras letras como artistas, todavía son muchos los que cultivan como vocación la literatura-arte, y llevan a ella un caudal muy considerable de estudios serios, de reflexión personal y honda; algunos de los literatos llamados *normaliens*, son ejemplo, pero sólo ejemplo, de esta clase de escritores eruditos.

Pues bien; para los de estas condiciones, es natural que la literatura necesite reflejar, y refleje, el estado predominante del pensamiento y de las aspiraciones morales en el mundo culto, en el de los hombres ilustrados y reflexivos.

Sería erróneo pensar que esos literatos franceses jóvenes, pensadores serios, eruditos y sabios, algunos, han influído en la filosofía actual, hasta el punto de que ya no pasa por anticuado el que hable de un renacimiento de la metafísica. No son ellos los que han creado o inspirado el idealismo ruso, ni el prerrafaelismo inglés, ni la influencia de Carlyle, ni la restauración de la psicología introspectiva, desacreditada por Kant y por Comte, ni los profundos estudios analíticos de muchos filósofos nuevos que someten a rigurosa y sutil crítica el neokantismo, el positivismo y la evolución spenceriana, y remueven la cuestión de la unidad, del objeto y el sujeto que los positivistas de escalera

abajo califican con desprecio de escolástica y anticuada; no, no son los literatos los que hacen pensar otra vez en los grandes maestros idealistas, desde Sócrates a Hegel; no son los literatos los que hacen que se renueve el estudio comparado de las religiones con más erudición y mejor crítica que nunca, y con mayor imparcialidad y más profundas miras que pueden encontrarse, por ejemplo, en ciertos popularísimos manuales de sociología y antropología, hace doce o quince años muy leídos y celebrados, aunque eran esos libros en tal asunto prosaicas reproducciones de los poéticos ensueños materialistas de Lucrecio.

Ni son tampoco los literatos de París, por mucho que valgan y sepan, los que han traído este anhelo general de idealidad, este respeto y estudio reflexivo del sagrado misterio, que llega al pueblo, a la masa de las iglesias docentes, y empeña a todos con sublime tolerancia en el esfuerzo común de salvar las grandes creencias racionales, flor del progreso humano, ensayando en asambleas, como la religiosa de Chicago, los futuros pactos de la concordia ideal de los pueblos.

Es todo lo contrario; es que los artistas sinceros, nobles, leales a la verdad, que han visto esta corriente general, que han estudiado el nuevo movimiento en todas esas y otras muchas manifestaciones, han llevado también a las letras, por impulso natural, semejante criterio, inspiración análoga.

Cuando hace veinte años el naturalismo artístico, según lo entendieron los más y los principales *entonces, pretendía* adquirir sólidas bases científi-

cas al amparo del positivismo, a nadie se le ocurrió pensar que los libros de Littré, de Claudio Bernard, de Taine, de Haeckel, se inspirasen en la literatura realista de mediados del siglo. Sucedió todo lo contrario. Pues lo mismo pasa ahora.

Exageraciones siempre las hay; pruritos malsanos nunca faltan. Los ignorantes, de poca fibra moral y pensamiento vulgar y ligero, es claro que caen en la afectación, el fingimiento, la manera, las extravagancias, y provocan el hastío, la desconfianza, la reacción que busca el equilibrio. Pero ¡qué tienen que ver con esas locuras o necedades pasajeras, con esas frívolas novedades de un día, cosas tan serias como las que supone este anhelo universal que en música, en pintura, en poesía, en la novela, en la crítica, en la filosofía, en la religión, en la misma política, busca en todas partes la eficacia de las hondas causas misteriosas, no con sentimentalismos trasnochados, no con teosofías y ciencias ocultas, sino con filosofía cada vez más sutil y prudente, con crítica cada vez más escrupulosa, huyendo del *hombre abstracto*, del intelectualismo, para emplear como *buzo* de esa realidad sumergida en lo desconocido, al *hombre entero*, con su corazón, su vida estética, sus revelaciones morales, sus tendencias de fuerza social hereditaria; el hombre, en fin, que echaba de menos un positivista, Taine, en la *estatua de Condillac*, modelo de muchos *fisiologismos* contemporáneos!

Y no es lo peor que se quiera ver la genuina *representación* del *espíritu nuevo* en cenáculos literarios, declarados tales o no, de jóvenes aturdidos

y vanidosos, más o menos listos; el peligro de esta confusión no es grande, pues fácilmente se advierte que nada o poco tienen que ver con toda una tendencia general de la civilización las futuras *obras maestras* de los 141 jóvenes literatos franceses que nos prometen ser las notabilidades de mañana. ¿Qué mediano pensador confundirá jamás el jugo estético y social del romanticismo francés con el chaleco rojo y las melenas de Teófilo Gautier?

Lo peor es que literatos muy serios, muy instruídos, a lo menos en humanidades, y de espíritu sutil, pero estrecho, reaccionario y pesimista en el fondo, también pretenden llevar la voz cantante en estas novedades neoidealistas; y así se ven cosas tan tristes como la célebre y casi escandalosa campaña de Mr. Brunetière, el crítico de la *Revue des Deux Mondes,* contra las ciencias modernas. Con más fuerza todavía que a los neomísticos decadentes hay que rechazar, en cuanto pretendidos apóstoles de *lo que nace*, a esos literatos maduros, reaccionarios, con barniz de modernismo técnico, que hablan de la *bancarrota de la ciencia* con muy sospechosa sensiblería, empleando de mala manera el *razonamiento* para calumniar a la razón, imitando a Pascal, no en lo grande, sino en lo enfermizo y subjetivo.

Si hombres como Brunetière hubieran de ser los evangelistas de la nueva predicación, casi preferiría yo irme tras Mr. Berthelot, que si tiene algo de Mr. Homais, el boticario de *Mme. Bovary*, es al cabo un gran químico y bueno, por lo menos para *echárselo, como se le* echó, a Mr. Brunetière, para

que cada cual a su modo, ambos, muy lejos de lo actual, disputen con las antiguas armas acerca de dos cosas tan viejas como son el espíritu reaccionario y el positivismo, que con el mandil de laboratorio se pone a dar cátedra de filosofía. Lejos de unos y otros, del químico positivista Berthelot y del humanista reaccionario Brunetière, veamos nosotros algo de lo mucho verdaderamente nuevo y fecundo, que demuestra cómo es cosa muy importante y general, no un *artículo de París*, la tendencia actual filosófica, cuya idea capital a mi ver es ésta: que sean las que sean (y aun no se han estudiado bien) las dificultades que el hombre *de hoy* puede encontrar para el estudio y *racional culto* del misterio original, estos inconvenientes de *método*, de *doctrina de la ciencia*, como diría Fichte, no le quitan al *objeto* de ese estudio, de dificultad... *X*, la importancia que tienen, la capital en la vida.

Lo que hoy se piensa, a mi ver, no es que se ha descubierto ya el camino de lo metafísico, sino esto otro: que no se puede seguir por otro camino.

El espíritu nuevo (en las puras regiones de la reflexión filosófica) no consiste en pretender haber descubierto que se puede saber lo que *tampoco el positivismo sabía si se puede saber o no*. Lo que el espíritu nuevo cree haber descubierto es que no se *puede vivir bien* sin pensar en eso.

Lo metafísico es, por lo menos, un postulado práctico de la necesidad racional.

Y para otra ocasión queda el empezar a indicar *algunas de las* más caracterizadas manifestaciones

de esta gran *pasión de la idealidad moderna*... que no hay que confundir con las *salidas* de Peladan, y las misas diabólicas y otras quisicosas de que ya se ríen hasta los corresponsales parisienses de los periódicos más populares.

(De *Siglo pasado.*)

IV

EL NOVELISTA

Las novelas largas de Clarín *son dos:* La Regenta *y* Su único hijo. *Prolijidad, profusión hay en* La Regenta. *Escrita en la época del naturalismo a lo Zola, el autor siente la sugestión del tipo compacto y formidable de novela creado por Zola. La extensión era señal de fuerza. Más tarde,* Clarín *nos demostró que la fuerza es la visión clara, limpia y sobria de las cosas. ¡Qué maravilla* Su único hijo! *Se pueden gustar en* La Regenta *excelentes cosas (tipos, escenas, situaciones); pero en* Su único hijo, *estupendo libro, el ambiente es el de todo un período de la vida española expresado, pintado, por modo insuperable. Una vieja ciudad española, con tipos rezagados del romanticismo: eso es el libro. Para comprender nuestro romanticismo será necesario, indispensable, leer esa novela de Alas. Todavía dura en mucha parte de España ese ambiente; y el libro de* Clarín *nos hace ver el encanto profundo de esos casinos de una antigua ciudad, de esos teatros, de esos paseos, en que se mueven y van y vienen tipos que creíamos desaparecidos: hombres que tienen un plan para regenerar a España en cinco años y que os cuentan sus aventuras de la juventud; mujeres que viven de un recuerdo grato de antaño y que salen cada ocho días en un antiguo coche... Las horas pasan lentas, y en el viejo casino, silencioso, desierto, se oye, de tarde en tarde, el sonoro ruido de los pasos sobre las tablas deslustradas.*

EL CASINO DE VETUSTA

EL Casino de Vetusta ocupaba un caserón solitario, de piedra ennegrecida por los ultrajes de la humedad, en una plazuela sucia y triste, cerca de San Pedro, la iglesia antiquísima vecina de la catedral. Los socios jóvenes querían mudarse, pero el cambio de domicilio sería la muerte de la sociedad, según el elemento serio y de más arraigo. No se mudó el Casino y siguió remendando como pudo sus goteras y demás achaques de abolengo. Tres generaciones habían bostezado en aquellas salas estrechas y obscuras, y esta solemnidad del aburrimiento heredado no debía trocarse por los azares de un porvenir dudoso en la parte nueva del pueblo, en la Colonia. Además, decían los viejos, si el Casino deja de residir en la Encimada, adiós Casino. Era un aristócrata.

Generalmente el salón de baile se enseñaba a los forasteros con orgullo; lo demás se confesaba que valía poco.

Los dependientes de la casa vestían un uniforme parecido al de la policía urbana. El forastero que llamaba *a un mozo* de servicio podía creer, por la

falta de costumbre, que venían a prenderle. Solían tener los camareros muy mala educación, también heredada. El uniforme se les había puesto para que se conociese en algo que eran ellos los criados.

En el vestíbulo había dos porteros cerca de una mesa de pino. Era costumbre inveterada que aquellos señores no saludaran a los socios que entraban o salían. Pero desde que era de la Junta Ronzal, que había visto otros usos en sus cortos viajes, los porteros se inclinaban al pasar un socio sin importancia, y hasta dejaban oir un gruñido, que bien interpretado podía tomarse por un saludo; si era un individuo de la Junta se levantaban de su silla cosa de medio palmo; si era Ronzal se levantaban un palmo entero, y si pasaba don Alvaro Mesía, presidente de la Sociedad, se ponían de pie y se cuadraban como reclutas.

Después del vestíbulo se encontraban tres o cuatro pasillos convertidos en salas de espera, de descanso, de conversación, de juego de dominó, todo ello junto y comoquiera. Más adelante había otra sala más lujosa, con grandes chimeneas que consumían mucha leña, pero no tanta como decían los mozos. Aquella leña suscitaba graves polémicas en las Juntas generales de fin de año. En tal estancia se prohibía el estridente dominó, y allí se juntaban los más serios y los más importantes personajes de Vetusta. Allí no se debía alborotar, porque al extremo de oriente, detrás de un majestuoso portier de terciopelo carmesí, estaba la sala del tresillo, que se llamaba el gabinete rojo. En éste había de reinar el silencio, y si era posible también en la sala contigua. Antes estaba el tre-

sillo cerca de los billares, pero el ruido de las bolas y los tacos molestaba a los tresillistas, que se fueron al gabinete rojo, donde estaba entonces el de lectura. El gabinete de lectura se fué cerca de los billares. La sala del tresillo jamás recibía la luz del sol: siempre permanecía en tinieblas caliginosas, que hacían palpables las tristes llamas de las bujías, semejantes a lámparas de minero en las entrañas de la tierra.

Don Pompeyo Guimarán, un filósofo que odiaba el tresillo, llamaba a los del gabinete rojo los monederos falsos. Se le figuraba que en aquel antro, donde se penetraba con silencio misterioso, donde se contenía toda alegría, toda expansión del ánimo, no se podía hacer nada lícito. Los más bulliciosos muchachos, al entrar en el gabinete del tresillo, se revestían de una seriedad prematura; parecían sacerdotes jóvenes de un culto extraño. Entrar allí era para los vetustenses como dejar la toga pretexta y tomar la viril. Jugando o viendo jugar estaba siempre algún joven pálido, ensimismado, que afectaba despreciar los vanos placeres, hastiado tal vez, y preferir los serios cuidados del solo y el codillo. Examinar con algún detenimiento a los habituales sacerdotes de este culto ceremonioso y circunspecto de la espada y el basto, es conocer a Vetusta intelectual en uno de sus aspectos característicos.

En efecto, aunque el jefe de Fomento aseguraba que todos los vetustenses eran unos chambones, no era esto más que un pretexto para subir al *cuarto del crimen* en busca de más pingües y rápidas *ganancias;* porque jugar se jugaba en el

Casino de Vetusta con una perfección que ya era famosa. No faltaban los inexpertos, y aun éstos eran necesarios, porque si no ¿quién ganaría á quién? Pero contra la afirmación del jefe de Fomento protestaban los hechos. De Vetusta, y sólo de Vetusta, salieron aquellos insignes tresillistas que, una vez en esferas más altas, tendieron el vuelo y llegaron a ocupar puestos eminentes en la Administración del Estado, debiéndolo todo a la ciencia de los estuches.

. . . . . .

El gabinete de lectura, que también servía de biblioteca, era estrecho y no muy largo. En medio había una mesa oblonga, cubierta de bayeta verde y rodeada de sillones de terciopelo de Utrecht. La biblioteca consistía en un estante de nogal, no grande, empotrado en la pared. Allí estaban representando la sabiduría de la sociedad el *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia. Estos libros se habían comprado con motivo de las repetidas disputas de algunos socios que no estaban conformes respecto del significado y aun de la ortografía de ciertas palabras. Había además una colección incompleta de la *Revue des Deux Mondes* y otras de varias ilustraciones. La *Ilustración francesa* se había dejado en un arranque de patriotismo, por culpa de un grabado en que aparecían no se sabe qué reyes de España matando toros. Con ocasión de esta medida radical y patriótica se pronunciaron en la Junta general muchos y muy buenos discursos, en que fueron citados oportunamente *los héroes* de Sagunto, los de Covadonga y, por último, los del año ocho. En los cajones inferiores

del estante había algunos libros de más sólida enseñanza, pero la llave de aquel departamento se había perdido.

Cuando un socio pedía un libro de aquéllos, el conserje se acercaba de mal talante al pedigüeño y le hacía repetir la demanda.

—Sí, señor, la crónica de Vetusta...

—Pero ¿usted sabe que está ahí?

—Sí, señor, ahí está...

—El caso es... —y se rascaba una oreja el señor conserje— como no hay costumbre...

—¿Costumbre de qué?

—En fin, buscaré la llave.

El conserje daba media vuelta y marchaba a paso de tortuga.

El socio, que había de ser nuevo necesariamente para andar en tales pretensiones, podía entretenerse mientras tanto mirando el mapa de Rusia y Turquía y el *Padre nuestro* en grabados que adornaban las paredes de aquel centro de instrucción y recreo. Volvía el conserje con las manos en los bolsillos y una sonrisa maliciosa en los labios.

—Lo que yo decía, señorito... se ha perdido la llave.

(De *La Regenta.*)

LAS TERTULIAS Y EL TEATRO

SE iba a una tienda. Tenía tres o cuatro tertulias favoritas alrededor de sendos mostradores. Repartía el tiempo libre entre la botica de la Plaza, la librería Nueva, que alquilaba libros, y el comercio de paños de los Porches, propiedad de la viuda de Cascos. En este último establecimiento era donde encontraba su espíritu más eficaz consuelo; un verdadero bálsamo en forma de silencio perezoso y de recuerdos tiernos. Por la tienda de Cascos había pasado todo el romanticismo provinciano del año cuarenta al cincuenta. Es de notar que en el pueblo de Bonifacio, como en otros muchos de los de su orden, se entendía por romanticismo leer muchas novelas, fuesen de quien fuesen, recitar versos de Zorrilla y del duque de Rivas, de Larrañaga y de D. Heriberto García de Quevedo (salvo error), y representar *El Trovador y el Paje*, *Zoraida* y otros dramas donde solía aparecer el moro entregado a un lirismo llorón, desenvuelto en endecasílabos del más lacrimoso efecto:

¿Es verdad, Almanzor?, ¿mis tiernos brazos
te vuelven a estrechar? ¡Pluguiera al cielo!, etc.,

decía Bonifacio y decían todos los de su tiempo con una melopea pegajosa y simpática, algo parecida a canto de nodriza. Y decían también, esto con más energía:

¡Boabdil, Boabdil, levántate y despierta!..., etc.

Esta era la mejor y más sana parte de lo que se entendía por romanticismo. Su complemento consistía en aplicar a las costumbres algo de lo que se leía, y, sobre todo, en tener pasiones fuertes, capaces de llevar a cabo los más extremados proyectos. Todas aquellas pasiones venían a parar en una sola: el amor; porque las otras, tales como la ambición desmedida, la aspiración a algo desconocido, la profunda misantropía, o eran cosa vaga y aburrida a la larga, o tenían escaso campo para su aplicación en el pueblo; de modo que el romanticismo práctico venía a resolverse en amor con acompañamiento de guitarra y en periódicos manuscritos que corrían de mano en mano, llenos de versos sentimentales. ¡Lástima grande que este lirismo sincero fuera las más veces acompañado de sátiras ruines en que unos poetas a otros se enmendaban el vocablo, dejando ver que la envidia es compatible con el idealismo más exagerado! En cuanto al amor romántico, si bien comenzaba en la forma más pura y conceptuosa, solía degenerar en afecto clásico; porque, a decir la verdad, la imaginación de aquellos soñadores era mucho menos fuerte y constante que la natural robustez de los temperamentos, ricos de sangre por lo común; y el ciego rapaz, que nunca fué romántico, hacía de las suyas como en los tiempos del Rena-

cimiento y del mismo clasicismo, y como en todos los tiempos; y, en suma, según confesión de todos los tertulios de la tienda de Cascos, la moralidad pública jamás había dejado tanto que desear como en los benditos años románticos: los adulterios menudeaban entonces; los Tenorios, un tanto averiados, que quedaban en la ciudad, en aquella época habían hecho su agosto; y en cuanto a jóvenes solteras y *de buena familia*, se sabía de muchas que se habían escapado por un balcón, o por la puerta, con un amante; o sin escaparse, se habían encontrado encinta sin que mediara ningún sacramento. La tertulia de Cascos y la tienda de los Porches habían sido, respectivamente, ocasión y teatro de muchas de aquellas aventuras, que se envolvían en un picante misterio y después venían a ser pasto de una murmuración misteriosa también y no menos picante. Aunque en nombre de la religión y de la moral se condenasen tales excesos, no cabe negar que en los mismos que murmuraban y censuraban (tal vez cómplices, por amor al arte, de tales extremos) se adivinaba una recóndita admiración, algo parecida a la que inspiraban los poetas en boga, o los buenos cómicos, o los cantantes italianos —buenos o malos—, o los guitarristas excelentes. Aquel romanticismo representado en la sociedad (entonces todavía no se había inventado eso de hablar tanto de la realidad) era como un grado superior de la común creencia estética. En cambio, si los antiguos partidarios del *clair de lune* de la tienda de paños tenían que declarar la inferioridad moral —relativamente al sexto mandamiento no más— de aque-

llos tiempos, recababan para ellos el mérito de las buenas formas, del eufemismo en el lenguaje; y así, todo se decía con rodeos, con frases opacas; y al hablar de amores de ilegales consecuencias se decía: «Fulano obsequia a Fulana», verbigracia. —De todas suertes, la vida era mucho más divertida entonces, la juventud más fogosa, las mujeres más sensibles—. Y al pensar en esto suspiraban los de la tienda de Cascos; de Cascos, que había muerto dejando a la viuda la herencia de los paños, de la clientela y de los tertulios ex románticos, ya todos demasiado entrados en años y en cuidados, y muchos en grasa, para pensar en sensiblerías trascendentales. Pero no importaba; se seguía suspirando, y muchos de aquellos silencios prolongados que solemnizaban la ya imponente obscuridad de la tienda con aspecto de cueva; muchos de aquellos silencios que tanto agradaban a Reyes, estaban consagrados a los recuerdos del año cuarenta y tantos. La viuda, señora respetable de cincuenta noviembres, tal vez había amado y se había dejado amar por uno de aquellos asiduos tertulios, un don Críspulo Crespo, relator, funcionario probo y activo e inteligente, de muy mal genio; sí, se habían amado, aunque sin ofensa mayor de Cascos, y, en opinión de los amigos, seguían amándose; pero todos respetaban aquella pasión recóndita e inveterada; rara vez se aludía a ella, y se la tenía por único recuerdo vivo de tiempos mejores; y el respeto a tal documento póstumo del muerto romanticismo se mostraba tan sólo en dejar invariablemente un puesto privi*legiado,* dentro del mostrador, para don Críspulo.

Bonifacio, que había sido uno de los más distinguidos epigones de aquel romanticismo al pormenor, ya moribundo, se sentía bienquisto en la tertulia y se acogía a su seno, tibio como el de una madre.

. . . . . .

Entró en el palco proscenio, a que estaban abonados desde tiempo inmemorial sus amigos de la tienda de Cascos; era el más bajo de los *claros*, que así se llamaba entonces a los que después se denominó plateas, y tenía, por ser de proscenio y estar medio escondido por una pared maestra, el apodo vulgar de faltriquera (años adelante bolsa). No había nadie en el palco. Reyes abrió la puerta, procurando evitar el menor ruido. Para él era el teatro el templo del arte, y la música una religión. Se sentó con movimientos de gato silencioso y cachazudo; apoyó los codos en el antepecho y procuró distinguir los bultos que como sombras en la penumbra cruzaban por el obscuro escenario. No había entonces baterías de gas y no podía llevarse la luz por delgados tubos, como años adelante se vió allí mismo, a una altura discrecional; las humildes candilejas alumbraban lo poco que podían, desde el tablado, como estrellas... de aceite, caídas. A la derecha del actor (así pensaba Reyes), alrededor de una mesa alumbrada apenas por un quinqué de luz triste, había un grupo de sombras que poco a poco fué distinguiendo. Eran el director de escena, el apuntador, un traspunte y un hombre gordo y pequeño, de panza extraordinaria, vestido con suma corrección, muy blanco, muy *distinguido en sus modales;* era el señor

Mochi, empresario y tenor primero... y último de la compañía. Otros grupos taciturnos vagaban por el foro; eran los coristas: el cuerpo de *señoras* estaba sentado en corro a la izquierda. Dondequiera que se juntaban aquellas damas pálidas y mal vestidas, tendían, por la fuerza de la costumbre, a formar arcos de círculo, semicírculos y círculos según las circunstancias.

Reyes había leído la *Odisea* en castellano y recordaba la interesante visita de Ulises a los infiernos; aquella vida opaca, subterránea del Erebo, donde opinaba él que tanto debían de aburrirse las almas de los que fueron, se le representaba ahora al ver a los tristes cómicos, silenciosos y vagabundos, cruzar el escenario obscuro, como espectros. Ya sabía él que otras veces reinaba allí la alegría, que aquello iría animándose; pero había siempre en los ensayos cuartos de hora tristes. Cuando al *artista* no le anima esa especie de alcohol espiritual del entusiasmo estético, se le ve caer en un marasmo parecido al que abruma a los desventurados esclavos del haschis y del opio... Reyes había hecho a su modo un profundo estudio psicológico de los pobres tenores ex notables que venían a su pueblo averiados, como barcos viejos que buscan una orilla donde morir tranquilos, acostados sobre la arena; también sabía mucho de tiples de tercer orden que pretendían pasar por estrellas: aunque era muy joven todavía, cuando había tenido ocasión de hacer observaciones, la reflexión serena le había ayudado no poco. Observaba compadeciendo, y compadecía admirando, de modo que el análisis llegaba verdaderamente

al alma de las cosas. Lo que él no veía era el lado malo de los artistas. Todo lo poetizaba en ellos. Los contrastes fuertes y picantes de sus ensueños de gloria y de su vida de bastidores con la mezquina prosa de una existencia difícil, llena de los roces ásperos con la necesidad y la miseria, le parecían a Reyes motivos de poética piedad y daban una aureola de martirio a sus ídolos.

Aquel día procuró, como siempre, atraer hacia sí la atención de *las partes* (el tenor, la tiple, el barítono, el bajo y la contralto), y esto solía conseguirlo sonriendo discretamente cuando algún cantante le miraba por casualidad después de *atacar con valentía* una nota, o de hacer cualquier primor de garganta, o también después de decir un chiste.

Mochi, el tenor bajo y gordo, era como una ardilla y hablaba más que un sacamuelas, pero en italiano cerrado, y con suma elegancia en los modales. Hablaba con el maestro director, que se reía siempre, y Reyes, que no entendía a Mochi, pero que creía adivinarle, sonreía también. Como no había nadie más que él en calidad de mero espectador del ensayo, el tenor no tardó en notar su presencia y sus sonrisas, y al poco rato ya le consagraba a él, a Reyes, todos sus *concetti*. Tanto se lo agradeció Bonifacio, que al tiempo de levantarse para salir del palco deliberó consigo mismo si debía saludar al tenor con una ligera inclinación de cabeza. Miró Mochi a Reyes... y Reyes, poniéndose muy colorado, sacudió su hermosa cabellera con movimientos de maniquí, y se fué a su casa... impregnado del ideal.

(De *Su único hijo.*)

V

EL CUENTISTA

Entre los cuentos de Clarín *que hemos elegido figuran dos sumamente representativos del espíritu del autor:* El sombrero del señor cura *y* Reflejos. *Los dos contienen reminiscencias autobiográficas.* Clarín *ha expuesto en esas páginas el fondo de su pensamiento. ¡Modas, maneras fugitivas de pensar, pensadores brillantes y del momento, estrépito, vanagloria de los periódicos! Todo eso pasa y no es nada. Perdura lo verdaderamente eterno y sólido: los viejos y grandes maestros, los viejos y hondos sentimientos. Que los mozos alocados e intrépidos hagan sus estruendos; propio de la mocedad lozana es eso. Pero, en definitiva, lejos de los bullicios, apartados de las faramallas refulgentes, lo que quedará, lo que vive, es lo que ha sido plasmado sobre las normas eternas y fecundas de la Humanidad.*

CUERVO

I

LAGUNA es una ciudad alegre, blanca toda y metida en un cuadro de verdura. Rodéanla anchos prados pantanosos, por oriente le besa las antiguas murallas un río que describe delante del pueblo una ese, como quien hace una pirueta, y que después, en seguida, se para en un remanso, yo creo que para pintar en un reflejo la ciudad hermosa de quien está enamorado. Bordan el horizonte bosques seculares de encinas y castaños por un lado, y por otro crestas de altísimas montañas muy lejanas y cubiertas de nieve. El paisaje que se contempla desde la torre de la colegiata no tiene más defecto que el de parecer amanerado y casi casi de abanico. El pueblo, por dentro, es también risueño, y como está tan blanco, parece limpio.

De las veinte mil almas que, sin distinguir de clases, atribuye la estadística oficial a Laguna, bien se puede decir que diez y nueve mil son alegres como unas sonajas. No se ha visto en España pueblo más bullanguero ni donde se muera más gente.

II

Durante mucho tiempo, tiempo inmemorial, los lagunenses o *paludenses*, como se empeña en llamarlos el médico higienista y pedante don Torcuato Resma, han venido negando, pero negando en absoluto, que su querida ciudad fuese insalubre. Según la mayoría de la población, la gente se moría porque no había más remedio que morirse, y porque no todos habían de quedar para antecristos; pero lo mismo sucedía en todas partes, sólo que «Ojos que no ven, corazón que no siente»; y como allí casi todos eran parientes más o menos lejanos, y mejor o peor avenidos... por eso, es decir, por esos se hablaba tanto de los difuntos y se sabía quiénes eran, y parecían muchos.

—¡Claro! —gritaba cualquier vecino—; aquí *la entrega* uno, y todos le conocemos, todos lo sentimos, y por eso se abultan tanto las cosas; en Madrid mueren cuarenta... y al hoyo; nadie lo sabe más que *La Correspondencia*, que cobra el anuncio.

Después de la revolución fué cuando empezó el pueblo a preocuparse y a creer a ratos en la mortalidad desproporcionada. Según unos, bastaba para explicar el fenómeno la *dichosa revolución*.

—Sí, hay que reconocerlo: desde la *gloriosa* se muere mucha más gente; pero eso se explica por la revolución.

Según otros, había que *especificar* más: cierto, era por culpa de la revolución; pero ¿por qué? *Porque con* ella había venido la libertad de enseñanza, y con la libertad de enseñanza el prurito de

dar carrera a todos los muchachos del pueblo y hacerlos médicos de prisa y corriendo y a granel. ¿Qué resultaba? Que en dos años volvían los chicos de la Universidad hechos unos pedantones y empeñados en buscar clientela debajo de las piedras. Y enfermo que cogían en sus manos, muerto seguro. Pero esto no era lo peor, sino la aprensión que metían a los vecinos y las voces que hacían correr y lo que decían en los periódicos de la localidad.

Sobre todo, el doctor Torcuato Resma (que años después tuvo que escapar del pueblo porque se descubrió, tal se dijo, que su título de licenciado era falso); Torcuato Resma, en opinión de muchos, había traído al pueblo todas las plagas de Egipto con su dichosa higiene y sus estadísticas demográficas y observaciones en el cementerio y en el hospital, y en la malatería y en las viviendas pobres, y hasta en la ropa de los vecinos honrados. «¡Qué peste de don Torcuato! ¡Mala bomba lo parta!»

Publicaba artículos en que siempre se prometía continuar, y que nunca concluían por lo que ya explicaré, en el eco imparcial de la opinión lagunense, *El Despertador Eléctrico*, diario muy amigo de los intereses locales y de los adelantos modernos, y de vivir en paz con todos los humanos, en forma de suscriptores. Los artículos de don Torcuato comenzaban y no concluían: primero, porque el mismo Resma no sabía dónde quería ir a parar, y todo lo tomaba desde el principio de la creación y un poco antes; segundo, porque el director de *El Despertador Eléctrico* se le echaba

encima con los mejores modos del mundo, diciéndole que se le quejaban los suscriptores y hasta se le despedían.

—Bueno; comenzaré otra serie —decía Resma—, porque la ya empezada no admite tergiversaciones (así decía, *tergiversaciones)* ni componendas, y si sigo los caprichos de los lectores de usted, me expongo a contradecirme.

Y don Torcuato comenzaba otra serie, que tenía que suspender también, porque el alcalde, o el capellán del cementerio, o el administrador del hospicio, o el arquitecto municipal, o el cabo de serenos se daban por aludidos.

—Yo quiero salvar a Laguna de una muerte segura; se están ustedes dejando diezmar...

—Lo que usted quiere es matarme el periódico.

—Yo no aludo a nadie; yo estoy muy por encima de todas las personalidades...

—No, señor; usted tendrá buena intención, pero resulta que sin querer hiere muchas susceptibilidades...

—¡Pero entonces aquí no se puede hablar de nadie, no se puede defender la higiene, criticar los abusos y perseguir la ignorancia!...

—No, señor; no se puede... en perjuicio de tercero.

—Lo primero es la vida, la salud, la diosa salud.

—No, señor; lo primero es el alcalde, y lo segundo, el primer teniente alcalde. Usted sabrá higiene pública; pero yo sé higiene privada.

—Pero su periódico de usted es de intereses materiales...

—Sí, señor, y morales. Y mi único interés moral

es que viva el periódico, porque si usted me lo mata, ya no puedo defender nada, incluso el estómago.

El último artículo que publicó Resma en *El Despertador Eléctrico* comenzaba diciendo:

«Esperamos que esta vez nadie se dé por aludido. Vamos a hablar de la terrible enfermedad que azota en toda la comarca al nunca bastante alabado y bien mantenido ganado de cerda...»

Pues por este artículo, que no iba más que con los cerdos, fué precisamente por el que tuvo que abandonar Resma la colaboración de *El Despertador Eléctrico*. No fueron los cerdos los que se quejaron, sino el encargado de demostrar que ya no había cerdos enfermos en la comarca. Este mismo personaje, que se tenía por gran estadista, excelente zoólogo y agrónomo eminente, fué el que años atrás había sido comisionado para estudiar en una provincia vecina el boliche. Parece ser que el boliche es un hierbato importado de América, que se propaga con una rapidez asoladora y que deja la tierra en que arraiga estéril por completo. Pues nuestro hombre, el de los cerdos, fué a la provincia limítrofe con unas dietas que no se merecía; gastó allí alegremente su dinero, llamémosle así, y no vió el boliche ni se acordó de él siquiera hasta que, poco antes de dar la vuelta para Laguna, un amigo suyo, a quien había encargado que estudiara «aquello del boliche, o San Boliche», se le presentó con una *Memoria* acerca de la planta y una caja bien cerrada, donde había ejemplares de ella. El hombre de los cerdos guardó la caja en un bolsillo de su cazadora, metió en la maleta la *Memoria*, y se volvió a Laguna. Y allí

se estuvo meses y meses sin acordarse del boliche para nada y sin que nadie le preguntase por él, porque entonces todavía no estaba Resma en el pueblo, sino en Madrid, estudiando, o falsificando su título. Al fin, en un periódico de oposición al Ayuntamiento se publicó una terrible gacetilla, que se titulaba *¿Y el Boliche?* El de los cerdos se dió una palmada en la frente y buscó la *Memoria* del amigo, que no pareció. No estaba en la maleta ni en parte alguna, a no ser los dos primeros folios, que se encontraron envolviendo los restos grasientos de una empanada fría. *¡El Boliche!* ¿El boliche de la caja? Ese pareció también... en la huerta de la casa. La caja se había perdido; pero el boliche, no se sabe cómo, había ido a dar a la huerta, y allí hacía de las suyas; pasó pronto a la heredad del vecino, y de una en otra saltó a las afueras, se extendió por los campos, y toda la comarca supo a los pocos meses lo que era el boliche y en qué consistían sus estragos. Este hombre de los cerdos sanos y del boliche fué el que hizo a don Torcuato dejar *El Despertador Eléctrico*, porque amenazó con incendiar la imprenta y la redacción y matar al director y a cuantos se le pusieran por delante.

Afortunadamente, por aquellos días apareció *Juan Claridades*, periódico jocoserio que venía al estadio de la prensa a desenmascarar a Lucrecia Borgia, o sea a la descarada inmoralidad, que lo invade todo, etc., etc. ¿Que más quería don Torcuato? Allí continuó su campaña higiénica... en letras de molde. Pero tenía un formidable enemigo. *¿Quién?* Don Angel Cuervo; es decir, nuestro héroe.

III

Don Angel Cuervo no tenía familia, ni le hacía falta, como decía él, porque en todas las casas de Laguna veía la propia; entraba y salía con la mayor confianza, así en el palacio del magnate como en la cabaña más humilde.

—Yo soy, decía, el paño de lágrimas de toda la población (y solía limpiarse las narices, al hablar así, con un inmenso pañuelo de hierbas); tal vez hubiera en esto una asociación de ideas, o por lo menos de pañuelos.

Era alto y fornido, no se sabe de qué edad, probablemente de cincuenta años, aunque no se puede jurar que pasaran de cuarenta, o que no fuesen cincuenta y cinco. Era su rostro grande, largo, pero no desproporcionadamente, porque también de pómulo a pómulo había su distancia. En toda aquella extensión de carne, pálida a trechos y a trechos tirando a cárdena, no había más vegetación que monte bajo; es decir, barbas que todo lo invadían, pero afeitadas siempre, y siempre tarde y mal afeitadas. Parecía aquello un milagro: o las barbas le crecían a razón de milímetro por hora, o no se podía explicar cómo don Angel, jamás barbudo, jamás tenía la cara limpia. ¿Se afeitaba... con tijeras? No se sabe. En fin, no importa; basta figurársele siempre con una barba de tres o cuatro días.

Tenía cuello de toro, y alrededor del cuello un corbatín negro con broches por detrás, que le tapaba la tirilla de la camisa, no muy limpia tam-

poco ordinariamente. Con esto y vestir siempre de negro y usar sombrero de copa de forma anticuada y algo grasiento, largo levitón, cuyos faldones, muy sueltos y movedizos, tenían aires de manteo, parecía un cura de la montaña, sano, pobre, fuerte y contento. Disfrutaba un destino muy humilde en el palacio episcopal, pero lo despreciaba, y pocos días asistía a la hora debida, porque su vocación le llamaba a otra parte: a los entierros.

Aludiendo a Cuervo en un artículo, le había llamado Resma «el parásito de la muerte, el bufón de la Funeraria».

Aparte del mal gusto de estas frases rebuscadas, semejantes epítetos tenían cierta aplicación exacta a nuestro Cuervo, si se distinguía de tiempos. Era verdad que Cuervo había comenzado por ser un cortesano de la desgracia; es decir, por vivir como podía de la muerte. Era pobre, muy pobre; no tenía hombre, y tuvo que ingeniarse para encontrar su cubierto alguna vez en el llamado banquete de la vida. Y para esto acudía al banquete de la muerte; acudía a las casas donde se moría alguien, y comía allí con motivo de «no tener ánimo para otra cosa». Después las relaciones de amistad, que se estrechaban más y más en tan solemnes momentos, le sirvieron para ganar aquel pedazo de pan que le daban en palacio, y también para tener alguna influencia en todas las clases sociales, y explotarla modestamente. Pero esto no le hizo rico, ni poderoso, ni lo que empezó siendo en parte necesidad e industria lícita, y en parte afición ingénita, dejó de convertirse muy pronto en pasión viva, en vocación irresistible.

Así es que cuando don Torcuato Resma se atrevió a llamarle en *Juan Claridades* «parásito de la muerte, bufón de la Funeraria», ya era nuestro hombre muy otra cosa. «Esta afición mía a los difuntos, a los duelos y a las misas de *Requiem*, no la puede comprender el espíritu mezquino de ese bachiller pedantón, que pretende sanar a los cristianos con artículos de fondo, siendo él digno de que le asista un veterinario.» Esto decía Cuervo a los numerosos amigos que le venían con cuentos y con artículos del otro.

IV

En Laguna se formaron dos partidos: el de Cuervo y el de don Torcuato. El del doctor tenía su órgano en la prensa, *Juan Claridades;* el de Cuervo, no; ni lo quería ni lo necesitaba. «¡Puf! ¡Papeluchos!», decía don Ángel, que despreciaba la prensa local con todo su corazón. Cuervo no escribía, hablaba; pero como él era bienquisto (frase favorita suya) de toda la población y estaba en todas partes, sus palabras tenían mucha mayor publicidad que los artículos del otro. Hablaba y recitaba letrillas, único género literario que él creía digno de ocupar su ingenio. De noche, en la cama, o tal vez mientras velaba a un moribundo, o cuando después seguía su cadáver camino del cementerio, se entretenía en componer aquellas «cuchufletas», según las llamaba siempre; las aprendía de memoria, daba en seguida la noticia del hallazgo a un amigo íntimo, diciéndole al oído:

«Cayó una», y el amigo, delante de otros pocos íntimos, le decía: «Vamos, don Angel, venga eso...; ya sabemos que cayó otra»; y después de hacerse rogar, sonriendo y rascándose la cabeza someramente, comenzaba con voz muy baja y mirando a las puertas y ventanas, como si temiese que por allí pudiese entrar el *otro:*

«¿Quién...?», etc., etc.

Casi todas las letrillas de Cuervo comenzaban así: preguntando quién era esto o lo otro o quién hacía tal o cual cosa; y resultaba, allá en el estribillo, que era don Torcuato. Podía Cuervo prescindir del *quién*, pero de los interrogantes, difícilmente; y de los estribillos de pie quebrado, de ninguna manera. Tenía el ingenio satírico muy en su punto, y la conciencia de él; pero no creía posible que la sátira pudiese tener otra forma que la letrilla; ni la letrilla podía en rigor prescindir del pie quebrado. En cuanto a los ripios, no le arredraban, y con un candor que los legitimaba hasta cierto punto, empleábalos sin miedo, y aun en dar con los más rebuscados fundaba el *quid* del arte, por lo que toca a la expresión. Así, por ejemplo, si para insultar *al otro* le llamaba por el apellido, ya se sabía que había de decir: *¿Quién con cara de Cuaresma?...*, etc. Y después venía infaliblemente en un verso de dos sílabas, cón punto y aparte, como decía don Angel; venía, digo, *Resma.* Y si le preguntaban:— Pero, don Angel, ¿qué pito toca ahí la Cuaresma?— Se encogía de hombros y solía decir: —*Sic vos non vobis.* Latín que, según él, no pasaba de ahí y significaba: *Esto no es para vosotros.* Porque es de notar, siquiera

sea de paso, que aunque Cuervo había estudiado en el Seminario hasta el segundo año de Filosofía y no había sido mal estudiante, desde el punto y hora en que se decidió a ahorcar los hábitos se propuso olvidar la *traducción y el orden* (frase suya), y lo consiguió a poco tiempo. A pesar de esto, su excelente memoria conservaba casi todo el Nebrija, sin entender palabra, muchos versos y cerca de medio misal romano. La misa de difuntos y casi todos los cantos relativos al entierro y demás ceremonias fúnebres, es claro que los sabía con las notas correspondientes del sonsonete religioso, y tampoco paraba mientes en la traducción que pudieran tener.

V

Antes que Resma anduviese por el mundo, o por lo menos antes que fuese médico, «si lo era, que eso ya se averiguaría», estaba cansado Cuervo de saber que en Laguna se moría mucha gente. ¿Y qué? ¡Vaya una novedad! El, que iba de aldea en aldea por todas las de la comarca y comía en casa de todos los curas del contorno, estaba cansado de oir que no había en toda la diócesis parroquias como aquellas parroquias del Ayuntamiento de Laguna, así las del casco de la ciudad como las de fuera, en materia de pitanzas. ¿Por qué? Pues, claro, por eso: porque había muchos entierros y muchas misas de funeral. ¿Qué clérigo de cuantos concursaban no sabía eso? ¿Qué sacristán ni acólito lo ignoraba? ¿Quién no

envidiaba a los acólitos, sacristanes, coadjutores, ecónomos y párrocos de Laguna? Pero esto era bueno para sabido por los de la *clase* y para callado. La alegría de los lagunenses era proverbial en toda la provincia; ¿por qué turbarles el ánimo con tristes enseñanzas? Ni ellos querían ver el mal, ni mostrárselo era más que una crueldad inútil, porque no tenía remedio. No; no lo tenía, en opinión de Cuervo y los suyos. «La higiene..., la estadística, las tablas de la mortalidad..., Quetelet..., el término medio..., conversación. Los antiguos no sabían de términos medios, ni de Quetelet, ni de estadísticas, ni de higiene, y vivían más que los modernos.»

A don Angel le ponía furioso la cuenta que Resma echaba para demostrar que «hoy vivimos más que nuestros antepasados».

—¡Es un majadero!—gritaba Cuervo—; figúrense ustedes que dice que vivimos hoy más... por término medio. ¿Qué es eso de vivir por término medio? Yo, sí, pienso vivir mucho, tanto como el más pintado de nuestros ilustres ascendientes; pero no pienso vivir por término medio, sino todo entero, como salí del vientre de mi madre. Mediante una cuenta de dividir, o de quebrados, o no sé qué engañifa, ese señor Resma saca la cuenta de lo que nos toca a cada quisque estar en este mundo, y, según esa cuenta, resulta que yo estoy de sobra hace muchos años. Y a eso le llaman higiene, o geografía, o democracia, y dicen que lo dijo San Quetelé o San Tararira. ¿Y lo del agua? De todo le echa la culpa al río, y dice que por el río puede venir la peste y que se filtran por las capas

de la tierra no sé qué diablos de animalejos que nos envenenan, y cita ejemplos de cosas que pasaron allá en tierras de franchutes, tal como el haber echado entre el estiércol de un corral no sé qué substancias que solitas, pian, pianito, vinieron por debajo de tierra para envenenar el río y después hacer que reventaran los vecinos de no sé qué ciudad ribereña... ¿Habrá embustero?—Y entusiasmándose añadía Cuervo:

—Por algo se dijo aquello de

¿Quién con cara de Cuaresma,
renegando del bautismo,
puso el agua en ostracismo?
Resma.
¿Quién hace pagar el pato
a Perico el fontanero,
diciendo que hay un regato
que envenena al pueblo entero?
Don Torcuato,
¡don Torcuato el embustero!

VI

Don Angel no perdonaba medio de desacreditar al otro. Para ello mentía si era preciso. De él salió la sospecha de que el título de Resma pudiera ser falso. Aquel rumor, que él fué alimentando, se convirtió en una intriga de partido más adelante; y combinadas las fuerzas de los *cuervistas* o antehigienistas con las del bando político contrario *al en que militaba* don Torcuato, se fué condensando la nube, que al fin estalló sobre la cabeza del pobre médico, que tuvo que escapar del

pueblo, acusado, no se sabe si con razón, de falsario.

Respiró todo Laguna; respiró el alcalde; respiró el director del hospital; respiró Perico el fontanero; respiraron también el capellán del cementerio, los matarifes, las pescaderas, el señor del boliche, y respiró Cuervo, que si era cruel con su enemigo tenía la disculpa de que él también defendía su reino.

Sí, su reino, que no era de este mundo ni del otro, sino un *término medio* (dicho sea con su permiso). Su reino estaba con un pie en la sepultura.

Y, sin embargo, nada menos fúnebre y ajeno al imperio pavoroso de las larvas que la vida y obras, ingenio y ánimo, gustos y tendencias de don Angel.

Así como pudo decirse con razón de Leopardi que en su poesía desesperada, a pesar de que la inspira la musa de la muerte, no hay nada que repugne a los sentidos, porque allí no se ve el aparato tétrico y repulsivo del osario, ni se huele la podredumbre, ni se ve la tarea asquerosa de los gusanos, ni se oyen los chasquidos de los esqueletos, del propio modo en la persona de Cuervo y en su ambiente se notaba una especie de pulcritud moral, en que la limpieza consistía en la ausencia de todo signo de muerte, de toda idea o sensación de descomposición, podredumbre o aniquilamiento.

Justamente las grandes y arraigadas simpatías que don Angel se había ganado en toda Laguna y sus parroquias rurales, nacían de esta atmósfera de vida, robustez, apetito y sosiego que rodeaba

a nuestro hombre. Había quien aseguraba que con verle se les abrían las ganas de comer a las personas afligidas por un duelo. Si algún lector supone que esto es inverosímil, recordando que don Angel vestía de negro y enseñaba apenas un centímetro de cuello de camisa, y este poco no muy blanco, a ese lector le diré con buenos modos que por culpa de su indiscreta advertencia tengo que declarar lo siguiente: que la limpieza material no había sido una de las virtudes cívicas por las cuales había ganado la ciudad años atrás el título de heroica y muy leal; los lagunenses, que cuando eran alcaldes o barrenderos no barrían bien las calles, y que fuesen lo que fuesen las ensuciaban sin escrúpulo, no tenían clara conciencia de que Mahoma había obrado como un sabio imponiendo a sus creyentes el deber de lavarse tantas veces. Ciudadano había que se estimaba limpio de una vez para siempre después de recibir el agua bautismal. Pero dejo este incidente enojoso e importuno.

Sí, lo repito; Cuervo, sea lo que quiera de su limpieza material, era la alegría de los duelos. Me explicaré. Pero antes, y por no faltar al orden, considerémosle en sus relaciones con los moribundos y su familia.

VII

No visitaba a los enfermos mientras ofrecían esperanzas de vida. No era su vocación. Él entraba en la casa cuando el portal olía a cera y en las escaleras había dos filas de gotas amarillentas, lágri-

mas de los cirios. Entraba cuando salía el *Señor*. Llegaba siempre como sofocado.

«¡No sabía nada, no sabía que la cosa apuraba tanto!...» Hablaba más alto que los demás; pisaba con menos precaución y respeto; no temía hacer ruido; traía de la calle un aire de frescura y de esperanza. Ante los extraños, merced a signos discretísimos, casi imperceptibles, pero muy significativos, daba a entender que se hacía el tonto para animar a la familia.

A ésta le hablaba de la vida, de la salud del moribundo, como cosa que volvería probablemente. «Los médicos se equivocan muy a menudo.»

Y en tanto iba y venía y tomaba sus determinaciones, preparándolo todo, metiéndose en todo, con la maestría de la experiencia y de la vocación del arte. Entraba en la alcoba del moribundo, sin miedo, ni aspavientos, ni escrúpulos de monja, como él decía. Si el paciente *no daba pie ni mano*, mejor; pero si no había perdido el conocimiento, había que atenderle y mimarle. Las manos de Cuervo, blandas y grandes, movían el cuerpo de plomo con habilidad de enfermera, sin lastimarle y con la eficacia precisa. Nadie como él para engañar al moribundo con las esperanzas de la vida, si eran oportunas, dado el carácter del enfermo. Era también muy discreto cortesano del delirio, como hubiera dicho Resma; los disparates de la imaginación que se despedía de la vida con una orgía de ensueños, los comprendía Cuervo a medias palabras: por una seña, por un gesto; casi los *adivinaba*; y con la misma serenidad con que daba *vueltas al* pesado tronco, se atemperaba al absur-

do, y veía las visiones de que el enfermo hablaba, *siguiéndole el humor a la fiebre* con santa cachaza, con una habilidad caritativa que las Hermanitas de los Pobres admiraban, como obra maestra del arte delicado que cultivaban ellas también.

Ni el ojo avizor de la más refinada malicia podría notar en aquel trato de don Angel con los moribundos un asomo de impaciencia contenida. Había, sin embargo, esa impaciencia; pero ¡qué recóndita, o, mejor, qué bien disimulada!

Sí, don Angel tenía *prisa*; no era aquella su verdadera especialidad; sabía tratar bien a los desahuciados, porque este trato era como una ciencia auxiliar que servía de introducción a las artes de su vocación verdadera.

«Si yo manejo tan bien a los moribundos, decía él en el seno de la confianza, es por la gran experiencia que he adquirido zarandeando cadáveres al ponerles la mortaja y demás. El secreto está en moverlos como si fueran cuerpo muerto, en cuanto a lo de no contar con su ayuda, y en cuanto a lo de moverlos con cierto respetillo que inspira la muerte.»

Por fortuna, si así puede decirse, los que estaban muriendo no podían adivinar en el contacto de don Angel lo que él pensaba al tocarlos.

Era muy partidario de *darle al enfermo lo que pidiera*, sobre todo comida fuerte, si lo pedía el cuerpo. Parecía querer alimentar al que agonizaba, para un viaje largo. Había en este afán suyo tal vez reminiscencias de las religiones antiquísimas que rodeaban los cadáveres de provisiones, allá para la vida subterránea. Pero lo que había de se-

guro en esto, como en todo lo que se refería a don Angel, era la ausencia completa de toda idea fúnebre, de todo sentimiento tétrico enfrente de la muerte del prójimo.

VIII

Las tristes escenas y lances que precedían a la *defunción* eran menos interesantes para Cuervo que los lances y escenas que venían después. No obstante, algo había a veces, anterior a la consumación de la desgracia, que le parecía de perlas: era lo que él llamaba *la noche del aguardiente*. Con el ojo certero que todos le reconocían, anunciaba siempre cuál sería la *última noche*, y aquella la pasaba él en vela en casa del paciente. Dos condiciones exigía: que se acostasen los de la familia, y aguardiente y pitillos a discreción. Si alguna persona muy allegada al enfermo se empeñaba en velar también, don Angel, o se marchaba, o dividía a la gente en dos secciones, y él se iba con los que *se quedaban, por si ocurría algo*, a una habitación lejana, que cerraba por dentro.

Lo mejor era que aquella noche no velasen ni esposo, ni padre, ni hijos, ni demás parientes cercanos. Entonces sí que gozaba de veras don Angel, sin malicia alguna y sin algazara, que sería monstruosa profanación; gozaba sin darse cuenta de ello, saboreando el placer recóndito, que era el alma, la más profunda medula de toda esta pasión invencible de nuestro hombre; un placer de que no podía acusarse, porque lo sentía sin reconocer su

naturaleza; y consistía en saborear la vida, la salud, el aguardiente, el tabaco, la buena conversación.

Jamás había comunicado a nadie la idea de esta sensación, de una voluptuosidad intensa, perezosa, profundamente animal, arraigada en la carne con garras de egoísmo; jamás tampoco los demás le habían hablado a él de sensación parecida. Y, sin embargo, Cuervo conocía por mil señales que todos sentían cosa semejante a lo que pasaba por él. Ello era allá, a la altas horas de la noche: el moribundo, algo lejos; por medio, puertas y pasillos; la habitación donde se velaba, más caliente, gracias al fuego de la estufa o del brasero y a la transpiración de los cuerpos; el humo de los cigarros se cortaba en la atmósfera; se hablaba en voz baja, pero algunos, por ejemplo, Cuervo, roncaban al hablar, dejaban escapar gruñidos y silbidos, válvulas por donde se iba el aire, la fuerza de la salud rebosando en los fornidos hombrachones. La conversación se animaba a impulsos del aguardiente, por inspiraciones del humo. Si asomos de hipocresía cortés o piadosa había al principio, íbanse al diablo luego; y todos, seguros de hacer una buena obra velando, dejaban al cabo asomar la fresca sonrisa del egoísmo satisfecho de la salud fortificante. Pronto se dejaban a un lado las alusiones al enfermo; se convertía todo lo que a él se refiriese en lugar común ya insoportable; llegaba a ser así, como de mal gusto, hablar de él, ni para compadecerle ni para envidiarle si acababa pronto de padecer, etc., etc.; se hablaba de otra cosa, de cosas de fuera, de lejos: de la vida, del *sol, de la luz,* de la nieve, de la caza.

Tal vez se había comenzado por cuentos de miedo, por chascos de fantasmas; pero pronto se pasaba a los sustos reales, a los que daban ladrones de carne y hueso; del ladrón se iba al héroe o al vencedor; la fuerza, el peligro frente a la fuerza, ésta triunfando, y la reposada narración y descripción plasmante de los buenos bocados tras los momentos de apuro, recuerdos suculentos, que hacían deglutir imaginarios manjares, abrían el apetito, poniendo en movimiento otra vez el queso, el pan, el aguardiente. Solía entrar alguna mujer, una criada, una amiga de los amos, una monja de buen color, con ojos frescos. Cosa rara: sin pensarlo ellos, sin quererlo nadie, por el contraste, por la hora, por el frío soñoliento del alba, por lo que fuese, como en los viajes, como en las campañas, aquella mujer era el símbolo de todo el sexo; sus ojos equivalían a una desnudez, pinchaban; si se recataban, peor, pinchaban más. Los contactos eran eléctricos, y cuanto más calladas, disimuladas y rápidas estas sensaciones extrañas, inverosímiles, más íntimo el placer, en que la reflexión no sabía o no quería pararse.

Pero el placer no necesitaba de nadie para tener conciencia de sí mismo, a su modo, y así era más feliz. Esto que sentía así, pero sin pensarlo y menos describirlo, don Angel Cuervo, creía él que era ley natural en igualdad de circunstancias. Sólo exceptuaba al enfermo y a los que tenían sangre de su sangre, o por amor, raro en el mundo, le amaban de veras, por su sangre también. En los tales notaba Cuervo signos de impresiones un poco extrañas, pero de otra índole, egoístas tam-

bién, de otro modo. A los nerviosos los veía huir del dolor, sin conocer la huída, como recluta que recibe el bautismo del fuego, y sin pensarlo dobla la cabeza al silbar de las balas... Oía a veces carcajadas inoportunas, que no tomaba a mal porque nada malo revelaban, sino juegos extravagantes de nuestro misterioso organismo... Pero en estas y otras honduras no le agradaba entrar; él era de *los de fuera*, y así como prefería el trato del cadáver ya en el féretro, al trato del muribundo, también escogía, a poder, la compañía de los amigos y parientes lejanos. Los *del dolor físico*, los que se separaban a la fuerza del muerto, eran pedazos de las entrañas arrancados recientemente al difunto; padres, hijos, esposos, llevaban todavía en el cuerpo señales de la *fractura*, parecían cachos del *otro*, daban tristeza; no, no era esta todavía ocasión de estar a su lado, tranquilo.

Más adelante... lo más pronto al volver del entierro; entonces ya les encontraba otro aspecto; ya empezaban a vivir por sí mismos. Antes no; eran pedazos animados del difunto. Después, a la vuelta, la viuda ya se había recogido el pelo, se había echado un pañuelo sobre los hombros; el hijo se había puesto una levita. Y la levita y el chal por esta parte, y las paletadas de cal y tierra por la parte del muerto, los iban separando, separando...

IX

Creo haber dicho ya que la frase *bienquisto* era muy del agrado de don Angel; y no sólo amaba la frase, sino lo que significa; le encantaba el aprecio general, y no porque de esto venía a vivir, pues sus rentas consistían principalmente en lo que se guisaba en las cocinas amigas, sino por el aprecio mismo, por entrar y salir como Pedro por su casa en todos los hogares. No, no era un parásito en el sentido de que explotase sus relaciones con reflexión y cálculo; no pensaba en eso: era un idealista, un artista a su modo; comía donde le cogía la hora de comer, pero sin fijarse, como la cosa más natural del mundo, cual si el tener un sitio suyo en todos los comedores de la ciudad fuese una ley social que no podía menos de cumplirse.

Dejemos cuanto antes este aspecto mezquino, prosaico, ruin, de la vocación de Cuervo, aspecto a que él no daba importancia; despreciemos a los mal pensados, como él los despreciaba. Cuervo, además de tener asegurado el pan de cada día, *se sentía* hombre de influencia; muchos personajes de provincias, y algunos de la corte que tenían en Laguna residencia de verano, estimaban a Cuervo en lo mucho que valía, y a una recomendación suya atendían muchas veces antes que a la de un elector con docenas de votos. Pero él no solía sacar partido de esta ventaja; a lo que estaba, estaba; se contentaba con ser admitido y agasajado en *la más escogida* sociedad, lo mismo que en la casa *más humilde.*

Gracias a este trato continuo con los altos y los bajos, había adquirido cierta soltura y equitativa independencia de maneras sociales que le hacían semejarse en este punto a esos grandes señores de verdad que saben ser *aristocráticamente democráticos* y, sin dejar de apreciar los *matices* de la clase y de la educación, estimar como la primera y la más respetable la condición humana y, dentro de ésta, los grados de la debilidad y la desgracia.

Además, no era un adulador. Era un corruptor, pero sin echarlo de ver él, ni los que experimentaban su disolvente influencia. Ayudaba a olvidar; era un colaborador del tiempo. Como el tiempo por sí no es nada, como es sólo la forma de los sucesos, un hilo, Cuervo era para el olvido de eficacia más inmediata, pues presentaba de una vez, como un acumulador, la fuerza olvidadiza que los años van destilando gota a gota. Don Angel vertía a cántaros el agua del Leteo.

Al volver de un entierro a la casa *mortuoria*, por la puerta que a él se le abría parecía entrar el aire fresco de la vida, la alegría de la naturaleza inconsciente, el cándido egoísmo de las fuerzas fatales. Era el primero que hacía sonreir a la viuda, al huérfano. Los padres solían ser refractarios... pero al fin sucumbían; sonreían también. Llenaba la sala obscura y las fantasías de cosas del mundo; discretamente, con medida, pero sin miedo ni hipocresías de rodeos, se convertía en un periódico noticiero del día de la fecha, y tenía el instinto seguro de los acontecimientos más a propósito para recordar la vida, la actividad, la salud, la fuerza, el *movimiento*, todo lo contrario de la muerte.

También aludía a la ceremonia reciente, al entierro, a los funerales, pero sin citar al protagonista; hablaba del *coro*, de lo lucido que había estado. Y sin insistir, se refería de pasada a las buenas relaciones de la familia. Sembrada esta primer semilla, vertido este primer chorro de agua del olvido, Cuervo dejaba a las *visitas* prodigar sus consuelos vulgares, y se metía por la casa adentro. Iba a la cocina; si allí había desorden, rastros de la enfermedad, descuidos consiguientes a los días de apuro, él procuraba que desapareciesen tales huellas; la cocina era para los vivos: ¡todo en su sitio! Había que alimentar bien a la *señorita* o al *señorito* para que no sucumbiera al dolor. Y comenzaba a sonar la maquinaria de aquella fábrica de conserva humana; gruñía el vapor, saltaba la chispa, chisporroteaba la lumbre, chillaba el aceite, y era el conjunto animado de tal orquesta un *ergo vivamus*, que sustituía al *ergo bibamus*, que no sería allí oportuno, aunque viniese a decir lo mismo.

De la cocina don Angel pasaba al comedor; preparaba, o retocaba al menos, la mesa, y hasta no tenía inconveniente en aclarar un vaso o pasarle el rodillo a un plato; porque él quería el servicio como los caños del agua, como la plata; y si bien no tenía nada de particular que los criados, con la pena... de los amos, olvidasen el fregoteo, allí estaba él para suplir faltas. Y seguía su inspección por la casa adelante, vertiendo vida por todas partes, borrando vestigios del *otro*, del difunto, como desinfectando el aire con el ácido fénico de su espíritu incorruptible, al que no podía atacar la acción corrosiva de la idea de la muerte.

Por fin llegaba a la *jaula vacía*, a la alcoba del *enemigo*, porque en adelante ya lo era el difunto. Comenzaba la guerra sorda, irreflexiva. ¡Abrir ventanas! Venga aire, fuera colchones; todo patas arriba; aquí no ha pasado nada. Como no hubiera orden expresa en contrario, y a veces aunque la hubiera, Cuervo transformaba el escenario de repente como el mejor tramoyista; y a los pocos momentos nadie reconocía la habitación en que había resonado un estertor horas antes.

No se podría decir si al que de allí había salido le estaban bautizando en la iglesia o enterrando en el cementerio.—Pero faltaba lo principal, la escena, o serie de escenas, a solas con el *que quedaba*, con la *viuda*, con el hijo...

X

La viuda joven y de buen ver era el *caso* que Cuervo prefería para ir presentando la guerra al muerto. Sin pesimismo de ningún género, sin filosofía misantrópica, don Angel veía en los ojos llenos de lágrimas una hipocresía inocente. Entraba desde luego en el terreno de las confidencias y daba por sabido que el dolor tiene sus límites, y que, no siendo hacedero moralmente acompañar al difunto, pues el suicidio está prohibido, no había más remedio que seguir viviendo; y ya de vivir ¡qué caramba! debía ser de la mejor manera posible. «Tome usted este espejo.» «Hay que arreglar ese peinado.» «¡Qué tristeza! ¡Quedar tan *joven en el mundo* sin compañero, que ayude a

llevar la carga de la vida!» «Pero el tiempo es largo.» Y todo lo que hacía Cuervo era una especie de seducción que ayudaba, con rodeos y disimulos, eufemismos y elipsis, a seguir las tendencias del egoísmo que busca el placer, que huye del dolor por instinto, y que en la vecindad de la muerte siente con nueva fuerza, picante, irresistible, el ansia de querer vivir a toda costa y siempre. Vivir para gozar. Cuervo se daba arte para irritar en la viuda el sentido íntimo de la salud, del bienestar que busca expansión; las esperanzas lejanas que se ofrecían por diabólica influencia a la imaginación de la enlutada, Cuervo las adivinaba y las traía a la actividad para darles fuerza plasmante, despojándolas de todo aspecto de remordimiento. No lograba tales resultados con discursos, con disertaciones, sino con frases hechas; tomadas de las que suele llamarse sabiduría popular; y sobre todo, con hechos, con asociaciones de imágenes y de citas que llevaban, como por una pendiente irremediable, al amor de la vida y al olvido de la muerte.

Su convicción instintiva, fuerte, aunque sin reflexionarlo, la iba comunicando Cuervo, sin darse cuenta de ello, a la mujer hermosa, robusta, que quedaba en el mundo sola y libre. En adelante, Cuervo, a pesar de su aspecto poco pulcro, casi fúnebre, representaba la vida, el placer futuro, la efectividad de la dicha saboreada poco a poco, con deleite. Se establecía un pacto tácito; don Angel venía a ser *la Celestina* de estas relaciones *ilícitas entre* la viuda y la infidelidad futura, el *amor repuesto*, la voluptuosidad aplazada.

Los hijos que heredaban algo eran otro *caso* que agradaba también a Cuervo. Pero aquí se luchaba menos; se iba con más franqueza a la seriedad del negocio, a la importancia de la vida llena de faenas, de actividad interesada; y sin escrúpulos y paráfrasis, se iba dejando en la sombra lo que estaba destinado al olvido. Para Cuervo, debía considerarse que el alma del difunto, por una rara manera de *avatar*, pasaba a la herencia; hablar del testamento, ¿no era hablar del muerto? El espíritu, al evaporarse, se incorporaba a los *bienes* de la sucesión, como su perfume. Pensaba Cuervo: si la ley se hubiera andado con sentimentalismos, no tendríamos una tan rica y variada legislación relativa a las sucesiones testadas y abintestato. El derecho, la justicia, se quedan con los vivos; para ellos hablan. La vida es todo, por eso se atiende a ella en los Códigos; la muerte no es nada, no es más que una aprensión de los vivos. Estar muerto no *es estar*, es *no estar*... vivo. Y esta filosofía espontánea llevaba a don Angel a los testamentos y a los codicilos como a un teatro. Legados, particiones, curatelas... mejoras, legítimas... todo esto era un emporio de vida, de animación, de interés, de pasiones, que brotaban, por enjambres, de la muerte.

No sólo de los humores del cuerpo que cubría la tierra brotaban flores y frutos; también había *frutos civiles*, que brotaban del simple *fallecimiento*... Primero el entierro, las pitanzas, los derechos de la parroquia, los funerales, la música...; después los derechos de la Hacienda por transmisión de *dominio, la liquidación*, las hijuelas, el notario,

probablemente la curia, los peritos... ¡Todo un mundo bullicioso, interesado, ardiente en la lucha, surgiendo de aquel hecho puramente negativo: la muerte!

La muerte no era nada; pero la vida, al atribuirle una forma, la poetizaba, y esta poesía de la *estética de la muerte,* que él no llamaba así, por supuesto, era lo que mejor comprendía y sentía Cuervo, el cual, si al manejar con esmero los cuerpos moribundos, y al asistir a la visita de duelo y consolar a los *que quedaban*, trabajaba por los demás, y cumplía con las hipocresías sociales, lo que es al seguir al *cadáver* al cementerio, al presenciar los funerales, vivía para sí, satisfacía, ya tranquila la conciencia, los propios apetitos, su pasión inconsciente del contraste de la muerte *ajena* y de la salud *propia*. En tales deliquios tenía su confidente: *Antón el bobo*.

XI

Antón el bobo y Cuervo se habían conocido en un entierro, al borde de una sepultura. El duelo, aunque se despedía en el cementerio, según rezaban las esquelas, se había quedado atrás, muy atrás, por no atreverse con el lodo de la carretera; y como en Laguna no iban coches a los entierros, sólo los valientes, los verdaderos aficionados, habían osado llegar a la lejana necrópolis, como llamaba el *diputado eléctrico* al camposanto.

Los curas, que se despedían siempre del difunto *en la casilla del resguardo*, habían vuelto la espal-

da al que dejaban entregado a la Justicia ultratelúrica; y el carro fúnebre con la gente de servicio y un criado del difunto habían emprendido cuesta arriba el fin de la jornada.

Antón el bobo se detuvo para doblar los pantalones, que no quería manchar de barro; y al levantar, sonriendo, la cabeza, vió que un señor que parecía clérigo vestido de paisano, le imitaba y sonreía también.

Y los dos, sin hablarse todavía, con los pantalones remangados, siguieron al muerto. Poco después, cuando el capellán del cementerio rezaba las últimas oraciones al que había bajado al hoyo, atado con sogas de esparto, Cuervo y Antón volvieron a reunirse, sonriendo otra vez los dos al decir *Amén* a los latines del clérigo. Y al mismo tiempo Cuervo y Antón se inclinaron hacia tierra para coger terrones amarillentos y pegajosos, que besaron y solemnemente dejaron caer sobre la tapa del féretro.

—Retumba, ¿eh? —dijo Antón el bobo, acercándose familiarmente a Cuervo, riéndose francamente y tocando en el hombro a nuestro protagonista.

—Sí, retumba, contestó Cuervo —que acogió con simpatía la familiaridad y la observación de aquel desconocido.

El bobo repitió la experiencia; arrojó otro pedazo de tierra húmeda y pegajosa sobre la caja, y volvió a decir:

—¡Retumba!

Salieron juntos del cementerio, y cuesta abajo, camino de *Laguna*, se hicieron amigos.

Les parecía imposible no haberse encontrado antes. Recordaban entierros famosos a que los dos habían asistido. Y nunca se habían visto. Tenían los mismos conocimientos en la sociedad de curas y sacristanes, enterradores y demás personal de la administración de la muerte.

El tonto *discurría* perfectamente en materia de servicios fúnebres. Cuervo apoyaba con sinceridad todas sus afirmaciones. «Sin duda hablaba de memoria; repetía lo que había oído.» Ello era que en la absoluta indiferencia con que Antón miraba el doloroso aparato de la muerte, y en el placer con que saboreaba los elementos pintorescos y dramáticos de los entierros, Cuervo veía un espejo de sus aficiones, ideas y sentimientos.

Era Antón un mozo de treinta años, pálido, afeitado, como Cuervo, de ojos apagados, y llevaba el hongo negro, flexible, metido hasta las orejas; sobre los hombros encorvados había siempre colgada una esclavina azul, muy larga, con broches de metal blanco. Supo don Angel que su amigo vivía de sus rentas, que le administraba un tío curador, y que todo el tiempo hábil lo invertía en contemplar ceremonias religiosas, prefiriendo siempre las de carácter fúnebre.

Desde aquel día casi todos se dieron cita para el *entierro de mañana*. Antón, más desocupado, era el que solía avisar dónde había difunto. La delicia de ambos era un buen funeral en la aldea.

—Don Angel —decía Antón, acercándose a su compañero con misterio—; mañana uno de primera en Regatos: ¿voy a buscarle?

—*Bien;* ¿a qué hora?

—A las cinco; hay legua y media...

—Corriente; llevaré liga.

Y poco después del alba, al día siguiente, salían al campo, por trochas y senderos, pisando la hierba mojada, alegres como los pájaros que cantaban en los árboles, y como las flores que, al tropezar con ellas, sacudían las faldas de la levita de Cuervo y la eterna esclavina de Antón. Como tenían tiempo de sobra, no iban derechos a Regatos, sino dando los rodeos que determinaban los azares de la caza con liga, una de las aficiones secundarias de don Angel. Por hacer algo, iban preparando varas; las dejaban sobre los setos, entre las ramas de los árboles, y se retiraban a esperar el resultado de sus asechanzas; si los pájaros tardaban en caer... mejor para ellos. Cuervo y Antón seguían adelante. Lo primero era lo primero. Los dos mostraban impaciencia, y abandonaban las varas a la suerte. El caso era llegar al entierro.

Siempre eran bien recibidos; casi siempre esperados.

Cuervo veía en la sencillez de las costumbres aldeanas una franqueza y sinceridad muy conformes con su manera de entender las cosas relativas a la muerte. Por de pronto, el aspecto de la *casa mortuoria* era muy semejante al que la misma podía ofrecer el día de fiesta de la parroquia, si el amo era factor, o esperaba convidados de categoría.

En la cocina, en la *quintana*, en el huerto, señales alegres del próximo festín; mucho hervor de pucheros, la gran olla en medio del hogar, como dirigiendo el concierto de bajos profundos de los *respetables cacharros*, cuyas tapas palpitaban a la

lumbre; la cocinera de encargo, la especialista, *Pepa la tuerta*, del color de un tizón, arrogante, mal humorada, sin contestar a los saludos, activa y enérgica, dirigiendo a los improvisados marmitones y a las maritornes de por vida; postrimeros ayes de algún volátil, víctima propiciatoria, que habría de estar guisado a la hora de la cena; espectáculo suculento, aunque trágico, de patos y gallinas sumidos en crueles calderos, asomando picos y patas, como en son de protesta, entre las llamas, o bien dignos, solemnes, en su silencio de muerte, atravesados por instrumentos que recuerdan la tiranía romana y la Inquisición; supinos sobre aparatos de hierro que son símbolos del martirio, capones y perdices más tostados que otra cosa, que parecen testigos de una fe que los hombres somos incapaces de explicarnos: allá fuera restos de la res descuartizada; las pieles de los conejos, el testuz del carnero, las escamas de los pescados, las plumas de las aves, las conchas de los mariscos, los desperdicios de las legumbres: y por todas partes buen olor, un ruído de cucharas y vajilla, que es una esperanza del estómago; cristal que se lava, plata que se friega, platos que se limpian... ¡y todo por el muerto! Por el muerto, en quien no piensa nadie sino como en una abstracción, como se piensa en el *santo* el día de la fiesta.

Verdad es que allá dentro lloran. Son las mujeres. ¡*Ay mío Pachu* del alma...! ¡Por qué me *dexaste*, Pachín del corazón...! «Bueno, bueno; no hay que hacer caso, piensa Cuervo. Así es la aldea; mucho estrépito. También gritan cuando están en *la llosa* arrendando, y *corren el cabritu*, con una

alegría que en el fondo no tienen. Esto es como el *ijujú* de las romerías; ni aquello es tanto placer como parece, ni estos lamentos, que atruenan el espacio, son tanto dolor como quieren indicar. Restos de costumbres paganas; ya no se usan las plañideras, y hacen sus veces las mujeres de la familia. No hay que hacer caso.»

«¡A la sala, Antón, a la sala! Allí están los señores curas.»

¡Cómo respeta y admira Antón al clero parroquial! Casi tanto como a los señores del cabildo.

Cuervo es acogido por los párrocos y coadjutores, capellanes sueltos y sacristanes, como un compañero; Antón, como un sainete muy oportuno.

Blancas sobrepellices, manzanas en las mejillas, dentaduras formidables, risas homéricas, salud, espontaneidad, un hermoso egoísmo sin disfraz, comunicativo, simpático a los demás egoísmos.

—¡Vaya! ¡Vaya! El señor Cuervo. ¡Tome una copiquina!,—grita Sebades (cada cura se llama como su parroquia). Y allá va el Jerez al gaznate.

Se pregunta mucho por la salud de todos y por la prosperidad y trances de la fortuna.

—No se siente junto a la puerta, que viene sudando.

—«¡Valiente pedantón y majadero y *framasón* sería, piensa Cuervo, el que censurase a estos benditos varones porque ríen, y beben, y están contentos cuando van a cantarle el *gori gori* a un difunto! ¿Y qué? ¿Cuándo pueden ellos verse en otra...? La mayor parte del año viven aislados en

seno y haciéndola desaparecer cual una hoja seca en un torrente, entre las olas de vida que derrama el sol, que esparce el viento y de que se empapa la tierra . . . . . .
. . . . . .

(De *Doña Berta*, *Cuervo*, *Superchería.*)

EL SOMBRERO DEL SEÑOR CURA

EL señor obispo de la diócesis, por razones muy dignas de respeto, prohibió, hace algunos años, que el clero rural anduviera por prados y callejas, costas y montañas, luciendo el levitón de anchos faldones y el sombrero de copa alta, demasiado alta muchas veces. Hoy, todos los curas de mi *Verde Erin*, de mi católica y pintoresca Asturias, usan traje talar, sombrero de teja, de alas sueltas y cortas; y a fuerza de humildad y con prodigios de obediencia consiguen montar a caballo con sotana o balandrán, sin hacer la triste figura y sortear las espinas de los setos, sin dejar entre las zarzas jirones del paño negro.

Pero en los tiempos a que me refiero, no lejanos, el cura de aldea ordinariamente parecía un caballero particular vestido de luto, con alzacuello de seda o de abalorios menudos y con levita y *chistera*, de remotísima moda las más veces.

El diputado Morales, cacique desde Madrid, de una gran porción del territorio de la corte, lo menos, del que abarca dos o tres arciprestazgos, pasa

los veranos en su magnífica *posesión* de la Matiella, en lo más alto de una colina cercana al mar. Desde el *palacio*, que así lo llaman los aldeanos, de los Morales se ve el cabo de Peñas, que avanza sobre el Cantábrico con gallardía escultórica; y del otro lado, al Oriente, se domina la costa accidentada, verde y alegre, hasta el cabo del Olivo. Y por la parte de tierra asisten los pasmados ojos, por un momento, a la *sesión permanente* que en augusto cónclave celebran, por siglos de siglos, los gigantes de Asturias, de la Asturias de piedra; el Sueve, los Picos de Europa, el Aramo... y tantas otras moles venerables, que el buen hijo de esta patria llega a conocer y amar como a sacras imágenes de un augusto misterioso abolengo geológico... De barro somos, y no es mucho pensar con respeto y cariño en la tierra abuela...

Pero Morales no pensaba en eso, ni se paraba a contemplar el gran paisaje (panorama le llamaba él constantemente), que se podía admirar desde la Matiella. Sabía Morales que aquellas vistas *valían mucho dinero,* que por *un capricho*, un indiano poderoso o un banquero arrogante darían muchos miles de duros, encima de lo que por sí valía la quinta, nada más que por pagar *las vistas soberbias*... que tampoco se pararían a contemplar banqueros soberbios ni soberbios indianos.

—¡Mire usted, mire usted, qué panorama! —decía Morales a cualquier huésped de la Matiella, y apuntaba con el dedo al horizonte, mientras él le miraba al amigo la cadena del reloj, los guantes o la corbata.

Para el cacique de la Matiella, diputado por juro de heredad, la *naturaleza*, es decir, el campo, no era más que un marco para hacer resaltar el lujo de verano.

A sus ojos, mucho más tenían que admirar las porquerías de escayola con que él había adornado la quinta, que el Sueve y Peña Mayor, que él confundía vilmente.

Sí; la *naturaleza* era un buen marco para sus vanidades veraniegas... pero había que pulirlo, dorarlo... echarle arena y cal hidráulica. La arena era su manía. Aborrecía los senderos en que se ve la tierra que se pisa. Senda sin arena, para Morales era vergonzosa desnudez. Le encantaba también el pérfido engaño del cemento que parece piedra, y *oportune atque inoportune*, el cacique interrumpía la vida lozana de aquellos verdores con obras de cal hidráulica.

Otro adorno de *sus dominios* era... el clero rural: los párrocos, coadjutores, ecónomos y capellanes sueltos de aquellos contornos.

Morales, naturalmente, creía en Dios, o mejor, en la necesidad de inventarlo; un Dios *personal*, por supuesto, especie de freno automático para contener las pasiones de la multitud y conservar las venerandas instituciones... y el papel en alza, cuando convenía. La impiedad le parecía a Morales una falta de respeto al jefe del Gobierno. Era, pues, muy propio de un conservador incondicional rodearse de toda la clerecía de aquellos arciprestazgos de que él venía a ser el brazo secular por mediación de alcaldes, jueces municipales, etc., etc.

Sí, quería el freno religioso, el triunfo de la Iglesia... pero con el Concordato. Daba mucha importancia a las regalías. Le encantaba una Iglesia que fuese como la religión romana antigua, la de los paganos, una rueda de la administración pública... Miraba, dígase todo, en el fondo... *muy* en el fondo... dudaba... creía que el progreso... en fin, él había leído un artículo en que se extractaba la doctrina de Taine... y... se atenía a los *hechos*. Quería el dogma para evitar que el mundo volviera a la barbarie; guardaba muchas consideraciones a los señores curas... pero... ¡estaban tan atrasados!... ¡Aquella teología! ¡Aquellos sombreros! —El verdadero *dios* de Morales, sin saberlo él, era una diosa: la moda. La moda en todo. En la ropa, en el arte, en las enfermedades, en los barbarismos y en la filosofía. ¡Y aquel respetable clero que se reunía en la Matiella vestía de una manera! Morales era muy amigo de repetir que él, gracias al progreso, sabía más que Aristóteles. Excuso decir que sabía mucho menos. También sabía más que Santo Tomás. Se reía, en el seno de la confianza, de la *forma silogística*. Aborrecía la rima en el verso; quería que las casas fueran de hierro, y filosofaba a lo jónico moderno, asegurando que *todo era electricidad*.

Llamaba neurastenia a todo lo que excedía de los alcances de su mísero espíritu, y creía bajo su palabra a la *gente nueva* cada vez que ésta le anunciaba que todo lo conocido caducaba, y que estaba para brotar el nuevo genio, el de la gran regeneración. A pesar de todo, era conservador en política, porque no había otra manera de conservar el

distrito y la influencia de todos aquellos Ayuntamientos del contorno. ¡Pero, en el *fondo*, era él lo más *avanzado*, lo más modernista!... Y todo esto le venía de su real y espontánea afición, el último figurín, en materia de trapos. En fin, el gran villano, cuando hablaba a solas con su mujer, ¡llamaba cursi al cura de la Matiella!

Era un sacerdote alto, moreno, de cara larga, no mucho, bien proporcionadas facciones, dientes limpios y sanos, labios frescos, cuello fuerte, buen torso, pierna larga, majestuoso sin afectación en los andares, pulcro y sencillo en el vestir. También usaba levita larga, pero no mucho; y el sombrero...

—¡Verán ustedes qué sombrero! —nos dijo Morales, una tarde de agosto, en que tomábamos café en la glorieta central del parque de la Matiella.

Un criado acababa de anunciar al señor cura de la parroquia.

Morales y el cura, por quisquillas de Morales y dignidad del párroco, habían estado sin verse dos o tres años; pero le había convenido al cacique una reconciliación, y el clérigo se había apresurado a admitirla, por caridad y espíritu sinceramente humilde. La tarde anterior Morales había visitado al cura, le había invitado a tomar café al día siguiente, y el cura no tenía sobre la cabeza más que un humildísimo gorro negro.

—¡Verán ustedes qué sombrero! —repitió Morales pensando en la *chistera* que usaba el cura tres o cuatro años antes. No recordaba el sombrero, sino la impresión que a él le había hecho; no

recordaba sino que era de modelo antiquísimo, de figura antediluviana...

Por un sendero en zis-zás, de resplandeciente arena amarillenta, se fué acercando una figura negra, esbelta. Veinte ojos fisgones, seis de ellos de mujer, ojos de gente madrileña, se habían clavado en el buen clérigo, y parecía que le estaban examinando de la ciencia de andar por un parque de gente rica como se debe. Largo era el examen, porque larga era la distancia, pero el cura no se daba gran prisa a abreviar el trance, que para él por lo visto no era amargo, ni siquiera molesto. Casi todos estábamos cubiertos, porque en aquellas alturas soplaba con fuerza el Nordeste, y cubierto venía el cura. Al llegar a la glorieta, echó mano al sombrero, hizo muy airosa cortesía y se volvió a cubrir. Puestos en pie nosotros, imitamos su gesto.

¿Y... el sombrero? ¿El sombrero del señor cura?

El sombrero del señor cura no tenía nada de particular. No era nuevo, sin duda, pero estaba limpio y sin abolladuras; el pelo teníalo bastante bien conservado, y no nos pareció ni demasiado alto ni demasiado bajo, ni de alas sobrado anchas, ni muy estrechas; y la forma de la copa ni demasiado curva nos pareció, ni de cilindro desairado ni de tronco de cono: era un sombrero de copa alta aproximadamente como los que nosotros habíamos dejado en casa.

Todos nos volvimos hacia Morales, como pidiéndole cuenta de aquella decepción.

Morales encogió los hombros.

Mientras el cura saludaba particularmente al

amo de la casa, un pollo de Madrid, *gente nueva*, preguntó a Morales en voz baja:

—¿Pero es el mismo?

—¡Eso sí; el mismo!

—¿Y entonces?...

—Sin duda... como no lo he visto en tres años... y entonces era tan diferente la moda...

—Eso es —me atreví yo a decir: el tiempo ha hecho otra vez de moda el sombrero antediluviano del señor cura.

Morales, el pollo *gente nueva*, y algunos otros, se turbaron un poco por culpa de mis palabras.

—¿Por qué?

—Ya nos lo explicará con la mayor inocencia el señor cura de la Matiella, el del sombrero.

Gracias a los buenos puros, los buenos licores y al calor y la gracia de la conversación, se fué animando la gente, y a poco de haber entrado en el corro el cura de la Matiella, ya le tratábamos como a conocido antiguo; y él, seguro de haber parecido simpático, hablaba con gran soltura, alegre, sin dejar de medir las palabras, aunque salían abundantes y espontáneas.

—¡El progreso, el progreso! —decía el señor cura—. Yo también creo en el progreso..., pero no como ustedes, que ven en él un ídolo, un fetiche, que tiene por símbolo una línea recta. El progreso no es un dios, y es una curva sinuosa. Vean ustedes —y al decir esto colocó el sombrero que tanto habíamos mirado sobre las rodillas—. Vean ustedes: este sombrero me ha enseñado a mí mucho acerca del cambio de las cosas. Nuestro ilustre diputado el señor Morales, a cuya salud bebo esta

copita, cree que en cuestión de ropa, de música, de jardinería, de filosofía y hasta de teología, lo mejor es lo de última moda, y que debemos andar siempre a la última. Yo creo que lo mejor es lo racional, lo prudente, que unas veces está de moda y otras no.

Yo he leído un poquillo, poco; y recuerdo que Descartes, en el *Discurso del método*, dice, sobre poco más o menos, algo como esto: que lo mejor es colocarse en el medio, a igual distancia de los extremos, porque aunque la verdad esté en un extremo, a él se irá más pronto desde el medio que desde el otro extremo.

Cuando compré este sombrero, hace muchísimos años, lo escogí a mi gusto. El sombrerero me puso delante otros muchos que eran de moda, diciéndome: Ese que usted escoge ya no se lleva. —Pues *me* lo llevo yo— repuse. Entonces se estilaban las *chisteras* con alas muy recortadas y pegaditas a la copa, que era muy alta. Mi sombrero, éste, tenía las alas algo anchas, para que diesen un poco de sombra al rostro, y no dejaran desairada la copa por la desproporción. Pero claro, comparadas aquellas alas con las de moda, parecían anchísimas; y la copa, regular, muy baja al lado de las que estaban en uso. Pero yo salía tan contento con mi compra en la cabeza, tranquila la conciencia, porque sabía que llevaba una prenda útil para su empleo y de proporciones regulares. Mas los caballeros y señoras con que tuve que tratar en la ciudad no lo veían como yo, porque sin duda *encontraban* anticuado aquel inocente pedazo de *fieltro.*

Pasaron años; volví a la ciudad con mi sombrero y también noté que llamaba la atención. Cuando fuí a plancharlo, el sombrerero me explicó el motivo: la copa era escandalosa por lo alta, y las alas ridículas por lo estrechas... El sombrero de moda era de anchísimas alas y de copa tan baja, que no era digna de una verdadera *canoa*. Valga la verdad, hasta los chiquillos se reían, más o menos disimuladamente, de este pobre veterano (dando golpecitos sobre el sombrero), que les parecía una torre de Babel.

Pero las modas pasan, y mi sombrero dura; así que después de algún tiempo volví con él a la ciudad, y noté que la *bimba* de este cura no llamaba la atención; por casualidad y por poco tiempo, la moda coincidió con mi gusto, sobre poco más o menos; los sombreros de copa de los caballeros que veía pasar junto a mí eran de tamaño y figura del mío.

Volví a planchar el vejete este, y al sombrerero no se le ocurrió proponerme que lo reformara. Estaba bien. Aquella *forma* era la corriente. Como las rechiflas de antaño no me habían dado frío, no me daba calor esto de andar a la moda por una temporada, de pelos arriba. Yo seguí contento con mi vetusta cobertera, no porque fuese de moda, sino porque era útil, conforme con su destino y las leyes constantes de la proporción. Otra vez volvió a estar mi sombrero anticuado, y volví yo a no incomodarme por eso. En el presente momento histórico, como dicen en el Congreso, mi *chapeau* vuelve a ser como los que se usan, ¿no es *así, caballeros?* Vuelvo a la moda... pero no me

alegro; como no me dará pena que otra vez la moda se separe de mí.

Larga pausa.

—Pues lo que digo del sombrero, lo digo de la cabeza... y del corazón. Cuando escogí estado, cuando seguí mi vocación, cuando me aferré a mis ideas, a mi fe y a mis amores cristianos... no estaban de moda, no, la religión, la fe, ni el cristianismo. Ahora parece que entre la gente de más aristocrático pensamiento soplan aires místicos, o que así llaman; yo algo he leído de eso, y no todo me olió a farsa, aunque sí mucho. Bien venidos sean esos nuevos cristianos, si vienen solos, es decir, si no vienen con el diablo de la hipocresía o de la vanidad. Me temo, sin embargo, que esa ola favorable pasará; que la *barca*, que ustedes saben, seguirá luchando con las tempestades del mundo... Como quiera que sea, yo siempre tendré sabido que para Dios no hay evoluciones ni progresos; su gloria es eterna... *et nunc et semper*. Perseguidos o respetados, nosotros siempre los mismos.

Y poniéndose en pie, terminó diciendo:

—Quien ve mi sombrero me ve a mí. Según mi razón escogí este chisme; según mi fe y mi conciencia seguí la bandera de Jesús, y aunque hay muchas cosas que cambian y mejoran, no pueden variar las condiciones principales que debe tener un sombrero de copa alta, ni puede haber moda que eclipse la gloria de Cristo. ¡Ay del que le siga mirando si muchos o pocos le acompañan! A la moda, señores, en conclusión, le pasa lo que a la Academia, según la célebre sentencia de un críti-

co agudo: la moda es también una autoridad... cuando tiene razón.

Hubo un momento de silencio.

El amo de la casa se atrevió a romperlo, exclamando:

—Usted saca el Cristo, señor Cura, y eso no vale. Dejemos las cosas de tejas arriba; *en este bajo mundo*...

—¿Negará usted que la evolución es una ley universal demostrada hasta la saciedad?

—El *devenir*.

—Hegel...

—Darwin...

—Spencer.

Mientras aquellos señores abrumaban al pobre cura de la Matiella con alardes de erudición filosófica de segunda o tercera mano, queriendo imponerle como leyes racionales las preocupaciones del propio *psitacismo*, yo le estaba agradeciendo al buen clérigo, en el fondo del alma, aquella lección sencilla y edificante, que venía a sancionar mis pensares más íntimos y mi conducta en la modesta cátedra, donde años y años llevo diciendo a mis queridos discípulos que procuren ser buenos ante todo, y además, y si tienen tiempo, que procuren encontrar por el camino que me parece más racional, menos expuesto a engaños, una ciencia que yo no tengo y que, por lo mismo, no puedo enseñarles.

Hace tres lustros, yo me presenté en mi cátedra con un *sombrero* que no estaba de moda; tenía, es claro, buen cuidado de explicar siempre, porque en *punto a filosofía* hay que atender poco a los

sombreros que lleven los demás; pero con todo, por conciencia, también advertía siempre que lo corriente entonces no era pensar así.

El positivismo (¡y qué positivismo el que llega a las *masas* de los ateneos, academias, cátedras, foros, congresos, clubs, anfiteatros y *laboratorios!*) era en aquellos días, aquí en España, la última palabra. Yo combatía con toda la fuerza de mi convicción las teorías capitales del positivismo, sin negar sus méritos, sus servicios, sus verdades particulares, ni el genio y el talento de tales o cuales positivistas.

Era yo joven y parecía en cátedra un viejo, un rezagado.

Pasaron años... y mi *sombrero*, como el del cura de la *Matiella*, está por esos mundos del pensamiento, de moda; a la última... ¿Por qué no decirlo a los discípulos? Se lo digo con cierta satisfacción contenida, hasta algo melancólica...

Mis ideas son novísimas, mi tendencia la de los jóvenes maestros de Europa y de América... pero yo no parezco un joven, porque voy siendo viejo de veras.

Y como para el viejo, aunque no sea perro, no hay *tus*, *tus*, sin que deje de halagarme el ver en autores *flamantes* confirmadas mis opiniones, no siento por ello demasiado calor.

Y, como el cura de la Matiella, aunque pase la moda de mi sombrero, pienso conservarlo hasta que me muera... y acaso después. *Et nunc et semper.*

(De *El gallo de Sócrates.*)

REFLEJO

CONFIDENCIAS

VOY muy pocas veces a Madrid, entre otras razones, porque le tengo miedo al clima. Después de tantos años de ausencia he perdido ya en la corte la ciudadanía... climatológica (si vale hablar así, que lo dudo), bien ganada, *illo tempore*, en la alegre y descuidada juventud. Además... ¿por qué negarlo? La presencia de Madrid, ahora que me acerco a la vejez, me hace sentir toda la melancolía del célebre *non bis in idem*. No, no se es joven dos veces. Y Madrid era para mí la juventud; y ahora me parece otro... que ha variado muy poco, pero que ha envejecido bastante. Marcos Zapata, ausente de Madrid también muchos años, al volver hizo ya la observación de lo poquísimo que la corte varía. Es verdad: *todo está igual*.. pero más viejo. Apolo y Fornos pueden ser símbolos de esta impresión que quiero expresar. Están *lo mismo* que *entonces*, pero ¡qué *ahumados!*...

Hay una novela muy hermosa de Guy de Maupassant, en que un personaje, infeliz burgués vul-

gar, que no hace más que sentarse a la misma mesa de un café años y años, deja pasar así la vida, siempre igual. Pero un día se le ocurre mirarse en uno de aquellos espejos... y es el mismo de siempre, pero ya es un pobre viejo. No pasó nada más... que el tiempo.

Madrid tiene para mí algo del personaje de Maupassant. Desde luego reconozco que en esto habrá mucho de subjetivo...

Una de las cosas que más me entristecen en Madrid es la falta de los antiguos amigos. Han muerto algunos, pero no muchos; otros están ausentes; pero los más en Madrid residen. ¿Por qué no se les ve? Porque ya no son las golondrinas que alborotan en la plaza y que interrumpen a San Francisco; ya no son los peripatéticos que discuten a voces, azotacalles perennes del estrecho recinto en que se encierra el Madrid espiritual *propiamente dicho*. Algunos son personajes políticos y tienen que darse cierto tono; otros se han refugiado en el hogar, desengañados de la Ágora... Ello es que no los veo por ningún lado.

Y los antiguos maestros, aquellas *lumbreras* en que nuestra juventud creía, porque entonces no se había inventado esta división absurda y grosera de *jóvenes* y *viejos;* los grandes poetas, los grandes oradores, críticos, moralistas, eruditos, ¿dónde están?

Olvidados del *gobierno del mundo* y *sus monarquías;* calentando el cuerpo achacoso al calor de *buena* chimenea; rodeados de cien precauciones *higiénicas;* haciendo la vida monástica en un des-

pacho, a que la edad nos irá condenando a todos. ¡Infeliz del viejo que no haya aprendido, antes de serlo, a estar solo muy a su gusto!

Sí; casi todos los *maestros* son ya viejos; salen poco... ¡Qué tristeza!

Una de las mayores.

Mas, para mí, un consuelo visitarlos.

Cuando hago examen de conciencia y veo mi pequeñez, mis defectos, una de las cosas menos malas que veo en mí, una de las poquísimas que me inclinan a apreciarme todavía un poco, moralmente, es el arraigo de la veneración sincera que siento y he sentido siempre respecto de los hombres ilustres a quien debe algo mi espíritu.

Como a mis *lugares sagrados*, solía yo ir, al verme en Madrid, peregrino siempre triste, a casa de Campoamor... que ya no gusta de visitas; de Castelar (que hemos perdido), de Giner, de Valera, de Balart...

Y de este otro señor, el señor X, que no es nadie y es quien ustedes quieran. Otro maestro. Vivía en un barrio allá muy lejos, casi más cerca de Toledo o de Guadalajara que de la Puerta del Sol.

Quiero hablar de las últimas visitas que le hice.

Fué de noche. No me esperaba. Es soltero; vive con una doncella de su madre, que es hoy una anciana muy sorda y que debe considerar a los discípulos de su amo como enemigos que no quiere en su casa. Antonia, así la llama, es como Zarathustra, según Nietzsche, recelosa respecto de los que *piensan entrar* en el apostolado de su amo de

ella; amo, pero no maestro, porque Antonia no debe de tener escuela filosófica ni literaria.

Sabe Antonia, vagamente, que su señor vale mucho, por cosas que ella no puede comprender; sabe que los papeles le han puesto mil veces en los cuernos de la luna; que ha sacado de su cabeza unos libros muy buenos que le han dado algunas pesetas, pocas... y mucha honra y muchos disgustos. Y sabe que todo ello no le ha servido para medrar, para hacerse rico, ni para tener influencia en la política, ni con el obispo, ni en Palacio, ni en parte alguna de esas donde se hacen los favores gordos. Visitas, antiguamente, muchas, pero de gente de poco pelo, que traían libros de regalo —¡libros!—, que es lo mismo que si la trajeran a Antonia polvo y lodo de la calle. ¡Libros! Lo que sobra en la casa, lo que a ella la tiene loca, porque no sabe ya dónde ponerlos. Ya no hay sitio en mesas, armarios y hasta sillas más que para los libros, y ellos atraen los ratones y crían polvo, telarañas... ¡horror! Y después la gracia de que el amo no lee casi nunca esos tomos que le regalan, sino otros muchos que él compra muy caros. «Los que hacen los libros que a mí me estorban y que el señor no lee» éstos son para Antonia la mayor parte de los señoritos que se cuelgan del timbre. ¡Deben ser tan poca cosa! Además, cuando el amo se guarda de ellos y miente, como si no hubiera Dios, para disculparse y no recibirlos, por algo será... No; ni los libros ni los que los traen le dan alegría ni nada bueno al señor... Está triste, sale poco, cada vez menos. Si escribe, ella le ve la cara llena de angustia; si medita, lo mismo,

Sólo cuando lee con afán alguno de aquellos libros caros, que él compra, es cuando le nota, a veces, sereno, de veras entretenido, a veces casi casi sonriente. ¿Que dirán aquellos señores, que hasta al amo le gusta lo que dicen? Deben de ser gente lista, de buen trato, sí; pero esos... son justamente los que nunca le vienen a ver.

Mas, ¡oh contrasentidos misteriosos del corazón humano, que ni siquiera Antonia se explica! La buena ama de llaves nota de algunos años acá, sin querer dar importancia al hecho, que las visitas importunas van escaseando; que cada día se olvidan más aquellos discípulos, antes pegajosos, del pobre maestro; y Antonia, a regañadientes, siente el desaire; ve en él no sabe qué síntoma de vejez, de abandono. También comprende, por muchas señales, que poco a poco el amo se va apartando más de aquella vida de impresiones que le traían los papeles y los amigos y sus salidas frecuentes y a deshora... Y no hay disgustos de aquellos que él se comía, pero que ella adivinaba. Calma, eso sí; mucha, demasiada; así como de mal agüero.

Y a pesar de esto, Antonia, así como por tesón, por orgullo de *artista* —que tiene ella por su amo— cuando llega a la puerta algún raro admirador, lo recibe con ceño, disimulando la simpatía y el agradecimiento que le inspira la fidelidad de aquel hombre, a quien, sin embargo, trata con el mismo rigor de que antes usaba espontáneamente.

El ceño y los malos modos de Antonia quieren decir en el fondo: «Ya sabemos que se nos olvida. ¿Y qué? Poco nos importan las vanidades de

la gloria; aquí no necesitamos a nadie... Gracias, de todos modos, por la atención; pero conste que ya no *nos* da frío ni calor nada de cuanto pueda llegar por esa puerta...»

¿Cómo pude yo averiguar todos estos pensares de Antonia? Hablando con ella, largo y tendido, una tarde que fuí a ver a X, cuando él, positivamente, no estaba en casa. La criada me recibió mal, como a todos; pero cuando dije mi nombre, cambió de humor de repente. El amo le había anunciado mi visita, y la necesidad de tratarme con amabilidad excepcional, porque yo no era *uno que llevaba libros*, sino un amigo verdadero. En fin, mucho bueno le debió decir de mí el amo a la criada, porque ella me hizo entrar en el despacho, me obligó a esperar al señor media hora, que llenamos con amable, íntima conversación. El cariño de Antonia a su señor le hizo comprender que yo le quería también como ella, y que también me daba pena verle aislarse, huir de la actividad exterior, dejar que el mundo frívolo le olvidara, porque él no lo buscaba con reclamos.

Y así fué que la noche que X me recibió en su casa, ya sabía yo mucho de su *estado de alma* por el *reflejo* de Antonia.

No me hizo pasar X a su despacho, sino a una modesta habitación cuadrada, sin pintura ni libros, ni *bibelots*, ni más muebles que los necesarios. El único lujo allí consistía en murallas de *telas y paño* para no dejar que entrase frío. *Silencio y calor* parecía ser el ideal a que se aspiraba allí

dentro. En una butaca, más echado que sentado, con los pies envueltos en una manta, que casi se quemaba en un brasero de bronce, metido en caja de roble, X leía un tomo de *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo.

—¿Eh, qué atrasado verdad? —me dijo—. ¡Si me viera un *modernista!* ¡Víctor Hugo! —y sonreía, con ironía muda, venenosa—. No, —prosiguió—. Ya sé que usted no es de esos; cuando estuve en su pueblo, y en su casa, ausente usted, vi que en su gabinete de trabajo no tenía usted más que tres *retratos: el de* la torre de la catedral de su ciudad querida, el de su hijo... y el de Víctor Hugo... La moda... la moda, en Arte, muchas veces no es más que una frialdad y una ingratitud. Nuestra gente modernísima, por tendencia materialista en parte, y en parte para disimular su ignorancia, hace alarde de no tener memoria. Y... ya lo sabe usted; un gran filósofo moderno —no modernista— por la memoria nos revela el espíritu. Lo presente es del cuerpo, el recuerdo del alma. Doctrina profunda...

Después, creyendo que todo aquello era hablar de sí mismo, en el fondo, quiso cambiar de asunto y hablar de mis cosas.

—Ya veo, ya veo que usted sigue luchando en veinte periódicos... Hace usted bien... Eso supone cierta fe. En cambio, no hace usted libros... También hace usted bien. Yo tampoco hago libros. Son inútiles. No los leen. No los saben leer. Los artículos, sí; se leen... pero tampoco se entienden. Ya no los escribo yo tampoco... porque no creo en su eficacia. Y buena falta me hace cobrar unas cuantas pesetas... pero ni por esas. No escribo.

Mire usted; entre enseñar cosas del alma a gente que no la tiene y empeñar un colchón, prefiero empeñar el colchón. Gasta menos el espíritu... aunque algo lo gasta también... Hasta hace poco, en vez de artículos escribía cartas a los amigos íntimos, capaces de entender; tres o cuatro. Ahora ya, ni eso; porque, por las contestaciones, veía que no les enseñaba nada nuevo; pensaban lo mismo, sentían lo mismo. Me devolvían mis tristezas, en otro estilo y con otra clase de erudición... Así es que ahora, ni cartas. Nada... Nada más que leer... y calentarme los pies, no los cascos... ¿Ha leído usted los versos de Taine a sus *gatos*? ¡Pocas veces fué tan filósofo de veras el gran crítico como en esos versos...! Ya sé, ya sé que ciertos gusanos literarios me ponen en la lista de *sus muertos*, y me entierran con Valera, Balart, Campoamor... ¡No es mal panteón...! pero sepan los tales modernistas que yo no soy un muerto de *ellos*, sino *mío*. Me he pagado el entierro. Y no soy un enterrado de actualidad. ¡No; soy un Ramsés II, todo un Sesostris! Este ya es mi único orgullo; ser un muerto antiguo, una momia... y mi derecho... el de la muerte también... ¡Que no me anden con los huesos...!

Y al despedirme, incorporándose, me decía:

—Adiós, buen amigo. Dígale usted al mundo que ha visto la momia de Sesostris... en la actitud en que le sorprendió la muerte, hace miles de años... *¡leyendo a Víctor Hugo!*

Cuando salí, en el recibimiento, la sonrisa triste *y benévola* de Antonia me repitió, a su modo, *cuanto su* amo acababa de decirme.

En rigor, todo lo que me dijo X no fué más que cuanto yo había adivinado la tarde anterior hablando con su ama de llaves.

Con otro estilo y otra erudición, como X decía, las mismas tristezas.

(De *El gallo de Sócrates.*)

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

RESCOLDO, o mejor, la Pola de Rescoldo, es una ciudad de muchos vecinos; está situada en la falda Norte de una sierra muy fría, sierra bien poblada de monte bajo, donde se prepara en gran abundancia carbón de leña, que es una de las principales riquezas con que se industrian aquellos honrados montañeses. Durante gran parte del año, los poleses dan diente con diente, y muchas patadas en el suelo para calentar los pies; pero este rigor del clima no les quita el buen humor cuando llegan las fiestas en que la tradición local manda divertirse de firme. Rescoldo tiene obispado, juzgado de primera instancia, instituto de segunda enseñanza agregado al de la capital; pero la gala, el orgullo del pueblo, es el paseo de los Negrillos, bosque secular, rodeado de prados y jardines que el Municipio cuida con relativo esmero. Allí se celebran por la primavera las famosas romerías de Pascua, y las de San Juan y Santiago en el verano. Entonces los árboles, vestidos de reluciente y fresco verdor, prestan con él sombra a las cien meriendas improvisadas, y la alegría de los consumido-

res parece protegida y reforzada por la benigna temperatura, el cielo azul, la enramada poblada de pájaros siempre gárrulos y de francachela. Pero la gracia está en mostrar igual humor, el mismo espíritu de broma y fiesta, y más si cabe, allá, en febrero, el miércoles de Ceniza, a media noche, en aquel mismo bosque, entre los troncos y las ramas desnudas, escuetas, sobre un terreno endurecido por la escarcha, a la luz rojiza de antorchas pestilentes. En general, Rescoldo es pueblo de esos que se ha dado en llamar levíticos; cada día mandan allí más curas y frailes; el teatrillo que hay casi siempre está cerrado, y cuando se abre le hace la guerra un periódico ultramontano, que es la Sibila de Rescoldo. Vienen con frecuencia, por otoño y por invierno, misioneros de todos los hábitos, y parecen tristes grullas que

van cantando lor guai per l'aer bruno.

Pasan ellos, y queda el terror de la tristeza, del aburrimiento que siembran, como campo de sal, sobre las alegrías e ilusiones de la juventud polesa. Las niñas casaderas, que en la primavera alegraban los Negrillos con su cháchara y su hermosura, parece que se han metido todas en el convento; no se las ve como no sea en la Catedral o en las Carmelitas, en novenas y más novenas. Los muchachos, que no se deciden a despreciar los placeres de esta vida efímera, cogen el cielo con las manos y calumnian al clero secular y regular, indígena y *transeunte*, que tiene la culpa de esta desolación *de honesto* recreo.

Mas como quiera que esta piedad colectiva tiene

algo de rutina, es mecánica, en cierto sentido; los naturales enemigos de las expansiones y del holgorio tienen que transigir cuando llegan las fiestas tradicionales; porque así como por hacer lo que siempre se hizo, las familias son religiosas a la manera antigua, así también las romerías de Pascua y de San Juan y Santiago se celebran con estrépito y alegría, bailes, meriendas, regocijos al aire libre, inevitables ocasiones de pecar, no siempre vencidas desde tiempo inmemorial. No parecen las mismas las niñas vestidas de blanco, rosa y azul, que ríen y bailan en los Negrillos sobre la fresca hierba, y las que en otoño y en invierno, muy de obscuro, muy tapadas, van a las novenas y huyen de bailes, teatros y paseos.

Pero no es eso lo peor, desde el punto de vista de los misioneros; lo peor es Antruejo. Por lo mismo que el invierno está entregado a los *levitas*, y es un desierto de diversiones públicas, se toma el Carnaval como un oasis, y allí se apaga la sed de goces con ansia de borrachera, apurando hasta las heces la tan desacreditada copa del placer, que, según los frailes, tiene miel en los bordes y veneno en el fondo. En lo que hace mal el clero apostólico es en hablar a las jóvenes polesas del hastío que producen la alegría mundana, los goces materiales, porque las pobres muchachas siempre se quedan a media miel. Cuando más se están divirtiendo llega la *ceniza*... y, adiós concupiscencia de bailes, máscaras, bromas y algazara. Viene la reacción del terror... triste, y todo se vuelve sermones, ayunos, vigilias, cuarenta horas, estaciones, rosarios...

En Rescoldo, Antruejo dura lo que debe durar,

tres días: domingo, lunes y martes; el miércoles de Ceniza nada de máscaras... se acabó Carnaval, *memento homo*, arrepentimiento y tente tieso... ¡pobres niñas polesas! Pero ¡ay! amigo, llega la noche... el último relámpago de locura, la agonía del pecado que da el último mordisco a la manzana tentadora, ¡pero qué mordisco! Se trata del entierro de la sardina, un aliento póstumo del Antruejo; lo más picante del placer, por lo mismo que viene después del propósito de enmienda, después del desengaño; por lo mismo que es fugaz, sin esperanza de mañana; la alegría en la muerte.

No hay habitante de Rescoldo, hembra o varón, que no confiese, si es franco, que el mayor placer mundano que ofrece el pueblo está en la noche del miércoles de Ceniza, al enterrar la sardina en el paseo de los Negrillos. Si no llueve o nieva, la fiesta es segura. Que hiele no importa. Entre las ramas secas brillan en lo alto las estrellas; debajo, entre los troncos seculares, van y vienen las antorchas, los faroles verdes, azules y colorados; la mayor parte de las sábanas limpias de Rescoldo circulan por allí, sirviendo de ropa talar a improvisados fantasmas que, con largos cucuruchos de papel blanco por toca, miran al cielo empinando la bota. Los señoritos que tienen coche y caballos los lucen en tal noche, adornando animales y vehículos con jaeces fantásticos y paramentos y cimeras de quimérico arte, todo más aparatoso que precioso y caro, si bien se mira. Mas a la luz de aquellas antorchas y farolillos, todo se transforma; la fantasía ayuda, el vino transporta, y el vidrio puede pasar por brillante, por seda el percal, y la ropa

interior sacada al fresco por mármol de Carrara y hasta por carne del otro mundo. Tiembla el aire al resonar de los más inarmónicos instrumentos, todos los cuales tienen pretensiones de trompetas del Juicio final; y, en resumen, sirve todo este aparato de Apocalipsis burlesco, de marco extravagante para la alegría exaltada, de fiebre, de placer que se acaba, que se escapa. *Somos ceniza*, ha dicho por la mañana el cura, y... *ya lo sabemos*, dice Rescoldo en masa por la noche, brincando, bailando, gritando, cantando, bebiendo, comiendo golosinas, amando a hurtadillas, tomando a broma el dogma universal de la miseria y brevedad de la existencia...

Celso Arteaga era uno de los hombres más formales de Rescoldo; era director de un colegio, y a veces juez municipal; de su seriedad inveterada dependía su crédito de buen pedagogo, y de éste dependían los garbanzos. Nunca se le veía en malos sitios; ni en tabernas, que frecuentaban los señoritos más finos, ni en la sala de juegos prohibidos, en el casino, ni en otros lugares nefandos, perdición de los poleses concupiscentes.

Su flaco era el entierro de la sardina. Aquello de gozar en lo obscuro, entre fantasmas y trompeteo apocalíptico, desafiando la picadura de la helada, desafiando las tristezas de la Ceniza; aquel contraste del bosque seco, muerto, que presencia la *romería inverniza*, como algunos meses antes veía, cubierto de verdor, lleno de vida, la romería del verano, eran atractivos irresistibles, por lo complicados y picantes, para el espíritu contenido,

prudente, pero en el fondo apasionado, soñador, del buen Celso.

Solían agruparse los poleses, para cenar fuerte, el miércoles de Ceniza; familias numerosas que se congregaban en el comedor de la casa solariega; gente alegre de una tertulia que durante todo el invierno escotaban para contribuir á los gastos de la gran cena, traída de la fonda; solterones y calaveras viudos, casados o solteros, que celebraban sus *gaudeamus* en el casino o en los cafés; todos estos grupos, bien llena la panza, con un poquillo de alegría alcohólica en el cerebro, eran los que después animaban el paseo de los Negrillos, prolongando al aire libre las *libaciones*, como ellos decían, de la colación de casa. Celso, en tal ocasión, cenaba casi todos los años con los señores profesores del Instituto, el registrador de la propiedad y otras personas respetables. Respetables y serios todos, pero se alegraban que era un gusto; los más formales eran los más amigos de jarana en cuanto tocaban a emprender el camino del bosque, a eso de las diez de la noche, formando parte del cortejo del entierro de la sardina.

Celso, ya se sabía, en la clásica cena se ponía a *medios pelos*, pronunciaba veinte discursos, abrazaba a todos los comensales, predicando la paz universal, la hermandad universal y el holgorio universal. El mundo, según él, debiera ser una fiesta perpetua, una semiborrachera no interrumpida, y el amor puramente electivo, sin trabas del orden civil, canónico o penal. ¡Viva la broma!—Y este era *el hombre* que se pasaba el año entero grave como *un colchón*, enseñando a los chicos buena conduc-

ta moral y buenas formas sociales, con el ejemplo y con la palabra.

Un año, cuando tendría cerca de treinta Celso, llegó el buen pedagogo a los Negrillos con tan solemne semiborrachera (no consentía él que se le supusiera capaz de pasar de la *semi* a la entera), que quiso tomar parte activa en la solemnidad burlesca de enterrar la sardina. Se vistió con capuchón blanco, se puso el cucurucho clásico, unas narices como las del escudero del Caballero de los Espejos y pidió la palabra, ante la bullanguera multitud, para pronunciar a la luz de las antorchas la oración fúnebre del humilde pescado que tenía delante de sí en una caja negra. Es de advertir que el ritual consistía en llevar siempre una sardina de metal blanco muy primorosamente trabajada; el guapo que se atrevía a pronunciar ante el pueblo entero la oración fúnebre, si lo hacía a gusto de cierto jurado de gente moza y alegre que le rodeaba, tenía derecho a la propiedad de la sardina metálica, que allí mismo regalaba a la mujer que más le agradase entre las muchas que le rodeaban y habían oído.

Gran sorpresa causó en el vecindario allí reunido que don Celso, el del colegio, pidiera la palabra para *pronunciar* aquel discurso de *guasa*, que exigía mucha correa, muy buen humor, gracia y sal, y otra porción de ingredientes. Pero no conocía la multitud a Celso Arteaga. Estuvo sublime, según opinión unánime; los aplausos *frenéticos* le interrumpían al final de cada período. De la abundancia del corazón hablaba la lengua. Bajo la suges-

tión de su propia embriaguez, Celso dejó libre curso al torrente de sus ansias de alegría, de placer *pagano*, de paraíso mahometano; pintó con luz y fuego del sol más vivo la hermosura de la existencia según *natura*, la existencia de Adán y Eva antes de las hojas de higuera: no salía del leguaje decoroso, pero sí de la moral escrupulosa, *convencional*, como él la llamaba, con que tenían abrumado a Rescoldo frailes descalzos y calzados. No citó nombres propios ni colectivos; pero todos comprendieron las alusiones al clero y a sus triunfos de invierno.

Por labios de Celso hablaba el más recóndito anhelo de toda aquella masa popular, esclava del aburrimiento *levítico*. Las niñas casaderas y no pocas casadas y jamonas disimulaban a duras penas el entusiasmo que les producía aquel predicador del diablo. ¡Y lo más gracioso era pensar que se trataba de don Celso el del colegio, que nunca había tenido novia ni trapicheos!

Como a dos pasos del orador, le oía arrobada, con los ojos muy abiertos, la respiración anhelante, Cecilia Pla, una joven honestísima, de la más modesta clase media, hermosa sin arrogancia, más dulce que salada en el mirar y en el gesto; una de esas bellas que no deslumbran, pero que pueden ir entrando poco a poco alma adelante. Cuando llegó el momento solemnísimo de regalar el triunfante Demóstenes de Antruejo la *joya* de pesca a la mujer más de su gusto, a Cecilia se le puso un nudo en la garganta, un volcán se le subió a la cara; porque, como en una alucinación, vió que, de repente, Celso se arrojaba de rodillas a sus pies, y,

con ademanes del *Tenorio*, le ofrecía el premio de la elocuencia, acompañado de una declaración amorosa, ardiente, de palabras que parecían versos de Zorrilla... en fin, un encanto.

Todo era broma, claro; pero burla, burlando, ¡qué efecto le hacía la inesperada escena a la modestísima rubia, pálida, delgada y de belleza así como recatada y escondida!

El público rió y aplaudió la improvisada pasión del *famoso* don Celso, el del colegio. Allí no había malicia, y el padre de Cecilia, un empleado del almacén de máquinas del ferrocarril, que presenciaba el lance, era el primero que celebraba la ocurrencia, con cierta vanidad, diciendo al público, por si acaso:

—Tiene gracia, tiene gracia... En Carnaval todo pasa. ¡Vaya con don Celso!

A la media hora, es claro, ya nadie se acordaba de aquello; el bosque de los Negrillos estaba en tinieblas, a solas con los murmullos de sus ramas secas; cada mochuelo en su olivo. Broma pasada, broma olvidada. La Cuaresma reinaba; el clero, desde los púlpitos y los confesonarios, tendía sus redes de pescar pecadores, y volvía lo de siempre: tristeza fría, aburrimiento sin consuelo.

Celso Arteaga volvió el jueves, desde muy temprano, a sus habituales ocupaciones, serio, tranquilo, sin remordimientos ni alegría. La broma de la víspera no le dejaba mal sabor de boca, ni bueno. Cada cosa en su tiempo. Seguro de que nada había perdido por aquella expansión de Antruejo, que estaba en la tradición más *clásica* del pueblo, se-

guro de que seguía siendo respetable a los ojos de sus conciudadanos, se entregaba de nuevo a los cuidados graves del pedagogo concienzudo.

Algo pensó durante unos días en la joven a cuyos pies había caído *inopinadamente*, y a quien había regalado la *simbólica* sardina. ¿Qué habría hecho de ella? ¿La guardaría? Esta idea no desagradaba al señor Arteaga. «Conocía a la muchacha de vista; era hija de un empleado del ferrocarril; vestía la niña de obscuro siempre y sin lujo; no frecuentaba, ni durante el tiempo alegre, paseos, bailes ni teatro. Recordaba que caminaba con los ojos humildes.» «Tiene el tipo de la dulzura», pensó. Y después: «Supongo que no le habré parecido grotesco», y otras cosas así. Pasó tiempo, y nada. En todo el año no la encontró en la calle más que dos o tres veces. Ella no le miró siquiera, a lo menos cara a cara. «Bueno, es natural. En Carnaval como en Carnaval, ahora como ahora.» Y tan tranquilo.

Pero lo raro fué que volviendo el entierro de la sardina, el público pidió que hablara otra vez don Celso, porque no había quien se atreviera a *hacer olvidar* el discurso del año anterior. Y Arteaga, que estaba allí, es claro, y alegre y *hecho un hedonista temporero*, como decía él, no se hizo rogar... y habló, y venció, y... ¡cosa más rara! al caer, como el *año pasado*, a los pies de una hermosa, para ofrecerle una flor que llevaba en el ojal de la americana, porque aquel año la sardina (por una broma de mal gusto) no era metálica, sino del Oceano, *vió que tenía* delante de sí a la mismísima Cecilia *Pla de marras*. «¡Qué casualidad!, ¡pero qué casua-

lidad!, ¡pero qué casualidad!», repetían cuantos recordaban la escena del año anterior.

Y sí era casualidad, porque ni Cecilia había buscado a Celso, ni Celso a Cecilia. Entre las brumas de la *semi*-borrachera pensaba él: «Esto ya me ha sucedido otra vez; yo he estado a los pies de esta muchacha en otra ocasión...»

Y al día siguiente, Arteaga, sin dejo amargo por la semi-*orgía* de la víspera, con la conciencia tranquila, como siempre, notó que deseaba con alguna viveza volver a ver a la chica de Pla, el del ferrocarril.

Varias veces la vió en la calle; Cecilia se inmutó, no cabía duda; sin vanidad de ningún género, Celso podía asegurarlo. Cierta mañana de primavera, paseando en los Negrillos, se tuvieron que tocar al pasar uno junto al otro; Cecilia se dejó sorprender mirando a Celso; se hablaron los ojos, hubo como una tentativa de sonrisa, que Arteaga saboreó con deliciosa complacencia.

Sí, pero aquel invierno Celso contrajo justas nupcias con una sobrina de un magistrado muy influyente, que le prometió plaza segura si Arteaga se presentaba a unas oposiciones a la judicatura. Pasaron tres años, y Celso, juez de primera instancia en un pueblo de Andalucía, vino a pasar el verano con su señora e hijos a Rescoldo.

Vió a Cecilia Pla algunas veces en la calle; no pudo conocer si ella se fijó en él o no. Lo que sí vió que estaba muy delgada, mucho más que antes.

El juez llegó poco a poco a magistrado, a presidente de sala; y ya viejo, se jubiló. Viudo, y con

los hijos casados, quiso pasar sus últimos años en Rescoldo, donde estaba ya para él la poca poesía que le quedaba en la tierra.

Estuvo en la fonda algunos meses; pero cansado de la cocina pseudofrancesa, decidió poner casa, y empezó a visitar pisos que se alquilaban. En un tercero, pequeño, pero alegre y limpio, pintiparado para él, le recibió una solterona que dejaba el cuarto por caro y grande para ella. Celso no se fijó al principio en el rostro de la enlutada señora, que con la mayor amabilidad del mundo le iba enseñando las habitaciones.

Le gustó la casa, y quedaron en que se vería con el casero. Y al llegar a la puerta, hasta donde le acompañó la dama, reparó en ella; le pareció flaquísima, un espíritu puro; el pelo le relucía como plata, muy pegado a las sienes.

—Parece una sardina —pensó Arteaga, al mismo tiempo que detrás de él se cerraba la puerta.

Y como si el golpe del portazo le hubiera despertado los recuerdos, don Celso exclamó;

—¡Caramba! ¡Pues si es aquella... aquella del entierro...! ¿Me habrá conocido...? Cecilia... el apellido era... catalán... creo... sí, Cecilia Prast... o cosa así.

Don Celso, con su ama de llaves, se vino a vivir a la casa que dejaba Cecilia Pla, pues ella era en efecto; sola en el mundo.

Revolviendo una especie de alacena empotrada en la pared de su alcoba, Arteaga vió relucir una cosa metálica. La cogió... miró... era una sardina *de metal* blanco, muy amarillenta ya, pero muy *limpia*.

—¡Esa mujer se ha acordado siempre de mí!—pensó el funcionario jubilado con una íntima alegría que a él mismo le pareció ridícula, teniendo en cuenta los años que habían volado.

Pero como nadie le *veía* pensar y sentir, siguió acariciando aquellas delicias inútiles del amor propio *retroactivo*.

—Sí, se ha acordado siempre de mí; lo prueba que ha conservado mi regalo de aquella noche... del entierro de la sardina.

Y después pensó:

—Pero también es verdad que lo ha dejado aquí, olvidada sin duda de cosa tan insignificante... O ¿quién sabe si para que yo pudiera encontrarlo? Pero... de todas maneras... Casarnos, no, ridículo sería. Pero... mejor ama de llaves que este sargento que tengo, había de serlo...

Y suspiró el viejo, casi burlándose del prosaico final de sus *románticos* recuerdos.

¡Lo que era la vida! Un miércoles de Ceniza, un entierro de la sardina... y después la Cuaresma triunfante. Como Rescoldo, era el mundo entero. La alegría un relámpago; todo el año hastío y tristeza.

Un tarde de lluvia, fría, obscura, salía el jubilado don Celso Arteaga del Casino, defendiéndose como podía de la intemperie, con chanclos y paraguas.

Por la calle estrecha, detrás de él, vió que venía un entierro.

—¡Maldita suerte! —pensó, al ver que se tenía que descubrir la cabeza, a pesar de su pertinaz ca-

tarro. —¡Lo que voy a toser esta noche!— se dijo, mirando distraído el féretro. En la cabecera leyó estas letras doradas: C. P. M. El duelo no era muy numeroso. Los viejos eran mayoría. Conoció a un cerero, su contemporáneo, y le preguntó el señor Arteaga:

—¿De quién es?

—Una tal Cecilia Pla... de nuestra época... ¿no recuerda usted?

—¡Ah, sí! —dijo don Celso.

Y se quedó bastante triste, sin acordarse ya del catarro. Siguió andando entre los señores del duelo.

De pronto se acordó de la frase que se le había ocurrido la última vez que había visto a la pobre Cecilia.

«Parece una sardina.»

Y el diablo burlón que siempre llevamos dentro, le dijo:

—Sí, es verdad, era una sardina. Este es, por consiguiente, el *entierro de la sardina*. Ríete, si tienes gana.

(De *El gallo de Sócrates*.)

CRISTALES

Si el alma un cristal tuviera..

MI *amigo* Cristóbal siempre estaba triste... no, no es esa la palabra; era aquello una frialdad, una indiferencia, una abstinencia de toda emoción fuerte, confiada, entusiástica... No sé cómo explicarlo... Hacía daño la vida junto a él. Sus ojos, de un azul muy claro y de pupilas muy brillantes, brillantes desde una obscuridad misteriosa y preguntona, parecían el doctor Pedro Recio de toda expansión, de toda admiración, de todo optimismo; amar, admirar, confiar, en presencia de aquellos ojos, era imposible; a todo oponían el veto del desencanto previo. Y lo peor era que todo lo decían con modestia, casi con temor; la mirada de Cristóbal era humilde, jamás prolongada. Podría decirse que destilaba hielo y echaba a correr.

¿Por qué era así Cristóbal, por qué miraba así? Un día lo supe por casualidad.

—«El mejor amigo, un duro» —dijo delante de *nosotros no* sé quién.

—Me irritan —dije a Cristóbal en cuanto quedamos solos—, me irritan estos vanos aforismos de la falsa sabiduría escéptica, plebeya y superficial; creo que el mundo debe en gran parte sus tristezas morales a este grosero y limitado positivismo callejero que con un refrán mata un ideal...

—Sin embargo —dijeron a su modo los ojos de Cristóbal, y sus labios sonrieron, y, por fin, rompieron a hablar:

—Un duro... no será gran amigo; pero acaso no hay otro mejor.

Otros lloran la perfidia de una mujer... Yo me había enamorado de la amistad; *había nacido* para ella. Encontré un amigo en la adolescencia; partimos el pan del entusiasmo, el maná de la fe en el porvenir. Juntos emprendimos la conquista del ensueño. Cuando la *bufera infernal* del desengaño nos azotó el rostro, no separamos nuestras manos que se estrechaban; como a *Paolo* y *Francesca*, abrazados nos arrebató el viento... Los dos vivíamos para el arte, para la poesía, para la meditación; pero yo era autor dramático, y él no. Menos el *don* del teatro, que niega Zola, tal vez porque no lo tiene, todo lo dividíamos Fernando y yo. Nuestra gloria y nuestro dinero eran bienes comunes para los dos. El mundo, con su opinión autoritaria, vino a sancionar estos lazos; se nos consideró unidos por una cadena de hierro inquebrantable. Así sea, dijimos. Y en nuestro espíritu nació uno de esos dogmas cerrados en falso con que la humanidad se engaña tantas veces.

Yo había notado que Fernando era muy egoísta; *de la terrible* clase de los inconscientes; era egoís-

ta como rumia el rumiante; tenía el estómago así. Pero había notado también que yo, aunque más refinado y lleno de complicaciones, era otro egoísta. «¿Cómo puede vivir nuestra amistad entre estos egoísmos? Vive en su atmósfera», pensaba yo; observando que mi amigo tenía vanidad por mí, preocupaciones, antipatías y odios por mí. Yo también me sentía ofendido cuando otros censuraban a Fernando; este derecho de encontrarle defectos me lo reservaba; pero no veía en ello malicia, porque también, y con cierta voluptuosidad, examinaba yo mis propias máculas y deficiencias, creyéndome humilde. Uno de los disfraces que el diablo se pone con más gusto para sus tentaciones, es el de santo.

Cierta noche se estrenó un drama mío; era de esos en que se *rompen moldes* y se apura la paciencia del público adocenado, pero no tan malévolo como supone el autor. En resumidas cuentas, y desde el punto de vista del mundanal ruído, el éxito fué un descalabro. Una minoría tan selecta como poco numerosa me defendía con paradojas insostenibles, con hipérboles que equivalían a subirme en vilo por los aires, para dejarme caer y aplastarme. En el saloncillo bramaba una verdadera tempestad *crítica*. La fórmula era darme la enhorabuena, pero con las de Caín. En cuanto yo daba la vuelta, se discutía el género, la tendencia, y, por último, se me desollaba a mí. Entonces acudían los amigos; me ensalzaban a mí y le echaban una mano protectora al género, *a la tendencia*. Yo recibía los parabienes con

cara de Pascua, pero en calidad de cordero protagonista.

Lo que nadie decía, pero lo que pensaban todos, era esto: «La culpa no es del género, no es de los *moldes nuevos*, es del repostero éste, es del ingenio mezquino que se ha metido en moldes de once varas. Se ha equivocado. Esta es la fija. Se ha equivocado».

Así pensaban los enemigos; y aun lo insinuaban, atacándome de soslayo. Y así pensaban los amigos, defendiéndome de frente e insinuándolo más con esta franca defensa.

¿Y Fernando? Fernando me defendía casi a puñetazos. En poco estuvo que no tuviese dos o tres lances personales. Yo le oía de lejos; no le veía.

El no pensaba que yo le oía. Su defensa apasionada, furiosa, era ingenua, leal. ¡Qué entusiasmo el suyo! Era ordinariamente moderado, casi frío; pero aquella noche ¡qué exaltación!

—Le ciega la amistad —se oía por todos los rincones.

¡Qué no me hubiera cegado aquella noche a mí!

Como se recogen los restos gloriosos de una bandera salvada en una derrota, Fernando me recogió a mí, me sacó del teatro y me llevó a nuestra tertulia de última hora, en un gabinete reservado de un café elegante.

Al entrar allí me fijé, por primera vez en aquella noche, en el rostro de mi amigo, que vi reflejado en un espejo. Sentí un escalofrío. Me atreví a mirarle a él cara a cara. Y en efecto, estaba como su imagen. Aún había en el amigo no sé qué de pasión que no había en el espejo. Estaba radiante.

En sus ojos brillaba la dicha suprema con rayos que sólo son de la dicha, que no cabe confundir con otros. Fernando, muy diferente de mí en esto, era un amador de mucha fuerza y de buena suerte; para él la mujer era lo que para mí la amistad: su buena fortuna en galanteos le hacía feliz. Su rostro, generalmente frío, soso, de poca expresión, se animaba con destellos diabólicos, de pasión intensa, cuando conseguía su amor propio grandes triunfos de amor ajeno. Pero tan hermosamente transfigurado por las emociones fuertes y placenteras como le vi aquella noche, en aquel gabinete del café, no le había visto ni siquiera en la ocasión solemne en que vino a pedirme que le dejara solo en casa con su conquista más preciosa: la mujer de un amigo.

Mientras cenábamos me fijé en los ojos de Fernando. Allí se concentraba la cifra del misterio. Allí se leía, como clave del enigma: «¡Felicidad! ¡La mayor felicidad que cabe en este cuerpo y en este espíritu de artista, de egoísta, de hombre sin fe, sin vínculos fuertes con el deber y el sacrificio!»

¡Si el alma un cristal tuviera!... ¡Oh! ¡Sí; lo tenía! Yo leía en el alma de Fernando, a través de sus ojos, como en un libro de psicología moderna, como en páginas de Bourget.

Fernando era feliz aquella noche de una manera feroz; sin saberlo, sí, como las fieras. Sabía él por experiencia propia que la quinta esencia del sentimiento de un artista, de lo que éste cree su corazón, tal vez porque no tiene otro mejor, y no es más que una burbuja delicada y finísima, un *coágulo* de vanidad enferma, estaba padeciendo

dentro de mí dolores indecibles; sabía que el público y los falsos amigos me habían dado tormento en la flor del alma artificiosa del poeta... pero no sabía que él, su vanidad, su egoísmo, su envidia, se estaban dando un banquete de chacales con los despojos del pobre orgullo mío triturado.

¡Qué luz mística, del misticismo infernal de las pasiones fuertes, pero mundanas, en sus ojos! ¡Cómo se quedaba en éxtasis de placer sin sospecharlo!

¡Y qué decidor, qué generoso, qué expansivo! Lo *amaba todo* aquella noche. Hubiera sido *caritativo* hasta el heroísmo. Su dicha de egoísta le inspiraba este espejismo de abnegación. Sin duda creía que el mundo *seguía siendo* él. Oía las armonías de los astros. Y para mí, ¡qué cuidados, qué atenciones! ¡Qué hermano tenía en él! Se hubiera batido, puedo jurarlo, por mi fama. ¡Y el infeliz, sin sospechar siquiera que estaba gozando una dicha de salvaje civilizado, de carnívoro espiritual, y que esa dicha se alimentaba con sangre de mi alma, con el meollo de mis huesos duros de vanidoso incurable, de escritor de oficio!

Aquel espectáculo, que me irritó al principio, que fué supremamente doloroso, fué convirtiéndose poco a poco en melancólica voluptuosidad. El examen, lleno de amargura, del alma de Fernando, que yo veía en sus ojos, se fué trocando en interesante labor finísima; no tardó mi vanidad, tan herida, en rehacerse con el placer íntimo, recóndito, de analizar aquella miseria ajena. ¡Cuánta *filosofía* en pocos minutos! A los postres de la tal *cena*, en que el último apóstol comensal era un

Judas, sin saberlo, a los postres, ya recordaba yo mi obrita del teatro como una desgracia lejana, de poética perspectiva. Mi descalabro, el martirio oculto de mi amor propio, la perfidia de los falsos amigos y compañeros, todo eso quedaba allá, confundido con la común miseria humana, entre las lacerías fatales necesarias de la vida... En mi cerebro, como un sol de justicia, brillaba mi resignación, mi frío análisis del alma ajena, mi honda filosofía, ni pesimista ni optimista, que no otorga a los *datos históricos*, al fin empíricos, siempre pocos, más valor del que tienen... Y lo que más me confortó fué el sentimiento íntimo de que el dolor intenso que me producía la traición inconsciente de Fernando no me inspiraba odio para él, ni siquiera desprecio, sino lástima cariñosa. «Le perdonaba, porque no sabía lo que hacía.»

«Mi dogma, la amistad, me dije, no se derrumba esta noche como mi pobre drama; Fernando no me quiere de veras, no es mi amigo, ¿y qué? lo seré yo suyo, le querré yo a él. Su amistad no existía, la mía sí.»

En tal estado, llegué a mi casa. Entré en mi cuarto. Comencé a desvestirme, siempre con la imagen de Fernando, radiante de dicha íntima, apasionada, ante los ojos de la fantasía. Mi espíritu nadaba en la felicidad *austera* de la conciencia satisfecha, de la superioridad racional, mística, del alma resignada y humilde... ¡Qué importaba el drama, qué importaba la vanidad, qué importaba todo lo mundano... qué importaba la feroz envidia *satisfecha* del que se creía amigo!... Lo serio,

lo importante, lo noble, lo grande, lo *eterno*, era la satisfacción propia, estar contento de sí mismo, elevarse sobre el vulgo, sobre las tristes pasiones de Fernando... Antes de apagar la luz del lavabo me vi en el espejo. ¡Vi mis ojos! ¡Oh, mis ojos! ¡Qué expresión la suya! ¡Qué *cristales!* ¡Qué orgullo infinito! ¡Qué dicha satánica! Yo estaba pálido, pero ¡qué ojos! ¡Qué hoguera de vanidad, de egoísmo! Allí dentro ardía Fernando, reducido a polvo vil... Era una pobre víctima ante el altar de mi orgullo... de mi orgullo, infierno abreviado. ¿Y la amistad? ¿La mía? ¡Ay! Detrás de los cristales de mis ojos yo no vi ningún ángel, como la amistad lo sería si existiese; sólo vi demonios; y yo, el *autor del drama*, era el diablo mayor... tal vez por razón de perspectiva...

(De *Cuentos morales.*)

¡ADIÓS, CORDERA!

ERAN tres: siempre los tres! Rosa, Pinín y la *Cordera.*

El *prao* Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus *jícaras* blancas y sus alambres paralelos, a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fué atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las *jícaras* que había visto en la rectoral de Puao. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto, y se dejaba

resbalar de prisa hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapasón, que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los *papeles* que pasaban, las *cartas* que se escribían por los *hilos*, el lenguaje incomprensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La *Cordera*, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella, efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse.—Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo

posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de *llindarla*, como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la *Cordera*, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina.—¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir: esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo demás aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuándo le había picado la mosca.

«El *xatu* (el toro), los saltos locos por las praderas adelante... ¡todo eso estaba tan lejos!»

Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la *Cordera* vió pasar el tren, se volvió loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte, corrió por prados ajenos, y el terror duró muchos días, renovándose, más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco se fué acostumbrando al estrépito inofensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones a ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no

hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa, que les hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fué un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella emoción de contemplar la marcha vertiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro, que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas castas de gentes desconocidas, extrañas.

Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso, era lo de menos: un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el *prao* Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbar de los insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa, en el mismo prado, hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, caían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas en lo más obscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solem-

ne y seria Naturaleza, callaban horas y horas, después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la *Cordera*, que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la *Cordera*, la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La *Cordera* recordaría a un poeta la *zavala* del Ramayana, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de ídolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera que dios falso. La *Cordera*, hasta donde es posible adivinar estas cosas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.

Era poco expresiva; pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura, y para otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo.

En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la *Cordera* los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era relativamente nuevo. Años atrás, la *Cordera* tenía que salir a la *gramática*, esto es, a apacentarse como podía, a

la buena ventura de los caminos y callejas de las rapadas y escasas praderías del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban a los mejores altozanos, a los parajes mas tranquilos y menos esquilmados, y la libraban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba, y el narvaso para *estrar* el lecho caliente de la vaca faltaba también, a Rosa y a Pinín debía la *Cordera* mil industrias que la hacían más suave la miseria. ¡Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la *nación*, y el interés de los Chintos, que consistía en robar a las ubres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre estaban de parte de la *Cordera*, y en cuanto había ocasión, a escondidas, soltaban el recental, que, ciego, y como loco, a testarada contra todo, corría a buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo, a su manera:

—Dejad a los niños y a los recentales que vengan a mí.

Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan.

Añádase a todo que la *Cordera* tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía

emparejada bajo el yugo con cualquier compañera, fiel a la gamella, sabía someter su voluntad a la ajena, y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida, incómoda postura, velando en pie mientras la pareja dormía en tierra.

Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un *corral* propio con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias a mil ahorros, que eran mares de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a la primera vaca, la *Cordera*, y no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda se vió obligado, para pagar atrasos al *amo*, el dueño de la *casería* que llevaba en rénta, a llevar al mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la *Cordera*, el amor de sus hijos. Chinta había muerto a los dos años de tener la *Cordera* en casa. El establo y la cama de matrimonio estaban pared por medio, llamando pared a un tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La Chinta, musa de la economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando a la vaca por un boquete del destrozado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia.

«Cuidadla, es vuestro sustento», parecían decir los ojos de la pobre moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo.

El amor de los gemelos se había concentrado en la *Cordera;* el regazo, que tiene su cariño especial, que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca, en el establo, y allá, en el *Somonte.*

Todo esto lo comprendía Antón a su manera, confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra a los *neños*. Un sábado de julio, al ser de día, de mal humor Antón, echó a andar hacia Gijón, llevando la *Cordera* por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarlos a azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la *Cordera*. «Sin duda, *mio pá* la había llevado al *xatu*.» No cabía otra conjetura. Pinín y Rosa opinaban que la vaca iba de mala gana; creían ellos que no deseaba más hijos, pues todos acababa por perderlos pronto, sin saber cómo ni cuándo.

Al obscurecer, Antón y la *Cordera* entraban por la *corrada* mohinos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dió explicaciones, pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba. Hasta el último momento del mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedal, dando plazo a la fatalidad. «No se dirá, pensaba, que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la *Cordera* en lo que vale.» Y, por fin, suspirando, si no satisfecho, con cierto consuelo, volvió a emprender el camino por la carretera

de Candás adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.

En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la *Cordera;* un vecino de Carrió que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dió el último ataque, algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso... Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su lado; Antón, por una calleja que, entre madreselvas que aun no florecían y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana se *personó* el mayordomo del *corral* de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los *caseros* atrasados. Antón, que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas de desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

Al sábado inmediato acompañó al Humedal

Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La *Cordera* fué comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo una señal en la piel, y volvió a su establo de Puao, ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños; Rosa, al saber la venta, se abrazó al testuz de la *Cordera*, que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

«¡Se iba la vieja!» —pensaba con el alma destrozada Antón el huraño.

«Ella, ser, era una bestia, pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela.»

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. La *Cordera*, que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre, *sub specie æternitatis*, como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado, y por otro el que les llevaba su *Cordera*.

El viernes, al obscurecer, fué la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la *quintana* la *Cordera*. Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas

de Antón eran impertinentes. ¿Que daba la res tantos y tantos *xarros* de leche? ¿Que era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducidas a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar esto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz... Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de *cucho*, recuerdo para ellos sentimental de la *Cordera* y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos, y entró en el *corral* obscuro. Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la *Cordera*, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

—Bah, bah, *neños*, acá vos digo; ¡basta de *pamemes!*—Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja obscura, que hacían casi negra los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la *Cordera*, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el *tin tán* pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—¡Adiós, *Cordera!*—gritaba Rosa deshecha en llanto.— ¡Adiós, *Cordera* de *mío* alma!

—¡Adiós, *Cordera!*—repetía Pinín, no más sereno.

—Adiós —contestó por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea...

Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al *prao* Somonte. Aquella soledad no lo había sido nunca para ellos, triste; aquel día, el Somonte sin la *Cordera* parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, *Cordera!*—gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adiós, *Cordera!*—vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.

Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

—La llevan al Matadero... Carne de vaca, para comer los señores, los curas... los indianos.

—¡Adiós, *Cordera!*

—¡Adiós, *Cordera!*

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebataba, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones..

—¡Adiós, *Cordera...!*
—¡Adiós, *Cordera...!*

Pasaron muchos años, Pinín se hizo mozo y se lo llevó el Rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín, que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el *prao* Somonte sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores, su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida por las ruedas pudo ver un instante en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos a su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oir entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba, exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa...! ¡Adiós, *Cordera!*
—¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de *mío* alma...!

«Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de *cañón* para las locuras del mundo, para las *ambiciones* ajenas.»

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse a lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos...

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el *prao* Somonte.

—¡Adiós, Pinín! ¡Adiós, *Cordera!*

¡Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo! ¡Oh! bien hacía la *Cordera* en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oir, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

—¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, *Cordera!*

(De *El Señor y lo demás son cuentos.*)

EL SEÑOR

I

NO tenía más consuelo temporal la viuda del capitán Jiménez que la hermosura de alma y de cuerpo que resplandecía en su hijo. No podía lucirlo en paseos y romerías, teatros y tertulias, porque respetaba ella sus tocas; su tristeza la inclinaba a la iglesia y a la soledad, y sus pocos recursos la impedían, con tanta fuerza como su deber, malgastar en galas, aunque fueran del niño. Pero no importaba: en la calle, al entrar en la iglesia, y aun dentro, la hermosura de Juan de Dios, de tez sonrosada, cabellera rubia, ojos claros, llenos de precocidad amorosa, húmedos, ideales, encantaba a cuantos le veían. Hasta el señor Obispo, varón austero que andaba por el templo como temblando de santo miedo a Dios, más de una vez se detuvo al pasar junto al niño, cuya cabeza dorada brillaba sobre el humilde trajecillo negro como un vaso sagrado entre los paños de enlutado altar; y sin poder resistir la tentación, el buen *místico,* que tantas vencía, se inclinaba a

besar la frente de aquella dulce imagen de los ángeles, que cual un genio familiar frecuentaba el templo.

Los muchos besos que le daban los fieles al entrar y al salir de la iglesia, transeuntes de todas clases en la calle, no le consumían ni marchitaban las rosas de la frente y de las mejillas; sacábanles como un nuevo esplendor, y Juan, humilde hasta el fondo del alma, con la gratitud al general cariño, se enardecía en sus instintos de amor a todos, y se dejaba acariciar y admirar como una santa reliquia que empezara a tener conciencia.

Su sonrisa, al agradecer, centuplicaba su belleza, y sus ojos acababan de ser vivo símbolo de la felicidad inocente y piadosa al mirar en los de su madre la misma inefable dicha. La pobre viuda, que por dignidad no podía mendigar el pan del cuerpo, recogía con noble ansia aquella cotidiana limosna de admiración y agasajo para el alma de su hijo, que entre estas flores, y otras que el jardín de la piedad le ofrecía en casa, iba creciendo lozana, sin mancha, purísima, lejos de todo mal contacto, como si fuera materia sacramental de un culto que consistiese en cuidar una azucena.

Con el hábito de levantar la cabeza a cada paso para dejarse acariciar la barba, y ayudar, empinándose, a las personas mayores que se inclinaban a besarle, Juan había adquirido la costumbre de caminar con la frente erguida; pero la humildad de los ojos, quitaba a tal gesto cualquier asomo de expresión orgullosa.

II

Cual una abeja sale al campo a hacer acopio de dulzuras para sus mieles, Juan recogía en la calle, en estas muestras generales de lo que él creía universal cariño, cosecha de buenas intenciones, de ánimo piadoso y dulce, para el secreto labrar de místicas puerilidades, a que se consagraba en su casa, bien lejos de toda idea vana, de toda presunción por su hermosura; ajeno de sí propio, como no fuera en el sentir los goces inefables que a su imaginación de santo y a su corazón de ángel ofrecía su único juguete de niño pobre, más hecho de fantasías y de combinaciones ingeniosas que de oro y oropeles. Su juguete único era su altar, que era su orgullo.

O yo observo mal, o los niños de ahora no suelen tener altares. Compadezco principalmente a los que hayan de ser poetas.

El altar de Juan, *su fiesta*, como se llamaba en el pueblo en que vivía, era el poema místico de su niñez, poema hecho, si no de piedra, como una catedral, de madera, plomo, talco, y sobre todo, luces de cera. Teníalo en un extremo de su propia alcoba, y en cuanto podía, en cuanto le dejaban a solas, libre, cerraba los postigos de la ventana, cerraba la puerta, y se quedaba en las tinieblas amables, que iba así como taladrando con estrellitas, que eran los puntos de luz amarillenta, suave, de las velas de su santuario, delgadas como juncos, que pronto consumía, cual débiles cuer-

pos virginales que derrite un amor, el fuego. Hincado de rodillas delante de su altar, sentado sobre los talones, Juan, artista y místico a la vez, amaba su obra, el tabernáculo minúsculo con todos sus santos de plomo, sus resplandores de talco, sus misterios de muselina y crespón, restos de antiguas glorias de su madre cuando brillaba en el mundo, digna esposa de un bizarro militar; y amaba a Dios, el Padre de sus padres, del mundo entero, y en este amor de su misticismo infantil también adoraba, sin saberlo, su propia obra, las imágenes de inenarrable inocencia, frescas, lozanas, de la religiosidad naciente, confiada, feliz, soñadora. El universo para Juan venía a ser como un gran nido que flotaba en infinitos espacios; las criaturas piaban entre las blandas plumas pidiendo a Dios lo que querían, y Dios, con alas, iba y venía por los cielos, trayendo a sus hijos el sustento, el calor, el cariño, la alegría.

Horas y más horas consagraba Juan a su altar, y hasta el tiempo destinado a sus estudios le servía para su *fiesta*, como todos los regalos y obsequios en metálico, que de vez en cuando recibía, los aprovechaba para la *corbona* o el gazofilacio de su iglesia. De sus estudios de catecismo, de las fábulas, de la historia sagrada y aun de la profana, sacaba partido, aunque no tanto como de su imaginación, para los sermones que se predicaba a sí mismo en la soledad de su alcoba, hecha templo, figurándose ante una multitud de pecadores cristianos. Era su púlpito un antiguo sillón, mueble *tradicional* en la familia, que había sido como un *regazo* para algunos abuelos caducos y último le-

cho del padre de Juan. El niño se ponía de rodillas sobre el asiento, apoyaba las manos en el respaldo, y desde allí predicaba al silencio y a las luces que chisporroteaban, lleno de unción, arrebatado a veces por una elocuencia interior que en la expresión material se traducía en frases incoherentes, en gritos de entusiasmo, algo parecido a la *glosolalia* de las primitivas iglesias. A veces, fatigado de tanto sentir, de tanto perorar, de tanto imaginar, Juan de Dios apoyaba la cabeza sobre las manos, haciendo almohada del antepecho de su púlpito; y, con lágrimas en los ojos, se quedaba como en éxtasis, vencido por la elocuencia de sus propios pensares, enamorado de aquel mundo de pecadores, de ovejas descarriadas que él se figuraba delante de su cátedra apostólica, y a las que no sabía cómo persuadir para que, cual él, se derritiesen en caridad, en fe, en esperanza, habiendo en el cielo y en la tierra tantas razones para amar infinitamente, ser bueno, creer y esperar. —De esta precocidad sentimental y mística apenas sabía nadie; de aquel llanto de entusiasmo piadoso, que tantas veces fué rocío de la dulce infancia de Juan, nadie supo en el mundo jamás: ni su madre.

III

Pero sí de sus consecuencias; porque, como los ríos van a la mar, toda aquella piedad corrió naturalmente a la Iglesia. La pasión mística del niño hermoso de alma y cuerpo fué convirtiéndose en cosa seria; todos la respetaron; su madre cifró en

ella, más que su orgullo, su dicha futura: y sin obstáculo alguno, sin dudas propias ni vacilaciones de nadie, Juan de Dios entró en la carrera eclesiástica; del altar de su alcoba pasó al servicio del altar de veras, del altar *grande* con que tantas veces había soñado.

Su vida en el seminario fué una guirnalda de triunfos de la virtud, que él apreciaba en lo que valían, y de triunfos académicos que, con mal fingido disimulo, despreciaba. Sí; fingía estimar aquellas coronas que hasta en las cosas santas se tejen para la vanidad; y fingía por no herir el amor propio de sus maestros y de sus émulos. Pero, en realidad, su corazón era ciego, sordo y mudo para tal casta de placeres; para él, ser más que otros, valer más que otros, era una apariencia, una diabólica invención; nadie valía más que nadie; toda dignidad exterior, todo grado, todo premio eran fuegos fatuos, inútiles, sin sentido. Emular glorias era tan vano, tan soso, tan inútil como discutir; la fe defendida con argumentos, le parecía semejante a la fe defendida con la cimitarra o con el fusil.— Atravesó por la filosofía escolástica y por la teología dogmática sin la sombra de una duda; supo mucho, pero a él todo aquello no le servía para nada. Había pedido a Dios, allá cuando niño, que la fe se la diera de granito, como una fortaleza que tuviese por cimientos las entrañas de la tierra, y Dios se lo había prometido con voces interiores, y Dios no faltaba a su palabra.

A pesar de su carrera brillante, excepcional, *Juan de Dios*, con humilde entereza, hizo comprender a su madre y a sus maestros y padrinos

que con él no había que contar para convertirle en una *lumbrera*, para hacerle famoso y elevarle a las altas dignidades de la Iglesia. Nada de púlpito; bastante se había predicado a sí mismo desde el sillón de sus abuelos. La altura de la *cátedra* era como un despeñadero sobre una sima de tentación: el orgullo, la vanidad, la falsa ciencia estaban allí, con la boca abierta, monstruos terribles, en las obscuridades del abismo. No condenaba a nadie; respetaba la vocación de obispos y de Crisóstomos que tenían otros, pero él no quería ni medrar ni subir al púlpito.—No quiso pasar de coadjutor de San Pedro, su parroquia. «¡Predicar! ¡ah! sí —pensaba—. Pero no a los creyentes. Predicar... allá... muy lejos, a los infieles, a los salvajes; no a las Hijas de María que pueden enseñarme a mí a creer y que me contestan con suspiros de piedad y cánticos cristianos: predicar ante una multitud que me contesta con flechas, con tiros, que me cuelga de un árbol, que me descuartiza.»

La madre, los padrinos, los maestros, que habían visto claramente cuán natural era que el niño de aquella *fiesta*, de aquel altar, fuera sacerdote, no veían la última consecuencia, también muy natural, necesaria, de semejante vocación, de semejante vida..., el martirio: la sangre vertida por la fe de Cristo. Sí; ese era su destino, esa su elocuencia viril. El niño había predicado, jugando, con la boca; ahora el hombre debía predicar de una manera más seria, por las bocas de cien heridas...

Había que abandonar la patria, dejar a la madre; le esperaban las misiones de Asia; ¿cómo no lo

habían visto tan claramente como él su madre, sus amigos?

La viuda, ya anciana, que se había resignado a que su Juan no fuera *más que santo*, no fuera una columna muy visible de la Iglesia, ni un gran sacerdote, al llegar este nuevo desengaño, se resistió con todas sus fuerzas de madre.

«¡El martirio, no! ¡La ausencia, no! ¡Dejarla sola, imposible!»

La lucha fué terrible, tanto más, cuanto que era lucha sin odios, sin ira, de amor contra amor: no había gritos, no había malas voluntades; pero sangraban las almas.

Juan de Dios siguió adelante con sus preparativos; fué procurándose la situación propia del que puede entrar en el servicio de esas avanzadas de la fe, que tienen casi seguro el martirio... Pero al llegar el momento de la separación; al arrancarle las entrañas a la madre viva..., Juan sintió el primer estremecimiento de la religiosidad humana; fué caritativo con la sangre propia, y no pudo menos de ceder, de sucumbir, como él se dijo.

IV

Renunció a las misiones de Oriente, al martirio probable, a la poesía de sus ensueños, y se redujo a buscar las grandezas de la vida buena, ahondando en el alma, prescindiendo del espacio. *Por fuera* ya no sería nunca más que el coadjutor de San Pedro. Pero en adelante le faltaba un resorte moral a su vida interna; faltaba el imán que le atraía;

sentía la nostalgia enervante de un porvenir desvanecido. «No siendo un mártir de la fe, ¿qué era él? Nada.» Supo lo que era melancolía, desequilibrio del alma, por la primera vez. Su estado espiritual era muy parecido al del amante verdadero que padece el desengaño de un único amor. Le rodeaba una especie de vacío que le espantaba; en aquella nada que veía en el porvenir cabían todos los misterios peligrosos que el miedo podía imaginar.

Puesto que no le dejaban ser mártir, verter la sangre, tenía terror al enemigo que llevaría dentro de sí, a lo que querría hacer la sangre que aprisionaba dentro de su cuerpo. —¿En qué emplear tanta vida?— «Yo no puedo ser, pensaba, un ángel sin alas; las virtudes que yo podría tener necesitaban espacio; otros horizontes, otro ambiente: no sé portarme como los demás sacerdotes, mis compañeros. Ellos valen más que yo, pues saben ser buenos en una jaula.»

Como una expansión, como un ejercicio, buscó en la clase de trabajo profesional que más se parecía a su vocación abandonada una especie de consuelo: se dedicó principalmente a visitar enfermos de dudosa fe, a evitar que las almas se despidieran del mundo sin apoyar la frente el que moría en el hombro de Jesús, como San Juan en la sublime noche eucarística.—Por dificultades materiales, por incuria de los fieles, a veces por escaso celo de los clérigos, ello era que muchos morían sin todos los Sacramentos. Infelices heterodoxos de superficial incredulidad, en el fondo cristianos, *cristianos tibios*, buenos creyentes descuidados, pa-

saban a otra vida sin los consuelos del *oleum infirmorum*, sin el aceite santo de la Iglesia..., y como Juan creía firmemente en la espiritual eficacia de los Sacramentos, su caridad fervorosa se empleaba en suplir faltas ajenas, multiplicándose en el servicio del Viático, vigilando a los enfermos de peligro y a los moribundos. Corría a las aldeas próximas, a donde alcanzaba la parroquia de San Pedro; aun iba más lejos, a procurar que se avivara el celo de otros sacerdotes en misión tan delicada e importante. Para muchos esta especialidad del celo religioso de Juan de Dios no ofrecía el aspecto de grande obra caritativa; para él no había mejor modo de reemplazar aquella otra gran empresa a que había renunciado por amor a su madre. Dar limosna, consolar al triste, aconsejar bien, todo eso lo hacía él con entusiasmo...; pero lo principal era lo otro. Llevar *el Señor* a quien lo necesitaba. Conducir las almas hasta la puerta de la salvación, darles para la noche obscura del viaje eterno la antorcha de la fe, el Guía Divino..., ¡el mismo Dios! ¿Qué mayor caridad que ésta?

V

Mas no bastaba. Juan presentía que su corazón y su pensamiento buscaban vida más fuerte, más llena, más poética, más ideal. Las lejanas aventuras apostólicas con una catástrofe santa por desenlace le hubieran satisfecho; la conciencia se lo decía: aquella poesía bastaba. Pero esto de acá, no. Su cuerpo robusto, de hierro, que parecía pre-

destinado a las fatigas de los largos viajes, a la lucha con los climas enemigos, le daba gritos extraños con mil punzadas en los sentidos. Comenzó a observar lo que nunca había notado antes, que sus compañeros luchaban con las tentaciones de la carne. Una especie de remordimiento y de humildad mal entendida le llevó a la aprensión de empeñarse en sentir en sí mismo aquellas tentaciones que veía en otros a quien debía reputar más perfectos que él. Tales aprensiones fueron como una sugestión, y por fin sintió la carne y triunfó de ella, como los más de sus compañeros, por los mismos sabios remedios dictados por una santa y tradicional experiencia. Pero sus propios triunfos le daban tristeza, le humillaban. El hubiera querido vencer sin luchar; no saber en la vida de semejante guerra. Al pisotear a los sentidos rebeldes; al encadenarlos con crueldad refinada, les guardaba rencor inextinguible por la traición que le hacían; la venganza del castigo no le apagaba la ira contra la carne. «Allá lejos —pensaba— no hubiera habido esto; mi cuerpo y mi alma hubieran sido una armonía.»

VI

Así vivía, cuando una tarde, paseando, ya cerca del obscurecer, por la plaza, muy concurrida, de San Pedro, sintió el choque de una mirada que parecía ocupar todo el espacio con una infinita dulzura. Por sitios de las entrañas que él jamás *había sentido,* se le paseó un escalofrío sublime,

como si fuera precursor de una muerte de delicias: o todo iba a desvanecerse en un suspiro de placer universal, o el mundo iba a transformarse en un paraíso de ternuras inefables. Se detuvo; se llevó las manos a la garganta y al pecho. La misma conciencia, una muy honda, que le había dicho que *allá lejos* se habría satisfecho brindando con la propia sangre al amor divino, ahora le decía, no más clara: «O aquello o esto.» —Otra voz, más profunda, menos clara, añadió: «Todo es uno.» —Pero «no» —gritó el alma del buen sacerdote—: «Son dos cosas: ésta más fuerte, aquélla más santa. Aquélla para mí, ésta para otros.» Y la voz de antes, la más honda, replicó: «No se sabe.»

La mirada había desaparecido. Juan de Dios se repuso un tanto y siguió conversando con sus amigos, mientras de repente le asaltaba un recuerdo mezclado con la reminiscencia de una sensación lejana. Olió, *con la imaginación*, a agua de colonia, y vió sus manos blancas y pulidas extendiéndose sobre un grupo de fieles para que se las besaran. Él era un misacantano, y entre los que le besaban las manos perfumadas, las puntas de los dedos, estaba una niña rubia de abundante cabellera de seda rizada en ondas, de ojos negros, pálida, de expresión de inocente picardía mezclada con gesto de melancólico y como vergonzante pudor. —Aquellos ojos eran los que acababan de mirarle—. La niña era ya una joven esbelta, no muy alta, delgada, de una elegancia como enfermiza, como una diosa de la fiebre. El amor por aquella mujer tenía que ir mezclado con dulcísima caridad. Se la debía querer también para cuidarla. Tenía un novio que

no sabía de estas cosas. Era un joven muy rico, muy fatuo, mimado por la fortuna y por sus padres. Tenía la mejor jaca de la ciudad, el mejor tílburi, la mejor ropa; quería tener la novia más bonita. Los diez y seis años de aquella niña fueron como una salida del sol, en que se fijó todo el mundo, que deslumbró a todos. De los diez y seis a los diez y ocho la enfermedad que de años atrás ayudaba tanto a la hermosura de la rubia, que tanto había sufrido, desapareció para dejar paso a la juventud. Durante estos dos años Rosario, así se llamaba, hubiera sido en absoluto feliz... si su novio hubiera sido otro; pero el de la mejor jaca, el del mejor coche la quiso por vanidad, para que le tuvieran envidia; y aunque para entrar en su casa (de una viuda pobre también, como la madre de Juan, también de costumbres cristianas) tuvo que prometer seriedad, y muy pronto se vió obligado a prometer próxima y segura coyunda, lo hizo aturdido, con la vaga conciencia de que no faltaría quien le ayudara a faltar a su palabra. Fueron sus padres, que querían algo mejor (más dinero) para su hijo.

El pollo se fué a viajar, al principio de mala gana; volvió, y al emprender el segundo viaje ya iba contento. Y así siguieron aquellas relaciones, con grandes intermitencias de viajes, cada vez más largos. Rosario estaba enamorada, padecía... pero tenía que perdonar. Su madre, la viuda, disimulaba también, porque si el caprichoso galán dejaba a su hija, el desengaño podía hacerla mucho mal; la enfermedad, acaso oculta, podía reaparecer, tal vez *incurable*. A los diez y ocho años Rosario era

la rubia más espiritual, más hermosa de su pueblo; sus ojos negros, grandes y apasionados dolorosamente, los más bellos, los más poéticos ojos...; pero ya no era el sol que salía. Estaba acaso más interesante que nunca, pero al vulgo ya no se lo parecía. «Se seca» —decían brutalmente los muchachos que la habían admirado, y pasaban ahora de tarde en tarde por la solitaria plazoleta en que Rosario vivía.

VII

Entonces fué cuando Juan de Dios tropezó con su mirada en la plaza de San Pedro. La historia de aquella joven llegó a sus oídos, a poco que quiso escuchar, por boca de los mismos amigos suyos, sacerdotes y todo. Estaba el novio ausente; era la quinta o sexta ausencia, la más larga. La enfermedad volvía. Rosario luchaba; salía con su madre porque no dijeran; pero la rendía el mal, y pasaba temporadas de ocho y quince días en el lecho.

Las tristezas de la niñez enfermiza volvían, mas ahora con la nueva amargura del amor burlado, escarnecido. Sí, escarnecido; ella lo iba comprendiendo; su madre también, pero se engañaban mutuamente. Fingían creer en la palabra y en el amor del que no volvía. Las cartas del ricacho escaseaban, y como era él poco escritor, dejaban ver la frialdad, la distracción con que *se redactaban*. Cada carta era una alegría al llegar, un dolor al leerla. Todo el bien que las recetas y los consejos higiénicos del médico podían causar en aquel organismo débil, que se consumía entre ardores y melan-

colías, quedaba deshecho cada pocos días por uno de aquellos infames papeles.

Y ni la madre ni la hija procuraban un rompimiento que aconsejaba la dignidad, porque cada una a su modo, temían una catástrofe. Había, lo decía el doctor, que evitar una emoción fuerte. Era menos malo dejarse matar poco a poco.

La dignidad se defendía a fuerza de engañar al público, a los maliciosos que acechaban.

Rosario, cuando la salud lo consentía, trabajaba junto a su balcón, con rostro risueño, desdeñando las miradas de algunos adoradores que pasaban por allí; pero no el trato del mundo como en los mejores días de sus amores y de su dicha. A veces la verdad podía más que ella y se quedaba triste y sus miradas pedían socorro para el alma...

Todo esto, y más, acabó por notarlo Juan de Dios, que para ir a muchas partes pasaba desde entonces por la plazoleta en que vivía Rosario. Era una rinconada cerca de la iglesia de un convento que tenía una torre esbelta, que en las noches de luna, en las de cielo estrellado y en las de vaga niebla, se destacaba romántica, tiñendo de poesía mística todo lo que tenía a su sombra, y sobre todo el rincón de casas humildes que tenía al pie como a su amparo.

VIII

Juan de Dios no dió nombre a lo que sentía, ni aun al llegar a verlo en forma de remordimiento. Al principio, aturdido, subyugado con el egoísmo *invencible del placer*, no hizo más que gozar de

su estado. Nada pedía, nada deseaba; sólo veía que ya había para qué vivir, sin morir en Asia.

Pero a la segunda vez que por casualidad su mirada volvió a encontrarse con la de Rosario, apoyada con tristeza en el antepecho de su balcón, Juan tuvo miedo a la intensidad de sus emociones, de aquella sensación dulcísima, y aplicó groseramente nombres vulgares a su sentimiento. En cuanto la palabra interior pronunció tales nombres, la conciencia se puso a dar terribles gritos, y también dictó sentencia con palabras terminantes, tan groseras e inexactas como los nombres aquellos. «Amor sacrílego, tentación de la carne.» «¡De la carne!» Y Juan estaba seguro de no haber deseado jamás ni un beso de aquella criatura: nada de aquella *carne*, que más le enamoraba cuanto más se desvanecía. «¡Sofisma, sofisma!», gritaba el moralista oficial, el teólogo... y Juan se horrorizaba a sí mismo. No había más remedio. Había que confesarlo. ¡Esto era peor!

Si la plasticidad tosca, grosera, injusta con que se presentaba a sí propio su sentir era ya cosa tan diferente de la verdad inefable, *incalificable* de su pasión, o lo que fuera, ¿cuánto más impropio, injusto, grosero, desacertado, incongruente había de ser el juicio que *otros* pudieran formar al *oirle* confesar lo que sentía, pero sin *oirle* sentir? Juan, confusamente, comprendía estas dificultades: que iba a ser injusto consigo mismo, que iba a alarmar excesivamente al padre espiritual... ¡No cabía explicarle la cosa bien! Buscó un compañero discreto, de experiencia. El compañero no le comprendió. Vió el pecado mayor, por lo mismo que era

romántico, *platónico*. «Era que el diablo se disfrazaba bien; pero allí andaba el diablo.»

Al oir de labios ajenos aquellas imposturas que antes se decía él a sí mismo, Juan sintió voces interiores que salían a la defensa de su idealidad herida, profanada. Ni la clase de penitencia que se le imponía ni los consejos de higiene moral que le daban tenían nada que ver con su *nueva vida:* era otra cosa. Cambió de confesor y no cambió de sentencia ni de propósitos. Más irritada cada vez la conciencia de la justicia en él, se revolvía contra aquella torpeza para entenderla. Y sin darse cuenta de lo que hacía cambió el rumbo de su confesión; presentaba el caso con nuevo aspecto, y los nuevos confesores llegaron a convencerse de que se trataba de una tontería sentimental, de una ociosidad pseudomística, de una cosa tan insulsa como inocente.

Llegó un día en que al abordar este capítulo el confesor le mandaba pasar a otra materia, sin oirle aquellos *platonismos*. Hubo más. Lo mismo Juan que sus sagrados confidentes llegaron a notar que aquel ensueño difuso, inexplicable, coincidía, si no era causa, con una disposición más refinada en la moralidad del penitente: si antes Juan no caía en las tentaciones groseras de la carne, las sentía a lo menos; ahora, no... jamás. Su alma estaba más pura de esa mancha que en los mejores tiempos de su esperanza de martirio en Oriente. Hubo un confesor, tal vez indiscreto, que se detuvo a considerar el caso, aunque se guardó de convertir la observación en receta. Al fin, Juan acabó por callar en el confesonario todo lo referente a

esta situación de su alma, y pues él solo en rigor podía comprender lo que le pasaba, porque lo sentía, él solo vino a ser juez y espía y director de sí mismo en tal aventura. Pasó tiempo, y ya nadie supo de la tentación, si lo era, en que Juan de Dios vivía. Llegó a abandonarse a su adoración como a una delicia lícita, edificante.

De tarde en tarde, por casualidad siempre, pensaba él, los ojos de la niña enferma, asomada a su balcón de la rinconada, se encontraban con la mirada furtiva, de relámpago, del joven místico, mirada en que había la misma expresión tierna, amorosa de los ojos del niño que algún día todos acariciaban en la calle, en el templo.

Sin remordimiento ya, saboreaba Juan aquella dicha sin porvenir, sin esperanza y sin deseos de mayor contento. No pedía más, no quería más, no podía haber más.

No ambicionaba correspondencia, que sería absurda, que le repugnaría a él mismo y que rebajaría a sus ojos la pureza de aquella mujer a quien adoraba idealmente, como si ya estuviera allá en el cielo, en lo inasequible. Con amarla, con saborear aquellos rápidos choques de miradas, tenía bastante para ver el mundo iluminado de una luz purísima, bañándose en una armonía celeste llena de sentido, de vigor, de promesas ultraterrenas. Todos sus deberes los cumplía con más ahinco, con más ansia; era un refresco espiritual sublime, de una virtud mágica, aquella adoración muda, inocente adoración que no era idolátrica, que no era un fetichismo, porque Juan sabía supeditarla al orden universal, al amor divino. Sí, amaba y

veneraba las cosas por su orden y jerarquía, sólo que al llegar a la niña de la rinconada de las Recoletas, el amor que se debía a todo se impregnaba de una dulzura infinita, que trascendía a los demás amores, al de Dios inclusive.

Para mayor prueba de la pureza de su idealidad tenía el dolor que le acompañaba. ¡Ah, sí! Padecía ella, bien lo observaba Juan, y padecía él. Era, en lo profano (¡qué palabra! —pensaba Juan)— como el amor a la Virgen de las Espadas, a la Dolorosa. En rigor, todo el amor cristiano era así: amor doloroso, amor de luto, amor de lágrimas.

IX

«Bien lo veía él; Rosario iba marchitándose. Luchaba en vano, fingía en vano.» Juan la compadecía tanto como la amaba. ¡Cuántas noches, al mismo tiempo, estarían ella y él pidiendo a Dios lo mismo; que volviera aquel hombre por quien se moría Rosario! —«Sí, decía Juan: que vuelva; yo no sé lo que será para mí verle junto a ella, pero de todo corazón le pido a Dios que vuelva. ¿Por qué no? Yo no aspiro a nada; yo no puedo tener celos; yo no quiero su cuerpo, ni aun de su alma más que lo que ella da sin querer en cada mirada que por azar llega a la mía. Mi cariño sería infame si no fuera así.» —Juan no maldecía sus manteos; no encontraba una cadena en su estado, no; cada vez era mejor sacerdote, estaba más contento de su destino. Mucho menos envidiaba al clero protestante. Un discípulo de Jesús casado... ¡Cal Im-

posible. Absurdo. El protestantismo acabaría por comprender que el matrimonio de los clérigos es una torpeza, una fealdad, una falsedad que desnaturaliza y empequeñece la idea cristiana y la misión eclesiástica. Nada; todo estaba bien. El no pedía nada para sí; todo para ella.

Rosario debía de estar muy sola en su dolor. No tenía amigas. Su madre no hablaba con ella de la pena en que pensaban siempre las dos. El mundo, la *gente*, no compadecía, espiaba con frialdad maliciosa. Algunas voces de lástima humillante con que los vecinos apuntaban la idea de que Rosario se quedaba sin novio, enferma y pobre, más valía, según Juan, que no llegasen a oídos de la joven.

Sólo él compartía su dolor, sólo él sufría tanto como ella misma. Pero la ley era que esto no lo supiera ella nunca. El mundo era así. Juan no se sublevaba, pero le dolía mucho.

Días y más días contemplaba los postigos del balcón de Rosario, entornados. El corazón se le subía a la garganta: «era que guardaba cama; la debilidad la había vencido hasta el punto de postrarla». Solía durar semanas aquella tristeza de los postigos entornados; entornados, sin duda, para que la claridad del día no hiciese daño a la enferma. Detrás de los vidrios de otro balcón, Juan divisaba a la madre de Rosario, a la viuda enlutada, que cosía por las dos, triste, meditabunda, sin levantar cabeza. ¡Qué solas estaban! No podían adivinar que él, un transeunte, las acompañaba en su tristeza, en su soledad, desde lejos... Hasta sería *una ofensa* para todos que lo supieran.

Por la noche, cuando nadie podía sorprenderle,

Juan pasaba dos, tres, más veces por la rinconada; la torre poética, misteriosa o sumida en la niebla o destacándose en el cielo como con un limbo de luz estelar, le ofrecía en su silencio místico un discreto confidente; no diría nada del misterioso amor que presenciaba, ella, canción de piedra elevada por la fe de las muertas generaciones al culto de otro amor misterioso. En la casa humilde todo era recogimiento, silencio. Tal vez por un resquicio salía del balcón una raya de luz. Juan, sin saberlo, se embelesaba contemplando aquella claridad. «Si duerme ella, yo velo. Si vela... ¿quién le diría que un hombre, al fin soy un hombre, piensa en su dolor y en su belleza espiritual, de ángel, aquí tan cerca... y tan lejos; desde la calle... y desde lo imposible? No lo sabrá jamás, jamás. Esto es absoluto: jamás. ¿Sabe que vivo? ¿Se ha fijado en mí? ¿Puede sospechar lo que siento? ¿Adivinó ella esta compañía de su dolor?» Aquí empezaba el pecado. No, no había que pensar en esto. Le parecía no sólo sacrílega, sino ridícula la idea de ser querido... a lo menos así, como las mujeres solían querer a los hombres. —No, entre ellos no había nada común más que la pena de ella, que él había hecho suya.

X

Una tarde de julio, un acólito de San Pedro buscó a Juan de Dios, en su paseo solitario por las alamedas, para decirle que corría prisa volver a la iglesia para administrar el Viático. Era la escena de todos los días. Juan, según su costumbre,

poco conforme con la general, pero sí con las amonestaciones de la Iglesia, llevaba, además de la Eucaristía, los Santos Oleos. El acólito que tocaba la campanilla, delante del triste cortejo, guiaba. Juan no había preguntado *para quién era;* se dejaba llevar. Notó que el farol lo había cogido un caballero y que los cirios se habían repartido en abundancia entre muchos jóvenes conocidos de buen porte. Salieron a la plaza y las dos filas de luces rojizas que el bochorno de la tarde tenía como dormidas se quebraron paralelas, torciendo por una calle estrecha. Juan sintió una aprensión dolorosa; no podía ya preguntar a nadie, porque caminaba solo, aislado, por medio del arroyo, con las manos unidas para sostener las Sagradas Formas. Llegaron a la plazuela de las Descalzas, y las luces, tras el triste lamento de la esquila, guiándose como un rebaño de espíritus, místico y fúnebre, subieron calle arriba por la de Cereros. En los Cuatro Cantones Juan vió una esperanza: si la campanilla seguía de frente, bajando por la calle de Platerías, bueno; si tiraba a la derecha, también; pero si tomaba la izquierda... Tomó por la izquierda y por la izquierda doblaban los cirios desapareciendo.

Juan sintió que la aprensión se le convertía en terrible presentimiento; en congoja fría, en temblor invencible. Apretaba convulso su sagrada carga para no dejarla caer; los pies se le enredaban en la ropa talar. El crepúsculo, en aquella estrechez, entre casas altas, sombrías, pobres, parecía ya la noche. Al fin de la calle larga, angosta, estaba la plazuela de las Recoletas. Al llegar a ella

miró Juan a la torre como preguntándole, como pidiéndole amparo... Las luces, tristes, descendían hacia la rinconada, y las dos filas se detuvieron a la puerta a que nunca había osado llegar Juan de Dios en sus noches de vigilia amorosa y sin pecado. La comitiva no se movía; era él, Juan, el sacerdote, el que tenía que seguir andando. Todos le miraban, todos le esperaban. Llevaba a Dios.

Por eso, porque llevaba en sus manos el *Señor*, la salud del alma, pudo seguir, aunque despacio, esperando a que un pie estuviera bien firme sobre el suelo para mover el otro. No era él quien llevaba el Señor; era el Señor quien le llevaba a él: iba agarrado al sacro depósito que la Iglesia le confiaba como a una mano que del cielo le tendieran. «¡Caer, no!», pensaba. Hubo un instante en que su dolor desapareció para dejar sitio al cuidado absorbente de no caer.

Llegó al portal, inundado de luz. Subió la escalera, que jamás había visto. Entró en una salita pobre, blanqueada, baja de techo. Un altarcico improvisado estaba enfrente, iluminado por cuatro cirios. Le hicieron torcer a la derecha, levantaron una cortina; y en una alcoba pequeña, humilde, pero limpia, fresca, santuario de casta virginidad, en un lecho de hierro pintado, bajo una colcha de flores de color de rosa, vió la cabeza rubia que jamás se había atrevido a mirar a su gusto, y entre aquel esplendor de oro vió los ojos que le habían transformado el mundo mirándole sin querer. Ahora le miraban fijos, a él, sólo a él. Le esperaban, le deseaban; porque llevaba el bien verdadero, el que no es barro, el que no es viento, el que

no es mentira. «¡Divino Sacramento!» pensó Juan, que, a través de su dolor, vió como en un cuadro, en su cerebro, la última Cena y al apóstol de su nombre, al dulce San Juan, al bien amado, que desfalleciendo de amor apoyaba la cabeza en el hombro del Maestro que les repartía en un poco de pan su cuerpo.

El sacerdote y la enferma se hablaron por la vez primera en la vida. De las manos de Juan recibió Rosario la Sagrada Hostia, mientras a los pies del lecho, la madre, de rodillas, sollozaba.

Después de comulgar, la niña sonrió al que le había traído aquel consuelo. Procuró hablar, y con voz muy dulce y muy honda dijo que le conocía, que recordaba haberle besado las manos el día de su primera misa, siendo ella muy pequeña; y después, que le había visto pasar muchas veces por la plazuela.

—«Debe usted de vivir por ahí cerca...»

Juan de Dios contemplaba tranquilo, sin vergüenza, sin remordimiento, aquellos pálidos, aquellos pobres músculos muertos, aniquilados. «He aquí *la carne* que yo adoraba, que yo adoro», pensó sin miedo, contento de sí mismo en medio del dolor de aquella muerte. Y se acordó de las velas como juncos, que tan pronto se consumían ardiendo en su altar de niño.

Rosario misma pidió la Extremaunción. La madre dijo que era lo convenido entre ellas. Era malo esperar demasiado. En aquella casa no asustaban como síntomas de muerte estos santos cuidados de la religión solícita. Juan de Dios comprendió que se trataba de cristianas verdaderas, y se puso

a administrar el último Sacramento sin preparativos contra la aprensión y el miedo; nada tenía que ver aquello con la muerte, sino con la vida eterna. La presencia de Dios unía en un vínculo puro, sin nombre, aquellas almas buenas. Este tocado último, el supremo, lo hizo Rosario sonriente, aunque ya no pudo hablar más que con los ojos. Juan la ayudó en él con toda la pureza espiritual de su dignidad, sagrada en tal oficio. Todo lo meramente humano estaba allí como en suspenso.

Pero hubo que separarse. Juan de Dios salió de la alcoba, atravesó la sala, llegó a la escalera... y pudo bajarla porque llevaba *el Señor* en sus manos. A cada escalón temía desplomarse. Haciendo eses llegó al portal. El corazón se le rompía. La transfiguración de allá arriba había desaparecido. Lo humano, puro también a su modo, volvía a borbotones.

«¡No volvería a ver aquellos ojos!» Al primer paso que dió en la calle, Juan se tambaleó, perdió la vista y vino a tierra. Cayó sobre las losas de la acera. Le levantaron; recobró el sentido. El *oleum infirmorum* corría lentamente sobre la piedra bruñida. Juan, aterrado, pidió algodones, pidió fuego; se tendió de bruces, empapó el algodón, quemó el líquido vertido, enjugó la piedra lo mejor que pudo. Mientras se afanaba, el rostro contra la tierra, secando la losa, sus lágrimas corrían y caían, mezclándose con el óleo derramado. Cesó el terror. En medio de su tristeza infinita se sintió tranquilo, sin culpa. Y una voz honda, muy honda, mientras él trabajaba para evitar toda profanación,

frotando la piedra manchada de aceite, le decía en las entrañas:

«¿No querías el martirio por amor Mío? Ahí le tienes. ¿Qué importa en Asia o aquí mismo? El dolor y Yo estamos en todas partes.»

(De *El Señor y lo demás son cuentos.*)

TIRSO DE MOLINA

(FANTASÍA)

QUEVEDO

El siglo tan desmedrado,
¿Para qué nos resucita?
¿Momias no tiene infinitas?
¿Qué harán las nuestras en él?

(Album, al Conde de San Luis.)

NEVABA sobre las blancas, heladas cumbres. Nieve en la nieve, silencio en el silencio. Moría el sol invisible, como padre que muere ausente. La belleza, el consuelo de aquellas soledades de los vericuetos pirenaicos se desvanecía, y quedaba el horror sublime de la noche sin luz, callada, yerta, terrible imitación de la nada primitiva.

En la ceniza de los espesos nubarrones que se agrupaban en derredor de los picachos, cual si fueran a buscar nido, albergue, se hizo de repente más densa la sombra; y si ojos de ser racional hubieran asistido a la tristeza de aquel fin de crepúsculo en lo *alto del puerto*, hubieran vislumbrado en la *cerrazón* formas humanas, que parecían ca-

prichos de la niebla al desgarrarse en las aristas de las peñas, recortadas algunas como alas de murciélago, como el ferreruelo negro de Mefistófeles.

En vez de ir deformándose, desvaneciéndose, aquellos contornos de figura humana, se fueron condensando, haciendo reales por el dibujo; y si primero parecían prerrafaélicos, llegaron a ser después dignos de Velázquez. Cuando la obscuridad, que aumentaba como ávida fermentación, volvió a borrar las líneas, ya fué inútil para el misterio, porque la realidad se impuso con una voz, vencedora de las tinieblas: misión eterna del Verbo.

—Hemos caído de pie, pero no con fortuna. Creo que hemos equivocado el planeta. Esto no es la Tierra.

—Yo os demostraré, Quevedo, con Aristóteles en la mano, que en la Tierra, y en tierra de España estamos.

—¿Ahí tenéis al Peripato y no lo decíais? Y en la mano; dádmelo a mí para calentarme los pies metiéndolos en su cabeza, olla de silogismos.

—No es burléis del filósofo maestro de maestros.

—¡Ah, señor Cano, como estos vericuetos; ah, señor Nieves, y qué atrasadilla me parece su teología, ahora que he viajado tanto por otros mundos altos!

—No habléis de eso, y busquemos donde cenar.

—¡Ah, Tirso; ah, fraile! Como vuestro clerigón, ¿no llamaréis a Dios bueno hasta que cenéis? Cenad *ex nihilo*, porque otra cosa no hay por aquí, *a lo que no* veo.

—Señores, sin ser yo tan ilustre lógico cual esta

gloria de Trento, ni menos teólogo, como no sea en verso, creo que antes de la cena, que no es idea simple, que no es categoría, debemos pensar en el sitio, en el lugar, que sí es categoría. Porque yo, por ahora, dudo que estemos en parte alguna. Y donde no hay espacio, no hay cena.

—Pero hay frío, señor Calderón.

—Bien dice Lope. Procuremos orientarnos. Es decir, oriente ahora no se puede buscar, pero según lo que yo pude colegir cuando caímos, ya cerca de este globo, a la luz del sol y antes de penetrar en las nubes de nieve, dentro de España estamos, y sobre altísimas montañas, y del mar no muy lejos; de modo que éstos deben ser los Pirineos, y acaso los de mi tierra, porque yo, señores míos, siento un no sé qué de bienestar de que no me hablan vuestras mercedes.

—Natural me parece, insigne Jovellanos, que seáis vos, de tiempos de mejor brújula que los nuestros, quien nos deja barruntar en dónde estamos. Pero yo daría mi *Buscón* por una buscona que me hiciese topar ahora, no con la madre Venus, sino con su digno esposo Vulcano, para que me fabricase una cama donde dormir, menos fría que este suelo.

—Señores, yo vuelvo a mi Aristóteles, y digo...

—Teólogo, tenéis razón; seamos peripatéticos, discurramos con los pies, y a ver si a fuerza de discurrir probamos algo... algo caliente.

Una voz nueva resonó entonces en aquellas soledades como suave música, y era la de fray Luis de León, también expedicionario, que decía:

—*Amigos* queridos, esta noche más ha de ser

de penitencia, de ayuno, que de hartazgo; porque, si he de hablar con franqueza, nuestra vuelta al mundo terrenal más me parece castigo que otra cosa. Pecamos, pecamos; pequé yo a lo menos, —si en buena teología esto no se puede llamar pecado, llámelo don Melchor como quiera o convenga—; pequé, digo, deseando lo que en soledades de mi dicha, de allá arriba, nunca creí que se podría desear. ¡Ay, sí! El engaño, como siempre. El desengaño, igual. En esta tierra obscura, sepultada en noche y en olvido, ¿qué me había quedado a mí? Si vivía en la alma región luciente, ¿a qué querer, como quise, saber algo de la mísera Tierra? Fué vanidad, sin duda. Movióme el apetito de saber si aquella larva que yo por acá había dejado, y que el mundo llamó mi gloria, se había desvanecido, cual mis despojos, o algo había quedado de ella, aunque no fuera más que un soplo que fuese callado por la montaña...

—¡Ay, señor fray Luis de León! —interrumpió Lope— a todos creo yo que nos escuece el mismo remordimiento. Yo, que al morir dije, según cuentan, pues yo no me acuerdo, que daría todas mis comedias, que eran humo, por un poco de gracia al entregar el alma a Dios, ahora me veo aquí *desterrado* del cielo, si así puedo decirlo, por la pícara vanidad de oler si algo todavía se dice por el mundo del montón infinito de mis coplas.

Todos fueron confesando pecado semejante. A todos aquellos ilustres varones les había picado la mosca venenosa de la vanagloria cuando gozaban la gloria no vana, y habían deseado saber algo de su renombre en la Tierra. ¿Se acordarían de ellos

aquí abajo? Y el castigo había sido dejarlos caer, juntos, en montón, de las divinas alturas, sobre aquella nieve, en aquellos picachos, rodeados de la noche, padeciendo hambre y frío.

Como pudieron, de mala manera, empezaron a caminar sobre la nieve, procurando descender, por si encontraban más abajo rastro de senda que los guiara a vivienda humana, o por lo menos a lugar menos desapacible donde aguardar el día y aguantar el hambre. Porque es de advertir que aquellos *desterrados* del cielo, en cuanto pisaron tierra volvieron a sentir todas las necesidades propias de los que andamos vivos por estos valles de lágrimas.

Jovellanos, por varios signos topográficos, y más por revelaciones del corazón, insistía en su idea de que estaban sobre alguna montaña de Asturias. Los otros llegaron a creerle, y como práctico le tomaron, y detrás de él marchaban dejándole guiar la milagrosa caravana por las palpables tinieblas adelante.

—Para mí, señores, estamos en alguno de los puertos que separan a León de mi tierra.

—Pues entonces, a fe de Quevedo, que ya sé quién nos va a dar posada. El oso de Favila.

—Ese no; pero otros no deben de andar lejos.

Notó Lope que el terreno que había llegado a pisar apenas tenía ligera capa de nieve y era llano.

—¡No tan llano, por Cristo! —gritó Quevedo, que dió un tropezón y tuvo que tocar la blanca alfombra con las manos. Sintió al tacto cosa dura y que ofrecía una superficie convexa y pulida.

—Señores—exclamó— aquí hay trampa; con los pies tropecé en una barra, y entre los dedos tengo otra.

Agachóse Jovellanos, y tras él los demás, y notaron que bajo la nieve se alargaban dos varas duras como el hierro, paralelas...

—Esto ha de ser un camino —dijo don Gaspar— ¡tal vez los modernos atraviesan estas montañas de modo que a nosotros nos parecería milagroso si lo viéramos... Yo tengo escrito un viaje que llamo de *Madrid a Gijón*, y en él expreso el deseo de que algún día...

—¡Jesús nos valga!... —interrumpió Calderón—; entramos en un antro, en una cárcel... aquí toco una pared fría que chorrea... y aquí otra pared...

—Entramos, por lo visto, en la cueva de un oso. Ya tenemos posada. Dios nos libre del huésped...

Interrumpió a Quevedo y pasmó a todos un quejido terrible, intenso, que sonó lejos; un silbido ensordecedor y poderoso, de monstruo desconocido... Y de repente vieron a gran distancia un punto rojo de luz, que se acercaba; y oyeron estrépito de cadenas y mil infernales choques de hierro contra hierro, bramidos horrísonos. Un monstruo inmenso, negro, que se les echaba encima para devorarlos, les hizo, con el terror, caer en tierra. Todos se pegaron, cuan largos eran, a la fría pared, que sudaba una asquerosa humedad. Los más cerraron los ojos; pero algunos, como fray Luis de León y Jovellanos, tuvieron ánimo para contemplar el peligro, y vieron pasar, como un relámpago, inmenso dragón negro, vomitando ascuas, rodeado de humo...

—No hemos caído en la Tierra, sino en el infierno —dijo Quevedo cuando todos estuvieron en pie, algo menos asustados, si no tranquilos.

—Salgamos de esta cueva maldita, si podemos —propuso Tirso.

—Volvamos sobre nuestros pasos...

—Sí, una honrosa retirada.

Salieron como pudieron de la cueva, antro o lo que fuese; y no teniendo en las tinieblas modo de orientarse mejor, procuraron seguir la dirección que señalaban aquellas barras de hierro que de vez en cuando sentían bajo los pies.

—Esto es un camino, señores; no me cabe duda —dijo el autor del *Informe sobre la ley Agraria.*

—Un camino infernal.

—No, don Francisco; un camino de hierro, pues hierro es esto que pisamos.

—Bien; pero cosa del diablo. ¿Cómo creéis que estemos en la Tierra? ¿Cría la Tierra monstruos como ese de fuego que por poco nos aplasta?

—¿Quién sabe —dijo fray Luis— si los pecados de los hombres han convertido el mundo en mansión de terribles fieras traídas del Averno?

—¡Y aquí venimos a buscar gloria mundana! ¡Y pensábamos que en la Tierra quedaría memoria de nosotros, y la Tierra es vivienda de sierpes y vestiglos! ¡Oh! ¿Quién nos sacará de aquí?

—Sigamos, sigamos —dijo Tirso.

—Señores, atención —exclamó Lope, que iba delante con Jovellanos—. O el miedo me hace ver las estrellas, o una brilla enfrente de nosotros.

—¿*Estrella* terrestre? Llámese candil.

—Sí —dijo Tirso—; allí una luz verde... y más abajo, ¿no ven ustedes otra rojiza?...

—Sí, y ésta parece que se mueve...

—¡Ya lo creo! Hacia nosotros viene... ¿Qué hacemos?

—Señores, a fe de Quevedo, que me canso de ser cobarde; yo de aquí no me muevo; venga lo que viniere, más puede en mí el ansia de saber qué mundo es éste y qué monstruos nos asustan, que el amor al pellejo...

Nadie quiso ser menos valiente, y todos, a pie quieto, esperaron el terrible peligro desconocido que se acercaba.

La luz, cerca del suelo, avanzaba, avanzaba... De repente, un silbido estridente hizo temblar el aire; cien ecos de los montes repitieron como un coro de quejidos prolongados el melancólico estrépito... Aunque la obscuridad era tanta, pudieron nuestros héroes distinguir entre la nieve una masa negra que con marcha lenta y uniforme a ellos se acercaba.

Nadie se echó a tierra, nadie tembló, nadie cerró los ojos. Como inmenso gusano de luz, el monstruo tenía bajo la panza bastante claridad para que por ella se pudiera distinguir la extraña figura. Era un terrible unicornio, que por el cuerpo negro arrojaba chispas y una columna de humo. Montado sobre el lomo de hierro llevaba un diablo, cuya cara negra pudieron vislumbrar a la luz de un farolilló con que el tal demonio parecía estar mirándole las pulgas a su cabalgadura infernal...

Pasó la visión espantosa rozando casi con los

asombrados inmortales, que, para no ser atropellados, tuvieron que retroceder un paso...

Quevedo, decidido a ser quien era, y Jovellanos con ansia infinita de saber algo nuevo e inaudito, miraron con atención firme, cara a cara, el endriago que se les echaba encima, y los dos a un tiempo, en alta voz, sin darse cuenta de lo que hacían, exclamaron:

—«¡Tirso de Molina!»

—Presente —dijo el fraile.

—No es eso —exclamó el autor del *Buscón*—. Es que en el lomo de ese monstruo de hierro que acaba de pasar, a la luz del farolillo de aquel diablo, he leído en letras de oro... eso: *Tirso de Molina*.

—¿Mi nombre?

—Sí —dijo don Gaspar—. Tirso de Molina; en letras doradas, grandes. Yo lo leí también.

—¿Y qué debemos pensar? —preguntó Cano.

—Nada bueno —dijo Lope.

—Nada malo —dijo Quevedo.

En aquel momento, el monstruo, que se llamaba como el Maestro Téllez, retrocedía deteniéndose pacífico, humilde, sin ruido, cerca de los pasmados huéspedes celestiales. «*Tirso de Molina*», leyeron todos en el costado del supuesto vestiglo. Un hombre cubierto con un capote pardo, alumbrándose con una linterna, pasó cerca, y se detuvo a inspeccionar el raro artefacto, que por tal lo empezó a tener Jovellanos, adivinando algo de lo que era.

—Señores —dijo el desconocido en buen castellano, al notar que varios caballeros, entre ellos clérigos, y frailes algunos por lo visto, rodeaban la máquina—; señores, al tren, que aquí se para muy poco.

—¿Al tren? ¿Y qué es eso? —preguntó Quevedo.

—Pero, ¿dónde estamos? —dijo don Gaspar.

—¿Pues no lo han oído? En Pajares.

Mediaron explicaciones. El mozo de estación creyó que se las había con locos, y los dejó en la obscuridad; pero Jovellanos fué atando cabos, y, sobre poco más o menos, aquellos ilustres varones supieron de qué se trataba.

Estaban en la Tierra; los hombres atravesaban las montañas en máquinas rapidísimas, movidas por el fuego, ¡y esas máquinas se llamaban... como ellos! Aquella, *Tirso de Molina;* otras, de fijo, se llamarían Jovellanos, Quevedo, Cervantes... como los demás hijos ilustres de España.

—Señores —dijo don Gaspar—, ya lo veis; el mundo no está perdido, ni vosotros olvidados. Ilustre poeta mercenario, ¿qué dice vuestra merced de esto? ¿Sábele tan mal que a este portento de la ciencia y de la industria le hayan puesto los hombres de este siglo el seudónimo glorioso de Tirso de Molina?

Sonrió Tirso, y con toda sinceridad se declaró satisfecho al encontrarse con tal tocayo.

—Verdad es que no lo siento. Pero a mal mundo hemos venido si queríamos para siempre curarnos de vanidades.

—¡Oh, quién sabe, quién sabe! Acaso no lo sean —advirtió don Gaspar—. La gloria que da el mundo no es gloria; pero agradecer el recuerdo, el cariño de los míseros mortales, acaso no sea indigno de los bienaventurados.

(De *El gallo de Sócrates.*)

LA MÉDICA

ERA don Narciso un enfermo de mucho cuidado; entendámonos, porque la frase es de doble sentido. No digo que estuviera enfermo de mucho cuidado... Tampoco esto va bien. Si estaba enfermo de mucho cuidado, ya lo creo; muy grave; sobre todo porque empeoraba, empeoraba y no se podía acertar con el remedio, ni había seguridad alguna en el diagnóstico. Pero lo que yo quería decir primero no se refiere a la gravedad y rareza del mal, sino a la condición personal de don Narciso, que era un enfermo de mucho cuidado... como hay toros de mucho cuidado también, ante los cuales el torero necesita tomar bien las medidas a las distancias, y a los quiebros, y al tiempo, para no verse en la cuna. El médico era a don Narciso lo que el torero a esos toros; porque don Narciso, hombre nerviosísimo, filósofo escéptico y aficionado a leer de todo, y por contera aprensivo, como todos los muy enamorados de la propia, preciosa existencia, le ponía las peras a cuarto al doctor, discutía con él, le exigía conocimientos exactos a *lo que a él le* pasaba por dentro, conocimientos

que el doctor estaba muy lejos de poseer; y con las voces técnicas más precisas le combatía, le presentaba objeciones, y, en fin, le desesperaba. Lo peor era que, acostumbrado don Eleuterio, el médico, a la mala manía de hablar delante de sus enfermos legos en los términos del arte, porque así ni él mentía ocultando la gravedad del mal, ni los enfermos se alarmaban demasiado, porque no le entendían, a veces se le escapaba delante de don Narciso alguna de esas palabrotas poco tranquilizadoras para quien las entiende; y el paciente, erudito, siquiera fuese a la violeta, ponía el grito en el cielo, se alborotaba, y si no pedía la Extremaunción no era por falta de miedo. Había que tranquilizarle, mentir, establecer distingos, en fin, sudar ciencia y paciencia, y no para curarle, sino para que se volviese a sus casillas. don Eleuterio aguantaba todas estas impertinencias porque el parroquiano o cliente era de oro por lo bien que pagaba, y, además, hombre influyente y de mucho viso; en fin, no se le podía plantar, pese a todas sus... *cosas*, como las llamaba el médico por no insultar al otro.

Y no valía que las palabras terminadas en *itis* o en *algia*, y otras no menos bárbaras, fuesen de uso completamente nuevo, acabadas de componer por un sabio, autor de libro o artículo de revista, o de laboratorio; todo lo comprendía el entrometido, porque como picaba también en las lenguas sabias, no era *manco* en la griega, o mejor, no era *deslenguado;* y en seguida, anhelante, preocupadísimo, *analizaba* los componentes del terminacho flamante, y sea con ayuda del léxico, o sin ella, sacaba en

limpio... que él tenía el hígado mechado, como dice un personaje de *Zaragüeta*, o el *riñón cubierto*... de úlceras, o cualquier otra barbaridad.

Aquello era un purgatorio. La familia de don Narciso pagaba el suplemento de las pejigueras que tenía que aguantar el facultativo. Al cual le costaba más trabajo hacerse respetar, en nombre de la autoridad de la ciencia, porque, cuando estaba sano el amigo don Narciso, solían convenir, sobre todo si tomaban juntos a la sazón café y copa, en que la Medicina está en la edad de piedra, y puede que nunca alcance la de oro. Los dos hacían alarde de su escepticismo terapéutico; el médico, muy vano porque creía que era un acto de imparcialidad sublime y de abnegación el confesar él semejante *bancarrota* (palabra de moda en las ciencias), contra lo que le aconsejaban sus intereses; y el otro, muy hueco porque lucía su erudición trayendo a cuento a los ilustres varones que habían renegado de médicos y medicinas. «Como dijo Molière... Según Montaigne... Dijo Quevedo», etcétera, etc.

Y, claro, cuando había que agarrarse a un clavo ardiendo, recurrir a la Medicina, porque don Narciso se iba por la posta, ¿con qué cara le hablaba don Eleuterio de la eficacia de las recetas ni aun de la probabilidad de los diagnósticos? ¿No habían convenido en que el *juego fatal de los fenómenos naturales* era demasiado *complejo* para que el hombre pudiera tener la pretensión de penetrar en su enmarañada urdimbre? Todo iba a dar a la química... y la *verdadera* química estaba en mantillas.

No se sabía si existían los átomos, lo probable

era que no; y, sin embargo, los átomos eran indispensables para la química... y ni aun esto era ya muy seguro, según las recientes disputas de Ostwald, Cornu, etc. De modo que todo estaba en el aire... todo se reducía a conjeturas, a hipótesis... ¡y a don Narciso le llevaban los demonios, porque no quería que el importantísimo negocio de su *rápida* curación dependiese de nada hipotético... «*O ji o ja*», gritaba él; *ji* era la muerte y *ja* la salud. Y aunque decía *ji* o *ja*, al médico no le permitía decir más que *ja*. Y *ja* decía don Eleuterio a regañadientes, porque le gustaba ser claro. Pero en diciendo él *ja* (la salud, sin duda), se irritaba el otro, y exclamaba:

—¿Usted qué sabe? a mí no se me engaña. Tanto cree usted en esas pócimas como yo; ni usted ni nadíe sabe lo que yo tengo en el bazo, ni lo que puede sobrevenir en el hígado... ¡Todo es farsa! Usted me lo ha confesado mil veces.

Y así se pasaba la vida, haciéndola más miserable y menos apetecible de tanto apetecer prolongarla y de tanto temer la muerte.

Un día don Eleuterio se puso muy serio, a la cabecera de la cama de don Narciso; sacó el reloj, tomó el pulso, examinó detenidamente al enfermo, y con un tono autoritario que, por de pronto, sorprendió y sobrecogió al paciente, impuso su voluntad y declaró que iba a recetar una cosa que estaba indicadísima para evitar complicaciones serias que podían sobrevenir, de que ya había indicios. Y no dió más explicaciones; no dijo qué cosa era aquella. Don Narciso, asustado, débil, no pudo

mostrar la energía de otras veces para ponerse al cabo de lo que se iba a hacer con él.

A sus tímidas indicaciones, el médico, con voz seca, contestó (seguro de ejercer en aquella ocasión cierto poder sugestivo):

—No puede usted entender la fórmula de esto: es cosa nueva; esta noche he estudiado la cuestión, y resuelvo que esto es lo que conviene; se trata de algo muy complejo, que usted, profano al fin, no comprendería. Y no hay que andarse con bromas, podrá el remedio no servir; pero sin él..., es seguro...

—¿*El* qué?

—Es seguro que estamos... mal.

Cada vez más acoquinado, dijo don Narciso, por decir algo:

—Bueno; pues... que traigan pluma y papel... o pase usted al despacho...

—No: no hace falta; tengo prisa. Aquí mismo; traigo yo papel y lápiz... Y esas plumas de usted nunca parecen... y eso que es usted escritor.

Y diciendo y haciendo, sacó de un bolsillo interior una cartera, buscó en ella un papel y un lápiz, y en pie, apoyando el papel en la cartera misma, escribió rápidamente la receta. Quería aprovechar aquel momento de dominio sugestivo sobre el enfermo, y no quería dilaciones por causa de pormenores materiales. Nervioso, pero con aspecto de triunfo, guardó sus chismes de escribir, se despidió con pocas palabras y salió, después de entregar a uno de la familia el papelito, símbolo de su victoria sobre el empecatado don Narciso.

Vino la medicina, la tomó el enfermo, como un

doctrino, en la forma que al salir había detallado el médico, y no hubo más.

Así, como media hora después de tragarse la pócima, don Narciso, revolviendo impaciente los pliegues del arrugado embozo del lecho, tropezó con un papel escrito.

—¿Qué es esto?, pensó. ¿Quién ha dejado esto aquí? ¡Ah!, ya caigo. Este papel se cayó de la cartera de don Eleuterio—. Como no era carta, ni cosa por el estilo, su curiosidad no encontró resistencia cuando le pidió que leyera aquel documento.

Y leyó. ¡Cosa más rara! Eran unos apuntes que podían llamarse reflexiones sueltas acerca de la Medicina en general. ¡Pero qué reflexiones! No sólo eran incoherentes, sino que subvertían todo el orden de la terapéutica; tomaban a contrapelo la patología, y suponían un criterio de escepticismo caprichoso respecto de la ciencia tradicional; y en cambio, se veía clara una tendencia a admitir la eficacia de lo maravilloso, a suponer en la realidad, en el *fondo de la química*, según palabras que se leían allí, misteriosas relaciones, virtudes cuasimorales de los llamados *simples* con que no contaba ni podía contar la Medicina, porque desconocía la naturaleza, y aun la existencia, de tales elementos de la vida natural, y nadie podía decir de sus causas ni de sus efectos. Se exageraba en aquel papel la autosugestión; se suponía que, siendo el hombre *microcosmos*, tenía, por *autarquía* y *autonomía* de la vida *universal-individual*, un mundo aparte, *individual*, de leyes naturales, diferen-

tes para cada cual. Así como Protágoras había dicho que «el hombre era la medida de todo» con relación al conocimiento, significando que la verdad para cada cual era diferente, allí se aseguraba que las enfermedades y los remedios en cada ser individual eran diferentes también. Después venían burlas sangrientas, sarcasmos feroces contra médicos, escuelas, hipótesis científicas, etc., todo en estilo nerviosísimo, entre paradojas e hipérboles, incongruencias, imágenes alambicadas y extravagantes...

—No cabe duda —pensó don Narciso—; este hombre está loco; ¡quién lo había de decir! Aquí tengo el pensamiento secreto de mi médico: este papel se le ha caído de la cartera cuando la sacó para escribir la receta; este papel representa el íntimo pensar de mi médico..., y esto es obra de un loco ilustrado, de un doctor... a quien se le han hecho los sesos caldo. ¡Dios mío..., y yo estoy en manos de este demente, a merced mi salud de los caprichos de una vesania!

Y siguió leyendo, y de repente dió un grito espantado. Porque había leído esto:

«El único médico bueno del mundo no es médico, es *médica:* la Casualidad.»

»Sólo podéis curar vuestros males jugando a la lotería. Una receta debe ser algo así como un *décimo* o muchos *décimos*. El motivo es obvio. No es cierto que la ignorancia en que estamos del fondo virtual de la *esencia* de las cosas aconseje la abstención de medicamentos. El mal, por lo común, no desaparece por sí solo. Lo que hay que hacer es... jugar a la lotería el mayor número posible de

billetes, para aumentar las probabilidades de curar... y las de reventar. («¡Loco rematado!», gritaba al llegar aquí don Narciso.) El que no se aventura no pasa la mar. El médico y el enfermo deben de ser valientes, jugar el todo por el todo. La receta debe contener la mayor cantidad posible de principios curativos que no se neutralicen, todos de positiva eficacia en su género. De este modo, si no se ha dado en el clavo, sino en la herradura, se puede matar al paciente, es verdad; pero también puede suceder que su mal no tenga relación ni con el efecto nocivo ni con el benéfico del resultado de la combinación compleja de agentes. Puede también suceder que ésta resulte inofensiva para todo temperamento y para todos los órganos, en todos los estados. Y, por último, puede suceder que la acción de alguno de los componentes, o de la reunión de varios, o de la total, sea la que se buscaba a ciegas. Y entonces tenemos la receta modelo... *a posteriori*. La firma... la *médica única*, la Casualidad. Jugad muchos billetes y podréis tener más probabilidades de sanar... o de reventar.»

—¡Reventar, reventar de seguro! —gritaba don Narciso fuera de sí, casi decidido a saltar de la cama, víctima del pánico.

Se colgó del cordón de la campanilla; pedía socorro. «¡Envenenado! ¡Estoy envenenado!», decía lleno de terror a los parientes y criados que rodearon el lecho...

—¡Lo que me habrá dado ese loco! ¡Dios mío! ¡Qué *números*, qué *serie* de la lotería me habré *tragado* yo!

—¿Pero estás loco?... —le preguntaban.

—No, yo no; el médico... Pronto, a escape, un contraveneno... un vomitivo...

—Irán a la botica...

—No, no, es tarde; corre prisa... Aceite, ¡todo el aceite que haya en casa!... ¡Venga aceite!

Bebió no sé qué cantidad fabulosa de aceite. Por aquella boca salió a poco... lo que no puede decirse. Debió de haberse quedado hueco. Le venció la debilidad y se quedó entre aletargado y dormido.

Se llamó a don Eleuterio. Cuando despertó don Narciso lo tenía inclinado sobre su cabeza, observándole.

—Pero ¿qué hace aquí ese hombre?

Don Eleuterio creyó que deliraba. En fin, después de muchos despropósitos, hubo explicaciones. Don Narciso *sintió* que se *sentía* muy bien.

—¡La medicina! —dijo don Eleuterio.

—No; el aceite.

El médico se echó a reir, y dijo:

—Puede.

Aquel papelito que tanto había alarmado al enfermo no era cosa de su médico; éste, por curiosidad, lo había recogido entre otros muchos que había dejado un pobre estudiante de Medicina que había muerto loco en el hospital.

A los pocos días del susto y de *desfondarse*, don Narciso se paseaba ya por casa y comía con apetito.

Y una tarde, don Eleuterio, que había estudiado muy bien la rápida y milagrosa curación *espontánea* del inaguantable cliente, le dijo:

—Pues hay que confesarlo; el loco del hospital... acertó con ese testamento *científico*. Quien le ha

curado a usted ha sido *la médica*, la Casualidad. Reconozco, sé positivamente, que lo que usted necesitaba, y yo no caía en ello, no era lo que yo le di, sino lo que usted tomó para arrojar lo otro.

—¿Aceite?

—Si no aceite por necesidad, algo que surtiera el mismo efecto. La cosa parece muy grosera; pero la verdad es que *usted tenía dentro algo que no sabemos lo que era;* y que le hacía falta librarse de ello, y se libró... por creer que yo estaba chiflado. Le han curado a usted entre un demente y la Fortuna. Dos locos.

—Sobre todo, me ha curado... *la médica.*

(De *El gallo de Sócrates.*)

SNOB

ROSARIO Alzueta comenzaba a cansarse del *gran éxito* que su hermosura estaba consiguiendo en Palmera, floreciente puerto de mar del Norte. Era lo de siempre: primero la pública admiración, después el homenaje de cien adoradores, tras esto el tributo de la envidia, la forma menos halagüeña, pero la más elocuente de la impresión que produce el mérito; y al cabo, el hastío del amor propio satisfecho, y las punzadas de la vanidad herida por rivalidades que la aprensión hace temibles. Además, el natural gasto de la emoción era de doble efecto; en la admirada y en los admiradores producía resultados de atenuación que estaban en razón directa; cuanto más se la admiraba menos placer sentía Rosario, acostumbrada a este tributo, y el público, que ya se la sabía de memoria, al fin alababa su belleza por rutina, pero sin sentir lo que antes, pues la frecuencia de aquella contemplación le había ido mermando el efecto placentero.

En la playa, en los balnearios, en los conciertos matutinos, en los paseos del muelle y de los par-

ques, en el pabellón del Casino, baile perpetuo en el real de la feria, en las jiras de la pretendida *high life* palmerina y forastera, en todas partes la de Alzueta era la primera; para quien la veía por primera vez, la única. A los teatros no iba nunca; despreciaba los de Palmera; decía que se asfixiaba en ellos; prefería dejarse contemplar, sentada, a la luz eléctrica, bajo un castaño de Indias del paseo de noche.

La llamaban la *Africana:* era muy morena y hacía alarde de ello; nada de polvos de arroz ni de pintura. Era un *bronce*, pero del mejor maestro. Afectaba naturalidad. Era un jardín a la inglesa de un *parvenu* continental; de esos jardines en que se quisiere imitar a la naturaleza a fuerza de extravagancias y falta de plan y comodidades.

Rosario, que era por el alma un puro artificio, pretendía poseer la sencillez, el sincero candor, como si tan altos dones fueran cosa fácil de adquirir para una muchachuela como ella, en resumidas cuentas mal educada. Segura de su belleza plástica, creía que por añadidura se le debía el encanto de la gracia inocente. Esplendorosa planta de estufa, quería que se la tomase por violeta escondida y humilde. Al montón de los admiradores les engañaban tales apariencias; los más adoraban en ella, con más entusiasmo que su evidente belleza de hembra y de estatua, aquella naturalidad contrahecha, con la misma fe estúpida con que veían idilios en los episodios del galanteo en una fiesta de un jardín amañada por un Tecrito con faldas, ayudado por algún Mosco o Bion, revistero de salones.

Si Rosario hubiera sido *bas bleu* una literata, siquiera una romántica rezagada, hubiera podido tener cierto fondo, aunque repugnante, para las formas de falsa naturalidad, de sencillez pristina y de paraíso. Pero su espíritu sólo estaba ocupado por vanidades de sociedad y por inclinaciones sensuales, egoístas y prosaicas: era lo que habían hecho de él la vida frívola, sin ideas, de instinto y rutina, de sensualidad rastrera y trivial en que desde el nacer se la había tenido metida como en una pajarera.

Era aquella alma de multitud, un poco de ruido de muchedumbre metido en un cuerpo de diosa de museo. Se creía *distinguida*, ser *aparte*, excepcional, musa de la soledad y el silencio, y era algo así como número del programa de unas fiestas.

No había alcanzado los tiempos en que ciertos ensueños literarios eran populares, aun en nuestro país, y no podía imitar a heroínas de poemas, ni fingir *efectos de luna* en las aguas muertas de su espíritu, charca triste, sin fondo misterioso ni poesía en la orilla. No sabía nada de cuanto imaginó el mundo para figurarse la vida interesante, transcendental; y era hasta cómico el contraste de sus posturas, gestos y demás artificios de expresión, con la ruin trivialidad de sus juicios, reflexiones, deseos, gustos y tendencias. Póngase algún ejemplo: afectaba naturalidad, sencillez, encantadora gracia para decir que... le gustaba más el *género chico* que el *grande* en el teatro, o que prefería un artículo de Taboada a unos versos de Felipe Pérez, o que *no le resultaba* la Cibeles donde la *habían puesto.*

La de Alzueta había visitado tierra extranjera, sí, y de ello estaba muy orgullosa, y por ello tenía no pocas máculas; pero de lo extranjero sólo conocía superficies, cosas de las *guías* y de las ilustraciones, sección de grabados. Modas, fiestas, causas ruidosas, vida de ferrocarril y de exposición, preocupaciones de clase... esto era lo que Rosario podía ver y considerar fuera de su patria lo mismo que en ella. Por lo cual no podía ni siquiera imitar a esas mujeres, tal vez no más apreciables que ella, pero más amenas, que saben *distinguirse* por esos mundos, con aventuras ideales, con teosofías, empresas raras de caridad o de socialismo, idolatrías de arte, fetichismos de adoración al genio, etc., etcétera, o lo que es menos malo que todo eso, grandes exageraciones y extravagancias amorosas. De especie de *gran mundo* espiritual, falso y pernicioso, pero menos vulgar y pedestre, nada sabía Rosario.

Hablaba mucho, discutía mucho, era un ergotista invencible en las carreras de resistencia; nunca le faltaba un argumento baladí de esos que no tienen respuesta por su misma insustancialidad e incongruencia. Entendía de todo aproximadamente, como esos periodistas que hoy abundan, los cuales, según las estaciones y las circunstancias, son críticos de teatros, de pintura, de tribunales, de *sport*, de libros, de política o de salones. Defendía a Wagner a gritos en el Real, sin oir, ni dejar oir a los demás lo mismo que estaba alabando. Era la musa de la vulgaridad del día, del sufragio universal de la tontería ambiente. Su estilo, hablando, era el de esos gacetilleros sosos que hoy

tenemos, que por toda gracia usan algunas muletillas insignificantes, frases hechas y convencionalismos pasajeros. Daba pena oir de aquella boca tan hermosa, hecha para callar divinos misterios de la poesía, tantas sandeces envueltas en *latas*, *infundios* y otros terminachos bajos y feos. *Me resulta*, *no me resulta*, decía a cada instante aquel juez con faldas, que olvidaba su hermosura por su ergotismo. Les *veía o no la punta* a las cosas y las despreciaba si estaban *mandadas recoger*. Mareaba aquella hermosa hembra, que parecía un periódico de esos llenos de crónicas insulsas que suelen tener tantos compradores.

Como otras muchas de su clase, fundaba su patriotismo en hablar con cierta sequedad algo *chulesca*, en huir del eufemismo y la perífrasis, aun para tratar materias que reclaman la lítote por bien del decoro. Pocas cosas más repugnantes que esas formas crudas que cierta parte de nuestras damas aristocráticas y sus imitadores afectan como sello de nacionalidad. El contraste de esos malos modos, de ese *rompe y rasga* inoportuno, con las demás formas especiales de la vida elegante, delicada y ceremoniosa, es, de puro chillón, escandaloso. Rosario, imitando a ciertas damas de alto copete, era de las que más exageraban ese vicio; que en ella resaltaba con desgraciada originalidad, por su prurito de ser natural y sencilla con redomado artificio.

Esta mujer, que era así, por triste sarcasmo de la realidad, bellísima de cuerpo, ridícula en espíritu, aunque esto último lo notaban pocos, esta

mujer se aburría ya en Palmera, en medio de sus triunfos; porque, en resumidas cuentas, ninguno de sus flamantes adoradores le parecía digno de que ella fijase en él la atención ni por un día.

Pero una tarde, paseando por la playa, vió llegar por el mar, del Norte lejano, en un *yate* muy elegante, de grandes velas triangulares, tersas, largo, estrecho, sutil, como un espíritu de las ondas, vió llegar el Lohengrín de sus ensueños.

Era un joven inglés, Aleck Bryant, hijo de opulentísimo landlord de Pembroke. El rubicundo Alejandro venía, por un capricho, desde Milford, a la ventura, mar adelante; y llegaba a Palmera nada más que por seguir cierta línea recta... Pero a los pocos días procuraba aclimatarse; le gustaba aquella España del Norte, que no se parecía a la de sus lecturas, y sí más bien a la *verde Erin* que él dejaba al Noroeste. Lo más escogido de la colonia elegante que veraneaba en Palmera acogió con los brazos abiertos al noble inglés, como era natural; se disputaban su amistad y compañía los *sportmen* de más tono... y, desde luego, las muchachas más seductoras de la *alta sociedad* le convirtieron en una especie de *premio extraordinario* en aquella constante exposición de coquetería.

Bryant era guapo, robusto, riquísimo, instruído, elegante, gran viajero, hombre de mundo y de *sport;* tenía *esprit*, en fin, todos los dones del catecismo de los barbarismos de la distinción y de la *crema.*

Rosario Alzueta pronto vió en él buena presa. *Era digno* de su orgullo. Se le presentaron, y ella, *para seducirle* sacó todos los chismes de matar

corazones, el fondo del baúl de su naturalidad de jardín inglés falsificado. Además, echó mano de su caudal de gracias y habilidades exóticas. Poco tardó Aleck Bryant en saber que la de Alzueta había corrido en velocípedo nada menos que sobre la arena de Battersea Park. Hablaba, como si fueran amigas suyas, de la famosa Mrs. Humfrey y de las ilustres velocipedistas duquesa de Portland, condesa de Dudley, marquesa de Hastings, y hasta indicaba haber tenido ciertas relaciones con la Princesa Maud de Gales, la duquesa de York y la mismísima reina de Italia.

Supo Bryant, a la fuerza, que en la famosa disputa de las damas biciclistas acerca del traje propio para tal ejercicio, Rosario Alzueta se adhería al partido aristocrático, que estaba por la falda (skirt).

El noble inglés escuchaba a la hermosa *Africana* sonriente, en silencio, devorándola con los ojos azules, dulces entre malicia; apenas se enteraba de lo que le decía en un francés que parecía mal castellano. Era, sin duda, la mujer más hermosa de los baños; y mientras no siguiera su viaje, Alejandro no tenía por qué separarse de ella; y no se separaba, a no ser cuando lo exigían las muchas correrías del valiente excursionista por aquel pintoresco país.

Rosario ya no dudaba de la preferencia. ¡Qué victoria!

Pero una noche, en el paseo que amenizaba la música de un regimiento, sentada Rosario en su *trono de deidad* del bosque municipal, si no bajo

la copa de una encina, cabe las ramas de un castaño de Indias... oyó, allí, muy cerca, *algunas sillas* más atras, una conversación en francés que entendió vagamente y que la interesaba mucho. Un caballero extranjero, amigo nuevo de Bryant, procedente de Biarritz, hablaba con el inglés, de ella, de Rosario; estaba segura. No podía coger todos los pormenores del diálogo; pero la substancia sí. Ello era que el extranjero, sin sospechar que ella los oía, preguntaba a Bryant si era cierto que le interesaba aquella hermosísima española morena. Cuando llegó lo más importante de la respuesta del inglés, disimuladamente Rosario volvió un poco la cabeza y pudo observar la fisonomía, el gesto del que juzgaba su adorador más rendido... ¡Cosa extraña! En el francés del viajero británico la de Alzueta quiso oir alabanzas de su belleza, de que ella jamás había dudado; pero algo más debía de decir el mozo, porque el tono de su voz, el gesto que acompañaba a sus palabras, no significaban entusiasmo, sino cierta desdeñosa lástima sincera, algo mezclado de tenue y discreta burla... En fin, pudo oir perfectamente que Alejandro Bryant decía de ella, de Rosario, que era... *snob*.

«¡Snob!» La de Alzueta conocía la palabreja, pero no sabía a punto fijo lo que significaba... Temía que no fuese nada bueno.

Una terrible corazonada la hizo ponerse roja de vergüenza; un presentimiento la decía que *snob* era la manera de decir *cursi* en inglés.

Aquella noche no durmió, dándole vueltas en el cerebro a la dichosa cuestión filológica.

Al día siguiente, en la playa, preguntó a un amigo, catedrático de retórica en un instituto, qué significaba *snob*. El catedrático se extendió en consideraciones... Según el diccionario que él tenía, significaba hombre vulgar, de pretensiones; Thackeray, en su famosa novela *Vanity fair* (la feria de la vanidad), usaba el vocablo en el sentido de necio, estúpido, majadero o cosa por el estilo... y por ahí adelante. Rosario dejó al erudito con la palabra en la boca. Bryant no la había llamado a ella necia, ni vulgar, ni presuntuosa... no, no era eso... ¡Snob! ¡snob! Cuando aquella misma tarde encontró al inglés, siempre sonriente, en la *garden party* de la marquesa de X**, Rosario le leyó en los ojos en seguida la traducción de la dichosa palabreja...

¡Ay! Sí; en los diccionarios el significado no sería exacto; pero en aquella mirada, la dulce malicia de los ojos azules, al gritar:

—¡Snob! ¡snob! —estaba gritando:

—¡Cursi! ¡cursi!

(De *Cuentos morales.*)

UN VIEJO VERDE

OID un cuento... ¿Que no le queréis naturalista? ¡Oh, no!, será *idealista*, imposible... romántico...

Monasterio tendió el brazo, brilló la batuta en un rayo de luz verde, y al conjuro surgieron, como convocadas, de una lontananza ideal, las hadas invisibles de la armonía, las notas misteriosas, gnomos del aire, del bronce y de las cuerdas. Era el alma de Beethoven, ruiseñor inmortal, poesía eternamente insepulta, como larva de un héroe muerto y olvidado en el campo de batalla; era el alma de Beethoven lo que vibraba, llenando los ámbitos del Circo y llenando los espíritus de la ideal melodía, edificante y seria de su música única; como un contagio, la poesía sin palabras, el ensueño místico del arte iba dominando a los que oían, cual si un céfiro musical, volando sobre la sala, subiendo de las butacas a los palcos y a las galerías, fuese con su dulzura, con su perfume de sonidos, infundiendo en todos el suave adormecimiento de la vaga *contemplación* extática de la belleza rítmica.

El sol de fiesta de Madrid penetraba disfrazado de mil colores por las altas vidrieras rojas, azules, verdes, moradas y amarillas; y como polvo de las alas de las mariposas iban los corpúsculos iluminados de aquellos haces alegres y mágicos a jugar con los matices de los graciosos tocados de las damas, sacando lustre azul, de pluma de gallo, al negro casco de la hermosa cabeza desnuda de la morena de un palco, y más abajo, en la sala, dando reflejos de aurora boreal a las flores, a la paja, a los tules de los sombreros graciosos y pintorescos, que anunciaban la primavera como las margaritas de un prado.

Desde un palco del centro oía la música, con más atención de la que suelen prestar las damas en casos tales, Elisa Rojas, especie de Minerva con ojos de esmeralda, frente purísima, solemne, inmaculada, con la cabeza de armoniosas curvas, que, no se sabía por qué, hablaban de inteligencia y de pasión, peinada como por un escultor en ébano. Aquellas ondas de los rizos anchos y fijos recordaban las volutas y las hojas de los chapiteles jónicos y corintios y estaban en dulce armonía con la majestad hierática del busto, de contornos y movimientos canónicos, casi simbólicos, pero sin afectación ni monotonía, con sencillez y hasta con gracia. Elisa Rojas, la de los cien adoradores, estaba enamorada del modo de amar de algunos hombres. Era coqueta como quien es coleccionista. Amaba a los escogidos entre sus amadores con la pasión de un bibliómano por los *ejemplares* raros y preciosos. Amaba, sobre todo,

sin que nadie lo sospechara, la constancia ajena: para ella un adorador antiguo era un *incunable*. A su lado tenía aquella tarde, en otro palco, lleno de obscuridad, todo de hombres, su *biblia de Gutenberg*, es decir, el ejemplar más antiguo, el amador cuyos platónicos obsequios se perdían para ella en la noche de los tiempos.

Aquel señor, porque ya era un señor como de treinta y ocho a cuarenta años, la quería, sí la quería, bien segura estaba, desde que Elisa recordaba tener malicia para pensar en tales cosas; antes de vestirse ella de largo ya la admiraba él de lejos, y tenía presente lo pálido que se había puesto la primera vez que la había visto arrastrando cola, grave y modesta al lado de su madre. Y ya había llovido desde entonces. Porque Elisa Rojas, sus amigas lo decían, ya no era niña, y si no empezaba a parecer desairada su prolongada soltería, era sólo porque constaba al mundo entero que tenía los pretendientes a patadas, a hermosísimas patadas de un pie cruel y diminuto; pues era cada día más bella y cada día más rica, gracias esto último a la prosperidad de ciertos buenos negocios de la familia.

Aquel señor tenía para Elisa, además, el mérito de que no podía pretenderla. No sabía Elisa, a punto fijo, por qué; con gran discreción y cautela había procurado indagar el estado de aquel misterioso adorador, con quien no había hablado más que dos o tres veces en diez años y nunca más de algunas docenas de palabras, entre la multitud, acerca de cosas insignificantes, del momento. Unos decían que era casado y que su mujer se había

vuelto loca y estaba en un manicomio; otros que era soltero, mas que estaba ligado a cierta dama por caso de conciencia y ciertos compromisos legales... Ello era que a la de Rojas le constaba que *aquel señor* no podía pretender amores lícitos, los únicos posibles con ella, y le constaba porque él mismo se lo había dicho en el único papel que se había atrevido a enviarle en su vida.

Elisa tenía la costumbre, o el vicio, o lo que fuera, de alimentar el fuego de sus apasionados con miradas intensas, largas, profundas, de las que a cada amador de los predilectos le tocaba una cada mes, próximamente. *Aquel señor*, que al principio no había sido de los más favorecidos, llegó, a fuerza de constancia y de humildad, a merecer el privilegio de una o dos de aquellas miradas en cada ocasión en que se veían. Una noche, oyendo música también, Elisa, entregada a la gratitud amorosa y llena de recuerdos de la contemplación callada, dulce y discreta del hombre que se iba haciendo viejo adorándola, no pudo resistir la tentación, mitad apasionada, mitad picaresca y maleante, de clavar los ojos en los del triste caballero y ensayar en aquella mirada una diabólica experiencia que parecía cosa de algún fisiólogo de la Academia de ciencias del infierno; consistía la gracia en querer decir con la mirada, sólo con la mirada, todo esto que en aquel momento quiso ella pensar y sentir con toda seriedad: «Toma mi alma; te beso el corazón con los ojos en premio a tu amor verdadero, compañía eterna de mi vanidad, esclavo de mi capricho; fíjate bien: este mirar es besarte, idealmente, como lo merece tu amor,

que sé que es purísimo, noble y humilde. No seré tuya más que en este instante y de esta manera; pero ahora toda tuya, entiéndeme, por Dios, te lo dicen mis ojos y el acompañamiento de esa música, toda amores.» Y *casi* firmaron los ojos: Elisa, *tu* Elisa. Algo debió de comprender *aquel señor*, porque se puso muy pálido y, sin que lo notara nadie más que la de Rojas, se sintió desfallecer y tuvo que apoyar la cabeza en una columna que tenía al lado. En cuanto le volvieron las fuerzas se marchó del teatro en que esto sucedía. Al día siguiente Elisa recibió, bajo un sobre, estas palabras: «¡Mi divino imposible!» Nada más; pero era él, estaba segura. Así supo que tal amante no podía pretenderla, y si esto, por una temporada, la asustó y la obligó a esquivar las miradas ansiosas de *aquel señor*, poco a poco volvió a la acariciada costumbre y, con más intensidad y frecuencia que nunca se dejó adorar y pagó con los ojos aquella firmeza del que no esperaba nada. Nada. Llegó la ocasión de ver el personaje *imposible* pretendientes no mal recibidos al lado de su ídolo, y supo hacer, a fuerza de sinceridad y humildad y cordura, compatible con la dignidad más exquisita, que Elisa, en vez de encontrar desairada la situación del que la adoraba de lejos, sin poder decir palabra, sin poder *defenderse*, viese nueva gracia, nuevas pruebas en la resignación necesaria, fatal, del que no podía en rigor llamar rivales a los que aspiraban a lo que él no podía pretender. Lo que no sabía Elisa era que *aquel señor* no veía las cosas tan claras como ella, y sólo a ratos, por rá*fagas, creía no* estar en ridículo. Lo que más le

iba preocupando cada mes, cada año que pasaba, era naturalmente la edad, que le iba pareciendo impropia para tales contemplaciones. Cada vez se retraía más; llegó tiempo en que la de Rojas comprendió que *aquel señor* ya no la buscaba; y sólo cuando se encontraban por casualidad aprovechaba la feliz coyuntura para admirarla, siempre con discreto disimulo, por no *poder otra cosa*, porque no tenía fuerza para no admirarla. Con esto crecía en Elisa la dulce lástima agradecida y apasionada, y cada encuentro de aquéllos lo empleaba ella en acumular amor, locura de amor, en aquellos pobres ojos que tantos años había sentido acariciándola con adoración muda, seria, absoluta, eterna.

Mas era costumbre también en la de Rojas jugar con fuego, poner en peligro los afectos que más la importaban, poner en caricatura, sin pizca de sinceridad, por alarde de paradoja sentimental, lo que admiraba, lo que quería, lo que respetaba. Así, cuando veía al amador *incunable* animarse un poco, poner gesto de satisfacción, de esperanza loca, disparatada, ella, que no tenía por tan absurdas como él mismo tales ilusiones, se gozaba en torturarle, en *probarle*, como el bronce de un cañón, para lo que le bastaba una singular sonrisa, fría, semiburlesca.

La tarde de mi cuento era solemne para *aquel señor;* por primera vez en su vida el azar le había puesto en un palco codo con codo, junto a Elisa. *Respiraba* por primera vez en la atmósfera de su *perfume*. Elisa estaba con su madre y otras seño-

ras, que habían saludado al entrar a alguno de los caballeros que acompañaban al *otro*. La de Rojas se sentía a su pesar exaltada; la música y la presencia tan cercana de aquel hombre la tenían en tal estado, que necesitaba, o marcharse a llorar a solas *sin saber por qué*, o hablar mucho y destrozar el alma con lo que dijera y atormentarse a sí propia diciendo cosas que no sentía, despreciando lo digno de amor..., en fin, como otras veces. Tenía una vaga conciencia, que la humillaba, de que hablando formalmente no podría decir nada digno de la *Elisa ideal que aquel hombre* tendría en la cabeza. Sabía que era él un artista, un soñador, un hombre de imaginación, de lectura, de reflexión... que ella, *a pesar de todo*, hablaba como *las demás*, punto más punto menos. En cuanto a él... tampoco hablaba apenas. Ella le oiría... y tampoco creía digno de aquellos oídos nada de cuanto pudiera decir en tal ocasión él, que había sabido callar tanto...

Un rayo de sol, atravesando allá arriba, cerca del techo, un cristal verde, vino a caer sobre el grupo que formaban Elisa y su adorador, tan cerca uno de otro por la primera vez en la vida. A un tiempo sintieron y pensaron lo mismo, los dos se fijaron en aquel lazo de luz que los unía tan idealmente, en pura ilusión óptica, como la paz que simboliza el arco iris. El hombre no pensó más que en esto, en la luz; la mujer pensó, además, en seguida, en el color verde. Y se dijo: «Debo de parecer una muerta», y de un salto gracioso salió de la brillante aureola y se sentó en *una silla* cercana y en la sombra. Aquel señor no

se movió. Sus amigos se fijaron en el matiz uniforme, fúnebre que aquel rayo de luz echaba sobre él. Seguía Beethoven en el uso de la orquesta y no era discreto hablar mucho ni en voz alta. A las bromas de sus compañeros el enamorado caballero no contestó más que sonriendo. Pero las damas que acompañaban a Elisa notaron también la extraña apariencia que la luz verde daba al caballero aquel.

La de Rojas sintió una tentación invencible, que después reputó criminal, de decir, en voz bastante alta para que su adorador pudiera oirla, *un chiste*, un retruécano, o lo que fuese, que se le había ocurrido, y que para ella y para él tenía más alcance que para los demás.

Miró con franqueza, con la sonrisa diabólica en los labios, al infeliz caballero que se moría por ella... y dijo, como para los de su palco solo, pero segura de ser oída por él:

—Ahí tenéis lo que se llama... *un viejo verde.*

Las amigas celebraron el chiste con risitas y miradas de inteligencia.

El *viejo verde*, que se había oído bautizar, no salió del palco hasta que calló Beethoven. Salió del rayo de luz y entró en la obscuridad para no salir de ella en su vida.

Elisa Rojas no volvió a verle.

Pasaron años y años; la de Rojas se casó con cualquiera, con la mejor *proporción* de las muchas que se le ofrecieron. Pero antes y después del *matrimonio* sus ensueños, sus melancolías y aun *sus remordimientos* fueron en busca del amor más

antiguo, del *imposible*. Tardó mucho en olvidarle, nunca le olvidó del todo: al principio sintió su ausencia más que un rey destronado la corona perdida, como un ídolo pudiera sentir la desaparición de su culto. Se vió Elisa como un *dios en el destierro*. En los días de crisis para su alma, cuando se sentía humillada, despreciada, lloraba la ausencia de aquellos ojos siempre fieles, como si fueran los de un amante verdadero, los ojos amados. «¡*Aquel señor* sí que me quería, aquél sí que me adorabal»

Una noche de luna, en primavera, Elisa Rojas, con unas amigas inglesas, visitaba el cementerio civil, que también sirve para los protestantes, en cierta ciudad marítima del Mediodía de España. Está aquel jardín, que yo llamaré santo, como le llamaría religioso el derecho romano, en el declive de una loma que muere en el mar. La luz de la luna besaba el mármol de las tumbas, todas pulcras, las más con inscripciones de letra gótica, en inglés o en alemán.

En un modesto pero elegante sarcófago, detrás del cristal de una urna, Elisa leyó, sin más luz que aquella de la noche clara, al rayo de la luna llena, sobre el mármol negro del nicho, una breve y extraña inscripción, en relieve, con letras de serpentina. Estaba en español y decía: «*Un viejo verde*.»

De repente sintió la seguridad absoluta de que *aquel viejo verde* era el suyo. Sintió esta seguridad porque, al mismo tiempo que el de su remordimiento, le estalló en la cabeza el recuerdo de que una de las poquísimas veces que aquel señor la

había oído hablar, había sido en ocasión en que ella describía aquel *cementerio protestante* que ya había visto otra vez, siendo niña, y que la había impresionado mucho.

«¡Por mí, pensó, se enterró como un pagano! Como lo que era, pues yo fuí su diosa.»

Sin que nadie la viera, mientras sus amigas inglesas admiraban los efectos de luna en aquella soledad de los muertos, se quitó un pendiente, y con el brillante que lo adornaba, sobre el cristal de aquella urna, detrás del que se leía «Un viejo verde», escribió a tientas y temblando: «Mis amores.»

Me parece que el cuento no puede ser más romántico, más *imposible*...

(De *El Señor y lo demás son cuentos.*)

DOS SABIOS

EN el balneario de Aguachirle, situado en lo más frondoso de una región de España muy fértil y pintoresca, todos están contentos, todos se estiman, todos se entienden, menos dos ancianos venerables, que desprecian al miserable vulgo de los bañistas y mutuamente se aborrecen.

¿Quiénes son? Poco se sabe de ellos en la casa. Es el primer año que vienen. No hay noticias de su procedencia. No son de la provincia, de seguro; pero no se sabe si el uno viene del Norte y el otro del Sur o viceversa... o de cualquier otra parte. Consta que uno dice llamarse don Pedro Pérez y el otro don Alvaro Alvarez. Ambos reciben el correo en un abultadísimo paquete que contiene multitud de cartas, periódicos, revistas, y libros muchas veces. La gente opina que son un par de sabios.

Pero ¿qué es lo que saben? Nadie lo sabe. Y lo que es ellos, no lo dicen. Los dos son muy corteses, pero muy fríos con todo el mundo e impenetrables. Al principio se les dejó aislarse, sin pensar en ellos; el vulgo alegre desdeñó el desdén de

aquellos misteriosos pozos de ciencia, que, en definitiva, debían de ser un par de chiflados caprichosos, exigentes en el trato doméstico y con berrinches endiablados, bajo aquella capa superficial de fría buena crianza. Pero, a los pocos días, la conducta de aquellos señores fué la comidilla de los desocupados bañistas, que vieron una graciosísima comedia en la antipatía y rivalidad de los viejos.

Con gran disimulo, porque inspiraban respeto y nadie osaría reirse de ellos en sus barbas, se les observaba, y se saboreaban y comentaban las vicisitudes de la mutua ojeriza, que se exacerbaba por las coincidencias de sus gustos y manías, que les hacían buscar lo mismo y huir de lo mismo, y sobre ello, morena.

Pérez había llegado a Aguachirle algunos días antes que Alvarez. Se quejaba de todo: del cuarto que le habían dado, del lugar que ocupaba en la mesa redonda, del bañero, del pianista, del médico, de la camarera, del mozo que limpiaba las botas, de la campana de la capilla, del cocinero, y de los gallos y los perros de la vecindad, que no le dejaban dormir. De los bañistas no se atrevía a quejarse, pero eran la mayor molestia. «¡Triste y enojoso rebaño humano! ¡Viejos verdes, niñas cursis, mamás grotescas, canónigos egoístas, pollos empalagosos, indianos soeces y avaros, caballeros sospechosos, maníacos insufribles, enfermos repugnantes, ¡peste de clase medial ¡Y pensar que *era la menos* mala! Porque el pueblo... ¡uf! ¡el pueblo! Y aristocracia, en rigor, no la había. ¡Y la

ignorancia general! ¡Qué martirio tener que oir, a la mesa, sin querer, tantos disparates, tantas vulgaridades que le llenaban el alma de hastío y de tristeza!

Algunos entrometidos, que nunca faltan en los balnearios, trataron de sonsacar a Pérez sus ideas, sus gustos; de hacerle hablar, de intimar en el trato, de obligarle a participar de los juegos comunes; hasta hubo un tontiloco que le propuso bailar un rigodón con cierta dueña... Pérez tenía un arte especial para sacudirse estas moscas. A los discretos los tenía lejos de sí a las pocas palabras; a los indiscretos, con más trabajo y alguna frialdad inevitable; pero no tardaba mucho en verse libre de todos.

Además, aquella triste humanidad le estorbaba en la lucha por las comodidades, por las pocas comodidades que ofrecía el establecimiento. Otros tenían las mejores habitaciones, los mejores puestos en la mesa; otros ocupaban antes que él los mejores aparatos y pilas de baño; y otros, en fin, se comían las mejores tajadas.

El puesto de honor en la mesa central, puesto que llevaba anejo el mayor mimo y agasajo del jefe de comedor y de los dependientes, y puesto que estaba libre de todas las corrientes de aire entre puertas y ventanas, terror de Pérez, pertenecía a un señor canónigo, muy gordo y muy hablador; no se sabía si por antigüedad o por odioso privilegio.

Pérez, que no estaba lejos del canónigo, le distinguía con un particular desprecio; le envidiaba, *despreciándole*, y le miraba con ojos provocati-

vos, sin que el otro se percatara de tal cosa. Don Sindulfo, el canónigo, había pretendido varias veces *pegar la hebra* con Pérez; pero éste le había contestado siempre con secos monosílabos. Y don Sindulfo le había perdonado, porque no sabía lo que se hacía, siendo tan saludable la charla a la mesa para una buena digestión.

Don Sindulfo tenía un estómago de oro, y le entusiasmaba la comida de fonda, con salsas picantes y otros atractivos; Pérez tenía el estómago de acíbar, y aborrecía aquella comida llena de insoportables *galicismos*. Don Sindulfo soñaba despierto en la hora de comer, y don Pedro Pérez temblaba al acercarse el tremendo trance de tener que comer sin gana.

—¡Ya va un toque! —decía sonriendo a todos don Sindulfo, y aludiendo a la campana del comedor.

—¡Ya han tocado dos veces! —exclamaba a poco, con voz que temblaba de voluptuosidad.

Y Pérez, oyéndole, se juraba acabar cierta monografía que tenía comenzada proponiendo la supresión de los cabildos catedrales.

Fué el sabio díscolo y presunto minando el terreno, intrigando con camareras y otros empleados de más categoría, hasta hacer prometer, bajo amenaza de marcharse, que en cuanto se fuera el canónigo, que sería pronto, el puesto de honor, con sus beneficios, sería para él, para Pérez, costase lo que costase. También se le ofreció el cuarto de cierta esquina del edificio, que era el de *mejores vistas*, el más fresco y el más apartado del *mundanal* y *fondil* ruido. Y para tomar café, se le

prometió cierto rinconcito, muy lejos del piano, que ahora ocupaba un coronel retirado, capaz de andar a tiros con quien se lo disputara. En cuanto el coronel se marchase, que no tardaría, el rinconcito para Pérez.

En esto llegó Alvarez. Aplíquesele todo lo dicho acerca de Pérez. Hay que añadir que Alvarez tenía el carácter más fuerte, el mismo humor endiablado, pero más energía y más desfachatez para pedir gollerías.

También le aburría aquel rebaño humano, de vulgaridad monótona; también se le puso en la boca del estómago el canónigo aquél, de tan buen diente, de una alegría irritante y que ocupaba en la mesa redonda el mejor puesto. Alvarez miraba también a don Sindulfo con ojos provocativos, y apenas le contestaba si el buen clérigo le dirigía la palabra. Alvarez también quiso el cuarto que solicitaba Pérez y el rincón donde tomaba café el coronel.

A la mesa notó Alvarez que todos eran unos majaderos y unos charlatanes... menos un señor viejo y calvo, como él, que tenía enfrente y que no decía palabra, ni se reía tampoco con los chistes grotescos de aquella gente.

«No era charlatán, pero majadero también lo sería. ¿Por qué no?» Y empezó a mirarle con antipatía. Notó que tenía mal genio, que era un egoísta y maniático por el afán de imposibles comodidades.

«Debe de ser un profesor de instituto o un archivero lleno de presunción. Y él, Alvarez, que era un

sabio de fama europea, que viajaba de incógnito, con nombre falso, para librarse de curiosos e impertinentes admiradores, aborrecía ya de muerte al necio pedantón que se permitía el lujo de creerse superior a la turbamulta del balneario. Además, se le figuraba que el archivero le miraba a él con ira, con desprecio; ¡habríase visto insolencia!»

Y no era eso lo peor: lo peor era que coincidían en gustos, en preferencias que les hacían muchas veces *incompatibles*.

No cabían los dos en el balneario. Alvarez se iba al corredor en cuanto el pianista la emprendía con la *Rapsodia húngara*... Y allí se encontraba a Pérez, que huía también de Liszt adulterado. En el gabinete de lectura nadie leía el *Times*... más que el archivero, y justamente a las horas en que él, Alvarez el falso, quería enterarse de la política extranjera en el único periódico de la casa que no le parecía despreciable.

«El archivero sabe inglés. ¡Pedante!»

A las seis de la mañana, en punto, Alvarez salía de su cuarto con la mayor reserva, para despachar las más viles faenas con que su naturaleza animal pagaba tributo a la ley más baja y prosaica... ¡Y Pérez obstruccionista odioso, tenía, por lo visto, la misma costumbre, y buscaba el mismo lugar con igual secreto... y ¡aquello no podía aguantarse!

No gustaba Alvarez de tomar el fresco en los jardines ramplones del establecimiento, sino que buscaba la soledad de un prado de fresca hierba, *y en cuesta* muy pina, que había a espaldas de la *casa... Pues allá*, en lo más alto del prado, a la som-

bra de *su* manzano... se encontraba todas las tardes a Pérez, que no soñaba con que estaba estorbando.

Ni Pérez ni Alvarez abandonaban el sitio; se sentaban muy cerca uno de otro, sin hablarse, mirándose de soslayo, con rayos y centellas.

Si el archivero supuesto tales simpatías *merecía* al fingido Alvarez, Alvarez a Pérez le tenía frito, y ya Pérez le hubiera provocado abiertamente si no hubiera advertido que era hombre enérgico y, probablemente, de más puños que él.

Pérez, que era un sabio hispano-americano del Ecuador, que vivía en España muchos años hacía, estudiando nuestras letras y ciencias y haciendo frecuentes viajes a París, Londres, Rusia, Berlín y otras capitales; Pérez, que no se llamaba Pérez, sino Gilledo, y viajaba de incógnito, a veces, para estudiar las cosas de España, sin que éstas se las disfrazara nadie al saberse quién.él era; digo que Gilledo o Pérez había creído que el intruso Alvarez era alguna notabilidad de campanario, que se daba tono de sabio con extravagancias y manías que no eran más que pura comedia. Comedia que a él le perjudicaba mucho, pues, sin duda por imitarle, aquel desconocido, boticario probablemente, se le atravesaba en todas sus cosas: en el paseo, en el corredor, en el gabinete de lectura y en los lugares menos dignos de ser llamados por su nombre.

Pérez había notado también que Alvarez despreciaba o fingía despreciar a la multitud insípida y que miraba con rencor y desfachatez al canónigo que presidía la mesa.

La antipatía, el odio se puede decir, que mutuamente se profesaban los sabios incógnitos crecía tanto de día en día, que los disimulados testigos de su malquerencia llegaron a temer que el sainete acabara en tragedia, y aquellos respetables y misteriosos vejetes se fueran a las manos.

Llegó un día crítico. Por casualidad, en el mismo tren se marcharon el canónigo, el bañista que ocupaba la habitación tan apetecida y el coronel que dejaba libre el rincón más apartado del piano. Terrible conflicto. Se descubrió que el amo del establecimiento había ofrecido la sucesión de don Sindulfo y la habitación más cómoda, a Pérez primero, y después a Alvarez.

Pérez tenía el derecho de prioridad, sin duda; pero Alvarez... era un carácter. ¡Solemne momento! Los dos, temblando de ira, echaron mano al respaldo. No se sabía si se disputaban un asiento o un arma arrojadiza.

No se insultaron, ni se comieron la figura más que con los ojos.

El amo de la casa se enteró del conflicto, y acudió al comedor corriendo.

—¡Usted dirá! —exclamaron a un tiempo los sabios.

Hubo que convenir en que el derecho de Pérez era el que valía.

Alvarez cedió en latín, es decir, invocando un texto del Derecho romano que daba la razón a su adversario. Quería que constase que cedía a la razón, no al miedo.

Pero llegó lo del aposento disputado. ¡Allí fué

ellal También Pérez era el *primero en el tiempo*... pero Alvarez declaró que lo que es absurdo desde el principio, y nulo, por consiguiente, *tractu temporis convalescere non potest*, no puede hacerse bueno con el tiempo; y como era absurdo que todas las ventajas, por gollería, se las llevase Pérez, él se atenía a la promesa que había recibido... y se instalaba desde luego en la habitación dichosa; donde, en efecto, ya había metido sus maletas.

Y plantado en el umbral, con los puños cerrados amenazando al mundo, gritó:

—*In pari causa, melior est conditio possidentis.*

Y entró y se cerró por dentro.

Pérez cedió, no a los textos romanos, sino por miedo.

En cuanto al rincón del coronel, se lo disputaban todos los días, apresurándose a ocuparlo el que primero llegaba y protestando el otro con ligeros refunfuños y sentándose muy cerca y a la misma mesa de mármol. Se aborrecían, y por la igualdad de gustos y disgustos, simpatías y antipatías, siempre huían de los mismos sitios y buscaban los mismos sitios.

Una tarde, huyendo de la *Rapsodia húngara*, Pérez se fué al corredor y se sentó en una mecedora, con un lío de periódicos y cartas entre las manos.

Y a poco llegó Alvarez con otro lío semejante, y se sentó, enfrente de Pérez, en otra mecedora. No se saludaron, por supuesto.

Se enfrascaron en la lectura de sendas cartas.

De entre los pliegues de la suya sacó Alvarez *una cartulina*, que contempló pasmado.

Al mismo tiempo, Pérez contemplaba una tarjeta igual con ojos de terror.

Alvarez levantó la cabeza y se quedó mirando atónito a su enemigo.

El cual también, a poco, alzó los ojos y contempló con la boca abierta al infausto Alvarez.

El cual, con voz temblona, empezando a incorporarse y alargando una mano, llegó a decir:

—Pero... usted, señor mío... ¿es... puede usted ser... el doctor... Gilledo?...

—Y usted... o estoy soñando... o es... parece ser... es... el ilustre Fonseca...

—Fonseca el amigo, el discípulo, el admirador... el apóstol del maestro Gilledo, de su doctrina...

—De nuestra doctrina, porque es de los dos: yo el iniciador, usted el brillante, el sabio, el profundo, el elocuente reformador, propagandista... a quien todo se lo debo.

—¡Y estábamos juntos!...

—¡Y no nos conocíamos!...

—Y a no ser por esta flaqueza... ridícula... que partió de mí, lo confieso, de querer conocernos por estos retratos...

—Justo, a no ser por eso...

Y Fonseca abrió los brazos, y en ellos estrechó a Gilledo, aunque con la mesura que conviene a los sabios.

La explicación de lo sucedido es muy sencilla. A los dos se les había ocurrido, como queda dicho, la idea de viajar de incógnito. Desde su casa Fonseca, en Madrid, y desde no sé dónde Gilledo, se hacían enviar la correspondencia al balneario,

en paquetes dirigidos a Pérez y Alvarez, respectivamente.

Muchos años hacía que Gilledo y Fonseca eran uña y carne en el terreno de la ciencia. Iniciador Gilledo de ciertas teorías muy complicadas acerca del movimiento de las razas primitivas y otras baratijas prehistóricas, Fonseca había acogido sus hipótesis con entusiasmo, sin envidia; había hecho de ellas aplicaciones muy importantes en lingüística y sociología, en libros más leídos, por más elocuentes, que los de Gilledo. Ni éste envidiaba al apóstol de su idea el brillo de su vulgarización, ni Fonseca dejaba de reconocer la supremacía del iniciador, del maestro, como llamaba al otro sinceramente. La lucha de la polémica que unidos sostuvieron con otros sabios, estrechó sus relaciones; si al principio, en su ya jamás interrumpida correspondencia, sólo hablaban de ciencia, el mutuo afecto, y algo también la vanidad mancomunada, les hicieron comunicar más íntimamente, y llegaron a escribirse cartas de hermanos más que de colegas.

Alvarez, o Fonseca, más apasionado, había llegado al extremo de querer conocer la *vera effigies* de su amigo; y quedaron, no sin confesarse por escrito la parte casi ridícula de esta debilidad, quedaron en enviarse mutuamente su retrato con la misma fecha... Y la casualidad, que es indispensable en esta clase de historias, hizo que las tarjetas aquellas, que tal vez evitaron un crimen, llegaran a su destino el mismo día.

Más raro parecerá que ninguno de ellos hubiera escrito al otro lo de la ida a tal balneario, ni el

nombre falso que adoptaban... Pero tales noticias se las daban precisamente (¡claro!) en las cartas que con los retratos venían.

Mucho, mucho se estimaban Alvarez y Pérez, a quienes llamaremos así por guardarles el secreto, ya que ellos nada de lo sucedido quisieron que se supiera en la fonda.

Tanto se estimaban, y tan prudentes y verdaderamente sabios eran, que depuestos, como era natural, todas las rencillas y odios que les habían separado mientras no se conocían, no sólo se trataron en adelante con el mayor respeto y mutua consideración, sin disputarse cosa alguna..., sino que, al día siguiente de su gran descubrimiento, coincidieron una vez más en el propósito de dejar cuanto antes las aguas y volverse por donde habían venido. Y, en efecto, aquella misma tarde Gilledo tomó el tren ascendente, hacia el sur, y Fonseca el descendente, hacia el norte.

Y no se volvieron a ver en la vida.

Y cada cual se fué pensando para su coleto que había tenido la prudencia de un Marco Aurelio, cortando por lo sano y separándose cuanto antes del otro. Porque ¡oh miseria de las cosas humanas! la pueril, material antipatía que el amigo desconocido le había inspirado... no había llegado a desaparecer después del infructuoso reconocimiento.

El personaje *ideal*, pero de carne y hueso, que ambos se habían forjado cuando se odiaban y despreciaban sin conocerse, era el que subsistía; el *amigo real*, pero invisible, de la correspondencia y *de la teoría común*, quedaba desvanecido... Para

Fonseca, el Gilledo que *había visto* seguía siendo el aborrecido archivero; y para Gilledo, Fonseca, el odioso boticario.

Y no volvieron a escribirse sino con motivo puramente científico.

Y al cabo de un año, un *Jahrbuch* alemán publicó un artículo de sensación para todos los arqueólogos del mundo.

Se titulaba *Una disidencia.*

Y lo firmaba *Fonseca.* El cual procuraba demostrar que las razas aquellas no se habían movido de occidente a oriente, como él había creído, influído por sabios maestros, sino más bien siguiendo la marcha aparente del sol... de oriente a occidente...

(De *El gallo de Sócrates.*)

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

El Derecho y la Moralidad *(Discurso del Doctorado)*; 1878.

Programa de Elementos de Economía Política y Estadística *(Para las oposiciones)*; 1882.

Alcalá Galiano. *(Conferencia.)* En el tomo II de *La España del siglo XIX*, serie de conferencias históricas publicadas por el Ateneo de Madrid.

Solos de «Clarín»; 1881. *(Prólogo de Echegaray.)*

La Literatura en 1881 *(En colaboración con don Armando Palacio Valdés)*; 1882.

La Regenta. *(Novela.)* Barcelona, 1884. Dos tomos. *(Prólogo de Pérez Galdós.)*

... Sermón perdido *(Crítica y sátira)*; 1885.

Pipá.—Amor è furbo.—Mi entierro.—Un documento.—Avecilla.—El hombre de los estrenos.—Las dos cajas.—Bustamante.—Zurita *(Novelas cortas)*; 1886.—Hay ediciones separadas de Las dos cajas; 1899 *(Biblioteca Mignon*, tomo III), y de Zurita; 1900.

Un viaje a Madrid *(Folletos literarios, I)*; 1886.

Cánovas y su tiempo *(Folletos literarios, II)*; 1887.

Apolo en Pafos *(Folletos literarios, III)*; 1887.

Nueva Campaña (1885-1886); 1887.

Mis plagios.—Un discurso de Núñez de Arce *(Folletos literarios, IV)*; 1888.

A 0,50 poeta *(Folletos literarios, V)*; 1889.

Mezclilla; 1889.

Benito Pérez Galdós (Estudio crítico biográfico); 1889. *(Celebridades españolas contemporáneas, I.)*

Rafael Calvo y el Teatro Español *(Folletos literarios, VI)*; 1890.

Museum *(Mi revista)*, número primero (*Folletos literarios, VII)*; 1890.

Su único hijo *(Novela)*; 1890. (Nueva edición en el tomo II de *Obras completas.)*

Un discurso *(Folletos literarios, VIII)*; 1891.

Doña Berta. — Cuervo. — Supercherría *(Novelas cortas)*; 1892.

Ensayos y revistas (1888-1892); 1892.

El señor y lo demás, son cuentos *(Sin año;* 1892 o 1893).

Palique; 1893.

Teresa (Ensayo drámatico en un acto y en prosa); 1985.

Cuentos morales; 1896.

Crítica popular. Valencia, 1896. *(Biblioteca de vulgarización literaria.* Tomo I.)

El Gallo de Sócrates. Barcelona, 1901. (póstuma.)

Siglo pasado *(Sin año;* 1904). (póstuma.)

Benito Pérez Galdós. *(Obras completas.* Tomo I.)

El Doctor Sutilis. *(Cuentos, Obras completas.* Tomo III.)

ÍNDICE

Págs.

PRÓLOGO 11

I

EL SATÍRICO

Nota 23
Palique del palique 25
La educación del Rey 31
Silvela en la Academia · La Pasión de Cristo por un académico (El P. Mir) 39
Cánovas transeunte 45

II

EL CRÍTICO

Nota 55
Galdós 57
El Teatro Español 63
Camus 71
Del Quijote 93
Historia del descubrimiento de América, por Emilio Castelar 101

III

EL MORALISTA

Págs.

Nota 113
La restauración idealista 115
La religión y la enseñanza 137
Mi Renan 147
El retrato de Renan 155
Congreso de librepensadores 161
Diálogo edificante 165
Cartas a Hamlet 173

IV

EL NOVELISTA

Nota 195
El Casino de Vetusta 197
Las tertulias y el teatro 203

V

EL CUENTISTA

Nota 213
Cuervo 215
El sombrero del señor cura 251
Reflejo 263
El entierro de la sardina 273
Cristales 287
¡Adiós, Cordera! 295
El señor 309
Tirso de Molina 335
La médica 345
Snob 355
Un viejo verde 365
Dos sabios 375

Obras de Leopoldo Alas 389

FIN

SE

ACABÓ DE IMPRIMIR

EN LA

IMPRENTA DE FORTANET

EL

5 DE JULIO DE

MCMXVII